

se

LAURENCE COSSÉ

La Buena Novela

Traducción de Isabel González-Gallarza



Lectulandia

La fundación de una librería parisina «única», llamada «La Buena Novela», desata pasiones, celos y hasta intentos de asesinato. Ivan «Van» Georg, antiguo vendedor de cómics, y la estilosa y seductora Francesca Aldo-Valbelli se juntan para llevar a cabo el sueño de sus vidas: montar una librería que solo venda obras maestras, seleccionadas por un comité secreto de ocho respetables escritores que se esconden bajo seudónimo. Cuando la librería abre, inmediatamente empieza a cosechar un éxito arrollador. ¿Quiénes son esos elitistas y cómo osan decirles a los lectores lo que han de leer? La blogosfera hierve, Internet crepita. Decenas de competidores nacen de la noche a la mañana, clamando por los ideales pseudoigualitarios. Ivan y Francesca, estoicamente, intentan aguantar el chaparrón hasta que, de repente, tres de los miembros de su comité secreto son víctimas de accidentes que a punto están de costarles la vida.

Lectulandia

Laurence Cossé

La buena novela

ePub r1.0

FLeCos 26.03.16

Título original: *Au bon roman*
Laurence Cossé, 2009
Traducción: Isabel González-Gallarza Granizo

Editor digital: FLeCos
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

LOS escritores que pertenecen a un medio de comunicación, un jurado de premio literario, una academia o cualquier otra institución cultural no podían aparecer mencionados en esta novela. Por supuesto, de no haber ocupado dichas posiciones de poder, muchos de ellos sí habrían encontrado hueco en estas páginas.

PRIMERA PARTE

LO menos que se puede afirmar acerca de la desaparición de Paul Néon es que no levantó apenas revuelo en el cantón del Biot donde se sospechaba que se había afincado; ni siquiera en el minúsculo pueblecito de Les Crêts, cuya última casa ocupaba.

Paul se desplomó sobre una mullida alfombra de hojas en descomposición, que se extendía unos metros más abajo del camino forestal por el que resulta probable que avanzara tambaleándose; diez días más tarde, el joven Jules Reveriaz encontró su bufanda al borde del sendero, a quince metros del lugar en el que su dueño había caído. Dos o tres ramas secas crujieron bajo su peso. Cuando el silencio se impuso de nuevo, una vibración lo quebró durante apenas un instante. Las hojas negras, al apelmazarse, emitieron un susurro de esos que solo las arañas de agua perciben cuando, por ejemplo, a orillas de una charca, tras escudriñar la oscuridad varios minutos, inmóvil y con el cuello erguido, un gato se tiende sobre el musgo. Un cuarto de luna velado de bruma iluminaba, a las diez de la noche, lo justo para distinguir el camino entre las sombras.

Lo más probable es que Paul no soltara su botella hasta que la relajación muscular heredada de la pérdida completa de conciencia no aflojara sus dedos. Fue Suzon quien, seis días más tarde, se topó con esa misma botella, cuadrada y vacía, a un metro de la huella en el suelo de su cuerpo, el de un hombre fornido y corpulento, de unos cincuenta años; tenía que ser Suzon, que justo buscaba esa clase de indicio, y que lo habría dado todo por no encontrarlo. Pero si Paul perdió el conocimiento justo en el momento de caer, esa noche de tenue luna, o si ya en el suelo permaneció un instante con los ojos abiertos, si dejó escapar un grito, si pronunció una palabra o si ya no le quedaban fuerzas ni para mover los labios, eso nadie llegó a saberlo jamás, al menos en Les Crêts. Porque más tarde se averiguó que, como mínimo, dos individuos habían sido testigos de lo sucedido. Y calificarlos de «testigos» es quedarse corto.

A la mañana siguiente —bueno, en lo que quedaba de mañana a la hora en que acostumbraba a despertarse—, Paul había previsto leer, por orden, las dos versiones de *Mina de Vanghel*^[1], Pero ¿quién habría podido saberlo? Van reconstruyó esos pocos días *a posteriori*. Paul ya había leído *Mina de Vanghel*: la recordaba bien. Stendhal era uno de esos autores cuya obra se jactaba de conocer por entero. Pero no ocurrió hasta el último otoño que, al regresar al segundo tomo de una vieja edición de sus *Novelas y cuentos*, se topó con *El rosa y el verde*, y descubrió que ese principio de novela, aunque siete años posterior a *Mina*, se presentaba algo así como una introducción a dicha novela, inacabada también. De modo que esa mañana del 8 de noviembre su proyecto consistió, pues, en leer *El rosa y el verde* y, acto seguido, releer *Mina de Vanghel*.

Y decimos su proyecto, claro, por referirnos de alguna manera a sus actividades,

pues Paul Néon carecía en realidad de proyectos y de horarios, no obedecía a rutina alguna ni llevaba una dieta equilibrada. Que nadie me acuse luego de afirmar lo que no he escrito, porque no he añadido: «afortunado él».

Quizá por la tarde se escuchara en la planta baja de su chalé, si es que se lo puede definir así, un timbre de teléfono particularmente prolongado. Quizá se escuchara otro, una o dos horas más tarde, no menos desolado. Pero... ¿Quién habría podido oírlos, tanto uno como otro?

En ocasiones se veía a una joven subir hasta el chalé, siempre en un cochecito barato, con frecuencia un Twingo color cereza, de vez en cuando un Fiat negro, escasas veces un Nissan gris azulado.

Con frecuencia un Twingo, bueno; tampoco exageraremos. El dueño de l'Alpette, la tasca del pueblo, precisaría: «una o dos veces por trimestre». «Todos los meses», lo corregiría la señora Huon, de la Étoile des Alpes, «y siempre en sábado». La señora Antonioz lo confirmaría: «el coche rojo siempre en sábado, y los otros coches, entre semana. Habrase visto, qué inmoralidad».

En mi opinión, se trataba de alumnas suyas: en eso consistía la hipótesis de la señora Huon. «Alumnas universitarias», precisaba la señora Antonioz, que había trabajado como documentalista en el instituto de Albertville antes de jubilarse en el pueblecito de Les Crêts, y que alardeaba de saber que el señor Néon enseñaba en la universidad, en Chambéry. «Bueno, solo entre semana», añadía.

Porque la señorita de los sábados, si subía a visitarlo precisamente ese día y no otro, debía de ser porque entre semana trabajaba. Y, si trabajaba entre semana, entonces no era estudiante.

A decir verdad, de lo único de lo que estaban seguros en Les Crêts era de que, todos los miércoles, sin importar a qué tiempo se enfrentase ni el estado de las carreteras, Néon sacaba su vieja tartana del cobertizo de detrás de su casa, abandonaba el pueblo a las diez de la mañana y no regresaba hasta la noche.

«Así viven los profesores de universidad», se quejaba la señora Huon, «solo trabajan un día a la semana». «¡Huy, a veces ni eso!», exclamaba la señora Antonioz. Se tardan dos horas por lo menos en llegar a Chambéry. Si no contamos la hora de la comida, al final como mucho trabajaba medio día.

Podríamos deducir de lo que precede que el pueblo entero observaba, con minuciosidad incluso, los más nimios movimientos de Néon. Sin embargo, nadie en Les Crêts —ni el dueño de la tasca ni las susodichas señoras— reparó en que, la mañana del miércoles 9 de noviembre, Paul no sacó su coche ni se dirigió, como era su costumbre, en dirección al valle; nadie se percató tampoco de que no durmió en su casa la noche del martes al miércoles ni, ya puestos, la noche anterior. No se puede hablar aquí de verdadera curiosidad. En los pueblos alpinos poco poblados, así como en las ciudades dormitorio de la periferia de la capital, hoy en día todo el mundo se limita a ir a lo suyo. La indiscreción del entorno y el control social, que constituyen el reverso de la moneda, resultan en ocasiones un verdadero incordio. Pero, con todo,

antiguamente, cuando alguien no se levantaba por la mañana, antes de mediodía el hecho era conocido en las diez casas más cercanas, y no importaba que ese alguien fuera soltero, tirando a viejo, poco hablador, mujeriego u oriundo de quién sabe dónde; siempre se acercaba alguna vecina a llamar a su puerta y a preguntar algo así como: «¿Está bien, señor Néon? ¡Eh, oiga! ¿Se encuentra usted bien?».

Sin embargo, ese miércoles 9 de noviembre, en Les Crêts, no ocurrió nada parecido. Ningún vecino se fijó en que Paul faltó a su única costumbre. Habían anunciado lluvia. Pero en realidad el tiempo se mantenía apacible, y aún tardarían en llegar las primeras nevadas. «Ya pueden decir lo que quieran, tampoco está para llover», calibraba Alfred, el de l'Alpette, considerando el cielo gris y tristón sin más. El dueño de la tasca se entretenía contrastando los pronósticos del periódico local con la realidad del momento. «Hoy en día los del tiempo», le confió a Parmentier padre, que tuvo el detalle de callarse y no espetarle que se sabía ya de memoria el discurso que el buen hombre se disponía a endilgarle a continuación, «ya no se conforman con equivocarse sobre lo que va a pasar en los próximos días. No, de eso nada. Ni siquiera dan ni una sobre el tiempo que va a hacer hoy mismo. Si anuncian lluvia, lloverá, pero ¿cuándo exactamente, eh? ¿Esta tarde? ¿Esta noche? ¿Mañana? ¿O *pasao* mañana? No lo saben mejor que los viejos, antiguamente, cuando se fiaban de sus articulaciones. Yo diría incluso que tienen menos idea todavía».

LO del accidente de Anne-Marie Montbrun, en cambio, fue otra historia. Por lo pronto, Anne-Marie era madre de cuatro hijos. En su casa siempre podías encontrarte a dos o tres críos más jugando, aparte de a los suyos propios, y a veces, después de cenar, Anne-Marie se dedicaba a recorrer todas las casas del pueblo porque le faltaba uno; uno de los suyos, quiero decir: de los cuatro que había parido solo había encontrado tres al ir de cama en cama para despedirse con el beso de buenas noches.

Amigos y vecinos se referían a ella como «una chica estupenda»; aparentaba veinticinco años con su vaquerito ceñido y sus botas militares del número 36. No pesaría más de cuarenta kilos, pero tenía energía para dar y tomar. Criaba a sus hijos ella sola casi, pues su marido trabajaba en una plataforma petrolífera y no pasaba en casa, en Vauvert, más de una semana al mes. Vivía en medio del bosque y parecía la perfecta ama de casa, siempre dispuesta a hacer favores a los vecinos, como ir a buscar con su viejo Renault Espace la bombona de butano del señor Menthaleau, o trasladar al súper a la señora Ageron, que ya no veía tres en un burro, pero se negaba a reconocerlo.

Nunca una mala cara, esta chica, siempre puntual; tanto que podías poner el reloj en hora en función de sus trayectos en coche, cuatro veces al día entre semana, a las ocho de la mañana, a las doce y media, a las dos y a las cuatro y media de la tarde. Cuatro trayectos en total, dos de ida y dos de vuelta entre Vauvert y Longpré, a bordo de su viejo tanque: uno de vacío, otro lleno hasta los topes de críos que recogía del colegio o dejaba aquí y allá, según.

Un día triste, ese martes 15 de noviembre en el que se salió de la carretera en la curva grande allá en lo alto de la loma de Galardons, a apenas doscientos metros de su casa. Se precipitó ladera abajo, y solo la detuvo antes de sumergirse en el estanque uno de los álamos que crecen en la orilla. Gracias a Dios —si es que Dios pinta algo en esta historia—, viajaba sola en el coche. Se dirigía de vacío a recoger a los niños del colegio, serían un poco antes de las cuatro y media. Nadie comprendía que se hubiera salido de la carretera: el cielo estaba gris, cierto, y a esa altitud había un poco de niebla, pero... También es verdad que Anne-Marie conducía muy segura a fuerza de recorrerse arriba y abajo sin parar todas las carreteras secundarias de la región, y que a consecuencia de ello arrastraba la costumbre de pisarle un poco. Una o dos veces ya la habían reñido los gendarmes, pero la advertencia siempre había caído en saco roto. Todos la reconocían como una excelente conductora, y ninguna de las familias de la zona dudaba en confiarle a sus hijos para que los llevara en coche de acá para allá.

Del accidente no hubo testigos. Por la carretera que abarca desde la casa de los Montbrun hasta Galardons no deben de circular más de diez vehículos al día y, de esos diez, ocho son camiones de las bodegas de Rémy Bonnier, camino de la planta

de embotellamiento de Saint-Lair. Según se estableció en la investigación, en lugar de tomar la curva hasta el final, Anne-Marie se salió de la carretera sin razón en mitad de dicha curva y se precipitó pendiente abajo, como si hubiera perdido el juicio, a velocidad creciente hasta estamparse contra el álamo.

Según los cálculos que se hicieron, algo que fue posible gracias a su puntualidad rayana en la obsesión, como mucho debió de pasarse un cuarto de hora inconsciente en su coche destrozado. Uno de los camioneros de Rémy Bonnier la descubrió al subir la loma, y acto seguido dio la alerta.

En el colegio no había transcurrido el tiempo suficiente como para que nadie se preocupara. La directora, instalada en la segunda planta del edificio, acogió en su casa durante la merienda a los hijos de Anne-Marie, así como a Anthony Fabre y a Diane Ottaviani, a los que también debía acompañar a su casa. Mientras mordisqueaban las tostadas en silencio, no asaltados por un presentimiento sino intimidados por la directora, a Anne-Marie la estaban rescatando de su coche y la estaban trasladando, inconsciente, al centro hospitalario más cercano.

Llevó algo más de tiempo localizar a su marido, que volaba en un helicóptero en el momento del accidente, en algún lugar entre Port Artur y Lagos, pero la familia Fabre se ocupó de los niños Montbrun. A Arthur Montbrun, que tenía la lucidez propia de los niños de nueve años, se le metió en la cabeza que a su madre le había ocurrido algo, y hubo que engañarle para que aceptara marcharse a la cama esa noche.

ERAN las ocho y media del martes 22 de noviembre, y Maïté no sabía que aquella mañana le aguardaba una buena sorpresa. En zapatillas, y ataviado con un grueso jersey de lana, Armel salió hasta el buzón, situado junto a la verja de entrada, lo abrió y sacó el correo; volvió a casa, extrajo el ejemplar de aquel día del *Ouest-France* de su envoltorio, lo abrió y se sentó tranquilamente en el sofá junto a la chimenea. Maïté no daba crédito a sus ojos. En los diecisiete años que llevaban viviendo juntos, todos los días, sin faltar ni uno, a las ocho y media en punto de la mañana, lloviera mucho, poco o jarreara, Armel se ponía su chubasquero, abría la puerta y, volviéndose hacia ella desde el umbral, se despedía con la misma fórmula gastada: «Hasta luego, Maï».

Ese 22 de noviembre, en cambio, Armel esperó hasta las nueve para arrojar el periódico sobre la mesita y, solo entonces, se puso el chubasquero, se calzó las botas —ese martes llovía bastante—, abrió la puerta y se despidió: «Hasta luego, cariño». A Maïté le sorprendió ese cambio de horario, pero también ese «cariño», que le sonó sumamente convencional; aun así, no llegó a preocuparse, o al menos eso fue lo que contaría después. Si algo había aprendido Maïté en aquellos diecisiete años de convivencia con Armel es que cuando un tipo ya de por sí maniático añade alguna superstición más a su colección, sus razones tendría. Su hipótesis se confirmó al día siguiente, el miércoles 23 de noviembre, y al otro, el jueves 24. Si Armel ya no se ponía su chubasquero a las ocho y media en punto sino a las nueve, y si en lugar de enfrascarse en la lectura del *Ouest-France* entre las nueve y media y las diez, al regresar de su paseo, empezó a leerlo antes, entre las ocho y media y las nueve, alguna razón tendría para ello. Aquel pensamiento tranquilizaba a Maïté.

Pero cuando el viernes 25, a las nueve y cuarto, en respuesta al «¡Todavía estás aquí!» que no había podido evitar al cruzar el salón mientras se preparaba para salir a hacer unos recados, Armel le anunció, en un tono que buscaba la naturalidad pero que en realidad sonó tremendamente artificial, que ese día no pensaba salir a dar su paseo, pese a que apenas llovía y, que, desde que conocía a Armel, siempre le había escuchado decir que literalmente no podía ponerse a trabajar por las mañanas sin haber salido antes a tomar el aire un rato, Maïté le preguntó qué lo llevaba a abandonar una convicción tan sólida y una práctica tan constante. A Armel se le alteró el semblante, recordaría ella después. Contestó con evasivas. «Estoy cansado», farfulló en tono seco. Ella lo miró. Él le devolvió la mirada. «Está furioso por algo», pensó Maïté.

Se equivocaba por completo, como no tardaría en saber. En realidad, lo que estaba era asustado. Por primera vez en su vida, a Armel le había entrado el miedo.

NÉON reapareció cuarenta horas después de su partida. Era un momento del día en que, en circunstancias normales, ni siquiera se habría encontrado en Les Crêts. A la hora de la siesta del miércoles 9 de noviembre, una especie de zombi emergió del bosque, al pie mismo del pueblo, y se arrastró hasta la tasca. En este caso, con el empleo del verbo en la tercera persona del plural —«vieron»— no debe hacerse referencia al sujeto indeterminado pero colectivo que suele atribuirse a esta construcción verbal, en sustitución, más o menos elegante, de un sujeto colectivo comúnmente expresado como «la gente», sino a un sujeto individual. Pues, en efecto, en este caso quien identificó al zombi que surgía del bosque fue una sola persona, una mujer joven para ser exactos, y que a esas horas ya estaba muy cansada —aunque infinitamente menos que el zombi en cuestión—: la pequeña Benarbi, más conocida como *La tizón*, como la apodaban en el pueblo, que había aprovechado que sus tres hijos se habían quedado dormidos y que no llovía para salir a tender la ropa. En todo el pueblo y, cabe decir, en toda la región, no existía una persona más tímida que Aïcha Benarbi. En su fuero interno, Aïcha sintió un profundo desasosiego cuando, al día siguiente de casarse, su joven marido le instó, con una sonrisa de oreja a oreja, a renunciar al velo para siempre: soy un marido moderno, se justificó. Aquel era un hecho incuestionable.

Así que ese día, al divisar por encima de la cuerda de tender a un fantasma incorporarse en zigzag por la carretera en dirección a la tasca, detenerse en la puerta de su casa junto al medio tronco que semejaba un banco, inclinarse hacia un lado y luego hacia otro, entrar tambaleándose y desplomarse sobre el tronco (por un pelo no falló y se estampó contra el suelo), Aïcha soltó su cesta repleta de sábanas mojadas, se subió el cuello vuelto del jersey para taparse al menos la barbilla y, esforzándose por hacerse entender en un francés titubeante, le preguntó al misterioso espectro: «¿Se encuentra usted bien?».

Pero no se encontraba bien, eso saltaba a la vista. Néon no lo confirmó, pero tampoco hacía falta. Los dientes le castañeteaban. Bajo una barba de dos días de color rojizo, su rostro se atisbaba muy pálido. Su cabello ralo estaba empapado, y su ropa, manchada de tierra. Aïcha le tocó la muñeca y comprobó que ardía de fiebre.

—La fiebre —recordaría más tarde el doctor Clair, oriundo de la Isla de la Reunión y que pasaba consulta en Moureix—. Eso fue lo que lo salvó. Estos días no hace mucho frío, pero aun así...

Trasladaron a Néon a su casa. La tercera persona del plural del verbo, en esta ocasión, sí hace referencia a un sujeto colectivo, a saber: Alfred Deneriaz, el dueño de la tasca, alertado por los golpes de Aïcha en sus persianas; Marcellin Prot, el suegro de Alfred, y Steevie Perrault, un leñador. Encontraron la puerta de su chalé abierta, y el interior patas arriba: esta vez la tercera persona del plural designa a la

mujer de Alfred, Éliisa, a la pequeña Aïcha, a la señora Huon, que tenía un colmado justo al lado de la tasca, y a la señora Antonioz, que había visto pasar a toda la comitiva bajo su ventana y había decidido unirse al grupo. Llamaron (la señora Huon) al doctor Clair, que llegó al lugar en menos de media hora. En media hora nada más. Una suerte para las señoras, que habían dado una vuelta completa a la casa con el pretexto de encontrar algo de ropa y preparar un café; las mayores al menos, porque la pequeña Benarbi, tras una ojeada somera a esa casa de soltero, regresó a su trabajo: por muy moderno que fuera, su marido no dejaba de ser marroquí, al fin y al cabo. Marcellin, que había permaneció junto a la cama en la que habían acostado a Néon —los demás hombres también habían vuelto a sus ocupaciones—, lo oyó balbucear «Mina» varias veces en su delirio, y luego, con mayor claridad, «Mina verde y rosa». Marcellin estaba perplejo. Pero, cuando le confió su asombro a la señora Huon, esta comprendió enseguida que debía de tratarse de una de las visitantes de Paul Néon, y en cuanto a lo de los colores, debía de referirse a su sombra de ojos, o a su ropa interior.

El doctor Clair diagnosticó una neumonía. «¿Este señor vive solo?», preguntó inquieto. No le hacía ninguna gracia dejarlo solo, sin nadie que velara por él. Pero de ahí a ingresarlo...

Nadie sabía si Néon tenía familia o siquiera allegados (puesto que hoy en día esas cosas son distintas). Nadie sabía a quién avisar. Nadie mencionó a las jóvenes que entraban y salían de su vida constantemente, aunque todo el mundo pensara en ellas sin decirlo. El doctor optó por los cuidados a domicilio, es decir, por la visita, mañana y tarde, de Vera Polonowska, la enfermera del cercano pueblo de Villard. En cuanto a él, volvería esa misma noche y los días sucesivos para visitarle.

Marcellin se ofrecía ya a pasar la noche en un sillón a la cabecera del enfermo, cuando se escuchó al interesado gruñir: «¿Es que no *pueden* dejarme en paz?» Y aquí, la tercera persona del plural no se refería *solamente* a todos los que había allí presentes ni al cuerpo médico ni a las mujeres, no: la tercera persona del plural incluía, a grandes rasgos, *a la humanidad entera*.

Clair se apretó a explicar a Néon que no podía dejarlo así, sin vigilancia médica. El argumento deontológico y jurídico no debió de bastar, pues poco después los vecinos, desde el fondo de la habitación, donde se habían replegado, recibieron sus amenazas: «En ese caso, me veré obligado a ingresarlo». Ese argumento sí que funcionó, y el médico, mientras organizaba la retirada silenciosa del auxilio municipal, confió en voz muy baja la conclusión del trato: Néon aceptaba la presencia de ciertos profesionales sanitarios, pero de nadie más.

Vera Polonowska era una rubia guapa y altanera. Cuando abandonaba la casa de Néon, el sábado siguiente a las diez, Vera se topó con una morena de ojos verdes que se quedó totalmente demudada al verla.

—Ha pasado buena noche —dijo Vera.

—Pues mire usted qué bien —replicó la morena, furiosa—. Qué detalle por su

parte contármelo.

—Oh, sin duda no sabe que el señor Néon no se encuentra muy bien... Soy la enfermera que lo visita por la mañana y por la tarde. ¿Es usted pariente o allegada suya, quizá?

—Esa es una pregunta a la que lamento no poder contestar ni con un sí ni con un no. Hace año y medio que yo misma me la hago, y créame que me encantaría saber a qué atenerme al respecto. Pero, dígame, ¿qué le pasa a Paul?

—Ya veo —dijo Vera, eludiendo responder enseguida—. No es usted ni su mujer ni su hermana pequeña ni nadie del pueblo...

—No soy ninguna de esas tres cosas —confirmó la joven—. Tuve un papel secundario en una obra que Paul montó y dirigió hace dos años en Vizille.

—¿Y si le recomendara que se quedara junto a él, sería para usted una molestia? —la interrumpió Vera, que veía las cosas cada vez más claras.

—Me encantaría —contestó la joven—. Nunca he pasado más de dos o tres horas seguidas con él. Y nunca de noche: sostiene que solo puede dormir si está solo.

—No se haga ilusiones. No se encuentra muy allá...

—¿Qué tiene?

—Neumonía, y probablemente algo más.

—¿Es grave?

—Podría serlo, sí. El médico que sigue su caso llegará más tarde. Tenga, aquí está su tarjeta. Y tenga también la mía.

—Gracias. Me llamo Suzon Petitbeurre.

Suzon permaneció con Paul hasta el domingo a la hora del almuerzo: un día, una noche y una mañana seguidos; era la primera vez que le ocurría algo así con Néon.

Sin embargo, esas treinta horas no fueron para ella lo que se dice agradables. Paul estaba enfermo, mudo y de un humor de perros. «En cuanto me pueda levantar, me largo de aquí», se limitó a mascullar el sábado por la noche, y no añadió más comentarios.

El domingo, durante su visita de la última hora de la mañana, el doctor Clair entendió qué mal aquejaba a su paciente, aparte de la neumonía. Néon se había puesto amarillo. Al palparle el vientre, el enfermo dio un respingo.

Con un gesto, el médico le indicó a Suzon que quería hablar con ella fuera de la habitación.

—¿A su amigo le gusta el alcohol? —le preguntó sin rodeos.

—El alcohol, las mujeres... Pero, por lo que yo sé, si algo hay que le gusta es lo primero —contestó Suzon, no sin cierta amargura.

—¿Me disculpa un momento? —pidió Clair, sacándose un teléfono móvil del bolsillo—. No puedo dejarlo aquí.

Suzon lo detuvo poniéndole la mano en el brazo.

—Hay demasiadas cosas que se me escapan. Tengo la impresión de que soy la única que no sabe lo que le pasa. ¿Qué le ha ocurrido? Ayer fui a comprar queso, y en

la tienda me preguntaron por él, que cómo estaba. Todo el pueblo parece estar enterado de su situación. Y eso no me cuadra mucho con Paul, con cómo es.

El médico repitió lo que le habían contado a él, lo de Néon saliendo del bosque a la hora de la siesta, tambaleándose como un zombi por la carretera, tratando, sin conseguirlo, de volver hasta su casa, y desplomándose al final en la puerta de la tasca, empapado, helado y ardiendo de fiebre.

—¿Empapado? —se extrañó Suzon.

—Empapado y lleno de tierra —detalló Clair—. Lo propio de alguien que ha pasado la noche fuera de casa, me dijeron las mujeres. Al raso, quiero decir.

—Sí —masculló Suzon—. Lo propio de alguien que no ha conseguido llegar hasta su casa al salir del bar por la noche.

Paul, entre tanto, se había quedado dormido y había empezado a roncar. El médico marco un número de teléfono. Pronunció una serie de extrañas palabras; a Suzon le pareció que hablaba en griego.

—¿Y qué tal Lyon? —Lo oyó repetir en francés, para terminar—. ¿No sería mejor Lyon?

Se volvió a guardar el móvil en el bolsillo.

—Hay que ingresarlo urgentemente —anunció—. Estas cosas pueden ser fulgurantes. Hay un buen servicio de hematología en el Hospital Hospices de Lyon. El Samu está comprobando si hay camas libres.

En esto le volvieron a llamar. Clair utilizó el teléfono en dos ocasiones más: una para contactar con la ambulancia, y la otra para avisar a su mujer de que llegaría tarde.

—La ambulancia ya está en camino —advirtió a Suzon—. Tardará un cuarto de hora en llegar. Me quedo a esperarla con usted. No estoy seguro de que el señor Néon se vaya a dejar trasladar tan fácilmente...

Calló unos segundos y, cuando volvió a hablar, lo hizo con un tono menos profesional.

—Si no me equivoco, me ha parecido oír hablar de queso hace un momento... Le confesaré una cosa: estoy que me muero de hambre.

Eran las doce y media. Suzon y Parfait Clair atacaron el queso beaufort que había en el rincón de la mesa de la cocina que habían conseguido despejar. Había más de un centenar de botellas, vacías, llenas y medio llenas, en una caja al fondo de la habitación; sin embargo, ninguno de los dos quería beber vino. Mirando a Suzon, Clair se dio cuenta de que «entradita en carnes» era una de las expresiones más bonitas de la lengua francesa.

—Y, dígame, ¿a qué se dedica exactamente el señor Néon? —preguntó.

—Pues actualmente no a gran cosa, al menos hasta lo que yo sé —contestó Suzon—. Aunque, bueno, ya habrá podido comprobar que no estoy muy al tanto de la vida de Paul. Es una persona muy culta. Tiene cierta reputación entre la gente de su mundillo, bajo un nombre distinto al de Néon. No muy distinto. Bueno, sí, bastante,

en realidad: Néant^[2]. Él lo prefiere así. Siempre lo he visto presentarse ante la gente como Paul Néant. Pero cómo se gana la vida, de eso ya, ni idea. Cuando lo conocí, hace dos años y medio, dirigía una pequeña compañía de teatro, en Vizille. Lo hacía todo él: se encargaba de la puesta en escena, de la dirección, de la iluminación, retraducía los textos de Shakespeare y escribía artículos más bien mordaces en revistas de culto. Pero ya entonces me preguntaba cómo se ganaba realmente la vida.

»Representamos una versión de *Coriolano* que fracasó. Creo que Paul había conseguido una subvención, que perdió a raíz de ese desastre. Después, por lo que sé, montó un cineclub en Val-d'Isère, más o menos financiado con fondos municipales. Las películas se proyectaban en el salón de actos. La idea no era mala, con lo que se llena ese pueblo de gente desde principios de diciembre hasta finales de abril. Pero los que venían de vacaciones preferían ver la birria de estrenos del mes en el multisalas, donde ponían la calefacción a tope. Paul se quejaba de que lo hacían porque se dormía mejor allí después de esquiar.

»Él, que no era la alegría de la huerta, se transformó después de aquello en un misántropo consumado. Se despidió del teatro y del cine, y se mudó a este pueblucho perdido de la mano de Dios. Que yo sepa, carece de cualquier tipo de fuente de ingresos. Lo que no sé es cómo puede pagar el alquiler de esta choza ni de dónde saca para sus vicios.

Indicó con la barbilla la caja de botellas. Sumó otro silencio.

—No está mal el chalé —opinó Clair.

—¿Lo dice en serio? —preguntó Suzon, medio atragantándose.

La llegada de la ambulancia puso punto final a la conversación.

Paul protestó vociferando, pero con un hilo de voz, lo que se concretó en un extraño carraspeo.

—No le he dado mi consentimiento... —jadeó.

—Ni yo se lo he pedido —replicó, con rotundidad y firmeza, Parfait Clair.

Paul no era capaz de sostenerse en pie, lo cual facilitó bastante las cosas.

—¿Es necesario que lo acompañe hasta Lyon? —preguntó Suzon mientras sacaban la camilla por la puerta—. Si le soy sincera, no pensaba estar hoy aquí. Tengo pendiente cerrar la contabilidad de toda la semana.

—No se preocupe —la tranquilizó Clair—. Conozco muy bien a Alain N'Guyen, el conductor de la ambulancia. Es de confianza. Se lo voy a apuntar todo muy clarito, el hospital, el servicio y el nombre del médico de guardia esta tarde. No habrá ningún problema. El señor Néon no está como para protestar, ya lo ha visto usted misma. Esta noche no armará jaleo. Y, a mi juicio, estará al menos diez o quince días sin poder siquiera tenerse en pie. Llamaré a Lyon a última hora de la tarde para asegurarme de que no ha habido problemas con el ingreso. Y estaré en contacto con el hospital, claro. ¿Es usted contable, acaso?

—No —rectificó Suzon—. Electricista.

—¿Electricista? —repitió Clair.

—No me diga que es la primera vez que ve a un electricista.

—No, pero nunca había visto ninguno tan *atractivo*...

—¡Ya está! ¡El machista de siempre! —protestó Suzon.

—¿Hace tiempo que se dedica a ello? —quiso saber Clair.

—Casi diez años. Soy semióloga de formación. Semasióloga, para ser exactos. Pero la semasiología, para ganarse el pan... Pasa como con la semiología en general: no hay puestos de trabajo y, cuando los hay, los sueldos son bajísimos. Mejor le ahorro las etapas de mi reconversión. Al fin y al cabo esto no era más que una vuelta a la tradición familiar. Mi padre es electricista. Con nueve años me instalé yo solita la electricidad en el garaje de mi abuela. No me ha costado mucho conseguir mi propia clientela; eso sí, poniendo S. Petitbeurre en los papeles, nunca Suzon...

Una vez que se hubieron marchado la ambulancia y el médico, Suzon regresó al chalé para coger su bolso y su anorak. Bajó la calefacción, de paso se terminó el queso y, con la boca llena, salió, cerrando la puerta con varias vueltas de llave. Permaneció unos segundos en la entrada, inmóvil, con las llaves en la mano. Y luego se marchó a pie hasta la Alpette. Vio que la tasca estaba abierta. Anunció a Élisa, que ya lo sabía todo pero fingió sorpresa, que acababan de llevarse a Paul al hospital, y se anticipó a sus dudas precisando que a Lyon, aunque sin puntualizar en qué servicio iban a ingresarlo.

Para evitar la sucesión de preguntas a la que no le apetecía lo más mínimo contestar, añadió: «y sí, está peor de la neumonía». Y le entregó las llaves.

Volvió a subir hasta el chalé, cogió su Twingo y tiró en dirección al valle. Cuando estuvo a resguardo de las miradas de los vecinos, al pie del pueblo, paró el motor, se cambió los mocasines por unas botas y se adentró a grandes zancadas en el bosque. Conocía bien el camino: solo había uno. Avanzó doscientos metros, pasando muy cerca, aunque sin verla, de la bufanda empapada del hombre que en esos instantes ocupaba sus pensamientos. A pocos metros de allí, en una pendiente que bajaba a un lado del camino, distinguió el brillo de la botella cuadrada, iluminada por un rayo de luz, y, al lado, una huella de tamaño y forma humanos, que identificó con la que —supuso— había dejado el cuerpo de Paul mientras yacía en el suelo. Olía a tierra fresca y a setas, a paseo de jubilado, a cuento para niños; la temperatura era agradable, pero a Suzon le recorrió un escalofrío. En un gesto de pudor casi conyugal, agarrándose a unas ramas bajas, buscó la botella, constató que estaba vacía y leyó en la etiqueta: «Ron Blanco Agrícola Imperial. 40% vol.» Dio media vuelta, con el objeto en la mano, y luego lo ocultó bajo su anorak hasta el momento en que salió del bosque y se metió de nuevo en su coche.

YA el mismo día 16, uno después del accidente, pudieron confiar la verdad a Arthur Montbrun, pues las noticias eran algo más tranquilizadoras. Su madre tenía dos costillas rotas, el esternón hecho pedazos y un neumotorax que requirió una intervención quirúrgica, pero al menos no le quedarían secuelas: en quince días le darían el alta. En cuanto a su padre, esa misma noche aterrizaba en Nantes, por lo que, en total, los cuatro hijos de la pareja no tuvieron que pasar más que una sola noche fuera de casa.

Resultaba inexplicable que Anne-Marie se hubiera salido de la carretera. Las dos horas que siguieron al accidente, el 15 de noviembre, los gendarmes las invirtieron en inspeccionar la curva de Galardons, sin encontrar nada que pudiera haber desviado a la conductora de su camino.

El asfalto estaba seco. No se distinguían señales de un frenazo brutal ni ningún indicio de qué podía haber motivado el accidente, ya se tratara de un charco de aceite, una boñiga de vaca, ni siquiera de una bosta finísima de uno de esos caballos excepcionales que constituyen el orgullo de la región.

—A lo mejor se le cruzó un jabalí... —aventuró el aspirante Nicos Hariri, un tipo moreno que se parecía tanto a Sarkozy que todo el mundo se equivocaba con su nombre y lo llamaba directamente Nicolás.

Sí, y un ciervo, no te fastidia —contestó irritado el coronel de Billepint, que precisamente se disponía a aventurar la hipótesis del venado cuando justo su subordinado se le adelantó con lo otro.

El jefe del servicio de cirugía donde estaba ingresada Anne-Marie hizo esperar tres días a Billepint antes de permitirle interrogar a la accidentada. Con su gran camisón blanco con cuello de encaje y sus rizos sobre la almohada, dispuestos como una aureola alrededor de la cabeza, la joven tenía todo el aspecto de una muñeca rota. Su marido la acompañaba, y al ver entrar al gendarme se levantó como impulsado por un resorte. Anne-Marie lo retuvo cogiéndole la mano:

—Quédate. No le voy a decir al coronel nada distinto de lo que llevo cuarenta y ocho horas diciéndote a ti.

Billepint no tuvo más remedio que reconocer que el aspirante cuyo nombre no era Nicolás no iba tan desencaminado. No era un jabalí cruzando la calzada lo que había obligado a Anne-Marie a salirse de la curva para evitarlo, despeñándose ladera abajo, sino un coche atravesado en medio de la carretera. «Un coche vacío», precisó Anne-Marie. No había conductor ni pasajero, ni nadie sentado en el asiento del copiloto. «Mientras me precipitaba pendiente abajo, solo veía esa imagen en mi cabeza: la de un coche fantasma. Le pareceré tonta perdida, pero en aquel momento sentí un miedo tremendo».

«Una berlina grande, azul marino o negra», repetía Anne-Marie. «De aspecto un

poco antiguo quizá, algo así como un Peugeot de hace quince o veinte años.» Pero no pretendía ir más allá en su descripción. Estas cosas suelen ocurrir en unos pocos segundos. No estaba segura de nada más que de la ausencia de vida, tanto en el interior del coche como en los alrededores.

Al acompañar a Billepint hasta el ascensor, Montbrun se sinceró con él: «No estoy muy seguro de que mi mujer razone con claridad. Un coche vacío, en plena curva... La cosa no es muy plausible que digamos. Sobre todo si el coche en cuestión desaparece enseguida como por arte de magia y resulta que nadie, salvo ella, lo ha visto».

ARMEL casi nunca exhibía su mal humor. A Maïté le faltó poco para preguntarle: «Pero bueno, ¿y a ti qué te pasa?». Sin embargo, prefirió no reparar en su aire sombrío y salir como tenía previsto a comprar unas cosillas para el almuerzo.

—¿Qué te apetece comer hoy? —le preguntó ella desde la puerta con una voz que intentó que sonara amable, aunque solo fuera para relajar un poco el ambiente.

—Me la suda... —contestó Armel.

Más que ofenderse, Maïté se sorprendió. Armel no se mostraba nunca basto, solo por escrito si acaso, cuando era necesario, y midiendo mucho las palabras. De hecho, se corrigió de inmediato.

—Perdóname... Compra lo que quieras.

—¿Mejillones? —propuso Maïté.

—Sí, muy bien, mejillones —musitó Armel sin pensar—. Muy, muy bien...

Tampoco era su estilo repetir las cosas tantas veces, pensaba Maïté mientras esperaba a que le tocara su turno en la pescadería. Armel se lo había advertido a menudo, que no hay nada más difícil de manejar que la repetición. «Si se hace mal, el estilo queda pesado y torpe, y acaba sonando tonto. Si se hace bien, en cambio, se crea un pequeño eco, como la resaca de las olas: pura poesía.»

—¡Repítame eso! —Bramaba Armel al teléfono en ese preciso momento.

Había temido que Maïté, al notarlo raro, decidiera no salir. La idea de comer mejillones le producía arcadas, pero habría tolerado cualquiera de las sugerencias de Maïté con tal de verla por fin salir por la puerta.

Ella vaciló un poco, pero al final se marchó. Él la contempló abrir y cerrar la verja, con el viento azotándole el pelo, y esperó un minuto, por miedo a que se hubiera olvidado el monedero o las llaves, y debiera regresar.

Pero no volvió. Armel se armó de valor y llamó a Ivan, rezando no sabía a qué deidad, como un niño; «que esté en casa, por favor, que se ponga al teléfono».

—¿Diga? —contestó una voz al otro lado del teléfono.

—¿Ivan Georg? —se aseguró Armel.

—El mismo.

—Soy *Ballon*. *Ballon de Alsacia*.

—No hace falta que lo precise usted, ya lo había reconocido... Pero, oiga, qué voz más rara tiene...

—Discúlpeme, es que me están ocurriendo unas cosas un tanto extrañas. Mire, Ivan, en cualquier momento me pueden interrumpir, así que mejor iré al grano. ¡Estoy recibiendo amenazas! Llevo veinticuatro horas pensando en telefonarle, pero no me he decidido hasta ahora. Anoche no pude pegar ojo hasta las tres de la madrugada. Y, si por fin logré conciliar el sueño, fue porque había tomado la decisión de tragarme la vergüenza y llamarle a usted.

—¿Qué ocurre?

—Le cuento. Desde que puedo recordar, tengo costumbre de salir a dar un paseo cada mañana antes de ponerme a trabajar. Me considero una persona de horarios fijos. Desde hace años, desde que vivo en Plouec'h, de hecho, sea verano o invierno, salgo cada mañana a las ocho y media, camino una hora exacta, y vuelvo a mi casa a las nueve y media. Después leo un rato el periódico y, acto seguido, me siento a mi mesa a escribir. ¿A qué estamos hoy? ¿Qué día es del mes?

—Hoy es 25.

—Viernes 25, sí... 25.

Armel calló el tiempo justo para contar con los dedos.

—Pues bien. Hace exactamente seis días, el sábado pasado, concretamente, durante mi paseo, me topé con dos tipos por el camino. Parecían estar esperándome. Se me ha olvidado decirle que, desde hace años también, doy todos los días el mismo paseo. Tampoco es que en Plouec'h haya muchas más opciones que se diga. Al oeste está el pueblo, el puerto, la gente. Mientras que si caminas hacia el este, enseguida puedes disfrutar de una soledad absoluta. A cien metros de mi casa parte un senderito que te lleva en veinte minutos hasta lo más alto del acantilado. La pendiente es muy pronunciada, pero el esfuerzo merece la pena porque la vista allí es extraordinaria. Uno nunca se cansa de admirarla. Haga el tiempo que haga, el mar... Bueno, ya sabe cómo es el mar, nunca está igual que el día anterior. Siempre sopla viento, allá arriba; el viento me ayuda a despejar las ideas. Vamos, que de ese paseo es de donde saco energías para el resto del día.

»Estoy tentado de decir: *sacaba* energías. No tengo claro que vaya a volver a poner un pie en ese acantilado...

»Como le iba diciendo, serían las nueve cuando llegué a la cima. Por las mañanas no suelo encontrarme a nadie allí. Pero ese día, bajo la llovizna, delante de mí vi a dos tipos, inmóviles, que me miraban fijamente según me iba acercando.

»No me dejé impresionar. El sendero es muy estrecho justo en el lugar donde ellos se habían apostado, justo al lado del barranco. Pero es también el lugar desde el que la vista es más hermosa. Al fin y al cabo, el paisaje es de todos, ¿no es así? Me acerqué a ellos. Reparé en que los dos tipos me miraban fijamente. No parecían muy amables. Pero bueno, eso sería asunto suyo. Avancé hasta donde ellos estaban y les di los buenos días. Igual que hace todo el mundo aquí en el pueblo, por lo demás. No me contestaron. Seguí caminando y pensé: estos dos no son de por aquí.

»No debía de estar tan tranquilo como ahora cuando lo cuento porque, para regresar, en lugar de dar media vuelta por el mismo sendero, como tengo por costumbre, me desvié tierra adentro, y me interné por un bosque de pinos que hay por allí, a quinientos metros de la costa. Un sitio muy agradable también. Es un itinerario que elijo de vez en cuando.

»A la mañana siguiente, era domingo, tampoco voy a decir que el incidente del día anterior se me hubiera olvidado, pero no estaba en absoluto preocupado. Esa

mañana no llovía. Di mi paseo habitual, y ¿qué cree usted que vi? A los mismos dos tipos, en el mismo lugar del camino que el día anterior. Me dije: bueno, vale, lo mismo les apetece charlar un poco. Me acerqué y, desde una distancia de unos cinco metros, los saludé. No me contestaron. Su mirada era como la de los matones. Al llegar a su altura me paré y les pregunté: “¿Qué? ¿Están de turismo?”. Cuando lo pienso, me faltó poco para decir algo del estilo de: “¡Qué buen día hace hoy!”. Los tipos no me respondieron. No se movieron siquiera del sitio, y se limitaron a seguir mirándome con insistencia. Me encogí de hombros y los adelanté, pero alejándome cuanto pude del precipicio, a cincuenta centímetros de donde estaban ellos apostados. Cuando lo recuerdo no es agradable, se lo aseguro.

»También ese día decidí volver por el bosque. El resto del domingo le confieso que repasé la escena mentalmente varias veces. ¿Sigue usted ahí?

—Le escucho, *Ballon*. Continúe.

—El lunes llegué a lo alto del acantilado, y allí estaban de nuevo los dos vigías. De pronto noté que empezaba a encontrarme indispuerto. Sentí que las piernas no me sostenían. Me dije: «Esta vez, nada de ser amable ni de darles conversación. Mejor mantener la boquita callada». Pero, justo cuando me estaba aproximando a donde ellos estaban, se echaron a un lado en el sendero para que tuviera que asomarme al borde del precipicio si quería adelantarlos. Yo lo hice, pero dándome prisa, se lo aseguro. Una vez les dejé atrás sentí una necesidad urgente de sentarme. Me obligué a estar fuera de su campo visual antes de desplomarme en el suelo. Le confieso que, una vez en el bosque, me tumbé boca arriba, cuan largo soy, y allí me quedé mirando al cielo durante cinco minutos por lo menos.

»El martes decidí dejar de dárme las de valiente. Abandoné mis costumbres. Salí de casa media hora más tarde. Y, esta vez, qué alivio, los dos tipejos no estaban en el acantilado. La euforia me duró todo el día.

»El miércoles, esto es, antes de ayer, me atuve a mis nuevos horarios. No vi a nadie. Todo iba bien. Bueno, me dije, al final mi miedo estaba infundado.

»Pero ayer, diantre... Ayer ahí estaban de nuevo los dos tipos, esperándome. Caía una llovizna fría. Confieso que al verlos perdí los papeles por completo. Estaría ya a diez metros de ellos cuando, presa del pánico, di media vuelta y empecé a bajar atropelladamente la cuesta en dirección al pueblo. Tengo que reconocerlo: me largué lo más deprisa que pude, casi corriendo. Pero no lo suficiente para no oír como uno de ellos me gritaba: “Esto parece una novela policíaca barata, ¿eh, Le Gall? Con personajes vulgares y una intriga burda y aburrida. ¡Pobre Le Gall, a él le gusta la buena literatura, vaya que sí! Esto no pasaría en una buena novela, ¿eh?”. Ya lo oye usted, Van, hacían hincapié en el adjetivo “bueno”. “No pasaría en una buena novela, de eso nada...”.

—Increíble... —susurró Van.

—¿Verdad?

—Más aún de lo que cree.

—¿A qué se refiere?

—Esa frase que acaba de decir, esa amenaza precisa, me la relató también otra persona, en los mismos términos, hace exactamente tres días... *Ballon*, tenemos que vernos.

—Espere. ¿A quién le han dicho esa frase?

—¿No se lo figura? A otro miembro del comité, claro. Alguien lo había amenazado en los mismos términos que a usted. Palabra por palabra. *Ballon*, ¿dónde y cuándo podemos vernos?

“**MAÑANA** mismo”, propuso Le Gall. En Rennes, en la estación del tren de alta velocidad. Equidista de mi acantilado y de su librería... Al menos en tiempo...»

Pero a Ivan le incomodaba que tuvieran que verse en sábado. Era su mejor día en lo que a ventas se refería. Un imperativo que no podía obviar, por muy dado que fuera, por su temperamento, a que precisamente esas cosas le trajeran al paio.

—¿Y qué tal el domingo? —preguntó Le Gall.

El domingo a Van le iba mejor. Por la tarde, preferiblemente.

—La mañana del domingo la reservo a... ya sabe, *a la lentitud*, digamos.

—Una manera muy bonita de decirlo —comentó Armel.

Si tomaba un tren a eso de las dos, Van podría llegar a Rennes para la hora de la merienda, y estar en París a la de la cena. «Al bajar del tren», le indicó Le Gall, «suba a la primera planta de la estación por la escalera mecánica. Justo enfrente de la escalera reconocerá un café que se llama Le Parisiën. Lo han puesto ahí para usted. No vaya más lejos. Nos podemos ver allí.»

En cuanto a él, prefería viajar en coche. Cada vez que conducía más de cien kilómetros se le ocurría una idea nueva para una novela. Siempre se decía que, si hubiera conducido durante otros dos mil más, al alcanzar su destino la novela habría estado terminada.

Encadenó carreteras secundarias con su viejo Renault, atravesando un bosquecillo extrañamente vacío y muy verde para el mes de noviembre. Dejó su coche debajo de la estación, en el gran aparcamiento que todavía olía a pintura y a cemento frescos, y llegó el primero a la cita. Su reloj indicaba las cuatro y dos minutos cuando se instaló en una de las mesas de Le Parisiën. Había encontrado sitio en el que, a su juicio, era el lugar ideal para lo que se proponía ese domingo: la mesa de la esquina, cerca de la puerta, junto a la ventana.

Pidió un litro de sidra y dos vasos a una pelirroja de mediana edad y con mal de amores, supuso, a juzgar por la expresión de su rostro. Tenía veinte minutos por delante hasta su cita con Van, así que abrió el primer tomo de los *Papiers collés*, de Perros^[3]. Había pensado en acompañarse de un libro de fragmentos que no exigiera una atención demasiado concentrada. En vano: ni allí, en Le Parisiën, ni el día anterior en el sofá de su casa consiguió leer más de tres líneas seguidas. O peor: en realidad podía leer diez o doce, pero entonces se daba cuenta de que no se había enterado de nada. Tenía la mente en otra parte. En su cabeza se repetía una y otra vez, como el día anterior, como lo había hecho un centenar de veces mientras se encaminaba hacia allí, esa voz cascada que berreaba: «A Le Gall le gustan las *buenas* novelas, las *buenas* novelas». Sintió como que se ahogaba, y pensó: «Menos mal que estoy sentado».

Estaba leyendo por tercera vez la frase: «Los cuadros piensan, el lenguaje

trabaja», mientras apuraba su primer vaso de sidra, cuando distinguió a Ivan en lo alto de la escalera mecánica. Descubrió enseguida Le Parisiën, y se quitó con una sola mano la bufanda antes de entrar. Ese Van que le había confesado que rondaba los cincuenta pero que se asemejaba a un estudiante insomne, con su ropa raída, sus gestos de miope y su cabello rizado y alborotado.

Armel se levantó de su rincón y fue a su encuentro. Lo invitó a sentarse a su mesa, frente a él.

—Créame que estoy consternado —confesó Ivan—. No pensaba que fuera a hacerle correr el más mínimo riesgo a usted o su familia. Hasta ahora solo Francesca y yo hemos sido blanco de sus ataques. Es normal... Pero estaba convencido de que usted no tenía nada que temer.

—A decir verdad, por primera vez en mi vida he pasado un miedo de muerte. —Consultó su reloj—. Pero esté usted seguro de que vamos a defendernos de estos ataques, por supuesto. ¿Qué tren de vuelta piensa coger?

Van disponía de una hora y media por lo menos. Acaparó la conversación. La noche anterior había sido a él a quien le había tocado no pegar ojo.

—A continuación le contaré por qué está ocurriendo todo esto —bajó la voz—. Después de su llamada, las cosas se precipitaron, en cierto modo. Pero empezaré por lo que le di a entender por teléfono. La misma frase amenazadora que le gritaron a usted en el acantilado también se la espetaron a *Brother Brandy*. Fue el 7 de noviembre, por la noche. —Van acercó la cabeza a la de Armen y continuó en un susurro—: En lo que a *Brother* respecta, somos muchos los que pensamos que es el mejor prosista francés vivo.

—Me parece que me hago una idea de quién puede ser —sospechó Armel.

—Guárdese sus conjeturas, por favor. No mencione nombres. ¡Aquí no! *Brother* vive en un agujero perdido, allá en las montañas. Recibí una llamada suya hace diez días. Me pedía que le visitara en el hospital, en Lyon.

Al oír aquello, Armel levantó bruscamente la cabeza.

—No se preocupe. Saldrá de esta —lo tranquilizó Van.

Le estaban tratando una cirrosis, latente hasta entonces, y que se había manifestado a raíz de la agresión. A las preguntas de los médicos, *Brother Brandy* había contestado con evasivas. Les contó no sé qué de una velada en la que había corrido demasiado alcohol. Eso podía bastar, juzgaban los médicos. Pero a Van le había contado que durante casi dos días había estado solo en el bosque, inconsciente: entre la noche del 7 de noviembre y la tarde del 9, es decir una noche, un día, otra noche y la mitad del día siguiente.

—Ahora permítame que retroceda un poco en el tiempo —anunció Van—. *Brother* estaba pasando una mala racha. Estaría de acuerdo conmigo si supiera de quién se trata. Hablamos de un hombre que pasa por largos periodos de esterilidad durante los cuales no consigue producir nada. Eso desquiciaría al más pintado. Me lo dijo él mismo. No somos muchos los que lo sabemos. En esos momentos se consuela,

o más bien se *distrae*, con el alcohol, y cuando hablo de distraerse lo hago en el sentido más trágico del término.

—*Dis-trahere* —iluminó Armel—: le pide al alcohol que le haga *sustraerse* de sí mismo.

—Veo que es usted latinista —sonrió Van—. Bien. Durante estos últimos meses, *Brother* encontró el olvido en el alcohol, aunque también un poco de esperanza en Stendhal. Todo el mundo sabe que el maestro escribió *La cartuja de Parma* en cincuenta y dos días, justo antes de la Navidad de 1838. Pero lo que algunos ignoran es que Stendhal tenía entonces cincuenta y cinco años, y llevaba prácticamente diez sin escribir nada bueno. El seudónimo elegido por *Brother Brandy* era el apodo que Stendhal le puso a un amigo de juventud inglés, Edouard Edwards. Y cabe pensar que fuera también una apelación cariñosa empleada por ambos para referirse al alcohol.

»Entre 1830 y el final de 1838, Stendhal empieza un montón de cosas pero no consigue terminar nada. *El rojo y el negro* se publica en 1830. Stendhal tiene cuarenta y siete años. A partir de entonces no acaba de dar pie con bola.

»Empieza *Mina de Vanghel* y la abandona a las cincuenta paginas. Es nombrado cónsul en Italia. Allí se aburre a más no poder. Escribe todo el tiempo, pero con continuas interrupciones. Intenta contar su vida varias veces, redacta memorias. Empieza unas cuantas novelas. Llega bastante lejos con *Lucien Leuwen*^[4]. Pero se harta de cada uno de los libros que empieza.

»En 1836 le conceden unas vacaciones, y aprovecha para regresar a París. Feliz de estar de vuelta en la ciudad, escribe artículos y relatos. Tiene un montón de proyectos en mente. Al año siguiente retoma el personaje de Mina, y empieza de nuevo su novela con una larga introducción que se publicará después de su muerte con el título de *El rosa y el verde*, Es como el principio del libro del que *Mina de Vanghel* era el esbozo. Stendhal escribe ciento setenta y dos páginas y, una vez más, se interrumpe. Se sabe por sus notas de trabajo que preveía para esa novela dos tomos de cuatrocientas cincuenta páginas cada uno.

»En 1838 publica *Memorias de un turista* y, en distintas revistas, varios relatos como *Vittoria Accoramboni*, *Los Cenci*, *La duquesa de Palliano*... Comienza *La abadesa de Castro*^[5]. A principios de septiembre se le ocurre la idea de *La cartuja de Parma*. Se encierra a escribir el 4 de noviembre, y el 26 de diciembre la novela ya está terminada.

»La impotencia, la duda, el temor obsesivo de no volver a escribir nada bueno... *Brother* llevaba años padeciendo todo eso —entendió Van—. No conozco en detalle todos los manuscritos que comenzó para luego abandonarlos. Lo que me reveló es que ya no podía vivir sin Stendhal. Leía y releía sus novelas febrilmente, su biografía, sus cartas, sus escritos íntimos. Y todo porque esperaba el día en que una especie de *Cartuja* se apoderara de él, o él de ella.

»*Brother* jamás ha concebido escribir de otra manera: siempre lo hace presa una especie de ansia. Entre una y otra fase de ese ansia, se derrumba en una fase de

espera. Y cuanto más dura la espera, peor lo pasa. Este año, al parecer, no salió ni un solo día del pueblo donde vive. Solo trataba con la gente que se desplazaba hasta allí para visitarlo y, según me reconoció, en su totalidad se trataba de mujeres. Y él no siempre se portaba bien con ellas...

Ya solo se dedicaba a una cosa. Van no se enteró hasta que habló con él, en Lyon, tres días antes. *Brother* bajaba una vez a la semana a Chambéry. Cruzaba la ciudad de un extremo a otro, y se detenía en cierto barrio de la periferia. Todos los miércoles ejercía de animador de lo que la asociación ATD-Quart Monde llama una «biblioteca de calle». A este hombre de grandísimo talento, probablemente el mejor prosista de su generación, se lo conocía solo por su nombre en ese desierto de la cultura. Extendía una manta al pie de una torre de viviendas, en un descampado yermo o, si llovía, en el vestíbulo de un edificio, y los niños acudían. Siempre llevaba consigo una maleta con libros. Los niños que sabían leer cogían los que querían, y, a los demás, *Brother* les leía en voz alta.

—Eso no me cuadra mucho con el retrato que me acaba de hacer de él —observó Le Gall—. Lo del mujeriego misántropo.

—¿No tiene usted la impresión de que la mayoría de la gente alberga en lo más hondo de sí misma a alguien muy distinto? —Trató de comprender Van—. En un sentido o en otro, alguien mucho menos agradable y menos simpático.

El caso es que, seis días a la semana, en ese pueblecito que odiaba, *Brother* se sentía como un león enjaulado. Recibía cada vez menos visitas y sacaba de quicio incluso a quien más paciente se mostraba con él. Comía lo primero que pillaba. Por las noches, tan asqueado de sí mismo como hambriento, solía cenar en una tasca de mala muerte que había junto a la carretera.

Se llevaba bien con Alfred, el dueño, que se negaba a incluir en el menú la *fondue* que le reclamaban los turistas, justificándose con que «eso está bien para las vacas suizas, no para las personas», y, en cambio, servía carne en salazón, guisos de ternera y hasta morcilla casera. *Brother* cenaba allí dos noches de cada tres. A la tercera ya ni siquiera era capaz de soportar a Alfred y sus insolencias.

—Fue en esa tasca —continuó Ivan—, el 7 de noviembre, después de cenar, seguramente bastante tarde, cuando lo abordo un desconocido.

»Había comido poco y bebido mucho. El desconocido corrió a sentarse a su mesa, trayéndose de la suya una botella empezada. Se presentó aduciendo que era cineasta, documentalista, y que estaba buscando unas localizaciones. *Brother* no recuerda de qué clase, pero sí que se trataba de un hombre bastante cordial, que bebía mucho y le ofrecía a él a menudo. Cuando por fin se hubo terminado el vino, pasó al licor de pera, luego al de hierbas y, por último, al de ciruela.

Había oscurecido del todo, el dueño de la tasca daba cabezadas detrás de la barra.

—*Brother* se levantó —narró Van—, y se despidió del hombre. Este se levantó también. Una vez fuera, echaron a andar juntos unos pasos. Entonces se incorporó otro desconocido y les propuso ir a dar un paseo por el bosque. A *Brother* no le

apetecía, pero no tuvo elección. Exhibieron ante él un argumento de peso, metálico y duro, y se lo hundieron en las costillas. No estaba la cosa como para oponer resistencia. *Brother* relata un trayecto a pie en la oscuridad: los dos tipos lo obligaron a avanzar, llevándolo casi a rastras; las ramas le arañaban la cara. Uno de los hombres le dijo: «Bébetelo esto». Él recuerda su terror, haber obedecido pese a todo, el alcohol que le quemaba el estómago, y una voz dura que le repetía: «¿Qué pasa, es que no es bueno? ¿No es lo bastante bueno para ti? ¿No es propio de una buena novela? Y eso que esta escena está bien. Es de novela negra, aunque muy muy negra, claro... ¿No sería un buen principio para una buena novela?».

—Oh, no —se lamentó Armel.

—Cuando *Brother* recuperó el conocimiento —prosiguió Ivan—, tiritaba de fiebre. No sabe de dónde sacó fuerzas para arrastrarse hasta el pueblo. Pero sí sabe lo que le empujaba —lo reconoce no sin vergüenza—: el miedo atroz a que sus agresores volvieran a por él.

—¿La cirrosis se cura? —preguntó Armel.

Van hizo una mueca dubitativa.

—Sí y no. Tratamiento no hay, desde luego. Lo único que se puede hacer, si de verdad se quiere sobrevivir, es no volver a probar una gota de alcohol.

—¿Y *Brother* quiere sobrevivir?

Me parece que sí. Aunque no le va a ser fácil. Le va a costar pasar sin transición del alcoholismo a la abstinencia total. Pero no es eso lo que más le preocupa. Lo peor para él ahora mismo es la perspectiva de tener que volver al pueblo en el que vive. Me dijo que había dejado que lo llevaran al hospital porque le parecía la manera más sencilla de procurarse algo de protección. El día en que le den el alta, no sabe adónde irá.

—Yo lo acogería con gusto en Bretaña... Aunque no estoy seguro de que sea una buena idea, sobre todo teniendo en cuenta los recientes acontecimientos en el acantilado. Puede que también en mi caso lo más prudente sea desaparecer unas semanas.

—Me extrañaría que fueran a buscarlo a su casa —le consoló Van—. Quiero decir, que se atrevieran a *acosarlo* en su propia casa.

Sin embargo, algo en su voz translucía que, en el fondo, no excluía esa posibilidad. El mismo se dio cuenta mientras pronunciaba esas palabras. Le Gall, al otro lado de la mesita del café, pareció de pronto viejo y frágil. De su primer y único encuentro conservaba el recuerdo de una masa impasible, como esculpido en un bloque de granito. En esta ocasión se encontraba más bien ante un gran bloque de arcilla, de un marrón mate, pero no tan compacto, y acosado por las grietas.

Pese a todo, le debía la verdad.

—Va a pensar que exagero —prosiguió—. Pero la serie no termina con usted. También han atentado contra otro miembro del comité: *Recato y Decoro*, Usted me llamó el viernes por la mañana, y ella lo hizo al día siguiente, ayer sábado, a última

hora de la tarde.

—¿*Recato y Decoro* es una mujer?

—Una mujer, sí, y fuera de lo común. Solo ha escrito tres libros, pero...

Armel no lo dejó terminar.

—¿Cuándo dejarán de evaluar a los escritores por el peso de su producción? Se puede haber escrito muy poco y ser un autor capital. Si Pierre Michon se hubiera atenido a sus *Vidas minúsculas*, si no hubiera escrito nada más, con todo ya se podría considerar ese libro toda una obra acabada...

—Me gusta que diga eso, usted que ha publicado tanto.

—¿Qué le ha ocurrido a ella?

También me ha llamado desde un hospital, uno de provincias.

Ha sufrido un accidente de coche. Provocado, está segura. Pasa mucho tiempo en la carretera. Me lo contó ayer. Tiene un montón de hijos, lo más valioso de su vida, según dice, a los que lleva de acá para allá, siempre a las mismas horas. Vive en el campo.

—¿Está grave?

—A punto ha estado. Se ha salvado de milagro, gracias a que llevaba puesto el cinturón. Tiene varias fracturas y, desde el accidente, padece incesantes migrañas. ¡Ah, Armel, si la conociera usted! Es una chica preciosa, parece una rosa inglesa mismamente. Rubia, piel diáfana. Mejor no sigo...

—Quédese tranquilo, no tengo ni la más remota idea de quién puede ser.

—Nadie ha visto nunca una fotografía suya, luego le diré por qué.

—¿Y, entonces, el accidente? ¿Cómo fue?

Ivan resumió la historia en tres frases. Insistió, sin embargo, en lo más preocupante: el accidente había sido provocado.

—Una trampa... —Entendió Armel despacio.

—No le quepa ninguna duda. Diez minutos después, cuando llegaron la ambulancia y los bomberos, la carretera estaba desierta. A *Recato y Decoro* le está costando Dios y ayuda que la gente se crea su versión de los hechos. Aunque, bien pensado, no le importa mucho en realidad que trascienda. No le apetece lo más mínimo que la saquen en primera plana de los periódicos locales. Cuanto menos se hable de ella, mejor que mejor.

Pero, si había llamado a Ivan, era para confiarle algo que solo podía contarle a él. A él y a nadie más. Ni a su marido. Armel fue, pues, el segundo en enterarse. El día del accidente, cinco minutos antes de subirse al coche, había recibido una llamada telefónica. Era una voz de hombre, que le dijo, haciendo hincapié en determinadas palabras: «Buena, buena, la buena novela... ¡Ah, las buenas, buenas novelas! Porque es que no son todas buenas, las novelas. Las hay buenas, y no tan buenas...». El hombre repetía el adjetivo una y otra vez. Y, acto seguido, colgó, y ella se quedó con un palmo de narices.

Al principio no se preocupó porque pensó que era yo quien la había llamado. El

tono parecía jovial. Debió de pensar que quería contarle una buena noticia y que lo estaba haciendo en clave.

»Pero la verdad es que sí que estaba un poco extrañada. Desde el principio yo había respetado las reglas del juego: habíamos convenido en que no la llamaría bajo ningún concepto. Lo haría ella, en todo caso, si era necesario. Ni ella ni yo pronunciábamos nunca las palabras. Ya sabe... “La buena novela...”.

—Correcto. Son las mismas consignas que me facilitó usted a mí —dijo Armel.

Aquella no era ni una aprobación ni una observación destinada a reencauzar el diálogo. Sonaba exactamente como lo que era. Podía haber dicho: «Pues sí que estamos apañados», o algo parecido. E Ivan debió de comprenderlo, así que se quedó callado unos instantes.

—Pero aún no le he dicho lo mejor —prosiguió—. No le he contado a usted lo más cruel. La agresión estaba calculada con muy mala idea. Lo peor para *Recato* no es el accidente, sino el que los tipos que la atacaron la hayan identificado. Le explico. Esta mujer escribe poco y lo que escribe es de índole peculiar. Digamos *violenta*, No se trata de la palabra más adecuada, no del todo, pero tampoco resulta inexacta. Si le facilito más detalles, terminará por reconocer a *Recato*, y no quiero... Baste decir que solo puede escribir porque lo hace con seudónimo, un seudónimo que hasta sus allegados ignoran. Su editor no la conoce, nunca se han visto. Se comunican mediante un simple apartado de correos. No existen fotos de ella. Nadie en la *vida real* sabe que escribe y menos aún *lo que escribe*, salvo un hombre que es el inspirador y el destinatario de todos sus libros. Ella concibe como indispensable disfrutar, en un universo invisible, de una existencia absolutamente secreta en la que su inspiración germina y se desarrolla.

»¿Que cómo lo sé? Porque nos lo confesó ella misma, a Francesca y a mí, la única vez que la vimos. ¿Y por qué nos lo confesó, cuando para ella es tan importante dividir su vida en compartimentos tan estancos? Para saber, antes de comprometerse con nosotros, si por nuestra parte nos comprometíamos a mantener el secreto y a proteger la estanqueidad de dichos compartimentos. Cuando nos citamos con ella para preguntarle si quería integrarse en el comité (lo cual solo fue posible por mediación de su editor), ni Francesca ni yo sabíamos nada de ella. Solo estábamos seguros de su enorme talento y de su seudónimo. Ignorábamos su verdadera identidad. Ese día condicionó en un solo aspecto su participación en el comité. Le entusiasmaba el proyecto, pero nos obligó a prometer que no intentaríamos descubrir su verdadero nombre. E incluso anoche, cuando me llamó por teléfono, me reveló cómo vivía, pero no su identidad real.

Armel, entretanto, se mordisqueaba compulsivamente la punta del pulgar.

—Permítame. Estoy dándole vueltas a una cosa —anunció—. Los salvajes que le hicieron salirse de la carretera ¿sabían de verdad a quién atacaban? ¿Quiere decir eso que conocen todo sobre ella? No lo tengo tan claro. Concedamos que *Recato* haya sido agredida por su condición de miembro del comité de «La buena novela», al igual

que *Brother Brandy* y que yo mismo. Supongamos que su verdadero nombre sea, pongamos, doña Rosa Inglesa. Eso significa que esos tipejos han logrado unir las piezas e identificar a doña Rosa Inglesa como *Recato y Decoro*, Pero ¿saben acaso que doña Rosa Inglesa escribe y firma con seudónimo? ¿Y lo que escribe? Quizá no...

Van asentía despacio.

—Quizá a ella le tranquilizaría escuchar este razonamiento suyo. Déjeme comentárselo a Francesca.

Dejó vagar la mirada más allá de Armel. Le Parisiën, café bretón, recordó. Se le había olvidado que estaba en Rennes.

Armel lo devolvió al problema de fondo:

—¿Cómo han podido dar con nosotros, con los tres, pese a la cantidad de precauciones que hemos tomado?

—En principio parecía imposible. La lista de los miembros del comité jamás llegó a ponerse siquiera por escrito. Todos ustedes se esconden bajo un apodo, un nombre falso. Ninguno sabe quiénes son los demás. Cada uno de ustedes se comunicaba conmigo y solo conmigo, mediante un teléfono móvil. En todo momento nos hemos dirigido los unos a los otros por nuestros seudónimos. Aunque alguien pirateara mi ordenador, le resultaría imposible encontrarles. Alguien habrá filtrado sus nombres, pero ¿quién? Francesca está por encima de toda sospecha. Y Anis no los conoce...

—Que Francesca esté por encima de toda sospecha es obvio. Pero ¿quién es Anis? —quiso saber Armel.

—Oh, es la mujer a la que amo —le dijo Van.

Armel reparó en la expresión. Él mismo me la repitió más adelante. La encontró a la vez precisa y vaga, «pero no más», me dijo, «que otras expresiones más corrientes como “la mujer de mi vida”».

—Trabaja en la librería —explicaba Van—. Por supuesto, sabe que hay un comité secreto. Eso todo el mundo lo sabe, es de dominio público. Pero lo que desconoce, claro está, es su composición. —Ivan recapitó. Parecía que estuviera hablando consigo mismo—. Quizá le haya dicho alguna vez algo sobre tal o cual miembro, pero estoy seguro de no haberlo hecho nunca mencionando su verdadero nombre. Anis, no... Ella no. —Cambió de tono—. No dude que encontraremos el origen de la filtración. Aunque eso ahora no es lo más urgente. Ahora lo esencial es poner fin a esta serie negra. Tenemos que proteger a los demás, se trata de un imperativo absoluto. Mañana por la mañana iré a la policía y se lo contaré todo. Me extrañaría mucho que Francesca no estuviera de acuerdo. Si no hay más remedio que desvelar la composición del comité, qué se le va a hacer. No podemos quedarnos de brazos cruzados. Son ocho miembros en total, y no quiero que se produzca una cuarta agresión.

—¿Ocho, dice? —repitió extrañado Armel—. Pensaba que como mucho seríamos cuatro o cinco...

—Limitándonos a cuatro o cinco nos arriesgábamos a que tuvieran todos gustos similares. Con un comité más numeroso asegurábamos una mayor diversidad de criterios. Y contar con ocho miembros desde el principio nos permitía empezar a rodar con una buena cantidad de títulos para llenar los estantes de nuestra librería.

CUANDO oscureció, ese domingo, Anne-Marie se quedó sola. No se permitían visitas más allá de las siete. Ya no la perturbaba un solo ruido. Se acercó una enfermera, una antillana de voz grave, a llevarse la bandeja de la cena. Luego pasó también la enfermera de la noche para asegurarse de que la paciente no necesitaba nada más. Le tocó la frente. Anne-Marie reconoció enseguida su perfume, Ô de Lancôme, un sueño.

—¿Le cierro las celosías? —se ofreció la enfermera, empleando esa palabra de otra época para referirse a las persianas blancas de plástico, de lo más contemporáneas.

—Todavía no —le pidió Anne-Marie.

Había sido un día bonito; una de esas jornadas de otoño en las que el azul del cielo se dibuja como ahumado, y la tierra luce con un color pardo azulado. Anne-Marie tenía ganas de ver apagarse la luz del día, de observar cómo poco a poco la noche iba enseñoreándose del firmamento. Le encantaba esa hora crepuscular en la que una luz cede su espacio a la otra.

Comprobar por enésima vez que sus sensores estaban intactos le preocupaba hasta la obsesión. Era más o menos lo único que le quedaba para enfrentarse a los miedos que la noche traía consigo. Pensó, con añoranza, en su gusto por la soledad, en circunstancias normales... Antes.

Caía la noche y, con ella, inseparables, irrumpieron las dos angustias que la torturaban desde su accidente.

La primera concernía a la naturaleza misma de la agresión de la que había sido víctima.

Que la hubieran atacado en su propio coche era lo que más la atormentaba, pues era precisamente allí, en el coche, donde solía escribir. Nadie lo sabía, pero lo cierto era que se trataba del único sitio donde lo conseguía, como más adelante le confiaría a Francesca, o a Van, ya no recuerdo. Hasta el accidente no se lo había confesado a nadie. Era solo cosa suya. Pero después le pareció que quizá resultara importante para la investigación. Aquello denotaba el pasmoso grado de información que sobre ella tenían esos salvajes. (Como si se hubieran puesto de acuerdo, lo cual no era posible, tanto Paul como Anne-Marie y Armel, cuando hablaron con Van o Francesca de esos tipos, se refirieron a ellos como «los salvajes». A Ivan le parecía el término idóneo, habida cuenta de las circunstancias, y también él, y después Francesca, acabaron por referirse al enemigo de ese modo.)

Anne-Marie explicó que, desde que se había casado, hacía doce años, disponía de poco tiempo para escribir. Y, para ser más precisa —pues no era solo cuestión de tiempo, sino también de espacio—, ocuparse de sus hijos, a los que adoraba, de su casa, en el sentido más amplio del término, y de todo lo que suele englobar el vasto

concepto de *la vida* —la cocina, los deberes, el jardín, las vacaciones, las preocupaciones de grandes y pequeños, las fiebres, las reuniones con los amigos de siempre y con los que estaban de paso, la solidaridad más básica—, esos pensamientos y esas tareas la acaparaban por completo. Sin embargo, cuando se refugiaba sola en su coche, las cosas cambiaban, todo era distinto. Lo había descubierto a base de experimentarlo: en cuanto se metía en el coche le bastaba estar sola y no tener que recoger a ningún niño al cabo del trayecto, para romper con *la vida*, sus obligaciones y sus ataduras. Las ideas acudían en tropel a su mente. De pronto sentía un acuciante deseo de escribir. Nada más importaba entonces, solo ese deseo. Anne-Marie aparcaba donde pillaba, en cualquier sitio, en algún lugar apartado, en una cuneta, bajo un árbol, junto a un maizal. Se había ido acostumbrando a ello poco a poco. En cuanto apagaba el motor, le bastaba con ir anotando las palabras según le venían, ya que no parecían pedir otra cosa que eso.

Y lo había convertido en un auténtico método. Nunca, en todos esos años, se retrasó un minuto en llevar a los niños al colegio. Anne-Marie afrontaba esa tarea con perfecta puntualidad. Pero, en los intervalos entre trayecto y trayecto, los horarios se desvanecían. Un fragmento que encontrar en un libro de la biblioteca, una especia que le faltaba para la tarta que preparaba para la cena: con el menor pretexto cogía el coche. Pues sabía perfectamente lo que ocurriría a continuación. Como invocadas por el ruido del motor, las frases —las imágenes, las ideas— comenzaban a llamar a su puerta, a fluir. Buscaba un lugar donde detenerse sin que nadie la viera. Daba igual que fuera un callejón en la ciudad o, en medio de un bosque, un cruce de caminos de herradura. Allí mismo se paraba y escribía en un cuaderno de espiral, durante un cuarto de hora, y después se marchaba. De ese modo llenaba dos o tres páginas al día desde hacía varios años ya.

Nadie conocía su secreto. ¿Cómo habían podido descubrirlo esos salvajes? Anne-Marie elegía siempre sitios muy apartados. ¿A qué clase de vigilancia la habían sometido para descubrir el único lugar en que le era posible escribir?

Había otro asunto que la preocupaba. Si sabían que escribía en su coche, entonces sabían también que escribía las cosas que escribía, bajo qué nombre, y que disfrutaba otra vida además de la que aparentaba. Cuando la clandestinidad y el secreto eran la fuente misma de su inspiración.

Anne-Marie no había escrito nunca más que para una persona, para una sola. No escribía más que sobre esa persona, un hombre. Le gustaba decirse que, de hecho, le escribía a él. Lo hacía de la manera más sencilla que uno pudiera imaginarse, sin disciplina y casi sin esforzarse. La inspiración y la conciencia de su felicidad no eran sino una misma excitación que la asaltaba como a imperiosas bocanadas. Entonces no tenía más que el deseo de entregarse a esa excitación, de estar por fin al amparo en su refugio habitual para abandonarse a ella.

Pero si el secreto quedaba al descubierto, todo se hundiría con él. Anne-Marie no lograba explicarse por qué —¿acaso hay manera de explicar lo que nos impulsa a

escribir?—, pero estaba segura de que ya no podría volver a hacerlo jamás.

Así que ese domingo de finales de noviembre, en su pequeña habitación de hospital, tan oscura ya como oscura era la noche que se extendía fuera, Anne Marie admitió, muy a su pesar, que tenía un nudo en la garganta.

YO, que no he leído nada en comparación con Van o con Francesca, conocía tres novelas de Le Gall. Así como tras las identidades de los demás miembros del comité se escondían autores cuya vida y obra me resultaban totalmente desconocidas —con excepción de Ida Messmer, y tampoco tanto—, sabía que Le Gall, en cambio, era un novelista reputado.

El año en que la librería La Buena Novela abrió sus puertas, ya figuraban en su bibliografía treinta libros, un número que no dejaba de resultar sorprendente si tenemos en cuenta que se sabía que había empezado a escribir pasados los cuarenta años.

Antes había sido profesor de latín, había trabajado durante un tiempo en el servicio de meteorología marino —el de los profesionales del mar y los verdaderos navegantes de recreo, reconocibles porque no emplean jamás el término «recreo»—, e incluso se había empleado como corrector de prensa en revistillas de tirada limitada sin más aspectos en común que su línea anarco-libertaria. Todas estas eran actividades que Armel ejerció por una misma, decisiva y secreta razón: por la posibilidad que le brindaban de no alejarse de la comarca de Bretaña en la que vivía.

Una historia local acerca de un naufrago, un amor imposible y una ciudad anegada habían sido las piezas integrantes de la trama de su primera novela. No habría sabido concretar de dónde las había sacado (habría protestado si alguien le hubiera dicho que él era el *autor*, lo cual, desde luego, era verdad, ya que, de lo contrario, «autor» no querría decir nada). El éxito de aquella primera novela fue inmediato.

Armel había continuado en esa misma línea, no por gusto, por lo fácil que resultaba o por el éxito cosechado, sino porque no imaginaba escribir otra cosa que relatos a la antigua, en los que el mar siempre asumía el protagonismo; relatos tan ricos en imágenes que se grababan en la memoria con la fuerza de una película filmada con decorados naturales. A lo largo de los años sus lectores no habían hecho sino aumentar en número. Sus libros se vendían solos: en cuanto acababas uno, te comprabas cinco o seis ejemplares más para regalárselos a amigos y conocidos.

Armel no había cambiado en nada su rutina. Para él, el éxito parecía no existir. No se le había subido a la cabeza, no concedía entrevistas, rechazaba participar en programas de televisión o de radio y rehuía toda invitación a hablar de sí mismo. Estaba convencido de que las impresionantes tiradas de sus libros se explicaban porque era un escritor mediocre, en el sentido latino del término o, lo que es lo mismo, un escritor corriente. Y, con regularidad, mediante un cheque de importante cuantía que extendía en beneficio del Servicio de Salvamento marítimo o de la organización Handicap Internacional —llamaba a esta operación su «desgasificación anual»— se libraba de los elevados ingresos procedentes de su trabajo como se habría

deshecho de unas ganancias obtenidas por error.

Su éxito no tenía, sin embargo, nada de sorprendente. Armel era un narrador maravilloso. Por esa razón había querido Van que formara parte del comité. El grupo no podía estar compuesto únicamente por estilistas, aunque fueran tan potentes como Paul o tan refinados como Sarah Gesteslents. Además, las novelas de Armel transmitían un comunicativo amor por la vida y, en eso, se revelaban únicas entre todas las de los demás miembros del comité, excepción, quizá, de las de Ida, que eran bastante singulares.

Los autores no siempre se parecen a sus libros. Le Gall, cuyos escritos irradiaban una enorme alegría, era tímido y torpe, lacónico hasta el punto de parecer huraño. Este oso marino había encontrado a su compañera ya bien entrado en años. De hecho, más que compañera, se trataba de una amiga, ya que mucha compañía no le hacía. Él era ya un escritor muy conocido, y Maïté llevaba años ejerciendo de fotógrafa cuando la enviaron a Plouec'h para realizar un reportaje para un semanario.

—Nada de sacarme fotos, ¿eh? —Puso como condición Armel, que no supo de quién se trataba hasta que abrió la puerta y vio el material que llevaba.

Maïté perdió la paciencia:

—Ahora me dirá que también se niega a conceder entrevistas.

—Es que es lo mismo —le explicó Armel con su locuacidad habitual—. Pero puedo invitarla a un té, si usted quiere, o podemos dar un paseo por el acantilado, o hablar de fotografía... De hecho, me gusta bastante la fotografía, a no ser que sea yo el que tenga que posar.

Maïté aceptó las tres cosas, el té, el paseo y la charla, y después de eso se quedó, en el sentido del que ella dotaba a la palabra «quedarse». Compartía edad con Le Gall, unos cincuenta y pocos por aquel entonces, y, exceptuando su incapacidad para permanecer más de ocho días seguidos en el mismo lugar, compartía sus gustos, en especial por la autonomía, por el silencio, los perros grandes, las rocas negras y por poder contemplar la lluvia derramarse sobre el mar.

Aquello, sin embargo, no hizo que cambiara en nada su actividad profesional. Seguía haciendo fotos, en plan «lanza libre», como ella misma solía decir, y del mismo modo que siempre lo había hecho, la mayoría de las veces por iniciativa propia.

Ella también era mujer de pocas palabras. No mentía nunca. Apenas hacía tres meses que conocía a Armel, cuando pegó en la pared, justo encima de su escritorio, un papel escrito a mano que, con su gran letra angulosa, rezaba: «Armel Le Gall es el único que no está convencido de su talento». Armel no comentó nada al respecto pero, diecisiete años después, la inscripción permanecía en el mismo sitio, con la tinta desvaída ya, sobre el mismo papel algo combado por el tiempo, aunque perfectamente legible todavía.

Al verlos juntos había quien les encontraba cierto parecido, debido quizá a que ambos eran de tez morena, y sus rostros estaban surcados de arrugas. Además, los dos

exhibían unos ojos muy claros bajo una cabellera gris algo revuelta. Compartían una especie de aire de familia, como si fueran hermanos en vez de amantes. Pero tampoco había que exagerar, pues, lejos de mostrarse indiferentes el uno por el otro, como ocurre a menudo entre los viejos hermanos a fuerza de parecerse, ellos dos se sentían muy intrigados el uno por el otro, y tanto les gustaba verse que apenas se relacionaban con nadie más.

SEGUNDA PARTE

IVAN Georg ya había visto agentes de policía antes. Y algunos a muy pocos metros, de hecho. Pero nunca se había acercado a ellos motu proprio. Siempre habían sido ellos quienes habían dado el primer paso.

Así que esa mañana, en la que por primera vez en su vida se había decidido a acudir a una comisaría, no sabía muy bien cómo actuar. Se preguntaba a qué subdivisión de qué brigada especializada debía uno dirigirse para contar una historia como la suya, que tantos quebraderos de cabeza le estaba trayendo.

Se despertó muy temprano y ya no pudo volver a conciliar el sueño. A las seis se levantó y, bajo una llovizna helada, a pesar de que aún era de noche, caminó hasta Odéon.

Faltaban aún varias horas para que la librería abriera, así que subió directamente a su despacho, situado en la primera planta. Esa mañana la gran sala se le antojó inusualmente confortable, con sus paredes revestidas de madera, su enlucido blanco y la estera de sisal que cubría toda la superficie del piso. Francesca lo había decorado a su capricho —siempre he pensado que esa decoración reflejaba su personalidad—, y ello se traducía en un gusto perfecto, un rigor monástico y un conformismo en cantidades infinitesimales. Van no tardó en marcar su territorio dejando que se amontonaran aquí y allá, como columnas barrocas, pilas de libros a la espera de su escrutinio.

En ese despacho, impecablemente insonorizado, podía charlar por teléfono sin riesgo, al amparo de oídos indiscretos. Sin embargo, tras una hora, cuatro cafés y tres cigarrillos, todavía no había llamado a nadie.

Encendió su ordenador, abrió la página de Google, y tecleó las palabras «policía, novela». En menos de un segundo aparecieron un millón ciento ochenta mil páginas: había de todo, desde novelas policíacas, policías de novela, la policía a través de la novela, la jerga policial de la novela negra, hasta un listado interminable de películas policíacas.

Entonces Van probó otra cosa: tecleó «policía, edición», y ante sus ojos vio aparecer la primera de la ristra interminable de páginas que la red albergaba sobre publicaciones policíacas (especializadas en mayor o menor grado), tanto técnicas como de ficción.

Bien. Parece que lo había captado. Tecleó «policía», consideró brevemente la información que aparecía en la pantalla, y luego precisó «policía judicial». La primera página web que se abrió fue la del Ministerio del Interior. Van la inspeccionó deprisa. Hizo caso omiso de la «historia de la policía judicial», la «organización jerárquica», las «estructuras policiales», las «cifras clave», los «resultados» —aunque estos últimos no le parecieran del todo desprovistos de interés—. Entonces se detuvo en la pestaña dedicada a la «lucha contra el crimen organizado».

Esa sección, considerada por alguien de primera categoría, se subdividía a su vez en dieciséis subcategorías, a las que Ivan pasó revista a vuelapluma. «Proxenetismo», «Tráfico de vehículos robados», «Terrorismo», «Estupefacientes», «Blanqueo de capitales»... Se sintió decepcionado: en ninguna parte aparecía nada sobre librerías, ni mucho menos sobre novelas. Pero sí que incluían un epígrafe titulado «Tráfico de bienes culturales». Van pinchó; pero observó que la página únicamente hablaba de delitos como el robo y la receptación de obras de arte. «O sea, nada que ver con los libros», pensó. «Todo el mundo sabe que los libros no son obras de arte», añadió con pesar.

«Material sensible»: aquí Van vaciló. Él mismo tenía la impresión de estar hecho solo de esa clase de material, igual que todo lo que le gustaba en la vida: la literatura, la poesía, la nieve, Anis, los guisantes de olor y los granizados a la siciliana. Pero en esa página, sin embargo, esas materias sensibles se consideraban solo según un uso determinado que vinculaba su tráfico al de armas y explosivos.

«Lucha contra las falsificaciones y la adulteración»: no se podía definir mejor la razón de ser de su librería, La Buena Novela. Pero Van sabía que, en el Ministerio del Interior, esos términos se empleaban en sentido literal y no figurado, que es como lo concebía él en su fuero interno, hasta tal punto que era lo que le hacía sufrir, actuar y hasta vivir.

Sentía que algo en su interior empezaba a calentarse cuando se topó con los «Atentados contra personas y bienes». Esta división concreta de la Policía Judicial contaba con unidades enormemente especializadas (como, por ejemplo, el «grupo encargado de los menores víctimas de agresiones sexuales y de la lucha contra la difusión de imágenes pornográficas infantiles»), pero también con un «grupo de asuntos generales relativo a todo tipo de infracciones no comprendidas en otros apartados». Van observó la generosa apelación de ese grupo, cuya vocación, por definición, era ilimitada. Como mínimo, pensó, sus preocupaciones se podían englobar bajo tales «infracciones de todo tipo». Por un instante, se imaginó un patio donde se prodigaban los golpes bajos y los altercados absurdos. Decidió que se dirigiría a esos agentes generalistas de la policía judicial, a ver si ellos le podían prestar auxilio.

Como por inercia, leyó también que la competencia de los agentes de la policía judicial no se limitaba a la simple «jurisdicción de un tribunal» sino que se extendía «al conjunto del territorio nacional». Mira qué bien, pensó. La policía judicial, continuó informándose, empleaba a siete mil ochocientos funcionarios, de los cuales dos mil trescientos cincuenta y nueve «policías y miembros del personal administrativo», así como ochenta y cuatro comisarios y mil ciento cuarenta y dos agentes, estaban asignados específicamente a la Dirección Regional de la Policía Judicial de París.

Van imprimió dos páginas con toda esta valiosa información. Por un lado, figuraba bien clarito el organigrama, y por otro se detallaban los efectivos del

departamento. Luego examinó todo con los labios apretados.

Cuánta gente. Demasiada para el caso, quizá. Lo que ansiaba encontrar en ese gráfico tan abstracto era un interlocutor, uno solo, alguien con nombre y apellidos que estuviera dispuesto a escuchar su historia sin rechistar ni burlarse, y que no cayera en la tentación de poner en marcha todavía ningún procedimiento judicial, sino que prefiriera ceñirse a una de esas investigaciones preliminares secretas que acababa de descubrir que podían llegar incluso a ser de «duración ilimitada».

Estaba empezando a creer que el comisario encargado del «grupo de asuntos generales» era precisamente ese interlocutor ideal que él buscaba. Pero algo le decía que, si llamaba por teléfono a la Jefatura y solicitaba contactar con ese individuo en concreto, y solo con él, quizá el tiro le saldría por la culata. Se temía que primero lo remitirían al agente que estuviera de guardia en la comisaría de su barrio.

Y no le apetecía tener que pasar por todo aquello. Se oía que no se libraría de la sonrisita de entendidillo y la mirada burlona del agente en cuestión. Y también que, por cuenta de la indiscreción institucionalizada, el asunto entero no tardaría en llegar a oídos de la prensa sensacionalista.

Eran las ocho y veinticinco. Van marcó el número de Francesca. Descolgó al primer timbrazo.

—¿Francesca?

—Van...

—Francesca, disculpe usted que la llame tan temprano, pero es que si esperaba temía no encontrarla ya en casa. ¿Tendría usted un momento esta mañana? Me gustaría verla...

—¿Es que han surgido más... dificultades?

—Contratiempos, sí, y de una nueva índole, me temo. No se preocupe. Les plantaremos cara. Pero me gustaría consultarlos con usted antes.

—¿Me llama desde su despacho?

—Sí.

—Enseguida voy.

Bien. No existe mejor lugar para hablar sin testigos.

Hablar sin testigos... Mientras esperaba a que Francesca llegara desde su casa de la rue de Conde, Van se dirigió a la ventana más cercana a su escritorio, y dejó vagar la mirada por el patio. En su cabeza resonaba aún la conversación que, seis meses antes, en ese mismo despacho, habían mantenido ambos, y en la que se habían sincerado como nunca antes habían hecho y nunca jamás volverían a hacer.

Ese diálogo había sido brevísimo, pero había cambiado el curso de su amistad al revelar una puerta secreta en la pared aparentemente estanca que separaba sus vidas. Corría abril de 2005. La librería llevaba ya más de seis meses abierta. Los ataques habían comenzado varios meses atrás, y por aquel entonces se habían recrudecido. Francesca aguantaba el tipo como podía. No había decepcionado a Van. Al contrario. Y, presumiblemente, tampoco él la había decepcionado a ella. Una mañana de abril,

mientras discutían sobre qué atención otorgar a las solicitudes de información procedentes del extranjero —Van se acordaba con detalle de la escena; aún recordaba el sobrio vestido de lana color marfil que llevaba Francesca ese día—, esta le preguntó:

—Van, ¿entiende usted que ya no lo considero un simple socio? —Soltó una risita y añadió—: O, más bien, que lo considero un socio en el sentido más...

No terminó la frase. Van contempló sus hermosos ojos inquietos, tan claros, enmarcados por ese rostro ovalado.

—Francesca, me intimida usted... —replicó, sin dejarla continuar.

No, no había entendido nada, y no es porque le faltaran motivos. En el año y pico que llevaban trabajando juntos, Francesca ni siquiera había insinuado esa mirada que ahora le dedicaba. Al verla tan conmovida, Van se dijo que, si bien estaba al corriente de las grandes heridas que jalonaban su vida —en una ocasión se había permitido hablarle muy brevemente de su hija y, dos o tres veces más, de un marido—, ella, por el contrario, lo ignoraba todo de él. En especial, en lo que se refería a su vida sentimental.

—Me intimida usted —zanjó él, antes de que ella siguiera hablando—. Yo soy tan... banal comparado con usted. Además, apenas le he contado nada sobre mí. Últimamente acapara mis pensamientos una joven que me... ¿cómo le diría? A la que apenas entiendo. No es una historia sencilla. Ni se puede decir exactamente —vaciló— que haya llegado a su fin. No sé cómo evolucionará. De hecho, a su manera, esta amiga es parte interesada en la aventura de La Buena Novela. Siempre ha creído en el proyecto. No me ha disuadido de que me lanzara, al contrario. Aunque ello pusiera seiscientos kilómetros entre nosotros. Siempre me ha apoyado en los...

Francesca lo interrumpió a su vez. Van podía oír todavía su tono contrito cuando le dijo:

—Perdóneme. No era mi intención pedirle nada. Y, sobre todo, no se equivoque. No espero nada de usted —repitió—. Perdóneme, se lo ruego.

—Pero ¿el qué tengo que perdonarle? —preguntó Ivan.

Francesca ya se había recompuesto.

—Ya era hora de que me contara algo sobre usted —se alegró, sin responder a su pregunta—. ¿Y cómo se llama esa joven, si puede saberse?

—Anis.

—No es un nombre corriente...

—En realidad se llama Anne-Isabelle. El nombre le parece ridículo, por eso ella misma se ha puesto ese diminutivo.

—¿Y a qué se dedica su Anis?

—A varias cosas y a ninguna, en realidad. Está cursando un máster en sociología, y a la vez alterna un par de empleos. Creo que es usted consciente de que no es fácil costearse un alquiler en París. Me da la impresión de que son trabajillos de tres al cuarto. —Van hizo una pausa antes de proseguir—. En realidad, apenas sé a qué

dedica su tiempo...

—Ivan —dijo entonces Francesca—, hay dos cosas que me ayudarían. La primera: la librería lo acapara diez horas al día, me temo que últimamente no le deja tiempo para leer. ¿Cree usted que Anis aceptaría trabajar en La Buena Novela? Y la segunda: ahórreme el ridículo. Por favor se lo pido. No le cuente a nadie que... que hoy me he dejado llevar un poco en lo que a mis emociones se refiere.

—Se lo prometo —dijo Van.

Y cumplió su palabra. De hecho, no fue hasta hace muy poco cuando me enteré de las confidencias que compartieron ese día, ni cuál era la causa de la extraña melancolía de Francesca.

LLAMARON a la puerta. Un instante después, Francesca entró en el despacho.

Lucía esa mañana un atuendo holgado en tonos arena y grises, una especie de cardigan largo y un pantalón ancho. Pero lo primero que saltaba a la vista de ella, ese día como cualquier otro, y vistiera como vistiera, era su estatura, su delgadez, su largo cuello y su porte principesco. Presentaba el rostro desnudo bajo unos rizos cortos, peinados hacia atrás, y no llevaba joya alguna más que una voluminosa sortija, como de costumbre, en la mano izquierda. Sonreía.

Su sonrisa, no obstante, ocultaba toda la tristeza del mundo. Van la conocía desde hacía años, desde antes incluso de que planearan lo de la librería, si es que se puede llegar a conocer a alguien que se limita a venir cinco o seis veces al año a comprarte un libro. Y siempre, desde la primera vez que la conoció, se le había presentado con ese mismo aspecto, en parte majestuoso, y en parte quebrantado por un mudo dolor. No se podía afirmar que estuviera menos triste desde la famosa conversación de abril. Aunque, desde entonces, cuando estaba en presencia de Ivan, se comportaba con una sencillez que le dotaba de una extraña serenidad.

Van se apartó de la ventana y avanzó hacia ella.

—Cuéntemelo todo —le pidió Francesca sin preámbulos—. ¿Qué ha ocurrido ahora?

Van estaba de pie ante ella, justo en medio de la gran sala.

—En las últimas tres semanas, en concreto desde principios de noviembre, tres miembros del comité han sido agredidos. El 7 de noviembre, el 15 y también la semana pasada, entre el 18 y el 24. Yo he tardado algo de tiempo en enterarme de todos los detalles. Pero, tras charlar con los tres, de lo que estoy seguro es de que no estamos hablando de meras coincidencias.

Desgranó los hechos sin que Francesca lo interrumpiera ni una sola vez. En todo ese tiempo, a ninguno de los dos se le ocurrió sentarse. Cuando Van terminó su relato, Francesca parecía haber tomado una decisión:

—Nos están avisando —concluyó—. No quiero que al final las balas sean reales. Esto nos supera, Van. No perdamos ni un minuto. Creo que deberíamos ir a la policía.

Van se contuvo para no tomarla de las manos y ponerse a saltar.

—Esa era mi intención, siempre y cuando usted estuviera de acuerdo.

—¿Le ha hablado de esas agresiones a Anis?

—No. No querría asustarla...

—Ha hecho bien. Cuantos menos estemos al corriente de lo que está pasando, menos tantos se podrán apuntar nuestros adversarios. Y menos seremos los que no podamos dormir por las noches.

—¡Francesca!

—No se confunda, no estoy tirando la toalla. Lo que acaba de contarme da miedo,

pero no me veo renunciando a La Buena Novela así como así. Comprendería, en cambio, que usted quisiera distanciarse del proyecto. Lo aprobaría incluso.

—Ni se me ha pasado por la cabeza esa posibilidad.

—Le ruego que lo considere al menos...

—¿Tirar la toalla? ¿Ahora? Pero ¿y qué sería de mí entonces?

Algunas veces, y por un fugaz instante, un destello de luz surgía de los ojos de Francesca tras superar su comedimiento, como un rayo de sol que se abriera paso en un cielo encapotado.

—Usted y yo, en ese plano, hemos quemado todas las naves —celebró ella, irradiando gratitud—. Esa es nuestra fuerza, justamente, Ivan. ¿Con quién tiene que hablar uno en la comisaría para denunciar atentados contra el estamento literario?

Van sonrió a su vez.

—Me he tirado una hora haciéndome la misma pregunta antes de llamarla. Me parece que hay que dirigirse a la policía judicial, pero tenga en cuenta que se trata de un ejército de más de ocho mil hombres...

—No apuntemos al general —contestó Francesca enseguida, probablemente porque ese habría sido su primer movimiento—. No haríamos más que perder el tiempo. Lo que necesitamos es un coronel astuto y sensible. Esa figura existe en las novelas policíacas...

Ivan corrió a buscar a su escritorio las dos hojas que había impreso antes de la llegada de Francesca, con el organigrama de colores de la policía judicial y las cifras detalladas de sus efectivos.

—Solo para la región de París, ochenta y cuatro comisarios y mil ciento cuarenta y dos agentes —leyó—. Solo para la subdirección de asuntos criminales, siete oficinas centrales, tres divisiones y unos treinta grupos especializados en crímenes y delitos diversos. Lo difícil es encontrar la puerta adecuada a la que llamar...

Francesca se había sentado ante su escritorio y hojeaba su agenda de direcciones.

—No he conservado ningún contacto en la policía... —lamentó, con la voz algo cambiada—. Lástima. Mi relación con las fuerzas del orden se remonta a la etapa más caótica de mi vida.

—No hable de ello si no quiere.

—No lo haré. Pero tengo un sobrino prefecto, en realidad un sobrino de mi marido. Durante años fue jefe de la DST y aún debe de tener algún amigo en la policía. Es un chico muy servicial. Un poco huraño, poco hablador, pero un pedazo de pan en el fondo. Siempre me ha resultado un tipo curioso. Uno tiende a pensar que todos los prefectos son tipos duros. Creo que le llamaré.

—¿Para que nos oriente sobre a quién hemos de dirigirnos?

—Sí. Conoce bien nuestra librería. Le hablé de nuestras cuitas la última vez que coincidimos, en una boda, en junio. Aquellas todavía eran penas sobre las que charlar tranquilamente con una copa de vino en la mano...

—Lo difícil va a ser pedirle consejo sin tener que revelarle demasiado. No

podemos permitirnos la más mínima filtración. No quiero ni imaginarme que apareciera una noticia en los periódicos y ello pudiera alertar a los demás miembros del comité.

Francesca asentía con la cabeza. Se concentró veinte segundos con la mano en el teléfono, inmóvil. Luego llamó al prefecto, enterneció a una secretaria aparentemente dura de roer, consiguió que esta le pasara con su sobrino, y entonces le expuso lo que quería con unas pocas frases de una gracia y una imprecisión que a Ivan le parecieron magistrales.

El sobrino prefecto debió de hacer alguna que otra pregunta, pero lo único que Van oyó como respuesta fue: «Bien, si así lo quieres, de acuerdo...».

—¿Me volverás a llamar tú? —quiso saber Francesca.

Y luego colgó.

Su sobrino, le resumió a Van, se informaría, encontraría un interlocutor, trataría de convencerlo y entonces la volvería a llamar con lo que supiera.

DIEZ minutos más tarde recibieron la llamada del sobrino. El reloj marcaba apenas las nueve y veinte de la mañana. Van se tomó justo el tiempo de llamar a Anis, antes de salir, para asegurarse de que le sustituiría en la librería cuando abriera sus puertas al público, a las diez en punto.

Francesca y él marcharon a pie hasta el quai des Orfèvres por la rue Danton y el pont Saint-Michel. Al parecer, un tal Gonzague Heffner los aguardaba en la brigada criminal. Debían acudir allí a la mayor brevedad.

Heffner era un cuarentón de cabello negro con entradas, delgado y musculoso. Su aspecto se asemejaba más al de un entrenador deportivo que al de un policía, y, en cuanto comprobó que Francesca y Van eran las personas a las que estaba esperando, les informó con un deje de ironía en la voz y de afectación en el lenguaje que le empujaba una curiosidad enorme por saber en qué consistía ese asunto tan urgente del que su amigo, de nombre Dolmen, no le había confiado nada aparte del hecho de que, según él, le resultaría especialmente interesante.

—¿Le gustan a usted las novelas? —le preguntó Francesca.

—Las buenas novelas —puntualizó Heffner.

Van arrugó la frente. Francesca inclinó levemente la cabeza.

—Creía que no sabía usted nada de nosotros. ¿Es que nos conoce?

—No. Me acordaría —contestó Heffner, con una galantería algo mecánica.

—¿Y entonces por qué ha mencionado las buenas novelas?

—Me ha preguntado usted si me gustaban las novelas, y yo le he contestado: pues depende. Da la casualidad de que antes de ingresar en el cuerpo de policía realicé estudios avanzados de Letras en una escuela bastante prestigiosa, e incluso empecé una licenciatura en la Sorbona. Si luego, al cabo de unos años, elegí la acción, fue más que nada por obedecer a un impulso moral, y quisiera precisar que también autoinfligido, cuya pertinencia dejé de ver muy pronto. Sepa, señora, que me mueve la pasión por la literatura y, como todos los apasionados, sufro de lo lindo. Espero mucho, muchísimo, de cada novela que leo. Y me han decepcionado tantas veces que no me aventuro a hojear siquiera una novedad desde hace por lo menos diez años. Espero a que el tiempo ponga las cosas en su lugar... Ya solo leo clásicos. Me he pasado estos dieciocho últimos meses inmerso en Balzac, a quien en cierto modo subestimaba, y con el que me reconcilié de la mano de Proust. Pero ya hemos hablado bastante de mí. ¿A qué viene la preguntita de antes?

Francesca consultó su reloj y preguntó:

—¿Nos concede una hora o dos? No necesitamos más.

Heffner parpadeó, lo que ella interpretó como un sí. De modo que empezó a hablar.

—Lo más sencillo será que le expongamos cronológicamente los hechos. A

primera vista, la nuestra le parecerá una historia sin más contratiempos: no somos más que unos tipos que un buen día deciden abrir una librería. Pero pronto comprobará que el tono de la narración cambia. En ella hay un punto de hostilidad, luego vienen unas cuantas agresiones, cada vez más violentas, hasta desembocar en los hechos que nos han decidido a acudir por fin a la policía: tres crímenes encadenados en un mes.

Heffner no se inmutó lo más mínimo al oír la palabra «crímenes». Francesca buscó a Van con la mirada, como para asegurarse su apoyo.

—No se extrañe si nos vamos turnando para hablar —prosiguió—. Nos compenetramos bien. Muy a menudo nos asalta la misma idea en el mismo momento, y por eso, si uno termina la frase del otro, no lo consideramos una interrupción.

—Vamos a ello, los escucho —propuso Heffner con firmeza.

—Conocí a Ivan Georg en Méribel —empezó Francesca. Había adoptado el tono propio de quien narra un cuento—. Van se pasaba los días metido en un sótano minúsculo, situado bajo una tienda de una de las calles más céntricas de la famosa estación de esquí. Y eso que era uno de sus personajes más insignes. Y no me estoy refiriendo a nada mundano, no se preocupe...

»Pues bien. Ivan no era actor de cine precisamente. Y tampoco es que tuviera tiempo para esquiar. Del 15 de diciembre al 15 de abril, indefectiblemente, así como durante los meses de julio y agosto cada año, trabajaba los siete días que tenía la semana en la más exigua de las librerías-papelerías que había en el pueblo.

—Una tienda como las hay a miles —intervino Ivan—, mucho más papelería que librería, eso es cierto, pero la verdad es que nos caracterizábamos por una división del trabajo excepcionalmente clara. Yo me encargaba de los libros, y el dueño, el señor Bono, de todo lo demás. En cierto sentido, aquello era un auténtico sueño para mí. No me ocupaba ni de la contabilidad ni del papeleo, tan solo de pedir los libros, de venderlos y de hacer las reposiciones. Bono se encargaba de la gestión del negocio, y también de los periódicos y de la papelería. De eso y de las cremas de protección solar, de los llaveros de piel de foca, del revelado fotográfico... Bueno, hay que decir que estábamos en 2003, justo antes de la revolución de las cámaras digitales...

Ivan estaba en nómina, cobraba el salario mínimo, pero su trabajo le encantaba: liberaba al señor Bono por completo de la preocupación de pedir y vender libros y, a cambio, le concedía a Van plenos poderes sobre el sótano que les estaba reservado.

—Y los clientes que se aventuraban más allá de los montones de revistas, quienes sorteaban los muros de expositores de tarjetas postales, cruzaban hasta el fondo de la tienda y bajaban hasta mi negociado, eran clientes que siempre volvían —exhibió.

—También hay que reconocer que Van Georg no era un librero como los demás... —puntualizó Francesca.

Ella, que leía desde niña; ella, que había recibido los consejos de los mayores especialistas en la materia y que se había convertido muy pronto en una lectora insaciable, reparó ya desde la primera visita en la singularidad de ese fanático de los

libros, enterrado en su panteón subterráneo.

—Un fanático de la literatura —corrigió Ivan.

—El matiz es importante —subrayó Francesca.

Van convencía sin esfuerzo porque lo suyo era verdadera pasión. Leía una obra maestra detrás de otra. En eso era un entusiasta. Y si lograba detectar tantas obras buenas, era porque examinaba todo lo que salía al mercado, ya fueran novedades o simples reediciones. Aunque solo se quedara con un libro de cada cien, ya sumaba bastantes en su haber. Ningún librero leía tanto como él. Trabajaba seis meses de cada doce, y pasaba el resto del tiempo leyendo compulsivamente. Es cierto que al principio se había buscado trabajillos temporales para ocupar esos seis meses de paro, pero no había encontrado nada ni en Méribel ni en Courchevel, ni tampoco en la llanura, cerca de esos pueblos. Habría sido necesario alejarse algo más, mudarse quizá a Grenoble o a Lyon. Así que Van tuvo que hacer cuentas. Tenía alquilada todo el año su casa de Méribel. Fuera de la estación de esquí, se habría obligado a pagar otro alquiler, más las comidas en el bar y la gasolina, de modo que le salía más rentable no abandonar su montaña durante los meses de inactividad, y contentarse con su sueldo de trabajador temporero.

En septiembre, octubre y noviembre (la librería no abría hasta mediados de diciembre), en el aluvión de la *rentrée* literaria, Van se proclamaba como el único librero de Francia capaz de leer todo lo que se publicaba, a pesar de que su librería permaneciera cerrada. Mientras los demás colmaban el espacio entero de cajas con libros que no tenían tiempo de leer, ralentizados por las ciáticas y las tendinitis, Van leía, al fresco siempre que podía, en su balcón frente a las cumbres, tendido en una hamaca con los pies en alto, como recomiendan los ergónomos. Había desarrollado a fuerza de lecturas sucesivas una formidable capacidad de discernimiento. Le bastaban las dos primeras páginas para distinguir el libro excepcional del resto, y era ése justamente el que se leía de cabo a rabo. A los demás les dedicaba justo el tiempo que se merecían, ni más ni menos. A saber: tres minutos para la seudoinvestigación del periodista que inflaba un artículo ya publicado, cinco para el tocho en el que resultaba evidente que no encontraría ni una sola frase digna de mención, y un cuarto de hora para la novela tan esperada —en los dos sentidos de la palabra— del autor que explota su fama reescribiendo siempre la misma obra una y otra vez.

La necesidad se había convertido en ley. Dada la exigüidad del local situado en el sótano que Bono le concedía, Van se veía obligado a seleccionar constantemente. Y habida cuenta también de su absoluto desinterés por el volumen de negocio de su sección y, por lo tanto, por la cantidad de libros que llegaba a vender, optó por una selección tan arbitraria como acertada.

Había ocupado su puesto a finales del año 2001. Una primera estación invernal le bastó para forjarse un sistema. O dicho de otro modo: para constatar la falta de entusiasmo de los potenciales lectores. El primer invierno propuso a sus clientes un poco de todo. Cuanto más le preguntaban «¿es bueno este libro?», más audaz se

volvía Ivan, pasando del «psé» dubitativo al «no está mal» abiertamente despreciativo, y, de ahí, enseguida al «¿Que si es bueno? ¡Es para echarse a llorar!». Tanto es así que pronto se hartó de vender libros cuya lectura él mismo desaconsejaba.

En julio, cuando la tienda volvió a abrir sus puertas de cara al verano, Van había resuelto buena parte de sus contradicciones internas. No quedaban ya en su sótano más que los libros que verdaderamente le encandilaban. Nada más recibirlas, Van abría las cajas cargadas hasta los topes de novedades que las grandes editoriales enviaban todas las semanas y, tras examinar su contenido, nueve de cada diez veces las volvía a cerrar y las devolvía íntegras al remitente. Por el contrario, dedicaba muchísimo tiempo a encargar rarezas a editores con los que resultaba difícil contactar pues ellos también eran del todo indiferentes a su volumen de negocio, hasta el punto de que algunos no revelaban al público ni su propio número de teléfono.

Van levantó ligeramente la mano derecha:

—Quisiera, si no le importa a usted, retomar la distinción entre «libro» y «novela». Pronto entenderá mi insistencia al respecto. Los *libros* que me encandilaban, para recuperar la expresión de Francesca, eran, en un noventa y nueve por ciento, *novelas*, Soy un fanático de la literatura y me atrae poco o nada todo lo demás: la filosofía, el ensayo, las ciencias humanas. No leo más que novelas, aparte de aquellos libros que, sin ser novelas propiamente dichas, se engloban dentro de la categoría de «literatura»: relatos, por supuesto, pero también obras de variada naturaleza, que no tienen por qué ser breves. Historia, memorias, crónicas, diarios íntimos y textos que escapan a todo encasillamiento. Leo también poesía, y ensayos, siempre y cuando estén *escritos*, No es frecuente, pero a veces ocurre. Claude Lévi-Strauss o Michel Foucault son verdaderos escritores, por citar solo a dos. Esa es la clase de libros que yo atesoraba en mi madriguera.

—En su cueva de tesoros —lo corrigió Francesca.

«¿Serán amantes estos dos?», se preguntaba Heffner. Resultaba difícil imaginar dos seres más distintos que esa mujer de porte patricio y esa especie de Pierrot. Pero cosas más raras se han visto. En la categoría de los caprichos de gran dama uno se encuentra con las cosas más asombrosas.

—Van apreciaba enormemente a su clientela —prosiguió Francesca—. Había aprendido a hacerse escuchar. De los libros que le gustaban solía vender él solo cientos de ejemplares.

Si le pedían algún título de Danielle Steel o, sin ir tan lejos, de Pierre Benoît, contestaba con cortesía: «No lo tengo todo, muy señor mío. Pero podrá encontrar lo que busca en la Librería Principal, allí en la calle...».

Pues funcionaba otra librería en Méribel, y bastante grande, por cierto, donde solo se vendían libros, nada de periódicos ni *souvenirs*, y cuyo dueño, para quien el interés principal, contrariamente al de Van, residía en sus ingresos, se había especializado en el libro manufacturado, concebido para la venta y no para el disfrute.

Las cosas podrían haber continuado así para alegría de Van y, como mínimo, de un tercio de sus clientes, de no haber sido porque el segundo verano llegaron diversas quejas a oídos del señor Bono por parte de aquellos que representaban a los otros dos tercios. Desde luego que Bono se había percatado de que, curiosamente, desde que había contratado a un librero, el libro funcionaba *peor* (por decirlo de un modo elegante), en el conjunto de su negocio. Pero, como repetían machaconamente en los periódicos, todo en el país funcionaba *peor*; así que no le había prestado mucha atención al tema. En cualquier caso, las quejas de los clientes le pusieron la mosca detrás de la oreja.

Él, que llevaba casi dos años sin bajar siquiera al sótano de su tienda, realizó un buen día una inspección sorpresa, y aprovechó para buscar las obras de sus autores favoritos (es decir, Tom Wolfe y Frédéric Dard). ¡No encontró un solo libro escrito por ellos! Además, debajo de las mesas vio las cajas de novedades sin abrir a punto de ser devueltas a sus remitentes, y comprendió el tejemaneje que se traía Ivan. Fue entonces cuando el señor Bono se puso hecho una fiera.

Era un sexagenario ya de por sí colérico, habida cuenta de su naturaleza montañesa. Pero Van llegó a temer que el ataque de rabia le resultara fatal. No tenía ninguna simpatía por el tipo, pero sabía que a él le debía su envidiable situación de simple asalariado con absoluta libertad de acción en su ámbito de trabajo.

—¡Y es que mi ámbito de trabajo se había convertido en mi pasión —interrumpió Van—, mi razón de ser! ¡Por fin tenía clara mi vocación!

El siguiente invierno, Bono impuso su criterio a la hora de elegir de los libros, así que mandó a gente a comprarle títulos de Mary Higgins Clark, Philippe Djian y otros autores de *best sellers* de moda. A continuación vigiló de cerca las reposiciones, y observó cómo la curva de ventas de su librería subía de nuevo, para su alegría.

Los lectores a los que Van apreciaba también comenzaron a percibir esos aires de cambio. Aquellos que en las temporadas anteriores habían invertido horas y horas en su panteón, de pie derecho, sin ver el tiempo pasar y sin pensar en que las piernas se les estaban entumeciendo peligrosamente, y que solían subir a la superficie justo a la hora del cierre con la sensación de gozar de una nueva compañía, radiantes, como embriagados; aquellos, cada vez más numerosos, que al regresar a París o a Basilea declaraban a sus amigos y conocidos: «Yo ahora ya solo compro libros en Méribel, una vez al año; por supuesto, he cambiado de maleta (o de coche / o de *hobby* / o de vida)», esos clientes se quejaban de modo afligido-interrogativo, ese que suena con una entonación interrogativa apenas detectable: «Aquí las cosas ya no son como antes, ¿verdad?». A Van esa frase le sonaba a contraseña. Se llevaba aparte a aquellos que la pronunciaban y, discretamente, les enseñaba el secreto rincón de la librería que él seguía conservando como antes: las dos estanterías en las que, aun a riesgo de su propia integridad, había concentrado lo mejor de su selección, y que él mismo llamaba «la sección de la miel». Ivan les garantizaba la felicidad total si elegían, con toda confianza, un libro cualquiera de esa sección.

Pese a todo, en la librería ya no reinaba el buen ambiente de antes. Bono asomaba por el sótano tres veces al día y, en los intervalos, delegaba en espías tan discretos como astronautas en una pista de esquí. Van, entretanto, se iba como encogiéndose a ojos vista, y empezó a pasarse los días acurrucado detrás de la caja, leyendo encorvado.

NO habría aguantado mucho en ese empleo si ese mismo invierno, una tarde de diciembre concretamente, y a una hora en que la clientela era escasa, no hubiera reparado en la presencia de una joven vestida de calle —aunque esta expresión tan convencional no parezca la más apropiada para describir un atuendo que en sí no resultaba en absoluto convencional: digamos, para resumir, que la joven iba vestida como no solía verse a nadie por Méribel— que estaba allí, leyendo de pie, sin importarle lo más mínimo que la vieran, más y más absorta conforme avanzaba en la lectura de *Rapport aux bêtes*, una novela de Noëlle Revaz por la que Ivan profesaba gran estima, y que ocupaba un puesto muy alto en su escala de la excelencia literaria. Cuando, al cabo de una hora y media aproximadamente, alcanzó la última página, la joven cerró el libro, visiblemente emocionada, y lo dejó en su lugar en la sección más selecta de la librería. Entonces se percató de que Ivan la observaba, se sonrojó y, sosteniendo su mirada, le confesó: «Ya ve. No tengo dinero...». «No importa», se apresuró a tranquilizarla Ivan, que disfrutaba aún de la libertad de poder recibir en su sótano a quien le viniera en gana. Señaló con la barbilla el libro que acababa de recuperar su emplazamiento habitual: «¿Y bien?», preguntó. «¿Qué le ha parecido?»

La joven no tenía palabras. Hacía tiempo que no había leído nada tan impactante. Desde luego, le iba a resultar difícil olvidar el fondo, el contexto, los personajes: ese primate de agricultor de montaña y su mujer innominada. Pero lo más reseñable, a su juicio, era el estilo desplegado en ese largo monólogo, ese control de la expresión, esa capacidad de invención de que hacía gala la autora creando una lengua totalmente nueva, una lengua sin equivalente en la realidad, destartalada, coja y del todo justificada, dado que era un animal el que hablaba, este también sin parangón en la literatura reciente.

—Al terminar el libro lo único en que piensas es que en tu vida has leído nada igual. Ese personaje solo podría hablar así, del modo en que lo hacía —se encendió la joven, deslumbrada.

Ivan salió de detrás del mostrador.

—Ese personaje que la autora asegura que es imaginario.

—¿Conoce usted por casualidad a Noëlle Revaz? ¿Quién es? ¿Cómo es posible que escriba con esa fuerza?

—No la conozco personalmente, pero una vez escuché un programa de radio sobre ella. Es suiza, tiene treinta años, y es profesora de latín. Creo que esta es su primera novela.

Un cliente le indicó a Ivan con un gesto que tenía una pregunta que hacerle. La joven pareció recobrar conciencia del lugar y de la hora.

—Gracias por haberme dejado leer el libro —dijo en voz baja.

—Vuelva a hacerlo usted cuando quiera —le ofreció Van, apartándose de ella.

—No sé... —Dudó la joven. De pronto, tenía la mirada como perdida.

Pero no se movió de donde estaba. No era ni alta ni baja, ni guapa ni fea, ni gorda ni delgada. El único adjetivo que se le ocurría para describirla sería «exquisita», pensó Van mientras le devolvía el cambio al cliente con gestos lentos. Esa chica era justamente eso, exquisita. Vestía la ropa que llevaría un alma libre, a saber: un pantalón de paño metido dentro de unas botas de goma marrones, una chaqueta de tela de gabardina y una bufanda de lana roja con aire infantil; de su bolsillo asomaba un paraguas plegable mal plegado.

Había ido a Méribel a pasar el día, le contó a Van una vez que se hubo marchado el otro cliente. No sabía esquiar, al contrario que sus amigos de la facultad, que la habían arrastrado hasta allí, y con los que había quedado al final del día para que la bajaran en coche a la ciudad. Estudiaba Sociología en Grenoble, se había criado en el campo, en Bélgica, y, cuando Van le preguntó cómo se llamaba, se turbó de nuevo al explicar el porqué de ese nombre tan poco frecuente: Anis. Era el diminutivo de un nombre compuesto que siempre había odiado.

Tres semanas después, serían mediados de enero de 2004, Van permanecía sentado detrás de su mostrador, leyendo. Era una mañana de escasa afluencia (pese a que cubría la estación una niebla persistente) y estaba enfrascado en la lectura de *Les bottes rouges*, de Franz Bartelt, autor al que había descubierto hacía poco y cuyas novelas devoraba, una detrás de otra, según iban cayendo en sus manos. En ese momento alguien le sacó de su ensimismamiento colocando ruidosamente tres volúmenes delante de sus narices. De un vistazo reconoció las tres novelas que componen la *Trilogía de la frontera* de Cormac McCarthy. Sobresaltado, levantó la cara y se encontró con una señora bastante alta que esperaba, sin apartar la mirada de él, a que se dignara considerar su presencia.

En realidad, no se trataba de una total desconocida para Van. La había descubierto ya curioseando por la librería en un par de ocasiones. Su estatura, su belleza y ese algo de tristeza que velaba sus gestos y no la abandonaba impedían que pasara inadvertida. Van le había puesto ya el apodo de Silvana Mangano, pues le recordaba a la madre del joven Tazio en *Muerte en Venecia*, de Visconti (una película, de hecho, que no le parecía a la altura del relato). Mantenía la costumbre de poner apodos a los clientes que no le revelaban su nombre: una compradora de clásicos con gafas de concha pasadas de moda era *Simone Weil*; un adolescente que parecía haber hecho la promesa de no volver a sonreír jamás, *el joven Werther*, una chica gorda, alegre y ruidosa, que cada vez le pedía en voz bien alta el libro más sobreestimado de la temporada, *Nana*.

La hermosa mujer alta, sin embargo, representaba todo lo contrario. Van ya había reparado en su gusto exquisito. No compraba más que novelas, siempre por encima de la media en calidad, o que se distinguían por algún motivo concreto; rara vez se trataba de novelas actuales y cuando, de manera excepcional, se decantaba por alguna novedad, resultaba ser la única del año que Van pensaba que merecía la pena leer.

Las veces anteriores siempre había tenido el detalle de hacerle algún tímido comentario para felicitarla por su elección («qué buen libro» o «magistral», poco más, pues ella no parecía muy habladora). Pero esa vez, porque había elegido del estante de la miel tres obras del mismo autor, y porque Van colocaba a McCarthy por encima de todos los novelistas vivos del mundo entero, decidió devolverle la mirada con franqueza, y le dijo: «Sepa que ha elegido usted las tres novelas sin duda más fascinantes de toda la tienda». «No me cabe duda de ello», le contestó la mujer dedicándole una tímida sonrisa.

Acababa de terminar las dos primeras, *Todos los hermosos caballos* y *En la frontera*, y estaba deseando acabar la tercera, y de ese modo poder dar a conocer la trilogía a sus amigos y conocidos. Bendecía al cielo por el mal tiempo que le permitía continuar leyendo: esa misma noche finalizaría *Ciudades de la llanura*, Se disponía, pues, a pasar un día de los que no se olvidan. De igual modo recordaba los momentos en que había leído los dos primeros tomos: el primero había caído inopinadamente durante un viaje en tren entre Florencia y Roma, así que, dejando en suspenso todo lo demás que tenía pendiente, se había obsesionado por saber quién era el autor del libro y qué otras novelas había escrito.

Van se estaba rindiendo poco a poco a los encantos de la misteriosa dama.

—De todas las cosas para las que sirve la literatura, su ejemplo me confirma que una de las más gratificantes es la de conseguir que personas hechas para entenderse se reconozcan entre ellas y entablen comunicación.

Él le contó que el mes de junio anterior, también en un tren, se había pasado una hora entera charlando con una joven, madre de familia para más señas, que estaba al otro lado del pasillo, dos filas de asientos por delante de él. No había podido resistir la tentación de levantarse y felicitarla personalmente. Tres razones le habían animado a ello: la primera, que no apartaba los ojos de su libro, aparentemente indiferente al hecho de que el mayor de sus hijos, que tendría por lo menos ocho o nueve años, estuviera chupándose el dedo compulsivamente, mientras los otros dos se golpeaban tenazmente el uno al otro con una regularidad digna de autómatas; la segunda, que la obra que de tal modo acaparaba su atención era *El amante sin domicilio fijo*, de Fruttero & Lucentini^[6], dúo que Van tenía en muy alta estima; y la última, que, cuando paraban de pelearse, sus tres hijos leían también sin parar, al parecer con la misma avidez que la madre. Porque hay que decir que si los dos pequeños se trataban mutuamente con tanta brusquedad era porque ambos se habían enfrascado en la lectura del mismo libro, y cada dos páginas la niña le decía al niño con impaciencia: «¡Venga, pasa ya la hoja!», a lo que su hermano contestaba, molesto pero muy tranquilo: «Espera, que no he acabado».

Van y la joven madre hablaron de F&L —como se los conoce en Italia—, y estuvieron de acuerdo en que eran unos excelentes prosistas, de una calidad muy superior a la reputación que tenían en Francia, y eso que ningún autor francés había conseguido, como ellos, llegar a millones de lectores sin hacer la más mínima

concesión a la demagogia literaria, con la única excepción de Echenoz, quizá.

—¿Los ha leído usted en italiano? —le preguntó la hermosa dama, que a esas alturas ya se había olvidado de pagar sus tres McCarthys.

—No. Pero, ahora que lo dice, me ha dado una idea: ahí tiene una buena razón para aprender italiano.

—¿Y *La noche del gran mafioso*, le gusta?

—¡Una delicia! Un divertidísimo compendio de sociología de la Italia contemporánea.

Pero la novela por la que Van se decantaba era *La mujer del domingo*, Ella pareció alegrarse cuando escuchó el título.

—«*El miércoles de junio en que fue asesinado, el arquitecto Lamberto Garrone había mirado la hora más de una vez*» —citó de memoria.

—¡La primera frase perfecta! —se regodeó Van—. Y eso que no me considero en absoluto un adepto de los inicios provocativos. ¿Y de la última frase también se acuerda?

—No literalmente. Solo recuerdo que la tensión que subyace en todo el libro obedece a la misma pregunta clave que gobierna la novelística europea desde hace dos siglos: «¿Caerán el uno en brazos del otro, sí o no?» La respuesta, claro está, no llegará hasta las últimas líneas.

—¡Eso es! Menudas tres páginas, con ese diálogo memorable entre el simpático comisario y la chica guapa que, desde hace trescientas, lo encuentra de lo más atractivo. Hablan sobre el crimen que se ha cometido en el primer capítulo. El comisario resuelve el enigma, y así el lector se entera por fin de quién es el asesino y también de sus motivos. La frase con la que termina la novela nos indica, por vez primera, el lugar en que se está desarrollando la conversación: «“¡Ay, pobre de mí, Virgen Santa!”, dijo Anna Carla, riendo. “Qué tarde es ya”. Y entonces saltó con agilidad de la cama y empezó a vestirse a toda velocidad». La traducción al francés es de Philippe Jaccottet, ¿lo sabía?

—Y pensar que tanta gente a mi alrededor se queja de no encontrar nada bueno que leer... ¡Qué aberración!

—Mientras que usted y yo descubrimos una obra maestra cada mes... Es una verdadera lástima. Pero es que el noventa por ciento de las novelas que se publican «son de esos libritos que no valen la pena», como los llamaba Paulhan. La crítica solo debería hablar de los demás, de los buenos, pero es perezosa. Y frívola.

—A la crítica le trae sin cuidado desvelar la verdad de las cosas. Solo conoce dos leyes: la pertenencia al clan y el amiguismo. En dos palabras: está corrupta.

—Yo no me atrevía a decirlo de ese modo. Pero sí. Tiende a encomiar libros deplorables, y, en ese magma, las perlas pasan inadvertidas. Por definición, la confusión favorece a los mediocres.

—¡Y los librereros, que ya no disponen de tiempo para leer, y por eso ensalzan el primer bodrio que les plantan delante! «Maravilloso», celebran. Tiene guasa.

Permítame que añada unas cuantas frases hechas más, de las que le gustan al gremio, en tono monocorde: «Un diamante en bruto», «Se recomienda la lectura urgente», «Atención, estamos ante un genio». Me miran, preguntándose si me burlo de ellos, y se dan cuenta de que sí —recuperó algo de seriedad—. ¿Sabe? He seguido con mucho interés lo que ha ocurrido aquí, en esta librería. Sus intentos por resistir, y el modo en que desperdician su talento y su esfuerzo. Le he preguntado a su jefe, y me ha contestado lo que ya imaginaba que me iba a decir: que a este paso, como no se espabilase, le iba usted a hundir el negocio. Y el caso es que tiene su parte de razón, el hombre... Todo ello me ha dado que pensar. Creo que su intuición era acertada y que su error radicaba en pensar que la librería ideal podía ser rentable en una población del tamaño de Méribel. La librería perfecta, querido amigo, aquella que no venda nada más que buenas novelas, solo puede ser viable en una gran ciudad de arraigada tradición cultural, como Londres. O como París. En una ciudad de ese tamaño, apuesto a que hay cinco mil, o quizá diez mil personas como nosotros, apasionadas de las novelas realmente buenas, y hartas de tener que encargarse en librerías atestadas de gente obras maestras que nunca están disponibles en los estantes.

—Yo también apostaría por eso —Van se emocionó.

—Pues bien. Tengo el nombre de esa librería —continuó la dama—. Se llamará La Buena Novela. Tengo también lo necesario para lanzarla. Solo me falta el librero.

Van se levantó muy despacio y la miró a los ojos.

HEFFNER abandonó su mutismo de profesional de la escucha.

—No me atrevía a creer que estuvieran hablando ustedes de La Buena Novela precisamente... —confesó con una voz que ya no exhibía ese tono de distancia y de autoridad—. ¡Como que los conozco! Tienen ante ustedes a un suscriptor de su librería. Encontrarán mi nombre en sus archivos si lo buscan.

Francesca sintió una oleada de gratitud por ese sobrino suyo, el prefecto de buen corazón. Y de notable inteligencia, pensó, antes de proseguir con su relato.

Ese día de 2004, Francesca supo que había alguien más en el mundo que consideraba a McCarthy un autor muy por encima de todos los novelistas vivos. Estaba pasando una semana en Méribel. La conversación que siguió entonces hizo que se decidiera a poner en práctica sin más dilación un proyecto con el que, hasta entonces, solo había soñado. Algo en la expresión de la cara de Ivan le confirmó que acababa de encontrar al librero que necesitaba.

Ivan y ella dedicaron las noches siguientes a reunirse en el Mont Vallon, uno de los hoteles más grandes de la estación de esquí. Tras el primer encuentro acordaron aplazar hasta el día siguiente la continuación de su plan de acción, y cuando, a medianoche, ella vio que Van buscaba al *maître* con la mirada, irguiéndose en su silla, Francesca le dijo que sencillamente tenía cuenta de cliente y que ella se ocuparía. Van se dejó invitar, y luego le explicó con la misma sencillez que él, en cambio, apenas tenía lo justo para vivir, siempre y cuando se hiciera él mismo la comida en su casa todos los días, y a veces ni siquiera eso.

Francesca residía en la zona del Belvedere, en lo que calificó de un *chalé familiar*, sin dar más explicaciones, por lo que Van desconocía si lo que lo hacía familiar era su tamaño o bien su origen. Esa semana estaba sola. «Bueno...», precisó cuando Van se ofreció a llevarla a casa una vez concluida esa primera cena de trabajo, mientras hacía al mismo tiempo un pequeño gesto con la mano para mostrarle el coche negro y brillante que la esperaba en la puerta del hotel y que se recortaba sobre un fondo de nieve y de noche azul. Aparte de la pareja de guardeses, no había nadie.

Ivan pensó un segundo que ese empleo de guardés no le habría disgustado. Pero era demasiado tarde: lo acababan de contratar para abrir cuanto antes esa librería nueva, La Buena Novela. Francesca se había apresurado en firmarle el talón correspondiente a su primer mes de salario. Habían acordado que, sin ir más lejos, al día siguiente Van le presentaría su dimisión al señor Bono. Francesca se ocuparía de tramitarle el preaviso. Conocía los argumentos que suelen convencer a un empleador para que renunciase a ese trámite. Febrero, marzo, abril, mayo, junio, julio y agosto: Francesca contaba con los dedos. Siete meses debían ser suficientes para que La Buena Novela abriera sus puertas. Sería al final del verano, justo antes de la *rentrée* literaria.

—Antes o después de la *rentrée* —observó Ivan—, ¿qué importancia tiene para una librería como la nuestra?

—Pues, en el fondo, ninguna —admitió Francesca—. Tiene usted razón. Pero ya sabe cómo es este país. En octubre y noviembre tienen lugar esa especie de «semanas de la novela», que recuerdan a todos que la literatura tiene también su poquito de importancia. Sería una pena no haber abierto para entonces.

Esa primera noche cambiaron el mundo, empezando por las librerías y acabando por la edición en general. Hablaron también sobre sus últimas lecturas. Antes de separarse, se dieron los números de teléfono. Francesca le pidió a Ivan que le deletreara su apellido. «G, E, O, R, G», aclaró Van. «Es un apellido de origen germánico. Mi padre lo pronunciaba a la alemana, todavía me pregunto por qué. Si mi madre lo supo alguna vez, no me lo dijo. Esa manera de pronunciar mi apellido es lo mejor que recibí de mi padre. Ge-org, en dos sílabas: se pronuncia gue-org. A mí me suena alegre y brioso. Te marca una actitud ante la vida.»

La segunda noche la pasaron comentando la clase de libros que La Buena Novela ofrecería al público. Francesca quería que la librería tuviera una oferta estricta: venderían novelas y nada más que novelas.

—La única manera de abrirnos un hueco entre el ruido general es llamar la atención por la sencillez de nuestro proyecto. En La Buena Novela venderemos justamente eso: buenas novelas; es algo que debe quedar claro desde el principio.

Van encontraba ese enfoque demasiado riguroso. Si el criterio de selección era la calidad literaria, había cierto número de narraciones, en sentido más amplio, que él consideraba a la altura de las novelas más excelsas.

—Hay incluso autores cuyas crónicas, memorias o semblanzas son mejores, desde una perspectiva puramente literaria, que sus propias novelas: mire a Jean Rolin, por ejemplo. —Van quería incluir en los estantes también poesía, algún que otro libro de relatos e incluso ensayos, siempre que fueran piezas literarias perfectas—. Y tampoco es que sean tantos...

Pero ahí Francesca se mantuvo firme en sus convicciones. Cedió, sin embargo, aceptando que además de las novelas, pudieran incluir relatos, alguna crónica o narraciones de la índole que mencionaba Ivan, pero nada más.

El semblante de Van se ensombreció:

—Entonces, eso significa que no tendremos ninguno de los libros de Pierre Michon...

—Vamos —dijo Francesca, alzando ambas manos—, ¡intentemos no ser excesivamente cerriles! Desde luego que tendremos la obra completa de Pierre Michon. Eso por supuesto. Al menos *Vidas minúsculas*, *Señores y sirvientes*, por citar solo esos dos, que son mis preferidos; diremos que son relatos, y los otros, *Rimbaud el hijo* o *La Grande Beune*, novelas cortas^[7]. O, casi mejor, no diremos nada. Los colocaremos en el lugar que más conveniente nos parezca. Y santas pascuas. Hay libros que trascienden las fronteras del género.

En cuanto a Lévi-Strauss o Foucault, ahí Francesca no quiso hacer ninguna concesión. No vendería ensayos en La Buena Novela. La librería se presentaría como una más entre las dos mil o tres mil que sobrevivían en cualquier gran ciudad. No se trataría de la primera especializada, eso es cierto. Después de todo, ya había suficientes librerías de ciencia-ficción, de historia, o de libros en alemán, en las que no conservaban todos los libros publicados. Quienes quisieran ensayos, que los buscaran en otra parte.

—¿Y qué hacemos con las novedades? —preguntó Ivan.

—No entiendo por qué deberíamos excluir las que sean buenas novelas de verdad. Apreciará usted la precisión de mi respuesta: solo en Francia deben de publicarse unas diez o veinte al año.

—Pues va a ser un trabajo arduo detectarlas entre el aluvión de novedades de la *rentrée*. Lo sabe tan bien como yo: las pocas que se salvan rara vez ocupan los titulares de prensa.

—Otra postura podría ser la de optar por un desapego total con respecto a los parámetros de la novedad. Podemos decidir no incluir libros recién publicados, y así permitir que otros libreros los vendan todavía calentitos. Siempre podemos examinarlos más tarde, cuando ya se hayan enfriado lo suficiente para no perder su calidad.

—¿Sabe usted qué porcentaje representan las novedades en el volumen de negocio de una librería generalista?

—Supongo que un porcentaje bastante elevado.

—Las cifras de venta de novedades rozan el ochenta por ciento del volumen de negocio de una librería generalista normal y corriente. De ahí la existencia del servicio de novedades, ese invento que los editores creen tan irresistible, y que consiste en enviar todo lo que publican a los libreros, en bloque y cada semana, sin que estos tengan ninguna opción de negarse, aunque se les incite a hacerlo mediante facilidades de pago, comisiones y la promesa de que podrán devolver a la editorial todos los ejemplares no vendidos.

—Pero Van, en La Buena Novela huiremos de lo que es normal. Esa será nuestra apuesta. Nuestros clientes no serán normales tampoco. Los lectores a los que recibiremos en la librería serán de esos que no compran jamás un libro porque acabe de salir, a no ser que adoren a su autor, sino por razones que no tienen nada que ver con su fecha de publicación, dato que, desde luego, a ellos les traerá sin cuidado. Serán de esos que entran en una librería sabiendo exactamente lo que quieren comprar, que van derechos al librero y le dicen: «Querría *Titus Groan*, de Mervyn Peake». Esas personas a las que no les sorprende que les digan que el libro no está disponible, lo que sí les extrañaría mucho sería lo contrario, y que lo encargan sin vacilar, porque también les da lo mismo tenerlo tres u ocho días más tarde. Lo cual no quiere decir, ya que están, que no compren dos o tres libros más con los que no contaban.

Van se había quedado pensativo.

—Es una apuesta. Una verdadera apuesta, usted misma lo ha dicho.

—Más que una apuesta, yo diría que se trata de un reto. Pero estará de acuerdo conmigo en que si nos lanzamos al proyecto no es para abrir una librería igual que las demás, ¿verdad? En cualquier caso, estamos complicando mucho las cosas. Para que todo quede claro, baste considerar que La Buena Novela será una librería especializada. Convendrá conmigo en que en las librerías dedicadas a las ciencias del mar o al arte, las novedades suponen un porcentaje bastante poco elevado de las ventas.

La tercera noche la consagraron a decidir cómo elegir esas novelas que constituirían el fondo editorial de la librería.

Van temía especialmente la llegada de ese momento. Ahí residía el auténtico meollo del asunto, y apenas imaginaba más que una solución posible para el problema. Por suerte —y hay que entender que aquí la palabra «suerte» se emplea sin tener en cuenta en lo más mínimo esa parte de azar que suele incluir el término—, Francesca había pensado en ello también, y resultó que compartían el mismo enfoque. En este punto había una única manera de proceder: la selección no podía confiarse a una sola persona, ni siquiera a dos, ni a tres, pues habría sido demasiado arbitraria. Ambos convinieron en que resultaba preciso reunir un comité de varios escritores escogidos, de modo que cada uno de ellos proporcionara una lista con, digamos, sus trescientas novelas imprescindibles. Además, habría que tener en cuenta no solo los títulos en que todos hubieran coincidido, sino las listas enteras, exceptuando, naturalmente, los libros repetidos.

—¿Trescientos? —repitió Ivan.

Trescientos títulos como mínimo por cada uno de los miembros del comité, sostuvo Francesca; se trataba de una mera cuestión de método. Si le preguntaban a cada escritor por sus cincuenta novelas preferidas, corrían el riesgo de que todos aconsejaran las mismas cincuenta. Para dar con otras novelas interesantes, aparte de las obras maestras indiscutibles, era preciso que incitaran a los miembros del comité a proponer grandes libros aunque estos fueran poco conocidos: y eso era algo que solo harían si podían proponer otros títulos aparte de los cincuenta más obvios. Pues bien: justamente esos otros doscientos cincuenta eran los que realmente contaban, pues marcarían la diferencia entre La Buena Novela y las demás buenas librerías que ya existían en la ciudad.

Trescientos títulos, pues, por cada miembro del comité; o doscientos cincuenta, en realidad. ¿De cuántas personas debía componerse dicho comité? ¿De seis, de ocho, de diez, de doce? Abrieron el debate durante la cena de la cuarta noche. Parecía esencial definir este punto. ¿Cuántas novelas ofrecería la librería? ¿Mil? ¿Dos mil? ¿Diez mil, acaso? ¿Cuántas grandes novelas, novelas excelsas de verdad, había publicadas y vivas en lengua francesa, incluyendo las traducciones? Esa misma noche quedó claro, y por lo tanto decidido, que las novelas tendrían que estar editadas en francés, y que

la librería se ubicaría en un país francófono.

Van y Francesca cavilaron durante dos horas. Como no se fijaban límites, ni en el tiempo ni en el espacio, como no otorgaban más importancia a la actualidad que a los siglos pasados, que son inmensamente ricos, ni excluían ningún país, aunque fuera microscópico y solo contara con una gran novela traducida al francés, su selección iba a ser numerosa. Había miles y miles de grandes novelas publicadas en su lengua.

—Todo consiste en saber qué entendemos por «gran novela» —sintetizó Francesca.

—Me ha quitado usted la palabra de la boca —corroboró Ivan—. Dejemos a un lado los títulos obvios, las mil o dos mil obras maestras innegables. La cosa se pone delicada a la hora de decidir cuáles son *las otras* grandes novelas. ¿Sabe? Me tienta la idea de darle la vuelta al problema. Creo que deberíamos preguntarnos dónde poner el listón, algo que los miembros del comité tendrán que preguntarse caso por caso. Considere por ejemplo *Amor en clima frío*, de Nancy Mitford: ¿tiene o no tiene que estar en nuestra librería?

—No —zanjó Francesca—. Se trata de un libro fantástico, que he leído varias veces, que me ha hecho reír a carcajadas, y que nos enseña más sobre Inglaterra que si hubiéramos estado un año allí. Pero en La Buena Novela venderemos cosas mejores. Y precisamente porque hemos heredado de los ingleses el gusto por la litote, únicamente por esa razón, no llamaremos a nuestra librería *Las grandes novelas*.

Ivan reflexionaba.

—¿Cuántas de esas grandes novelas habrá publicadas en francés? Miles, sí. Pero ¿cuántas exactamente? Una vez más, permítame desplazar un poco la pregunta. Seamos arbitrarios y no nos impongamos ningún tipo de reparo dado que, en cualquier caso, nuestra elección se interpretará también como arbitraria. Fijemos un número de novelas que nos parezca un buen punto de partida, y empecemos por ahí.

—¿Tres mil? —tanteó Francesca.

Un poco más. En mi pequeño panteón, atestado hasta los topes, caben mil ochocientos volúmenes, más o menos. En La Buena Novela imagino al menos el doble solo para empezar...

—¿Entre tres mil quinientos y cuatro mil?

—Eso es. Es aproximadamente la capacidad de una librería a la antigua. Y hablo en términos de tamaño, ¿entiende lo que quiero decir?

—Sí, muy bien. Empecemos con eso. De todas formas, ¿cree seguro que encontraremos tres mil quinientas grandes novelas?

—Multiplicando todas las literaturas, la francesa y la traducida al francés, por los cuatro siglos y medio que han transcurrido desde que se inventó la imprenta, sí, me parece que sí. Por supuesto, ese stock debería evolucionar. Los miembros del comité habrían de proporcionar cada año veinte o veinticinco nuevos títulos. Los clientes fieles de La Buena Novela encontrarían pues, cada año, unos doscientos libros más. ¿Significa eso que se retirarían otros tantos?

—No —Francesca se mostró decididísima—. En tal caso ampliaríamos el espacio. Resultaría fatal que nuestra primera selección resultase insuficiente. Si lo que toca es crecer, creceremos.

Esas palabras proporcionaron a Van la ocasión que esperaba, y abordó entonces la cuestión de la financiación. Aquella fue la primera y última vez que lo hizo.

—No se preocupe por eso —continuó ella—. Usted solo ha de tener en cuenta que la financiación, ascienda a lo que ascienda, está asegurada.

—¿Incluso si registramos pérdidas?

—Asciendan a lo que asciendan esas pérdidas, será así hasta el final de mis días —aseguró Francesca, sonriendo—. Y tengo cuarenta y siete años...

Pero entendía que, para lanzarse a esa aventura, Ivan no pudiera contentarse con garantías verbales tan vagas como esas.

Van protestó ante esa afirmación.

—Lo sé, lo sé —admitió ella, como si Ivan no se hubiera pronunciado. Dotaré la librería de un buen capital, ante notario. Gozará de todas las garantías.

—No, no... No hace falta —pidió Van.

—Me comprometo a ello.

—Si supiera hasta qué punto confío en usted... Y los riesgos que he asumido en el pasado... Con usted tengo la impresión de encontrarme a salvo por primera vez en mi vida. Me siento tranquilo. Y, de hecho, el término es más bien pobre para expresar este cambio de dimensión. Por primera vez en la vida tengo la certeza de que alguien me va a brindar la posibilidad de alcanzar mi esencia verdadera. Perdóneme si empleo estas palabras tan grandilocuentes.

—Tenga en cuenta que podemos fracasar...

—No. Sinceramente no lo creo...

—Yo tampoco, pero le pido que considere que el fracaso es posible.

Ivan se lo prometió.

Se había hecho tarde ya. Francesca y él se separaron.

La quinta noche, nada más sentarse frente a frente en la mesa que ya era la suya, Van extrajo del bolsillo dos hojas de papel repletas de números, y las colocó encima de la mesa.

—Ayer nos equivocamos. Nada importante, un simple error de cálculo... —anunció.

—¿A propósito de las listas?

—Sí. Como recordará, anoche partimos de la base de un comité formado por unas diez personas, a cada una de las cuales le solicitaríamos una lista con trescientos títulos. ¿Es correcto? De ahí saltamos a otro problema fundamental: el del número total de libros de que disponer desde el principio. Calculamos entonces que albergaríamos entre tres mil quinientos y cuatro mil títulos. Pero las cifras no cuadran... Le confieso que este detalle ha conseguido desvelarme. No he pegado ojo en toda la noche. Hice un par de cálculos en frío, y entonces supe que nos habíamos

precipitado. Al final no tuve más remedio que levantarme de la cama, y buscar lápiz y papel. —Señaló entonces las dos hojas que seguían sobre la mesa—. Es muy sencillo —explicó—. El error reside en el número de títulos que debería proponer cada miembro del comité. Supongamos que este se compone de ocho miembros, ¿de acuerdo? Partimos de la idea de que, entre trescientos títulos, los ocho coincidirían en cincuenta. Lo que asciende ya a un total de... cincuenta más ocho veces doscientos cincuenta, que resulta dos mil cincuenta libros, es decir, muy pocos.

»Resumiendo: de lo que me he dado cuenta esta noche es de que no hemos tenido en consideración los títulos que se citarán no ocho veces, pero sí entre dos y siete. Así, a ojo de buen cubero, hemos de reconocer que al menos la mitad de los títulos se mencionarán varias veces. La dificultad radica entonces en saber cuántos aparecerán citados dos veces, cuántos tres, y así hasta ocho. Una cosa me parece muy clara: para alcanzar un mínimo de tres mil quinientos libros que ofreceremos en nuestra librería, tendríamos que pedir a cada miembro del comité que nos hicieran una lista con seiscientos títulos.

—¡Seiscientos!

—Eso si la mitad de cada lista aparece citada varias veces... Eso son ocho veces trescientos, que no dará ni por asomo dos mil cuatrocientos títulos en total sino, digamos, unos mil doscientos. A esos habrá que añadirles los trescientos títulos multiplicados por ocho que solo se habrán citado una vez... Dos mil cuatrocientos más mil doscientos: ¡así sí que llegamos a los tres mil seiscientos títulos!

—La incógnita está, pues, en esa mitad de las listas compuesta de títulos que se mencionarán varias veces. ¿Cuántas veces? ¿Dos, tres o cuatro? ¿Cinco? ¿O serán ocho? ¿Cómo saberlo? ¿Ha calculado usted la manera en que podría hacerse la repartición?

—Me pasé media hora entera pensando en ello, aterido de frío y en pijama, antes de comprender por fin que por mucho que lo intentara no iba a saber calcularlo. No es un cálculo sencillo. En un principio quise proceder como si los libros fueran unidades equivalentes: con unidades intercambiables se puede recurrir al cálculo de probabilidades. Pero no tardé en darme cuenta de que se trababa de un razonamiento erróneo, precisamente porque las novelas no son indiferenciables, en absoluto. Al contrario, poseen valores y notoriedades que las hacen únicas. Así que no me volví a acostar hasta que hube decidido que le pediría ayuda a Serge.

—¿Y quién es ese Serge?

—Mi amigo Serge es catedrático de Matemáticas. Vive en Méribel, y es un apasionado de la montaña. Su historia es algo complicada, pero intentaré resumírsela. Cuando cumplió cincuenta años descubrió que estaba cansado de las clases y de tener que aguantar a los alumnos. En cuanto a su mujer, también ella se había cansado de él, y de hecho acababa de dejarlo por un helenista. Así que Serge pidió la jubilación anticipada y se instaló en un pequeño apartamento que había heredado de su padre. Y sucede que, además de las matemáticas y la montaña, también es un apasionado de la

literatura. Era cliente de la librería.

»Esta mañana a primera hora lo he llamado, procurando no desvelarle nada de nuestro proyecto. Le he puesto la excusa de que un periódico me ha pedido que imagine la librería ideal, y que se me planteaba un problema de cálculo. El enunciado del problema es el siguiente: ante un comité de selección compuesto por ocho miembros, si el propósito final es el de llegar a tener cuatro mil títulos de fondo editorial en la librería, y considerando que ciertos títulos aparecerán propuestos varias veces, ¿cuántos habría que solicitar a cada miembro?

»Una hora más tarde, me ha dicho que, con las premisas planteadas, el problema era insoluble. Según él, las matemáticas no tenían respuesta para mi pregunta. Si todos los libros fueran entidades equivalentes entre sí, sería posible resolver la cuestión, me ha explicado, confirmando mi intuición. Pero no ocurre así. Los *Ensayos* de Montaigne seguramente se citarían ocho veces, pero es imposible saber *a priori* cuántas veces aparecerán mencionados *El primo Pons*, de Balzac, o las *Meditaciones*, de Marco Aurelio. ¿Una sola vez? ¿Dos? ¿O quizá más?

—Comprendo —respondió Francesca—. Nos queda el método empírico. Empecemos a pedir listas y hagamos nuestros cálculos.

—Lo que está muy claro es que trescientos títulos es una cantidad insuficiente si solo tenemos ocho miembros en el comité.

—¿Y seiscientos?

—Con seiscientas propuestas por seleccionador deberíamos poder llegar a cuatro mil libros...

Cuando, mucho después, Van me fue refiriendo todos estos debates, a mí se me antojaron demasiado técnicos y aburridos, pero él se encargó de sacarme de mi error. Recordaba esos momentos como únicos. El tiempo transcurría con la rapidez de sus elucubraciones, y la empresa empezaba a gestarse. Estaba en juego la seriedad del proyecto.

—Seiscientos títulos son muchísimos —comentó Francesca—. ¿Quién va a estar dispuesto a proponer tantos?

—No son tantos, ya lo verá usted. Llevo pensando en ello desde esta mañana. De esos seiscientos títulos, pongamos que la mitad fueran franceses. ¿Tan imposible le parece elaborar una lista de las trescientas mejores novelas francesas?

—Si no imposible, sí es difícil, desde luego. Habría que haber leído mucho.

—Por definición, los miembros del comité no podrán ser simples pipiolos. Habrá que pensar en lectores apasionados desde la infancia. Los encontraremos.

Francesca asentía en silencio.

—Es posible, en efecto, que no nos cueste mucho conseguir trescientos títulos —admitió—. Estoy repasando mentalmente la lista de todos los novelistas franceses del siglo xx que deberían figurar en cualquier buena lista: Proust, Colette, Cendrars, Segalen, Renard, Gide, Drieu, Céline, Aragón, Giono, Bernanos, Malraux, Mauriac, Gracq...

—Y eso mencionando solamente a los más conocidos —reprochó Ivan—. Piense usted también en Calet, en Dietrich, en Fargue, en Jouhandeau, en Reverzy, en Bove, en Vialatte... Si nos propusiéramos abarcar cuatro siglos, no nos costaría nada encontrar ciento cincuenta o doscientos grandes autores, y solamente en lengua francesa. Y, para muchos de esos autores, nos resultará difícil citar un título solamente. No creo que podamos obviar una sola novela de Stendhal ni de Flaubert, y, al menos, habría que escoger diez de Balzac, diez de Zola...

—Y sin tener que remontarse tan atrás en el tiempo, también disponemos de mucho donde elegir —asintió Francesca—. Estoy pensando en todas las novelas que se han publicado en francés en los últimos veinte años. Novelas que adoro. Hay muchísimas. Entre Modiano, Michon, Laurent, Gailly, Echenoz, Oster, Bobin, los dos Rolin, Grenier, Roubaud, Rio, Bianciotti, Benoziglio, Bergounioux, Deville, Laclavetine, Cholodenko, Visage, Rousseau, Raphaële Billetdoux, Sylvie Germain, Annie Ernaux, Régine Detambel, Nicole Caligaris, Maryline Desbiolles... —cogió aliento—, Carrère, Moillet, Chevillard, Holder, di Nota...

—Mire —la interrumpió Ivan—, como deberes para mañana, podríamos aplicarnos cada uno en nuestra propia lista. Hagámoslo. Comprobemos cuánto tiempo invertimos, y veamos si logramos trescientos.

—Muy bien. Probemos a ver. Y pensemos ahora en los extranjeros. Trescientas grandes novelas extranjeras tampoco son muchas, dado el número de países que abarcamos. Treinta novelas italianas, treinta españolas, treinta alemanas, treinta belgas y holandesas, treinta inglesas, treinta americanas...

—Norteamericanas... —precisó Van—. Aunque, a decir verdad, treinta es un número irrisorio para los países que acaba de citar. Me parecería más justo que cada uno de ellos estuviera representado por trescientas novelas. Pero nuestra librería será francófona, no nos alejemos de esa premisa. Treinta novelas sudamericanas, treinta rusas, treinta de los países de Europa del Este, Polonia, Hungría, Chequia, Eslovaquia, treinta de los países eslavos del sur y alrededores, Serbia, Rumanía, Bulgaria...

—... Albania. La Albania de Ismail Kadaré.

—Grecia, Turquía...

—Treinta de China y de Japón.

—... de Corea, Vietnam e Indonesia.

—Treinta de Irán, Irak y Siria.

—Treinta de Israel y de Egipto; treinta de Nueva Zelanda y de Australia...

—Dejémoslo ahí —se abrumó Ivan—. Nos hemos pasado de la cuenta. Con creces. Ya ve usted, seiscientos títulos parece una enormidad pero, a la vista del patrimonio literario mundial, no es gran cosa. Me pregunto incluso si, al elaborar esta lista, no nos vamos a encontrar con que seiscientos son demasiados pocos libros. No tengo yo muy claro que limitarse a ese número sea tan fácil... La dificultad quizá radique en proponer solo seiscientos títulos.

—Intentémoslo —propuso Francesca—. ¿Le dará tiempo de aquí a mañana?

La sexta noche cada uno expuso su borrador. Ninguno de los dos había logrado terminar su lista, y concluyeron que se antojaba imposible enfrentarse a una tarea así en apenas un día, pero ya no les cabía duda de que alcanzarían los seiscientos sin problema. Van se había inspirado en lo que guardaba en los estantes de su sótano y en el Gran Anuario de los Libreros —su Biblia, lo llamaba—, donde figuraban todos los libros disponibles ese año en Francia. Francesca se había pasado el día buscando en Internet, y cada autor le había remitido a otro autor nuevo e igual de fascinante.

Retomaron la cuestión del comité. ¿Cuál era, entonces, el número adecuado de miembros? Sin discutirlo en exceso, dejándose guiar por la fe en una intuición común, acordaron que ocho.

—Y ahora nos toca elegir ocho grandes novelistas... —declaró Francesca.

—Ocho excelentes prosistas...

—Ocho turiferarios de la novela, que no se arredren ante el reto de proponer seiscientos títulos de su elección.

—Muy bien pensado. Poner el listón tan alto posibilitará que hagamos una excelente selección. Quienes se presten al juego serán los más aptos.

—Tendremos que encontrar gente que lo haya leído todo.

—Por definición.

—Más difícil será encontrar personas que no tengan gustos demasiado homogéneos. Que no se parezcan demasiado.

«Los miembros no deben influirse los unos a los otros», declaró Francesca. A lo que Van añadió: «Lo mejor será que cada uno elabore su lista a su aire, ajeno a lo que hagan los demás». Y Francesca puntualizó: «¿Y si sencillamente no supieran siquiera quiénes son los otros miembros?» Van: «Eso tendrá que ser secreto, claro». Que la composición del comité se guardara en secreto ofrecería la ventaja de facilitar su funcionamiento y de preservar la libertad de elección de sus miembros. Gracias al secreto, se evitarían presiones. Francesca: «Y así de paso nuestros seleccionadores serán de verdad sinceros. Si no hubiera secreto, les resultaría muy difícil no incluir en su selección los libros de sus amigos, o los de los jurados de los premios literarios en los que participaran». Van: «Sí, nos limitaremos a decir que los libros en venta en La Buena Novela han sido elegidos por los miembros de un comité de selección cuya identidad no queremos que trascienda». Francesca: «Pero sí desvelaremos, al menos, que se trata de escritores». Van: «Eso sí, pero nada más. Por ejemplo, no será necesario decir de cuántos miembros consta».

Y pusieron nombres encima de la mesa.

—No concibo este comité sin Paul Néant —empezó Francesca.

—Es obvio —corroboró Van—. Ni sin Ida Messmer.

—Justo estaba pensando en ella. Odio la pornografía, pero no conozco literatura erótica más hermosa que la suya.

Al ver que se les ocurrían los mismos autores, apuntaron cada uno por su lado, en

una hoja distinta, los nombres de los doce escritores francófilos que más apreciaban. Luego compararon sus listas. De los veinticuatro, tenían ocho en común. Decidieron empezar por esos ocho que entusiasmaban a ambos.

—¿Qué hacer para que no se viole el secreto en el caso de que alguno de los propuestos no desee formar parte del comité? —se inquietó de pronto Francesca—. ¿Cómo podremos convencer a un candidato, explicarle lo que se espera de él, y asegurarnos a la vez, si es que rechazara participar, de que no desvelará nada del proyecto?

—El suyo es un falso problema, en realidad —reflexionó Van—. Voy a pensar en voz alta: tantearemos a cada escritor de manera aislada. Así, acepte o no acepte participar, no sabrá quiénes son los otros miembros. Supongamos que rechazase nuestra propuesta y que se fuera de la lengua; todo lo que podría decir entonces sería lo siguiente: no formo parte de un comité al que me han propuesto unirme. De todas maneras, pediremos que los que sí acepten ser miembros se comprometan a hacer esta declaración, por si se diera el caso de que alguien les preguntara. Aunque —prosiguió Van— el verdadero problema surgiría si uno de los miembros, después de participar durante un tiempo, optara por retirarse. En ese caso sí que tendría que ser una tumba, desde luego.

—Situación, la suya, que también nos plantea un falso problema —sumó, a su vez, Francesca—, porque una vez constituido el comité, basta con que sus miembros no se conozcan nunca, que no se reúnan nunca. Aquel que se retire puede decir todas las veces que quiera que ha formado parte del comité, que nosotros siempre lo negaremos. ¿Qué prueba podrá aportar para respaldar su declaración?

Lo que implicaba que toda la correspondencia escrita entre los protagonistas sería confidencial, y que se destruiría nada más recibirla.

O, mejor aún: que prescindirían de la comunicación escrita en la medida de lo posible. Evitarían utilizar Internet para sus fines, porque todo el mundo sabe que Internet no permite secreto ninguno. La comunicación se haría estrictamente por teléfono, utilizando seudónimos.

—Podríamos regalar un teléfono móvil a cada uno de los ocho miembros —propuso Francesca—, reservado para las comunicaciones referentes al proyecto.

Van se mostró reacio.

—El móvil supone sin duda el medio más seguro, pero no entiendo muy bien cómo podríamos contratar ocho líneas usted o yo simultáneamente, sin levantar sospechas. Más vale que cada uno utilice su móvil personal, y que nuestras conversaciones sobre la librería se mezclen con todas las demás.

—¿No quiere otro café? —le preguntó Francesca.

—Sería el tercero ya, pero sí. Lo necesito.

Hablaron entonces de la ubicación. ¿Dónde tenía más probabilidades la librería de encontrar su público, sabiendo que no se venderían más que libros en francés? La respuesta les parecía tan evidente que, sin atreverse a decirla, se obligaron a evocar

ciudades como Bruselas, Lyon o Ginebra.

Bueno, quizá lo más sencillo fuera París, creo yo —razonó Francesca al cabo de cinco minutos de cavilaciones.

—Pero en París, ¿dónde? —preguntó Ivan—. Al precio al que están los alquileres de los locales comerciales...

Francesca era copropietaria, junto con unos primos suyos, de un edificio en la rue Dupuytren, junto a la place de l'Odéon.

—Un bonito edificio del xvii —explicó—. Podríamos ocupar la planta baja y el primer piso.

—Lo cierto es que sería difícil encontrar algo mejor —convino Van.

En el reverso del borrador de su lista, Francesca esbozó un croquis del lugar. La calle, el porche, el patio trasero, el magnolio... El escaparate ya existía. E instalarían las oficinas en el primer piso.

—¿Y está libre? —quiso saber Van.

Unos años antes, sus primos habían pedido que el edificio, indiviso hasta entonces, se repartiera en lotes. Francesca había sido la única en manifestar su preferencia por el local comercial de la planta baja y por el apartamento adyacente de la primera planta. Por entonces, una idea le rondaba la cabeza. Admiraba a varios artistas a los que, según sabía, les estaba costando abrirse paso en el mundillo: un pintor, algún fotógrafo y un par de escultores. Y le apetecía poder ofrecerles una galería para que expusieran sus obras... digamos que a un precio asequible, afirmó después de una breve vacilación.

—¿Entiende lo que quiero decir?

Ivan lo entendía. Del todo asequible.

—En aquella época había leído en la prensa algo que me encantó —continuó Francesca—. Kenzaburō Ōe había creado un premio literario del que él era el único jurado. Al parecer, no le convencía la crítica dominante, y quería hacer de contrapeso y de paso respaldar a autores poco conocidos.

Francesca encargó entonces que se realizaran las obras de reforma de la planta baja para acoger en ella la galería. Y las obras estaban ya bastante avanzadas, cuando se produjo un cambio de perspectiva.

—Tenía una amiga a la que un día le comenté lo que me proponía. Entonces ella me dijo que aquello era justo el sueño de su vida. Decidí que se instalara allí. Sé lo que piensa, pero en realidad no tuve elección. Enseguida entenderá por qué. La mujer vivía sola desde hacía tiempo y había empezado a amargarse. Poco antes le habían diagnosticado un cáncer, y, al enterarse, su amante de entonces la abandonó. Era un tipo casado, se veían muy de tarde en tarde, pero era el único hombre de su vida. Ella era socióloga, profesora universitaria, y estaba muy insatisfecha con la docencia. Decía haberse equivocado de vida, y que su auténtica vocación era el arte. En el local de la rue Dupuytren dispuso en todo momento de carta blanca para exponer las obras de los artistas que le vinieron en gana. Yo, desde luego, no compartía su criterio,

espero que no se diera cuenta. Aunque no era esa la cuestión. La aventura, en suma, no tuvo éxito. Y, además, no bastó para devolverle la sonrisa a mi amiga. Murió la primavera pasada, y sé que lo hizo guardándome rencor. Después de aquello, no me vi con fuerzas para volver a pisar el local.

—¿Y ahora? —se interesó Ivan—. ¿Ahora sí que estaría dispuesta a darle un nuevo uso?

—No tendría sentido no hacerlo.

Hablaron de las obras de acondicionamiento, de la disposición, del espacio. Lo más sencillo sería clasificar las novelas por países, o bien por orden alfabético. ¿O mejor cronológico?, se preguntaba Ivan. Los tres a la vez, respondió Francesca. Así, mire: Inglaterra, siglo XIX, y luego colocaremos el autor clasificado por orden alfabético. Y, por cierto, Van, ¿le gustaría a usted que dejásemos que la gente pudiese sentarse? En Suiza y en Alemania, por ejemplo, es frecuente ver sofás y butacas entre los estantes...

Salieron embriagados de la cena, y en más de un sentido. Al día siguiente se confesaron el uno al otro que les había costado mucho conciliar el sueño, por los nervios y la alegría.

LA séptima noche no hablaron de novelas ni de autores ni de nada parecido: hablaron de sí mismos, de las cosas que les habían pasado. No fue algo deliberado. Acababan de sentarse cuando Ivan, alegremente, preguntó: «¿Siempre se viste usted de colores claros? La he visto de beis, de blanco, de verde agua...»

A Francesca se le inundaron los ojos de lágrimas. «De hecho, me vestí de negro durante cuatro años seguidos», confesó. «Dejé de hacerlo, de un día para otro, hace dos. Prefiero decírselo sin rodeos: perdí a mi hija, a mi única hija, hace seis años. Tenía diecinueve. Se tiró a la vía del tren, entre Vanves y Chaville, cerca de París. Parece que se fue a la estación de Montparnasse y empezó a seguir las vías. Lo único que me pudieron enseñar en el Instituto Anatómico Forense, levantando una sábana, fueron sus pies. El resto de su cuerpo estaba irreconocible. Pero sus piecitos sí que los reconocí enseguida, calzados con unas bailarinas de tiras cruzadas, de piel de borreguito rosa salmón. Las habíamos comprado juntas dos días antes. Ni siquiera mi marido me acompañó.»

—No me cuente más si no quiere... —rogó Ivan.

—Sí, un poco más, permítame. Ahora ya se trata de mi esencia, de mi identidad, de mi nombre. Se llamaba Violette. Tenía diecisiete años cuando la enfermedad se arrojó sobre ella como un ave de presa. Hasta entonces, había sido una niña como tantas otras, y después se convirtió en una muchacha maravillosa. Un día, bruscamente, volvió de clase diciendo disparates. El diagnóstico fue inmediato. Recibió todos los cuidados posibles por parte de los médicos más brillantes que pudimos encontrar. Pero todo fue inútil. Empeoraba a ojos vista. Lo abandoné todo para luchar con ella. No me separaba de su lado, aunque la tristeza de Violette era mayor cada día. Una noche se acostó algo más temprano de lo habitual. Yo la imité, me sentía agotada. Su padre no estaba. Siempre volvía muy tarde; desde siempre, que yo recuerde. Salió de casa sin que la oyera.

»La verdad es que hacía tiempo que mi esposo y yo atravesábamos una situación complicada. Es un hombre de negocios, un tipo bastante inteligente, pero también frío. La muerte de Violette no nos ha unido ni mucho menos. Al contrario. Hacía tiempo que yo ya no le bastaba, y en un momento dado dejó de ocultarlo. Simplemente ya no soportaba mi compañía. Y, además, es de esos que profesan una especie de ética de la compensación. Una pseudoética de adicto al trabajo según la cual, cuanto más dura es la vida, más derecho posee uno a obtener compensaciones de ella.

Con la yema del dedo índice, Francesca se enjugó una lágrima que amenazaba con resbalar hasta la punta de su nariz. Miró a Van a los ojos:

—Y permítame añadir algo más, para responder exactamente a su pregunta. Cierto que vestí de negro durante años. Hasta que hace dos tuve un sueño. Vi a

Violette, hermosa y serena, intacta. Era la primera vez desde su muerte que me encontraba con ella en sueños, viva, resplandeciente, tras cien veces anteriores... en que la vi de otra manera. Me pedía: «Ya está bien de vestirte de luto. Es un rollo». Era una expresión de adolescente: «es un rollo». Al día siguiente dejé de vestirme así.

Van tomó la mano de Francesca entre las suyas, por encima de la mesa, y la besó suavemente. Se quedaron callados unos segundos.

Bien —pidió Francesca enjugándose las lágrimas—. Ahora le toca a usted.

Ivan se incorporó un poco.

—Bueno, en mi vida no ha habido ningún drama —empezó—. Aunque todos los inicios, sí es verdad, son algo melodramáticos. Pero mi vida, mi vida de adulto, al menos, si es que se puede definir así, ha estado marcada más bien por la mediocridad, por la falta de objetivos y por la indolencia.

El discurso de Francesca había durado apenas tres minutos. Van, en cambio, se playó de lo lindo. Por gratitud hacia ella, quizá, o puede que para manifestar una especie de lealtad a su sencillez y a su valentía.

A los veinte años se zafó de todas sus ataduras. Ya no mantenía contacto con nadie de su familia; una familia pobre, minúscula, insignificante, puntualizó. Estudió inglés, algo de chino, y barajó meterse a maestro. Se reconocía adepto de las ideas de la escuela libertaria utópica del siglo XIX. El rectorado exhibía una interpretación muy distinta de la escuela de la que él tenía, de modo que su carrera docente apenas duró dos años. Entonces se marchó a Estados Unidos, donde trabajó como guía turístico por los lugares más queridos y ensalzados por los grandes escritores americanos.

—Sus libros me dieron la idea. Devoraba a autores como Whitman o Thoreau. Ese fue el año en que empecé a leer compulsivamente.

También dedicaba su tiempo a leer novelas de autores franceses. Y, puede que fuera por eso, o por añoranza de su país, pero al final volvió a casa. Encontró trabajo en una prometedora editorial de cómics que lograría la fama gracias a un autor de éxito. «Llamémoslo B.», dijo, intentando ocultar el nombre de la editorial. «Las Ediciones B, por el nombre del dueño. Todo el mundo las conoce...»

Ahí Heffner puso cara de no entender nada. Van se preguntó si era la típica pose de lector demasiado fanatizado con el texto como para permitirse abrir jamás un cómic, pero luego se contestó que no, que su ignorancia parecía sincera, y retomó su relato. Trabajaba como comercial del sello. Se recorría el este de Francia de punta a cabo, y visitaba todas las librerías de la región intentando colocar el máximo número de títulos de su editorial. Y fue así, de una manera en cierto modo rocambolesca, como se convirtió en librero. Por una bonita casualidad.

Estando un día en Estrasburgo, entró en una librería que no conocía. El dueño le dijo que el negocio no terminaba de despegar. La librería ocupaba un local contiguo a un restaurante. El tipo dijo que, cuando lo compró, el local venía incluido en la transacción. De vez en cuando surgen gastrónomos que se las dan de intelectuales y que piensan que hay muchos como ellos, que gustan de la buena mesa y de los libros

en igual medida. Al final acaban montando negocios que aúnan ambas pasiones. Pero en Estrasburgo esos lectores de amplio espectro no debían de ser lo bastante numerosos, porque al final el negocio no prosperó. Al nuevo comprador solo le interesaba el restaurante, y dejó de ocuparse de la librería. Los libros se acumulaban en total desorden en cajas de cartón. «Mi idea es venderlos», compartió con Van. «Te lo dejaría todo en quince mil francos; la librería y todos los libros que hay dentro.»

Van en aquella época no tenía ni un céntimo. Trató de convencer a un banquero de que le prestase dinero, pero en vano. Entonces se le ocurrió hablar del asunto con B., que firmó al instante y le pidió que relanzara la librería a sus expensas.

—Y así fue como empecé en el oficio —terminó su historia—. Supe de inmediato que aquello era lo mío. Me sentía como pez en el agua.

Por aquel entonces, el mapa de Francia estaba trufado de librerías en venta. B. se reveló como un excelente hombre de negocios, y compró una decena: una detrás de otra. Y, cada vez, Van se encargaba de poner en marcha el negocio, dejarlo funcionando y luego pasar el testigo a un empleado. Ejerció durante seis meses de librero en Vichy, otros seis en Marsella, y así sucesivamente.

—Más o menos, estábamos especializados en cómic —precisó. Regentaba una librería en Besançon cuando B., de la noche a la mañana, y sin venir a cuento, optó por deshacerse de sus tiendas. Las vendió todas, y despidió a Ivan sin siquiera una indemnización.

—Después de todo lo que había hecho por él... —se lamentó Van—. Me sentó muy mal. Llevarlo a juicio me parecía una pérdida de tiempo, tenía prisa. A decir verdad, no me lo pensé demasiado. Seguía teniendo mi Simca de comercial de libros. Una noche embestí marcha atrás el escaparate de la librería de Besaron, y me llevé todo un cargamento de cómics antiguos cuya venta yo mismo había negociado, así que sabía lo que valían. En esa época no se reeditaban los cómics agotados, como ahora, así que esos ejemplares tan viejos valían un dineral. Y, para dejar bien clara la autoría del golpe, abandoné el Simca donde estaba, medio estrellado contra la puerta. Iba con un amigo, así que cargamos mi botín en su coche y nos dimos a la fuga. B. tampoco me denunció.

Ivan se estableció entonces en Pantin, como vendedor de libros antiguos. Decidió especializarse en cómics, cuya venta se reveló un negocio muy rentable, mientras se iba confirmando su gusto por la literatura. Tenía un puesto en un mercadillo dominical, en Saint-Ouen. Ganó bastante dinero en pocos años. Conocía a los coleccionistas que tenían dinero. Cuando encontraba un cómic de especial valor, avisaba a los cuatro o cinco clientes que sabía dispuestos a pagar lo que fuera por poseerlo. Los citaba a todos en su oficina y lo subastaba al mejor postor.

Pero el comercio, en el fondo, le aburría. Un buen día, con los bolsillos llenos, lo dejó todo y se marchó a recorrer Asia. Acababa de cumplir treinta y cuatro años.

—Y así me pasé más de cinco años, de trotamundos. Pero también de la inactividad total se cansa uno —prosiguió—. O quizá es que echaba de menos las

grandes novelas: no encontraba las buenas de verdad en las estaciones en las que recalaba. Así que me harté y regresé por segunda vez a Francia.

»No tenía ningún vínculo, ninguna atadura. Aquellos pocos meses en Briançon despertaron en mí el gusto por la montaña. Regresaba sin un céntimo. Y como estaba así, sin blanca, imaginé que en las estaciones de esquí de los Alpes siempre podría encontrar algún trabajillo temporal. De modo que me saqué un billete de tren para Chambéry.

Allí, por otro azar más, otra casualidad, al pasar por delante de la oficina de empleo, Ivan decidió probar. Entre los anuncios, sus ojos se posaron en una oferta de empleo como librero en Méribel. Treinta candidatos se postularon, pero Van era el único con experiencia en el gremio, así que lo contrataron a él. Y de esta manera fue como desembocó en el negocio de Bono, con cuarenta años recién cumplidos.

—Tantas casualidades, y todas tan favorables... —observó, como si hablara consigo mismo—. Puede decirse que me convertí en librero por accidente. Pero la palabra tendría que estar en plural, y el plural en sí ya pone en duda el concepto de azar. Aunque también se puede decir que fue por necesidad. Una necesidad cuya obstinación me asombra, cuando, como ahora mismo, pienso en los veinte años que han precedido a que nos planteáramos abrir La Buena Novela.

Heffner lo miraba estupefacto.

—Pero, para ser exactos —prosiguió Van—, cuando Francesca apareció y compartió conmigo su proyecto, yo en esa época más bien me planteaba que un capítulo más de mi titubeante existencia se saldaría de nuevo con un fracaso. Y lo que pude contarle de mi vida hasta entonces no lo hice con un tono de triunfo. No le dije: «Embarcándose conmigo en esto tiene todas las de ganar».

—En efecto —corroboró Francesca, volviendo la cabeza hacia él. Pues era a Van a quien hablaba, no a Heffner, ni siquiera *para* Heffner—. Recuerdo que se presentaba usted ante mí como un auténtico fracasado. Pero añadió una cosa más, lo recuerdo perfectamente. Por primera vez en su vida, quería hacer lo que fuera por lograr que una empresa tuviera éxito. Sus palabras resuenan aún en mi memoria: «Me he pasado veinticinco años saldando cuentas con el padre, con la autoridad, con la sociedad, sin saldar ninguna cuenta en realidad; buscando en vano qué hacer con mi vida; autodestruyéndome, en suma. Ya no puedo permitirme malgastar más el tiempo. Tengo cuarenta y cinco años. Debo entregarme a algo que me supere, y es imprescindible que en esto tenga éxito».

—¿Y usted? —preguntó Ivan—, ¿recuerda usted su respuesta? También en mi memoria resuenan sus palabras, sus palabras exactas. Me contestó: «Para decirlo lisa y llanamente, yo también tengo que hacer algo bien en mi vida. Por fin».

VAN había tomado la decisión mucho antes de la conversación que mantuvieron la séptima noche. Ya en la primera le había respondido a Francesca que sí, que aceptaba embarcarse en La Buena Novela, y a la mañana siguiente presentaba su dimisión a Bono; aguantó diez días más en la librería, a la espera del sustituto que su jefe había contratado. El último de esos diez días se reencontró con aquella estudiante sin dinero que vivía en el valle.

¡Cuántas cosas estaban sucediendo en ese mismo invierno! Ni él mismo podía creerlo. Más tarde me confiaría que, tras despedirse de Bono, compró por primera vez en su vida una revista de astrología, pues se moría de curiosidad por saber lo que los astros le deparaban para el año siguiente. Sin embargo, fieles a su antropomorfismo habitual y a sus preocupaciones de amas de casa, las predicciones solo incluían unas anginas recurrentes de difícil curación.

Las semanas anteriores, Van había pensado mucho en aquella estudiante, consternado por no tener manera de contactar con ella. Se imaginaba a sí mismo escribiendo un correo electrónico dirigido «A la pequeña Anis, Departamento de Ciencias Humanas (Sociología), Universidad de Grenoble», y sin más clavo al que agarrarse que el tono afectuoso con el que la había invitado a regresar a la librería cuando quisiera.

Y hete aquí que, por la escalera que bajaba al panteón, se asomaron primero unas botas marrones de goma, seguidas de una gabardina, una bufanda roja y una gran sonrisa de la que brotaba una frase claramente ensayada: «Buenos días. ¿Podría darme por favor todos los títulos de una autora llamada Noëlle Revaz?».

Van tenía previsto marcharse al día siguiente; ya había hecho el equipaje. Hacía ocho días que Francesca había regresado a París. Por teléfono, para justificar que llegaría veinticuatro horas más tarde, Ivan le habló de una despedida que no quería precipitar.

Buscó una manera de expresarlo que se atuviera a la verdad, pues no quería mentir tan pronto a Francesca. Sin embargo, al día siguiente por la tarde, en las dos horas que pasó con Anis en Grenoble, más de una vez advirtió que, más que despedirse, estaba haciendo justo lo contrario: establecer un vínculo precipitadamente, obviando aquello que, en esas circunstancias concretas, habrían dictado las conveniencias.

Anis le había invitado a pasear por el casco viejo de Grenoble, pero un tiempo desapacible con rachas de aguanieve hacía desagradable estar en la calle, de modo que peregrinaron de café en café, comparando el aroma de los ponches. Van ganaba por momentos en locuacidad. Expuso, con discreción pero sin esconder su entusiasmo, sus razones para abandonar Méribel, Bono y su pequeño sótano, así como la extraordinaria oportunidad que se le ofrecía por obra y gracia de una persona

como no había conocido otra en toda su vida. Anis lo contemplaba con los ojos muy abiertos. «Un sueño», susurró en varias ocasiones.

Van consultó su reloj al ver que estaba anocheciendo.

—Espere un poco —rogó Anis—. Tiene demasiado ron en la sangre como para ponerse al volante. Y yo aún quiero hacer algo por usted. Vamos, tomemos un té.

Se sentaron en el fondo de un café. Anis se sacó del bolsillo un estuchito de tela y, con una sonrisa, le dijo: «desvístase». Van se quitó el anorak, la bufanda y el jersey. Estaba dispuesto a quedarse sin nada encima, pero Anis levantó una mano a la manera de los agentes de tráfico: «Está bien así», y lo detuvo.

Del estuche sacó una aguja de tricotar y una madeja de lana azul marino.

Siempre lo he visto con el mismo jersey —le explicó a Van, extendiendo la prenda sobre la mesa—, y siempre con el mismo agujero en el codo derecho. Aunque también es cierto que solo nos hemos visto tres veces, con la de hoy.

—¿Le resulta molesto ese agujero? —quiso saber Van—. Bono ya me había advertido que tenía un roto en el jersey. Yo ya lo sabía, no es que no me hubiese dado cuenta. Pero no entiendo cuál es el problema.

Charlaron entonces sobre la ropa que a uno le encanta y no se cansa de ponerse.

—Si no viviéramos en sociedad, la verdad es que no nos pondríamos más que esa ropa —opinó Anis, rotunda y divertida.

—Por muy vieja y raída que esté —corroboró Van.

—Pero por eso mismo hay que revisarla de vez en cuando. Si no, un día el agujero se hace demasiado grande, o el siete demasiado evidente. El arreglo es inevitable. Creo que hay dos opciones, que dejo a su elección. Puedo rellenar el agujero, aunque, pierda cuidado, se volverá a abrir. O bien, si le gusta como está, también puedo evitar que se agrande, reforzando el contorno.

—Llene el vacío —le pidió Ivan.

La joven pareció no darse cuenta del doble sentido de sus palabras. «Tampoco ha vuelto a decir que se abrirá de nuevo», consideró Van.

La observaba mientras cosía. A los tres minutos ya había terminado.

—¿Sabe lo que es un zurcido invisible? —le preguntó ella, levantando los ojos hasta encontrarse con los suyos.

—No tengo ni idea.

—Pues, como su nombre indica, un zurcido que no se ve. Mire.

—No veo otra cosa —confesó Van—, y no pienso perderlo de vista.

Llevaba un buen rato dudando, pero ahora el momento le pareció favorable.

—Venga a París conmigo —le pidió.

Anis se puso rígida:

—No. No es posible.

—¿Cómo que no es posible?

—Yo no soy de nadie —anunció Anis, negando con la cabeza.

—Había palidecido. —Podríamos escribirnos, ¿le parece bien?

Anis se sacó del bolsillo un ticket de compra, le dio la vuelta y anotó algo en el reverso.

—Tenga. Es mi dirección.

—Esto me recuerda un cuento —dijo Van—: el de la princesa que promete no cambiarse de camisón mientras su amado esposo esté en la guerra. Yo prometo en este instante llevar este jersey todos los días hasta que usted me acompañe a París.

Van clavó sus ojos en los de Heffner.

—Me inquieta un poco contarle esto —confesó—. Este apego por la ropa vieja puede resultar asocial, o quizá incluso subversivo, en estos tiempos de consumismo extremo. Pero no le costará averiguar que Anis y yo cultivamos ese vínculo, y que ahora trabaja en La Buena Novela. Supongo que la investigarán. Por eso prefiero describírsela tal cual es, o, al menos, tal y como se presentó ante mí.

Subversivo, ese comportamiento; sí y no, se debatía Heffner, y habría de reconocerlo más adelante. Más bien maternal, posesivo, pensaba él, que nunca había soportado que lo manejaran, y que se mostraba hipersensible ante esos gestos emblemáticos del poder de las mujeres. Imaginaba esa pequeña mano con la aguja, cosiendo su marca sobre la prenda, como una firma bordada. Y escuchaba una voz fresca que decía: «Lo dejo a su elección», tras dar las opciones: «o firmo así, o firmo asá».

—**DE** modo que llega usted finalmente a París —recapituló—. Estamos a principios de febrero de 2004.

No invirtieron en formar el comité más esfuerzo ni tiempo del necesario. Francesca empujó a Ivan a ocupar él solo la primera línea de La Buena Novela: «Preséntese como la persona que impulsa la librería —le pidió—, que al fin y al cabo es la absoluta verdad».

Ella, por su parte, optó por permanecer en la sombra.

—Mi apellido está cargado de demasiadas connotaciones. En cuanto al de mi marido, peor todavía.

Ivan se disculpó:

—Seguramente le pareceré indiscreto, pero necesitaría que me contase algo más. Todo lo que conozco sobre usted, a ese respecto, es que se llama Francesca Aldo-Valbelli y que vive en la rue Condé número 30. Yo en su apellido solo veo una connotación italiana. Ni siquiera sé si es su apellido de soltera, o de casada, o una mezcla de ambos.

—De acuerdo, se lo voy a explicar —admitió Francesca—, y no hablaremos nunca más del tema. No me gusta hacer alarde de mi pedigrí. Pero, por supuesto, le debo un mínimo de información. Aldo-Valbelli es mi apellido de soltera. Es bastante... célebre en Italia. En tiempos, mi familia poseyó grandes bienes, tierras, ya sabe, aunque en absoluto supo subirse al carro de la modernidad. Los pocos que presintieron que las cosas estaban cambiando, en el siglo XIX, se equivocaron de camino casi sistemáticamente: apostaron por sectores que, treinta años después, el progreso técnico ya había barrido. Nuestro apellido ya solo brillaba como una estrella extinguida. Era pura ilusión. En otro momento le hablaré de mi abuelo, Stefano Aldo-Valbelli. Es el único que merece protagonismo, el verdadero príncipe. Mis padres vivieron muy por encima de sus posibilidades, quizá sin ser conscientes de ello, o incapaces de comprender que la situación era otra y de admitir que su destino podía ser el de la gente corriente. Murieron ambos bastante jóvenes, él de enfermedad, y ella... ella de frialdad, creo, de tan reseco como tenía el corazón. Me legaron varias casas, nada más.

»Mi abuelo, en cambio, me dejó mucho. No hablo de dinero: no conservaba nada. Mis padres eran muy frívolos los dos, y ninguno sentía gran apego por mí. No se puede decir que me criara mi abuelo, pero solo con él me sentía bien. Era un célebre historiador, autor además de tres preciosas novelas, pues la literatura era su verdadera pasión. Ya le volveré a hablar de él en otra ocasión. Le debo mucho. Incluso hace poco, desde el más allá, me hizo un magnífico regalo.

»Mi marido se llama Henri Doultemont, y es el presidente del grupo Cinéor.

—Una gran responsabilidad —interrumpió Van educadamente.

—Decir eso es quedarse corto —corroboró Francesca—. La responsabilidad de haber convertido la demagogia cultural en sistema económico. ¿Sabe lo que es Cinéor? Las superproducciones cinematográficas que ni usted ni yo soportamos, el canal de televisión que jamás vemos, juegos, vídeos y revistas: el cuarenta y tres por ciento del volumen de negocio del sector audiovisual en nuestro país. Los fondos que invertiré en la librería son míos, no de mi marido, y me niego a que su nombre se vincule a La Buena Novela. Como todo el mundo sabe que estamos casados, cuanto menos aparezca yo, mejor será. Créame, más vale que convenza usted a aquellas personas a las que nos gustaría ver como miembros de nuestro comité. Además, usted seguro que me gana en habilidad. En según qué ámbitos, no sé desenvolverme bien.

—¿Usted?

—Sí, sí, se lo aseguro.

—Los escritores no forman ningún ámbito.

—No, pero comparten el pensamiento de que son los autores de su vida como lo son de su obra: desprecian a la gente como yo, que ha heredado qué sé yo, un nombre, una posición.

—Lo que dice solo es cierto para los escritores que conocen el éxito. Los autores a los que admiramos, por lo general, no entran en esa categoría. No crea que discuto su estrategia. Si lo prefiere, puedo presentarme como un librero hartado del oficio tal y como se concibe hoy en día, y que aspira a intentar algo distinto.

Ivan realizó diez llamadas telefónicas y concertó tres citas: se sentía el dueño del gran despacho de la rue Dupuytren. En la planta baja ya habían comenzado las obras de reforma, pero nada demasiado aparatoso que impidiera el trabajo en la primera planta.

A finales de febrero, el comité ya estaba formado. Larry de Winter, Sarah Gesteslents y Gilles Évoché habían solicitado conocer personalmente a Ivan antes de decidirse. A Francesca le sorprendió que solo tres de los escogidos lo hicieran. De los primeros ocho a los que tanteó, únicamente dos rechazaron su propuesta. Pierre-Alain Oslo que, sumido en una depresión, gimió al teléfono: «Ya no sé qué es escribir, no he escrito nada desde hace cuatro años, ya no soporto la idea de que otros hayan escrito o lo sigan haciendo»; y Marthe Chavert, que se negó a participar si no le revelaban la composición del comité. «Un colectivo es un colectivo», se justificó esa mujer de principios que se había educado en las filas maoístas. Los otros seis, para estupefacción de Ivan, exclamaron por turnos: «¡La librería ideal!», «¡Desde luego, es una idea que tengo en la cabeza desde hace años!», «¡Es un sueño para mí!».

Faltaban dos, y Francesca y Van no se lo pensaron demasiado. Contaban con la participación de Paul Néant, Ida Messmer, Armel Le Gall, Sarah Gesteslents, Gilles Évoché y Larry de Winter, y consiguieron sumar también a Jean Tailleberne y Marie Noir, a los que admiraban casi tanto como a sus ocho favoritos.

A los que aceptaron formar parte del comité, Ivan les solicitó una lista de seiscientos títulos que debían entregarle en mano a finales de abril como muy tarde.

Y les comunicó las reglas del juego: no recibirían a cambio ni un céntimo de remuneración, ni quedaría rastro de su trabajo, pues sus nombres se mantendrían en secreto y sus listas se destruirían. Tampoco adquirirían ningún derecho de control sobre la librería. Una contribución gratuita, invisible y que nunca se reconocería oficialmente. «Por fin algo que se asemeja a obrar con fines desinteresados», comentó Winter.

Van, que hasta entonces, y gracias a Francesca, se había alojado en el Hotel Louis II, en la rue Saint-Sulpice, aprovechó los pocos días de ociosidad relativa que siguieron a la formación del comité para buscar casa. Encontró un apartamento a su gusto en la rue Agent Bailly, una callecita asombrosamente tranquila del barrio de Rochechouart y que escondía un secreto: ese antiguo callejón sin salida, adoquinado, describía una curva y disimulaba tras unas puertas de cocheras varios patios alargados, antiguas postas o jardines de convento, que uno jamás habría imaginado que pudieran existir en París.

El estudio en alquiler, de treinta y un metros cuadrados, ocupaba el último piso de un edificio bastante anodino. Había funcionado a todas luces, en especial por su orientación norte, como un antiguo taller de pintura, sin calefacción y mal aislado, aunque provisto de una cristalera que daba a un inmenso arce y, más allá, a un océano de tejas, de zinc y de chimeneas al que Van no tardó en llamar el Mar del Norte.

Sería faltar a la verdad decir que no pensaba en Anis cuando, nada más visitar el taller, firmó el contrato de alquiler. Lo primero que hizo en su nueva casa, en cuanto le entregaron las llaves, fue sacar de su cartera una postal de la place des Victoires y escribir en ella: «Ya está, ya tengo mi propia dirección. Vivo desde hace dos minutos en el número 6 de la rue Agent Bailly, París, distrito IX». Y como posdata añadió: «El agente de policía Charles Gaston Bailly pasó a la posteridad en 1901 por tratar, en vano, de salvar a una mujer de morir ahogada. No he encontrado nada más sobre él en Internet, pero no está nada mal».

No añadió más por esa vez. Se había dado cuenta perfectamente de que se esperaba de él que no fuera ni autoritario ni impertinente, y que le habían dado una dirección y no un número de teléfono.

Francesca y Van tampoco se llamaban por teléfono. Compartían el mismo y disparatado temor de ser escuchados por oídos indebidos. Todo había empezado tan bien...

En los primeros tiempos coincidieron poco. Francesca permitía que Van se organizara como quisiera. No le pedía cuentas de nada. Le había cedido el gran despacho de la primera planta, aunque Van no tardó en reparar en que se acercaba todos los días a la librería a última hora de la mañana, con idea de vigilar las obras. Adoptó la costumbre de encontrarse él también allí en el mismo momento para charlar con ella. «Suba», la invitaba, «arriba estaremos tranquilos.»

Fue él quien expresó su deseo de que Francesca dispusiera de una mesa y un lugar de trabajo en el gran despacho. «No puede dejarme solo», le rogó. «Necesito

constantemente su opinión. Nuestra empresa no es fácil.» Sonaba sincero.

Francesca instaló su escritorio en un rincón de la gran sala, en el extremo opuesto al que ocupaba Van. Entre ambos, mandó colocar tres butacas y una mesa baja.

—¿Cree que podríamos necesitar una mesa más grande? —preguntó—. Tipo mesa de conferencias. ¿Y sillas también?

—¿Para qué? —le contestó Ivan—. Aquí nunca celebraremos ninguna reunión. Ni en ninguna otra parte. Para nosotros solos nos basta y nos sobra con estas butacas.

Se sentaban y hablaban. Ivan, que no había ganado tanto dinero desde hacía tiempo, solía llevar por las mañanas una botella de kékfir o de vino moscatel. A Francesca le gustaban las bebidas calientes. Hizo instalar a modo de antecocina —era el término que ella empleaba— un pequeño espacio independiente en el rellano. Allí dispuso una neverita, una placa eléctrica, una cafetera italiana, una tetera, un exprimidor, vasos, tazas y un antiguo aparador que vino que ni pintado como despensa y que, sin saber cómo ni por qué, no tardó en llenarse de *amaretti*, *shortbreads*, chocolate, higos secos y otros productos de primera necesidad.

Como suele ocurrirles a las personas delgadas, Van se pasaba el día picoteando. Bebía mucho, a decir verdad sobre todo leche, al menos en lo que a cantidad se refiere. Francesca tomaba café y té, pero no según el momento del día, sino que iba alternándolos. Enseñó a Van a preparar el té como lo hacen en la India, sin una gota de agua: se pone a hervir la leche a fuego lento, y se le añade té de excelente calidad, azúcar y especias.

—Dupuytren. El nombre de esta calle me sonaba de algo —recordó un día Ivan—, y ya sé por qué era. Fue en el número 8 de esta calle donde Sylvia Beach abrió en 1919 la primera sede de Shakespeare & Company. Y cuando se mudó a la rue Odéon, un pariente de Gaston Gallimard, Gustave Tronche, tomó el relevo y estableció allí una librería excepcional también, la Nouvelle Librairie Bibliothèque. La cual, ojo al dato, cosechó tanto éxito que después abrió otras seis.

Como propietaria que era tanto del local como de su contenido, Francesca se encargó de los trámites administrativos en el registro mercantil, el fisco, la seguridad social y la mutua.

—Quisiera acompañarla —le pidió Van.

—¿Y eso por qué?

—Por gusto.

—¿Por gusto? Pero si es un engorro.

—Por el gusto de pasar un rato con usted.

Francesca prefería desplazarse a pie, le gustaba caminar. «También es porque adoro París», explicó. Van recorrería a su lado muchos kilómetros desde entonces. Reparó en su gusto por los zapatos planos, que le permitían andar a grandes zancadas, los bolsos en bandolera de un tamaño suficiente para que cupieran dos o tres libros, las prendas de corte perfecto y de una sobriedad rayana en la austeridad, los chales y las estolas, que dejaba caer solo sobre un hombro y olvidaba flotando a su espalda.

Con su frente despejada, sus pómulos altos, su paso rápido y su delgada figura, exhibía una elegancia y un atractivo mayúsculos. Pero ella parecía no darse cuenta. Van no la descubrió nunca contemplándose en un espejo o en la luna de un escaparate. «Claro —comprendía él—, para volver las miradas a su paso solo le faltaba ese aire de estar “encantada de haberse conocido” que tiene la mujer que algo busca y que contempla con deleite su reflejo en los cristales, satisfecha de su hermoso talle, de su peinado y del brío de sus caderas.» Van la encontraba extremadamente simpática, y era lo que decía cuando se esforzaba por describirla en pocas palabras. «¿Simpática?», repetían algunos, extrañados.

—Sí —contestaba él, entusiasmado—, además de ser la belleza y la elegancia personificadas, y la generosidad y el ardor. Es sencilla, es buena y es encantadora.

A principios de marzo, un día en que salían a la una del Ministerio del Trabajo, en la rue Montmartre, después de pasarse la mañana entera esperando al funcionario de turno —en ese caso concreto, una joven muy cortante que los sermoneó durante menos de un minuto, después de hacerles pasar a su despacho, decidiendo que los habían dirigido mal y que no era ella la persona a la que tenían que acudir—, fueron a parar, ambos de pronto sin fuerzas, a una plaza cercana; una excrecencia de la rue du Louvre bastante fea, abierta a todas las corrientes de aire, pero bañada por el sol. Un camarero optimista había sacado a la acera dos mesas, cuatro sillas y una sombrilla.

—Tengo hambre —se quejó Francesca—. A decir verdad, necesito un buen almuerzo para resarcirme de tan tediosa mañana. Unas ostras y un vino bien fresquito me sentarían divinamente. ¿Qué le parece si nos acomodamos aquí?

A Van le gustaba el marisco —sobre todo le gustaba cuando lo llamaban «frutos del mar», explicó—, pero decidió que un buen chucrut suponía una compensación más contundente a los sinsabores administrativos.

—¿Sabía usted que, al final de su vida, Karen Blixen no se alimentaba más que de ostras? —añadió, acercándole una silla a Francesca.

—Algunos la acusaban de esnobismo, sobre todo porque no bebía más que champán. Pero en realidad se debía a su enfermedad. Famosa, admirada a ambos lados del Atlántico, sifilítica, esquelética y quizá por fin dichosa. Me apasionan sus *Cuentos*.

—¡Qué gracia, sí! ¡Qué elegancia en su aflicción! Hay una frase suya que es de las más desesperadas que conozco. Cuando se casó con Bror Blixen, sin amarlo, como tampoco la amaba él a ella, lo convenció para que abandonaran Dinamarca, donde no tenían ni uno ni otro verdaderas razones para quedarse, y le dijo, cito de memoria: «Al menos habremos hecho algo, aunque solo sea eso: marcharnos».

Francesca callaba. Al verla tan pensativa de repente, como ausente, a Ivan le llamó la atención su parecido con Karen Blixen a su misma edad. Y advirtió, petrificado, que también la pequeña Violette había querido marcharse, desesperadamente, y lo había hecho.

Francesca debió de leerle el pensamiento pues le sonrió, sin duda con un gran

esfuerzo, y le preguntó:

—¿Ha estado casado alguna vez, Van?

—Nunca. —Van no era propenso a las confidencias, pero en ese momento preciso se alegró de poder cambiar de tema—. Y Dios sabe que me gustan las mujeres, que he querido a algunas, y que algunas hubieran deseado no alejarse de mí. Pero a ninguna le he dado esperanzas para que se atreviera a hablarme de matrimonio o simplemente a pensar en ello, a imaginar una vida en común conmigo. Bueno, cuando digo esperanza, no es esa quizá la palabra adecuada: me refiero a la materia, a la consistencia. Lo que yo ofrezco no parece lo bastante real como para que una mujer pueda imaginar hacer algo con ello, y menos todavía construir un matrimonio o lo que sea sobre unos cimientos tan poco sólidos. A las pocas que se han fijado en mí, siempre les he ofrecido más inestabilidad que seguridad. Aire, solo aire y ningún proyecto... He vivido momentos mágicos con ellas muchas noches, pero hijos nunca he querido.

»La vida en común y todo lo que eso implica es un camino que no quiero tomar. No me enorgullezco de ello. No se trata de una elección por mi parte, sino de una incapacidad, quizá una especie de fobia. Sé demasiado bien que decepcionaría a cualquier mujer que confiara en mí.

»Me han marcado mucho mis años de infancia y la relación con mi madre. Bien pensado, es una historia banal. Pero lo más banal es también lo más arraigado, ¿no? He mencionado una infancia desdichada. Me refiero sobre todo al plano afectivo, y esa miseria afectiva la sufrió mi madre más que yo. Ella se casó en dos ocasiones. A los diecinueve años contrajo matrimonio con el hombre del que se había quedado embarazada, mi padre. No merece la pena añadir nada sobre él. Nos dejó tirados, a los dos, cuando yo apenas tenía cuatro años: lo bastante tarde para ser capaz de darme cuenta de lo que había pasado y del dolor que causaba. Mi madre se vino abajo. No tenía familia, ningún apoyo; entró a trabajar en una fábrica.

»Yo tenía siete años cuando conoció a aquel que se convirtió en su compañero. Siete años: la edad justa para comprender, con un profundo resentimiento, que un hijo no es suficiente para su madre, que esta prefiere a otro. En fin, es igual. Ese hombre era un tipo tierno. Un obrero, como mi madre. Feo, canijo, con multitud de talentos, cantaba maravillosamente: un pedazo de pan. Creo que le dio a mi madre lo que ella esperaba: un cariño incondicional. Pero, al cabo de cinco años, murió. De joven, en el 42, había sido deportado; le doblaba la edad a mi madre. De Alemania regresó delicado de salud, y nunca se recuperó del todo. Murió a los cincuenta y cinco años. Por segunda vez, mi madre se sintió aniquilada. Sin decirlo, sin saberlo siquiera quizá, contaba conmigo para llenar el vacío de su vida. Pero yo no fui capaz. Deseaba su felicidad, pero la sola idea de que fuera responsabilidad mía hacía que algo en mi interior se rebelara. Me portaba de manera contraria a lo que hubiera debido. No daba ni golpe en el colegio. Por las noches no paraba en casa. A los veinte años me marché definitivamente.

»Mi madre murió dos años después. No la había vuelto a ver desde que me fui. La llamaba por teléfono de vez en cuando, pero no eran llamadas agradables. Yo percibía en su voz como si esperara algo de mí, mucho de mí. Sin reprocharme nada, me pedía tanto que yo me volvía distante, evasivo, y no tardaba en colgar. Ni una sola vez me contó que estuviera enferma.

»Eso me dejó dentro un sentimiento horroroso: no quiero que nadie cuente conmigo. Porque sé que, más tarde o más temprano, escaparé. Lo digo siempre de entrada. No soy capaz de responsabilizarme de una relación.

»Y he organizado mi vida así, en función de esa forma de ser, salta a la vista. Me enamoro cada seis meses. A mi manera, me encantan las mujeres. Cuando me rindo a sus encantos, debe de resultar patente. Ellas me dan pie. Dejo que se acerquen a mí. Las amo mientras no me pidan nada. Pero si, paseando cogidos del brazo, se paran delante de una tienda de ropa de bebés, si me regalan un anillo o, peor aún, si me piden que se lo regale yo a ellas, entonces doy media vuelta, me tapo los oídos y salgo corriendo.

»Así que ya ve. Flechazos, cortejos, revolcones y carantoñas. Y, de repente, me canso. Doy marcha atrás a toda máquina. Ellas lloran y me hacen reproches. Y yo, ¿qué siento yo? Un poco de arrepentimiento, vergüenza y alivio. Un gran alivio.

Van había estado hablando con la mirada perdida. Entonces la volvió hacia Francesca.

—Hay historias más bonitas que la mía. Yo me considero un tullido del corazón.

Francesca no dijo nada. Habían terminado de comer y se quedaron callados unos instantes.

—¿Quiere alguna otra cosa? —preguntó ella.

Van negó con la cabeza. No era la primera vez que veía más de un significado en los comentarios de Francesca.

RECIBIERON la primera lista a principios de marzo, y la segunda diez días después. Jean Tailleberne y Sarah Gesteslents no se hicieron esperar.

—No he tenido elección —se excusó Tailleberne—. No ha sido una selección fácil. Los títulos y los autores me rondaban la cabeza día y noche. No he podido hacer otra cosa.

Era un hombre alto y guapo de unos cuarenta años, rubio, de ojos color lavanda, tímido y sonriente. Vivía en Maulé, al noroeste de París, pero durante ese invierno estaba trabajando en la biblioteca François Mitterrand. Van lo había invitado a almorzar donde a él le apeteciera, en el barrio, y Tailleberne le había citado en un restaurante muy cercano a su trabajo, del que no sabía nada pero cuyo nombre lo intrigaba, el Vila Real.

Van había insistido en que Francesca lo acompañara. También más adelante, para recibir las siete listas restantes, reclamó cada vez su presencia. Habida cuenta de las reglas del juego impuestas a los seleccionadores, no resultaba probable que surgiera ninguna otra ocasión de conocerlos. Francesca aceptó con la condición de que Ivan olvidara la mitad de su apellido y la presentara como Francesca Aldo. Debía limitarse a decir que era la codirectora de la librería, sin más.

El Vila Real era un restaurante portugués, y la especialidad, claro está, era el bacalao. Francesca pidió brandada; Ivan, bacalao con mejillones, y Tailleberne, acras, porque era la primera vez que oía esa palabra, admitió. Y entonces sacó de una cartera de nailon negra un sobre de papel de estraza.

—Estamos impacientes, pero no consultaremos su lista en su presencia —se comprometió Francesca, con los ojos brillantes.

—Oh, no. No crea que se la voy a comentar —replicó Tailleberne.

—Recuerde los términos del contrato —intervino Van—: no discutiremos su selección. Todos los libros que usted ha elegido estarán a la venta en La Buena Novela. ¿Se ha acordado de no poner usted su nombre en ella? En cuanto tengamos todas las listas, las reuniremos en una sola, y ya no se sabrá quién ha propuesto qué.

Hablaron del futuro, del montaje de la librería, de las fechas. Van confirmó que La Buena Novela abriría sus puertas en septiembre, a no ser que surgiera algún imprevisto. Jean Tailleberne prometió que mantendría la boca cerrada.

—A propósito —dijo Ivan—, ¿se ha buscado ya un apodo?

Tailleberne esbozó una sonrisa infantil.

—*El Rojo* —contestó.

—Ya veo —dijo Francesca—. Por su antepasado Eric...

Van evocó *Ada o el ardor*, cuyos personajes tienen nombres secretos del estilo del que había elegido Tailleberne, en una referencia algo infantil a figuras históricas o a personajes de novela. Tailleberne parecía feliz:

—En mi lista encontrarán todas las novelas de Nabokov.

—¡Ya caigo! —exclamó Francesca—. Cuando dio su conformidad para formar parte del comité, releí un par de novelas suyas. Me evocaron un cierto tono, creí identificar a un autor, pero no me atrevía a señalar cuál. Claro, ya está, ¡era Nabokov! Su manera de escribir recuerda a la suya, esa ironía triste y cruel, ese virtuosismo, ese encanto...

La piel de Tailleberne mudaba paulatinamente al escarlata.

—No puede halagarme usted más.

Dos horas después, continuaban charlando. Era como si el tiempo no existiera.

—Muy discretos no somos —observó Francesca, indicando con un gesto que ya era hora de marcharse.

—¿No cree usted que en Francia, en todas las comidas o las cenas y en todos los restaurantes, al menos en una de las mesas se habla de libros? —preguntó Tailleberne.

—Es nuestra apuesta —anheló Van—, nuestra convicción, nuestra esperanza.

—Usted tampoco podría haber dicho nada que nos anime más —dijo Francesca, tendiéndole la mano—. Hasta otra ocasión, quizá.

—Eso está por ver —se despidió Van—. Querido amigo *El Rojo*, esté usted seguro de que solo lo llamaré por teléfono en caso de extrema necesidad. Sabrá cómo contactar con nosotros. Tiene el número de mi móvil. Desconfíe de Internet: es como gritar a los cuatro vientos. Mejor el móvil...

—Comprendido —captó Tailleberne—. En una palabra: de ahora en adelante evitaré dar señales de vida.

Entretanto, Francesca se había guardado su lista en el bolso. Esperó a estar de vuelta con Van en la rue Dupuytren antes de sacarla.

Pero cuando entró, de repente, se paró en seco. Miró a Van, y sacó el sobre de Tailleberne del bolso.

—Tengo una idea —anunció—. Falta poco para que nos entreguen la última lista. ¿No sería mejor que las leyéramos todas juntas? Así nos las apañaremos para no saber quién las ha escrito. No debería ser tan difícil conseguirlo. Por algo hemos pedido que no estén firmadas...

Van convino en que era una buena idea.

—Eso supondrá quizá que perderemos un poco de tiempo. Habrá que esperar a recopilar todas las listas para empezar a encargar los libros, pero tiene usted razón. Ganaremos en rigor, en objetividad y en discreción.

—Ahora verá —anunció Van, que ya conocía al personaje. Si algo tiene Sarah Gesteslents es que no hace honor a su apellido. Ya sabe, no es precisamente una mujer de ademanes lentos...

Francesca se imaginó un ciclón, un robot mecánico, una bala de cañón. Pero lo que descubrió fue a una chica superdelgada, de pelo muy corto, de aires masculinos, que se presentó ante ella con una sudadera sin capucha y enfundada en un vaquero

gris oscuro que ocultaba un trasero sin curvas. Bastante en sintonía, por lo demás, con las cosas que escribía: era puro nervio. No había en ella ni pizca de grasa, pero sí una brutalidad de lo más contemporánea.

Declinó la invitación a almorzar y propuso tomar el té en Les Dunes, un café oriental situado en la zona sur del distrito XI. Al parecer, vivía por la zona.

—He barajado *Quicksilver*, *Albur*, *Saltamontes* —les soltó enseguida a Van y a Francesca en cuanto la reconocieron—. Buscaba un seudónimo que significara justo lo contrario de mi apellido. Pero luego he pensado que sería muy fácil de descifrar. ¿Qué les parece *Guisante*?

Se acomodaron cada uno en un puf alrededor de una mesa baja con incrustaciones de nácar. Sarah *Guisante* había traído diez hojas escritas a máquina, sin sobre. Van se apresuró a doblarlas por la mitad, mientras Francesca le contaba su recién tomada decisión de leer todas las listas el mismo día, para que así no pudieran identificar a ninguno de los autores.

—Cuando me puse manos a la obra —recordó Sarah—, pensaba que me llevaría dos o tres horas como mucho redactarla, pero al final me habré tirado al menos quince días. ¿Ustedes también formarán parte del comité?

—Lo hemos considerado detenidamente, y la respuesta es no —contestó Van—. Nos agrada la idea de acatar las decisiones de otros seleccionadores y no las nuestras propias. Lo vemos como un favor que le hacemos a la novela.

Guisante frunció el ceño.

—Se me considera rigurosa —reconoció—, incluso hay algunos que dicen que soy algo rígida. Pues bien, permítanme decirles que me parecería una lástima que no intervinieran ustedes, aunque solo fuera de modo testimonial, añadiendo tal o cual título que consideren reseñable, y que no haya figurado en ninguna lista.

Se despidió de ellos algo desabridamente después de poco menos de un cuarto de hora de conversación. Van estaba subyugado.

—¡Qué chica! Parece de titanio. ¿Qué edad le calcula usted?

—¿Y usted? —quiso saber Francesca.

—¿Treinta y cinco años?

—En realidad tiene uno menos que usted. Su biografía en Internet no oculta ese dato. Ha escrito trece novelas en un periodo de veinte años, desde 1984.

—¿Y Gesteslents es su verdadero apellido?

—Sí. Al menos eso afirma ella. Le reconozco que me siento algo perdida entre los nombres de verdad que parecen falsos, los seudónimos adoptados por algunos y los apodos que les exigimos a todos. Para aclararme un poco he confeccionado una ficha donde los he apuntado todos, repartidos en tres columnas.

—Francesca, Francesca —la reprendió Ivan con una media sonrisita.

Esta palideció.

—Seré tonta... Oh, Van, todo por hacer las cosas bien, y voy y meto la pata. Ahora mismo vuelvo a casa y destruyo ese papel inmediatamente.

Van estaba muy tranquilo.

—¿Tiene muchos papeles relativos a La Buena Novela en su casa?

—Algunos, en mi secreter. Ivan, antes de esta noche los habré quemado todos. Se lo prometo.

—La idea de *Guisante* es el huevo de Colón —festejó Van al día siguiente—. Supongamos que *La princesa de Clèves* no esté en ninguna lista. Está claro que deberíamos añadirla.

—O *El húsar en el tejado*.

—O los cuentos de Borges.

—Demos un paso más. Para ganar tiempo, podríamos ir comprando las grandes novelas más conocidas. Stendhal, Dostoievski, Conrad, Proust, Virginia Woolf, Faulkner, todos los gigantes de la literatura.

—¿Aquellos que estamos casi seguros de que aparecerán en alguna lista y que, pase lo que pase, deberían estar en nuestra librería?

Sí —admitió Francesca—. La lista evidente, claro. Ya están terminando las obras; podemos ir comprando esos libros.

Eso implicaba anunciar a los editores la apertura de la librería en septiembre. Empezarían a llegar representantes.

—Es un poco pronto —dijo Van.

—No especifiquemos la fecha de apertura, entonces. Refirámonos a final de año, y añadamos simplemente que estamos empezando a constituir nuestro fondo editorial con los clásicos.

—Podemos probar. Bueno, y entonces, ¿formato bolsillo, sí o no? Si vamos a empezar con las compras, habrá que tomar una decisión.

Esa cuestión había ocupado a menudo sus conversaciones. A Ivan no le gustaban los libros de bolsillo. Francesca, en cambio, se declaraba una incondicional de ese formato.

—Necesitamos tanto unos como otros —razonaba—. Las ediciones en cartón para casa, las de bolsillo para el tren o para la playa.

No había manera de hacerla cambiar de opinión.

—De acuerdo, no tengo objeción —concedió Ivan—. Pero, en ese caso, ¿por qué no comprar también las ediciones críticas, para tenerlas en la oficina? ¿La Pléiade y demás?

—Trato hecho —convino Francesca—. Para los libros más célebres, varias ediciones. Y para los demás, la primera edición y la de bolsillo, siempre que sea posible. Tenemos sitio de sobra, y es de suponer que atenderemos a clientes de toda clase: sin un céntimo, con dinero, eruditos, neoconvertidos, obsesivos...

Las obras llegaban a su fin. Ya habían reformado dos tercios del gran espacio de la planta baja, y al resto todavía no le habían asignado ninguna función concreta; sería útil si la librería se ampliaba. Mientras tanto, pensaba Francesca, podrían convertirlo en una pequeña sala de conferencias. Seguramente los lectores

reclamarían encuentros o tertulias, a no ser que conservaran ese espacio como almacén. Ya lo sopesarían.

La librería rezumaba encanto, y su inmensidad ante la ausencia de libros la dotaba de un aura misteriosa. El espacio resultaría excesivo para los cuatro o cinco mil volúmenes previstos en un principio, por lo que habían colocado asientos a lo largo de dos de las paredes. Uno de los rincones lo presidía una maceta con una gran higuera. Francesca había encargado unas mesas fantásticas a un ebanista que, desde hacía varios años, se había especializado en los cuadrados: los travesaños cuadrados, los múltiplos del cuadrado, los rectángulos obtenidos de la suma de dos cuadrados, los cuadrados que formaban un cuadrado mayor poniéndolos de cuatro en cuatro. «El cuadrado, no el cubo», proclamaba el joven, integrista de la geometría.

—Mesas, mesas —objetó Van—. ¿Qué vamos a poner nosotros en esas mesas? En las librerías convencionales es el lugar de las novedades: el fondo editorial aguarda en estantes, en las paredes. Pero aquí novedades tendremos muy pocas...

Francesca ya lo había pensado.

—Propongo que en las mesas coloquemos nuestros libros preferidos, los suyos y los míos. Ya tengan diez o cien años, o incluso si acaban de publicarse.

—Pero, por definición, todos los libros que vendamos en La Buena Novela serán nuestros preferidos.

—Bueno, unos más que otros, no me lo negará. De entre sus libros favoritos, yo prefiero algunos antes que otros. Y ya sabe cómo son los caprichos: cambian, van y vienen, no perduran para siempre... Habrá mucha rotación en las mesas.

Van comenzó a encargar algunos libros a los editores. Los títulos llegaban poco a poco, con parsimonia, alimentando su ilusión. Francesca recibía cada nuevo paquete como un regalo.

Los seis meses que precedieron a la inauguración de la librería quedarían grabados en la memoria de ambos como una larga primavera. Todo parecía sencillo, dichoso, audaz y necesario, destinado a ser maravilloso.

—Entiendo —interrumpió Heffner inopinadamente, en un tono que hacía pensar que más bien hablaba consigo mismo—: de esas primaveras que uno solo conoce una o dos veces en la vida.

VAN le había cogido cariño a su taller de la rue Agent Bailly. No se imaginaba viviendo en ningún otro sitio de París. Colocó frente a la cristalera el primer mueble que había comprado en su vida, una butaca de un aspecto ni muy viejo ni muy nuevo, flanqueada por dos reposabrazos tan anchos que podrían albergar, además de los codos y sustento necesario para varias horas, cinco o seis libros cada uno.

Pensar que vivía en un lugar donde probablemente alguien había pasado horas pintando y dibujando hizo que le surgiera una idea, un poco como ese olor persistente del aguarrás que a la larga se le acaba subiendo a uno a la cabeza. Le entraron ganas de pintar algo en las dos paredes contiguas del estudio que no tenían puertas ni ventanas, que permitían imaginar allí un gran cuadro de una sola pieza, de cinco metros de largo por dos de alto, más o menos.

En esa fase de su proyecto se encontraba —ni siquiera en su concepción; digamos en la concepción de la concepción— cuando recibió la respuesta de Anis.

«Ocurrió en mayo de 1901. El agente Bailly se encontraba de guardia delante de la Asamblea Nacional cuando se formó un corrillo de gente en el cercano puente de la Concordia, que le obligó a abandonar su puesto. ¡Una muchacha se ha tirado al agua!, gritaban los curiosos. Por temperamento y por convicción, Bailly se había convertido en esa clase de personas que piensan: pues allá ella. Pero la multitud no opinaba lo mismo. “¡Hay que sacarla de ahí!”, clamaban. “Salte, señor agente”. Bailly era un hombre razonable y no se apresuró. “¿Dónde está?”, preguntó, “no la veo”. “¡Salte, salte!”, coreaba la multitud, sin preocuparse por contestar a su pregunta. Seguía sin poder ver a aquella desesperada. Quizá estuviese lejos ya, o puede que ya se hubiera ahogado. Bailly dejó su quepis sobre el pretil, se tapó la nariz y saltó. El agua estaba helada, y él no era buen nadador. Le costó mucho esfuerzo llegar a tierra firme, a quinientos metros del puente, en el puerto de los Inválidos. La multitud ya estaba agolpada allí, esperándolo. El regocijo era general. “Es un héroe”, repetían todos, entusiasmados, y le ofrecían café caliente y mantas.

»El agente Bailly recibió una medalla, y bautizaron una calle con su nombre, en su honor; nunca conoció la identidad de la joven a quien debía ambas cosas, ni los motivos por los que se tiró al río. A fuerza de pensar en ella, se fue sumiendo lentamente en un estado de melancolía y, sin duda por simpatía, se acabó hundiendo en él. Pasó sus últimos treinta años en el asilo de Sainte-Anne, con una sonrisa triste y la mirada anegada.»

Como única fórmula de cortesía, Anis había garabateado, encima de su firma, «Esperando su respuesta». Van lo entendió como una invitación a confirmar o a desmentir la historia, y contestó de inmediato.

«Anis, su confianza en la humanidad me conmueve y me inquieta. Su versión de los hechos no se sostiene. ¿Cómo ha podido creer que el agente Gaston B. habría sido

homenajado solo por haber intentado salvar a una mujer de morir ahogada? De haber sobrevivido a tal fracaso, habría tenido que enfrentarse a las burlas de la multitud. No me expresé bien en mi misiva. El agente B. pasó a la posteridad por morir al tratar en vano de salvar a una desesperada. Fueron sus bodas con la muerte lo que conmovió a sus contemporáneos; el hecho de que, en su afán por salvar a la joven, al rodear su cintura con sus brazos, el agente se hundiera con ella.

Ahora que lo pienso: la posteridad ha desdeñado por completo a esta última, y es un poco injusto si consideramos que, sin ella, también Gaston Bailly habría caído en el olvido. Anis, acaba usted de darme una idea sobre cómo remediar esta injusticia. Gracias a usted, acabo de encontrar la manera de honrar para siempre tanto al agente Bailly como a esta desaparecida a la que rescataremos del anonimato. Pintaré su hermosa historia en las paredes de mi habitación. Puedo ver ya los verdes, los negros. Esperando su respuesta, facilíteme por favor el nombre, la edad y algún dato más sobre esta joven. Y acérquese a ver, si le tienta, mi homenaje a Gaston Bailly y a la ondina de su vida.»

Enseguida, Van se puso manos a la obra. Se levantaba muy temprano y, todos los días, trabajaba en su proyecto una hora o dos.

Empezó por colocar en la pared grandes hojas de papel. Su idea era plasmar la historia en tres secuencias: la joven salta, el agente salta a su vez, exhortado por la multitud, y finalmente la joven y el agente se ahogan abrazados. No se le daba muy bien el dibujo, pero había pintado alguna vez y algunos aseguraban que tenía mano para el color. Decidió ceder el protagonismo al paisaje, a los muelles del Sena, a los edificios, al río —que pintaría de verde—, y decidió también representar los últimos momentos del agente Bailly como si de una miniatura se tratase.

Al cabo de ocho días, el bosquejo preparatorio sobre el papel estaba terminado. Van desnudó las paredes, despojándolas de aquellas grandes hojas, y las preparó debidamente. Luego, a carboncillo, reprodujo allí el boceto. Después compró los colores que pensaba utilizar: negro y blanco para los grises, amarillo y azul para los verdes, un poco de tierra de Siena para el bigote del agente, carmín para los labios de la desesperada joven... y se entregó a la pintura.

La respuesta de Anis llegó muy deprisa esta vez.

«¿La joven a la que Gaston Bailly podría haber salvado? Sí, he encontrado información sobre ella.

»Contaba veinte años cuando sus vidas se cruzaron. Ese año dedicaba casi toda su energía a tratar de olvidar una adolescencia en Bélgica que no respondió a cierto ideal, en un entorno de pequeños agricultores a los que no les quedaba más remedio que abandonar la tierra. Una historia común: un padrastro queapestaba, una madre en paro que vivía de prestado en su mundo de fotonovelas en las que, entre otro material para soñar, había encontrado el nombre cursi y rebuscado que le puso a su única hija.

»Esta, a los quince años, se buscó un diminutivo aceptable y, a los dieciocho, escapó lo más lejos posible, con el pretexto de que en Francia la Universidad no

costaba un céntimo. Aterrizó casualmente en Grenoble y, por eliminación, al no obedecer su vocación a la literatura ni a la ciencia, se matriculó en Sociología. Subsistía con una beca tan reducida que, una vez deducido el alquiler de su buhardilla, el comedor universitario y unas cuantas resmas de folios, no alcanzaba a permitirse ningún gasto extraordinario. Ni ropa, ni entradas de cine o de teatro ni clases de esquí en las estaciones cercanas a Grenoble. Le traían sin cuidado esas privaciones. Nunca la había embargado tanta felicidad. Respiraba. Cada minuto experimentaba hasta la euforia la alegría de sentirse íntegra y autónoma, de sentir que le quedaba todo por aprender, todo por leer y toda la vida por delante. El cuerpo siempre dispuesto a la acción, el cabello suelto a la espalda y un hambre terrible varias veces al día. Por no hablar de que había desarrollado un interés sincero por la Sociología.

»Tenía amigos, más bien compañeros: jóvenes de familias acomodadas, o al menos normales, que no imaginaban siquiera que alguien de su entorno pudiera vivir con tan poco dinero como ella. Le llamaba la atención un rasgo en común de todos ellos; le llamaba la atención que ninguno, al parecer, pretendiera saber sobre ella más de lo que ella mostraba, es decir: que era simpática, con un humor sin altibajos y siempre dispuesta a prestar sus apuntes y sus fichas de lectura a los que faltaban a clase y no pisaban la biblioteca.

»Pero esa especie de ligereza tenía su encanto. La joven descubrió que existen amistades que, incluso sin comprometerse a nada, no son vanas. Por ejemplo, sin buscarlo, se había integrado en un grupo que subía a esquiar a las estaciones de los alrededores, con una preferencia marcada por Méribel. Alejarse de Grenoble de vez en cuando le encantaba, pero no había esquiado nunca. Se inventó una aversión por el deporte en general, y por el esquí en particular, y una pasión por la lectura en los cafés que, poco a poco, descubrió real. Y al grupo le parecía muy bien. Uno de los mejores esquiadores de la pandilla, un tal Antoine, le decía incluso, a veces, que admiraba su espíritu independiente y que fuera capaz de resistir a la obligación de esquiar.

»Tal vez resultase un poco simplón, pero de lejos preferible a los “por qué” o a los “pero cómo puedes”.

»Un día que había pasado la mañana así, simplemente leyendo en un café de la estación de esquí, al acabar antes de lo previsto una gruesa novela sudafricana que había tomado prestada de la biblioteca —como se aburría a más no poder, al final solo leía una línea de cada tres—, decidió matar el tiempo en un quiosco de prensa y papelería que había allí al lado. En el sótano descubrió una librería de riqueza insospechable y, en esa especie de cueva de los tesoros, una obra maestra de una novelista principiante cuyo nombre desde luego tardaría en olvidar: Noëlle Revaz. Se bebió el libro de un tirón y, al levantar la cabeza, medio perdida, advirtió fijos sobre ella los ojos del librero y, un poco más abajo, una sonrisa cómplice. La joven se disculpó. El librero también, en su caso, de que ella hubiera podido pensar que le

reprochaba su conducta. Charlaron con una naturalidad y un placer poco frecuentes.

»La joven debía reunirse con sus compañeros a las cinco, de modo que se despidió. Le habría encantado que el librero le preguntara si podía volver a verla. Pero no lo hizo: la dejó marchar sin decir una palabra.

»Transcurrieron unas ocho semanas antes de que la joven regresara a Méribel. Estuvo tres horas dudando y, por fin, regresó a la librería. El librero la recibió con una alegría que no parecía fingida, y también con una noticia tristísima: dejaba los Alpes y se mudaba a París.

»Ella consiguió que quedaran para charlar una hora al día siguiente en la ciudad, pues Grenoble le pillaba de paso en su viaje hacia París. Se reencontraron, en efecto, pero ciertamente fue más de una hora. Pero el librero ya estaba lejos: acababa de conocer a un hada madrina que le ofrecía el sueño de su vida. Iba a regentar una librería en París, en la que solo se venderían obras maestras. Había cenado siete noches seguidas con ella, y esa mujer, afirmaba, era sumamente bella, aristocrática, sensible... En fin, una criatura excepcional como solo se encuentran en las películas.

»Tardó un mes en recibir una breve nota suya. Y lo único que se le ocurría escribirle, en tres líneas, era que una mujer, hacía un siglo, se había ahogado por la falta de premura al rescatarla del agua del hombre al que homenajeara la calle a la que se había mudado.

»La estudiante se sintió angustiada. Dejó pasar unos días para olvidar el dolor, y contestó sin pensarlo una carta cuyo contenido supuso evidente. En ella daba a entender que a veces ocurre también que, por inadvertencia, uno deja ahogarse una oportunidad de amar.

»El librero contestó a su vez con una carta que dejaba bien claro que no había entendido en absoluto esta alusión. Insistía en la historia del ahogamiento, añadiendo complacido que el hombre que no había sido capaz de devolverle la vida a aquella afligida joven también se había ahogado. La estudiante creyó leer entre líneas: “eso es lo bonito”. Es más, el librero anunciaba que iba a pintar esa historia en las paredes de su habitación, que utilizaría mucho verde y negro, colores lúgubres. Peor aún (si es que era posible), invitaba a la joven a alimentar su inspiración hablándole de la joven ahogada, y a visitarle y contemplar su cuadro. En Grenoble, aquella joven abandonada no pudo pegar ojo. Percibía en el librero una especie de gusto por lo inacabado en el terreno amoroso, una preferencia por el esbozo. En un último impulso de energía, se lo escribió.

»¿Esperando su respuesta?

Anis»

Cuando Van leyó la carta al regresar a su casa, el reloj marcaba las doce y media de la noche. La calma con la que subió la escalera contrastaba con su lectura enloquecida. Una vez en el tercer piso, dobló la carta y subió los peldaños de cuatro en cuatro. Nada más entrar en su taller, sin cerrar siquiera la puerta, cogió el teléfono. No tenía el número de Anis. Intentó conseguirlo a la desesperada, atacando los

nervios de un empleado del servicio de información telefónica que, tras repetirle en diez ocasiones que no figuraba nadie con ese nombre en Grenoble, acabó por colgar.

Van salió disparado del edificio y, sin dejar de correr, buscó por el barrio su coche, que no había vuelto a utilizar desde que llegara a París. Dio vueltas y vueltas durante más de media hora, con ganas de llorar de rabia, y al final encontró su vieja tartana de pura casualidad, en un callejón a un paso de su casa.

Aparcó en Grenoble a las seis, bastante antes de que amaneciera. Era lo que quería. Subió hasta la buhardilla de Anis, se tumbó sobre el felpudo delante de su puerta y, contra todo pronóstico, se quedó dormido.

Cuando a las ocho y cuarto Anis abrió la puerta y lo vio allí, se quedó inmóvil unos instantes, y luego pasó sigilosa por encima de él sin interrumpir su sueño. Debe de existir un patrón para los muchos enamorados que no saben lo que quieren; un santo no muy importante, de los últimos de los bienaventurados, desconocido, aunque muy activo por propia iniciativa. Un ruido que se atenuaba conforme bajaba la escalera despertó a Van. Anis avanzaba con cuidado para intentar que sus zapatos no taconearan sobre los peldaños, pero no podía contener los sollozos que sacudían todo su cuerpo. Van se precipitó escaleras abajo. A punto estuvo de caer rodando en dos ocasiones, pero cuando alcanzó el portal del edificio ya no había nadie. Salió rápidamente, y pudo ver a Anis al final de la calle, corriendo como quien huye de algo, con sus libros y sus cuadernos en los brazos y la gabardina abierta. La alcanzó, la abrazó, casi llegó a tirarla al suelo y a seguirla en su caída, y los libros y cuadernos saltaron por los aires. Ella lloraba. «Romperse los dos el cuello no es muy diferente a ahogarse», hipó, apartando la cabeza para escapar de sus besos.

¿Qué por qué conozco todos estos detalles? Van me ha hablado a menudo de este episodio, siempre para reconocer su culpa y reprocharse su ceguera, su torpeza y su egocentrismo.

Anis se zafó de su abrazo. Van recogió los libros y los limpió.

—Me voy —declaró ella, recuperándolos.

—Me voy con usted —anunció él.

—Déjeme —gimió ella.

Solo si me dice donde y cuando puedo volver a verla hoy mismo.

Parecía atrapada.

—No lo sé —balbuceó.

—¿Aquí mismo, a las cuatro? —aventuró Van.

—Está bien —susurró ella, con un hilo de voz.

—¡No pienso moverme de aquí! —gritó él, siguiéndola con la mirada mientras se alejaba en zigzag, sin volver la vista atrás.

Van temblaba. «Es el frío», se dijo con firmeza, pero sin poder engañarse. Había prometido que no se movería, pero debía reaccionar. Al otro lado de la calle, el empleado de un pequeño hotel vertía un cubo de agua sobre la acera, delante de la puerta de su establecimiento.

Van reservó allí una habitación, explicó que iba a dormir unas horas, y pidió que lo despertaran sin falta a las tres. Se tiró vestido sobre la cama. Cuando el timbre del teléfono lo despertó, le volvió a la memoria su plan de acción en los mismos términos en que lo había dispuesto apenas un instante antes de quedarse dormido: ducharse, enviar desde el hotel un fax a Francesca con un texto convincente, algo así como «He sido requerido a seiscientos kilómetros por una urgente necesidad de aclaración y de acción, no tardaré en volver», tomar un bocado y, para terminar, ir a buscar el ramo de flores más impresionante que pudiera encontrar. Una idea, entonces, lo petrificó: Anis podía no regresar. Podía esconderse en algún sitio —en casa de ese ridículo Antoine, por ejemplo— hasta que encontrara otro apartamento y no volver a dar señales de vida. Podía incluso haberse instalado ya en casa de Antoine. Van no la encontraría jamás.

Pasó la hora previa a la cita en un horrible estado de nervios. No obstante, se atuvo estrictamente a su plan, salvo por un detalle. Algo le hizo renunciar a las flores: algo así como que no se descorcha el champán antes de la victoria.

A las cuatro menos diez se apostó en la acera en el lugar exacto donde, por la mañana, había alcanzado a la joven en su huida. A las cuatro y cinco permanecía allí solo, gimoteando, entre los viandantes que iban y venían. Se metió las manos en los bolsillos para no abofetearse.

A las cuatro y siete minutos llegó Anis, que parecía aún más perdida que él.

—Hola —saludó Van, con la timidez de un muchacho de quince años.

—Hola.

—¿Le apetece un ponche?

—Mejor un té.

«Nada de alcohol», tradujo Ivan. Nada de excitación, nada de soñar. Nada de risas, nada de proyectos.

Entraron en el café más cercano. Van se sentía atenazado por la impresión de haber dado un salto atrás y de estar en su primera cita con Anis.

—Me sonrío, la invito —comenzó—, declina usted. Intento no pensar ya demasiado en usted, pero me vuelve a dar alas, aunque para decirme: no, sigue siendo no. No entiendo.

—¿Y yo? —preguntó Anis, balanceándose nerviosa sobre el asiento—. ¿Se cree que yo lo entiendo todo?

Charlaron unos quince minutos que parecieron una hora entera, sin rozarse siquiera la punta de los dedos.

—¿De acuerdo? —terminó por preguntar Anis, levantándose.

—De acuerdo en todo —contestó Van, levantándose a su vez—. En lo que quiera. En todo lo que usted quiera.

—Entonces —añadió Anis—, se vuelve a sentar. Me deja salir. Le he prometido que no me mudaré. Aguarda cinco minutos, y emprende el viaje de vuelta.

Le presionó el hombro para obligarlo a sentarse, y depositó en su mejilla un beso

de niña.

—Hasta mañana —se despidió Van.

—Hasta mañana.

Cinco minutos después, Van conducía en dirección a París. Por mucho que hubiera suplicado, por mucho que hubiera descrito quince veces el mural tal y como lo veía ahora —la joven cae desde el puente, el agente salta y la atrapa al vuelo antes de que toque el agua, y salen volando juntos por encima de los tejados—, Anis no quiso marcharse con él.

—¿Es que esa licenciatura suya le importa más que cualquier otra cosa? —preguntó, sublevado.

Ante la expresión de lívida incompreensión de Anis, dio marcha atrás.

—Claro, los estudios son importantes. Mucho. Sí, lo son. Pero se puede... O sea, en otro lugar que no sea Grenoble.

—Aquí es donde estoy matriculada.

—Entendido —admitió Van, cambiando de estrategia—. Alquilaré una habitación en Grenoble. No quiero perderla.

Anis se mostró inflexible:

—Si abandona el proyecto de La Buena Novela, no le vuelvo a dirigir la palabra.

Ella también debía concentrarse en sus estudios. Tenía exámenes parciales en abril.

Ivan no se habría marchado si ella no le hubiera hecho dos promesas: desde ese día, le llamaría por teléfono por la mañana y por la noche, con un pequeño móvil que le había regalado, y se instalaría en París lo antes posible.

—Lo antes posible —subrayó ella—. Primero he de terminar el curso. Luego tendré que encontrar una habitación en el Barrio Latino, y me temo que eso no será fácil.

—El distrito IX es mucho mejor —intentó convencerla Ivan—. Y bueno, es casi el Barrio Latino, la Nueva Atenas. Y en el IX le encuentro un techo en un abrir y cerrar de ojos.

En vano. Anis no cambiaría de opinión. Admitía que el Barrio Latino ya no significaba gran cosa, y que podía entenderse en un sentido amplio, pero poco le importaba: se matricularía en la Sorbona, pasearía cada mañana hasta la facultad, y viviría en la ribera izquierda, en el distrito V o en el XIV, o, si no había más remedio, en el XIII.

LA llegada de las otras seis listas se sucedió a lo largo del mes de abril. Ivan y Francesca conocieron en persona a sus seis autores, cada uno por separado. A Larry de Winter y a Gilles Évoché —con los que Van ya se había citado en febrero— los vieron en París, así como a Marie Noir. Paul Néant, Armel Le Gall e Ida Messmer prefirieron que ellos se desplazaran a sus respectivas ciudades.

Larry de Winter era alto, delgado y grácil, con la figura y la actitud de un bailarín algo mayor. Había trabajado como diplomático y conocía las literaturas del mundo entero, pero tenía predilección por las menos conocidas.

—Quizá me concedan el premio a la lista más inesperada —anticipó, entre risas—. Ruego de antemano me disculpen por las dificultades que sin duda tendrán en encontrar ciertos títulos, indonesios o nigerianos. Sin embargo, tengo que admitir que, para mi propio asombro, he incluido en mi lista más autores franceses de los que pensaba al plantearla. No se trata de una decisión que hubiera tomado al empezar, se lo aseguro. Pero hay jóvenes escritores franceses de tanto talento...

Propuso a Ivan y a Francesca recibirlos en su casa, en la rue Beaune. En su pequeño apartamento abuhardillado todo se parecía a él, a primera vista clásico pero en realidad insólito, como me confesaron después: el mobiliario de los años cincuenta, los libros encuadernados en estilo art déco, las enigmáticas obras de literatura erótica, y un retrato de inspiración británica que representaba a un caballero de pie, en un parque, con ciertos rasgos tan similares a los suyos que causaba asombro.

Al compartir Van esta observación, Larry de Winter abrió ambas manos ante sí, en ese típico gesto con el que se quiere indicar que en realidad nada se posee.

—Estos pocos recuerdos los heredé de mi madre. Tenía muy buen gusto, y una fortuna proveniente de una familia de banqueros. La deportaron en el 43. Yo tenía nueve años, pero llevaba ya dos interno en un colegio en Suiza.

Hablaba como escribía, en un francés precioso, en el sentido en que se emplea el término en el ámbito de la joyería: rigor extremo en la elección de los materiales, color, destellos, juegos de formas y asociaciones, gran precisión en la talla de cada frase y un claro horror por la ostentación. Van y Francesca lo habrían estado escuchando durante horas. En un momento aludió a las escasísimas tiradas de sus libros, dadas las ventas aún más pobres que su editor calculaba.

—Pero eso a nosotros nos trae sin cuidado, ¿no? —declaró Francesca con entusiasmo.

Winter esbozó una bellísima sonrisa.

—Nunca he soñado ni con el éxito ni con el dinero. No representan obsesiones para mí. Yo busco la elegancia. Entiendan el término en su sentido más amplio: la elegancia intelectual, moral, física, la elegancia en las relaciones con el prójimo...

Tenía dieciséis años cuando escuché en la radio una cita de la pintora Martini que me marcó para toda la vida. Simone Martini aseguraba tener como objetivo la «elegancia perfecta»... ¿O fue el comentarista quien dijo que Martini tendía a la «elegancia perfecta»? Lo que fuera. De una forma u otra, esa cita me llegó al alma. Plasmaba con exactitud aquello a lo que yo aspiraba sin saber ponerle nombre. Yo también quería tender a la elegancia perfecta, en la vida y, por supuesto, si era posible, también en una obra artística. Con un proyecto así, decir que se relativiza mucho el objetivo del éxito y del dinero es decir bien poco: más bien es algo de lo que hay que huir.

Colmó de nuevo sus copas con un viejo *whisky* dorado.

—Sin abandonar este tema de la avidez —prosiguió—, parece que hoy en día asistimos a una especie de degradación de las costumbres literarias. Es posible que su proyecto per se, ya solo por la luz que irradiará en este escenario, muestre cuán irrisoria es esta deriva. Me refiero a la manera que tienen ahora los autores de vivir rivalizando unos con otros, hasta el punto de llegar a escribir, según tengo entendido, para aplastar a sus adversarios. A este respecto, los premios literarios albergan gran parte de la responsabilidad. Escribir para vencer a los demás: cuán pobre se plantea esa ambición. Lo hermoso y lo singular del orden de la creación cultural es que da cabida a todos. ¡Y se afanan en limitarla! Se transforma en un mercado cubierto en el que unos pocos «superventas» ocupan todo el espacio. ¿Quién tiene la culpa? Los editores industriales, los periodistas aborregados, los vendedores al por mayor de la cultura. Ah, ¡cómo prefiero, sin duda, el mundo de los aficionados, que no es para nada el «viejo mundo» ni un «pequeño mundo»!

Entregó su lista en un clasificador de cartón, cerrado con un lazo.

—¿Un seudónimo? —Enarcó una ceja—. Olvidé pensar en ello. Elijan ustedes el que quieran, menos *Summer*, que me arruinó mis años de colegio.

—¿Balanchine? —sugirió Ivan.

—Preferiría lo contrario, un nombre que evocara a Brejnev, o a Francis Blanche. Miren, ya lo tengo: Macaco. Llámenme *El Macaco*, pues. Suena un poco a *Intelligence Service*, me recordará mis años en el Quai d'Orsay.

Gilles Évohé iba a todas partes en bicicleta. «Haga el tiempo que haga, gracias a mi escafandra», bromeó tras desmontar delante de Francesca, sentada en un banco a orillas del canal Saint-Martin, que el escritor había propuesto como lugar de encuentro. Mientras hablaba, se iba liberando de una especie de mono de color verde bronce.

—Anda —se detuvo—, no se me había ocurrido ningún seudónimo, pero ahora ya lo tengo. *Escafandra*.

—Muy bien —aceptaron a coro Ivan y Francesca.

—No, *Escaf* —corrigió Évohé—. Con eso basta. Mejor así.

—¿*Escaf* o *Scaf*? —preguntó Francesca.

—Mejor *Scaf* buena idea.

Bajito, moreno, fibroso: guardaba cierto parecido físico con Michel Rocard, el antiguo primer ministro. En cuanto a sus relatos y sus novelas, recordaban a las de Alexandre Vialatte. Évoché era su verdadero apellido. Había trabajado cuarenta años en el Centre National de Recherche Scientifique como investigador matemático; su especialidad eran las variedades estratificadas, puntualizó. «Un campo muy divertido, aunque por ahora no he encontrado gran cosa», añadió, con una alegría algo forzada.

La idea de La Buena Novela lo entusiasmaba. ¿Móvil? Sí, tenía, ¿por qué? ¿En serio? Si tenía algo que decirles, había pensado en acercarse a la librería. En bici no hay distancias. ¿No? ¿No era una buena idea?

Van y Francesca pasearon más de una hora con él, bordeando la orilla del canal Saint-Martin, desde la República hasta la plaza de Estalingrado, y de vuelta otra vez. Se separaron de él contagiados por su vitalidad, llenos de esperanza. Francesca no comprendió qué mosca le había picado a Van en ese momento, pero lo vio dar media vuelta y correr tras *Scaf* que se había subido de nuevo a su bicicleta. Volvía blandiendo una bolsa de plástico amarilla y roja en la que se leía, incluso de lejos: «Nicolás». «La lista», explicó. «Se le había olvidado dárnosla.»

Marie Noir era una mujer dulce, algo entrada en carnes que, visiblemente, permanecía fiel a la moda de sus veinte años, calculó Ivan, reconociendo el poncho de alpaca tejido a mano, las sandalias de cuero patinado por el tiempo, el zurrón de bandolera de algodón indio, la trenza en la espalda, ahora canosa; lo embargaron cierta emoción y un sentimiento de complicidad. Como Francesca, conocía de Marie Noir su condición de autoridad en el arte precolombino, y la escucharon perorar, él con estupefacción y con los ojos brillantes ella, sobre las mermeladas del comercio justo y las inigualables verduras que adquirirían gracias a la red AMAP de apoyo a los pequeños agricultores. Las novelas de Marie Noir, aunque conseguían el esplendor más puro, se mostraban también de una negrura de piedra, de un cinismo que nada atemperaba, ni siquiera la figura de un ángel infantil cuyo avatar se asomaba en silencio al final de cada una de ellas, para terminar siempre inmolado.

—¿Un seudónimo? *Quinoa* —decidió.

—Suenan bonito —tanteó Francesca, que no sabía si se trataba de un tipo de machete prehistórico o un instrumento de música funeraria.

—Sobre todo es un alimento bueno y sano —explicó Marie—, y tan fácil de preparar como el arroz. Uno de mis libros preferidos es una pequeña obra maestra de los años sesenta titulada *Mil arroces, mil recetas de arroz*. Bueno, lo de mil es una manera de hablar. En ese libro se puede leer que hay arroces de todas las formas y de todos los colores, así como infinidad de maneras de prepararlos. En una novela bengalí que me encanta, *La nuit sur le rivage*, el autor dedica doce páginas a describir la preparación del plato de arroz tradicional que se sirve en las bodas; ese fragmento es inolvidable.

Aquella mujer no imponía jerarquía alguna a los placeres; quizá ni siquiera los distinguiera. Las reglas del juego impuestas a los miembros del comité la divertían: la

clandestinidad, el secreto, el desposeimiento.

—¿Y las novedades? —quiso saber—. Los libros que se publicarán en los próximos años, ¿quién los seleccionará?

Van le expuso la política por la que habían optado Francesca y él: la completa indiferencia respecto a si una novela era una novedad o no.

—Las novedades se las dejamos a los demás libreros —resumió—. Esa decisión, al menos, debería granjearnos la simpatía de la competencia. Pero después, por supuesto, nos quedaremos con las novelas que creamos que lo merecen. Creía habérselo comentado ya: también hemos previsto que los miembros del comité aporten cada año un añadido a su selección inicial. Con ocasión de ese añadido anual, integraremos al fondo novedades o casi novedades.

Marie Noir no estaba de acuerdo:

—Imagínense que un libro maravilloso se publica en otoño y pasa inadvertido. Ocurre todos los años: una, o dos, a veces tres novelas excelentes naufragan en silencio y se hunden en el fondo del mar. Pueden ustedes hacer caso omiso y contentarse con repescarlas y sacarlas a la arena dieciocho meses más tarde. Pero yo encuentro preferible, tanto para el libro como para el autor y el lector, que propongan esos libros desde el momento en que se publican.

—¿Quién podría hacer esa selección tan rápidamente?

—Ustedes dos. Esa selección es tarea de los libreros. Me parecería incluso, en línea con sus planteamientos, que resume la esencia de su labor. Y, si de verdad les parece imprescindible, siempre pueden someter su selección al visto bueno de los miembros del comité.

Van y Francesca discutieron mucho sobre esto. Francesca habría querido ofrecer otra imagen entre el público de La Buena Novela: una librería a la que no se iba a buscar las novelas de las que todo el mundo hablaba. De hecho, no se habría mostrado en contra de algún principio estricto, del estilo de «ninguna de las novelas que vendemos tiene menos de un año». «Yo me he educado en el amor a los libros —dijo—, guiada por un lector apasionado. Pero en su casa, en la nuestra, no recuerdo haberme topado nunca con ninguna novedad.»

Van, por el contrario, se mostraba más receptivo al punto de vista de Marie Noir. La idea de no respaldar desde su publicación una novela de calidad lo preocupaba.

—Sobre todo hoy en día, cuando el destino de un libro se decide en unas pocas semanas tras su publicación. Y somos conscientes de que un librero que adora una novela concreta puede vender quinientos o mil ejemplares.

Pero de hecho sabía mejor que Francesca lo que eso supondría para ellos.

—Seleccionar novedades para la próxima *rentrée* literaria supone, en la práctica, avisar a los editores en mayo o en junio de que pensamos abrir en septiembre; conseguir disimular nuestra decisión de rechazar el servicio de novedades; obtener los programas de publicación del otoño, el máximo posible de galeradas o de ejemplares para la prensa, e invertir nuestro verano en leer. Es lo que hice en Méribel

durante años: hojear quinientos o seiscientos libros para luego escoger solo diez para recomendar.

—Ahora somos dos —intervino Francesca—. No tendremos que leer más de trescientos libros cada uno.

—Seamos sinceros: podemos hacer una selección rigurosa sin tener que tragarnos todos los libros de la primera a la última página. En un ochenta por ciento de esos libros, que no nos interesarán, nos bastará con leer las veinte primeras. Los clientes habituales son conscientes de esto: ¿para qué, si no, los hojean ellos mismos? El veinte por ciento restante, esos sí que hay que leerlos con detenimiento. Esto ascendería a ciento veinte títulos, a repartir entre los dos. Francesca, hace un momento ha hablado del amor por los libros que le transmitieron de niña. ¿Se refería a su abuelo? Prometió que me contaría más cosas sobre él.

—Mi abuelo, Aldo-Valbelli, ha sido el hombre más importante de mi vida. Hubiera preferido que ese lugar lo ocupara otro, pero bueno, qué se le va a hacer. Lo amé hasta el infinito y él me influyó muchísimo. Me convirtió en lo que soy ahora.

»Ciertas reputaciones no atraviesan fronteras, ni siquiera entre países tan próximos como Italia y Francia: es el caso de mi abuelo. En Italia gozó de un grandísimo prestigio como intelectual y como hombre comprometido políticamente. Primero se forjó un nombre como historiador: uno de esos eruditos renacentistas como ya solo perviven en Italia, tan eminentes en filosofía como en letras o en ciencias. Su obra en este campo le granjeó un importante reconocimiento. Para mí, y no soy la única, sus novelas resultan tanto o más notables. Pero su prestigio de gran hombre se lo debe a su compromiso con su tiempo. Fue uno de los primeros opositores al fascismo, uno de los más valientes. Lo pagó con auténticas persecuciones, sobre todo en su vida universitaria. Dirigió una red clandestina durante la guerra. Cuando volvió la paz, muy a su pesar se vio investido de una gran autoridad moral, fue senador, varias veces ministro y uno de los fundadores de la Italia moderna. Cuando aún era joven dimitió de todos sus cargos públicos para retomar su tarea de intelectual, en un tercer capítulo de su vida que fue largo, pues vivió hasta los ochenta y siete años.

—¿Lo conoció bien?

—Yo tenía veinte años cuando murió. Estábamos muy unidos. No vivíamos juntos, pero sí muy cerca; él en el primer piso, y mis padres y yo en el segundo de la misma casa, en Roma. Mis padres viajaban continuamente. Él trabajaba con ahínco. Al final de su vida, cuando yo era adolescente, ya no salía de su despacho.

»Tenía una biblioteca admirable aunque no inmensa, no era un bibliófilo, y aún lo recuerdo refunfuñando: “Tampoco hay tantos libros magistrales —se quejaba—, que no me vengan con historias”. Eso debe de haber influido en la génesis de La Buena Novela.

»Me regalaba novelas, a veces justo después de haberlas descubierto él mismo, pues no era la clase de hombre que disimulara que, pese a su edad, acababa de leer

por primera vez libros tan conocidos como *La duquesa de Langeais* o *Jean Santeuil*. Acababan en mis manos muchas novelas extranjeras, todos los clásicos, pero también obras que nadie leía. Me gustaba comentarlas con él, releerlas a través de sus opiniones. Solía dejar que tomara yo la iniciativa, y nunca me dijo: “Bueno, qué, ¿qué te parece este libro?”. Si alguna vez se marchaba de Roma, me escribía largas cartas, tratándome como podría dirigirse a una amiga de su edad con sus mismas inquietudes.

»Me legó todos sus libros por una disposición testamentaria que, según supe después de su muerte, tomó el día en que cumplí diez años. Mi avaricia no deshizo aquella biblioteca, no la espugué para incorporarla a la mía propia: creé una fundación. El edificio en el que vivía, con su biblioteca, funciona hoy en día como un pequeño centro de investigación.

»Pero mi abuelo me dejó mucho más que eso: de él herede la pasión por la literatura y algo más, algo que es fundamental, la convicción de que la literatura es importante. Hablaba a menudo de ello. “La literatura es una fuente de placer —decía—; es una de las escasas alegrías inagotables, pero no solo eso. No hay que disociarla de la realidad. Lo contiene todo. Por eso no empleo nunca la palabra ficción. Todas las sutilezas de la vida forman la materia de los libros.” E insistía: “¿Has reparado en que hablo de la novela? En las novelas no hay solo situaciones excepcionales, decisiones de vida o muerte, grandes pruebas... También están las dificultades corrientes, las tentaciones, las decepciones banales. Y, como respuesta a todo ello, todas las actitudes humanas, todos los comportamientos, desde los más hermosos hasta los más miserables. Al leer una novela, cualquiera, uno se pregunta: ¿y yo, qué habría hecho yo? Es lo que uno se debe preguntar. Escúchame bien: es una manera de aprender a vivir. Habrá adultos que te digan que no, que la literatura no es la vida, que las novelas no enseñan nada. Están equivocados. La literatura informa, instruye y guía”.

Francesca calló, emocionada.

—Un día me contó que su abuelo le había hecho un regalo desde el más allá —dijo Ivan en tono suave.

Francesca asintió con la cabeza.

—Me sacó del marasmo, hace cinco años. E hizo caer sobre mí una lluvia de oro.

Al morir su hija, Francesca invocó desesperadamente el recuerdo del anciano, pues sufría por su ausencia aún más que veinte años atrás, en el momento de su muerte. Buscaba por todos los medios la manera de hablar con él, de obtener su ayuda, de sentir su vieja mano sosteniéndola con firmeza durante aquella travesía por el infierno.

Y lo más sencillo resultó ser lo único capaz de calmar su sufrimiento: emprendió la lectura de los manuscritos que le había dejado su abuelo. Por timidez, por pudor o por ansiedad, hasta entonces ni siquiera había abierto todas esas cajas de cartón clasificadas con mimo para ella. Descubrió en su interior notas, proyectos de libros a

los que su abuelo había renunciado —y la explicación de sus motivos—, borradores, miles de cartas y un diario escrito en once cuadernos de idéntico formato.

Ese diario abarcaba un periodo de sesenta y tres años, desde 1914 hasta 1977. Estaba desarrollado con una precisión y una profundidad tales que lo convertían en un extraordinario retrato de la Italia de esa época. Los cuadernos de 1939 a 1945, en particular, estaban escritos con la intensidad y la emoción de las grandes novelas: los partisanos, la campaña de Italia, el final del fascismo... Todo narrado en primera persona.

Francesca transcribió ella misma a máquina el diario entero. El editor milanés al que le entregó las cerca de mil páginas lo publicó entusiasmado.

—De esto hace casi cuatro años —evocó Francesca—. El éxito fue considerable. Se vendieron más de un millón de ejemplares. El diario suscitó una enorme cantidad de artículos. Se ha traducido ya a veinte lenguas.

Se había oído hablar de aquello en Francia, ahora Van lo recordaba.

Por primera vez en su vida, Francesca tenía dinero. Van le hizo repetir eso último.

—Nunca había dispuesto de ingresos propios —explicó ella—. Una cosa es poseer dos o tres casas, otra, estar casada con un hombre que se gana bien la vida, y otra más, muy distinta, ganar una misma, de repente, mucho dinero.

»Enseguida, y hasta ahora, siempre supe que quería invertir en algo ese dinero. Me rondaba esa idea, casi como una obsesión: quería hacer algo bueno con ese dinero. Me repito, discúlpeme, pero no encuentro otras palabras para expresarlo. Tenía ese gran local en la rue Dupuytren, y lo acondicioné para convertirlo en una galería. Ya conoce el resto de la historia. La muerte truncó ese proyecto.

Dirigió entonces nuevamente la mirada a Ivan.

—Una librería está mejor. Algo más acorde con la personalidad y con la vida del mecenas.

Señalaba el cielo con el dedo.

PAUL Néant les propuso encontrarse en un café en Chambéry, cerca de la estación, La Chartreuse. En el tren en el que viajaban hacia el sureste, un día encapotado y lluvioso desde bien temprano, Francesca leía un librito de tapas grises de un hermoso papel verjurado. Desde su asiento, frente a ella, Van atisbó el título, *L'Eclair*, y la ausencia del nombre del autor en la cubierta.

—¿Qué está leyendo? —le preguntó, aprovechando un momento en el que Francesca había interrumpido su lectura y observaba distraídamente cómo desfilaban por la ventanilla los paisajes de la Borgoña.

—¿No lo conoce? —Le tendió el pequeño volumen—. Va a leer la más bella historia de amor que se haya escrito nunca en francés.

—No hasta que la termine usted —objetó Ivan.

—¡Conozco este libro de memoria! Lo releo varias veces al año.

—¿De quién es?

Francesca le mostró, en la página de portada, las dos únicas letras que aparecían impresas en el lugar que correspondía al autor.

—¡P. N.! —Van estaba sorprendido—. ¿Una historia de amor, me ha dicho? Creía haber leído todos sus libros. Tratan sobre el deseo, sobre las mil formas que adopta el deseo, desde la más luminosa hasta la más sombría, pero, que yo sepa, nunca hablan de amor.

—Este libro solo habla de amor —corrigió Francesca—. De un amor sin ley, sin nombre, sin porvenir y sin testigos. Es la historia de un hombre loco por una mujer, la historia de un hombre maduro y su amor por una mujer muy joven, que un día desaparece. Es la historia de la larga lucha de este hombre con su propia pasión, que no comprende, que no sabe nada, que espera durante años. No le voy a contar el final: mejor léalo. Se trata del primer libro de Paul Néant. Aunque solo hubiera escrito esto, su vida ya no habría sido en vano.

—La vida nunca es en vano, Francesca —la consoló Ivan.

Francesca apartó la cabeza y observó la ventana que la lluvia estriaba en horizontal, impulsada por la velocidad del tren.

El tren llegó con retraso a Chambéry. Néant no se levantó de su asiento al ver a Van y a Francesca acercarse hacia él: no se encontraba en muy buen estado. Van fingió no darse cuenta y le habló como si nada. Sin malgastar un minuto en rodeos innecesarios, obtuvo su lista —escrita en un cuaderno escolar—, su seudónimo —*Brother Brandy*— y otra cita. «Dentro de ocho días —articuló Néant con gran esfuerzo—. En el mismo sitio. Estoy aquí todos los miércoles.»

Francesca no hablaba. Néant ni siquiera se había dignado mirarla. «No he pegado ojo en toda la noche», masculló por fin, como disculpándose, cuando Van consultó su reloj y le preguntó a Francesca si quería tomar algo antes de regresar.

—¿Y yo? —murmuró ella—. ¿Se cree que yo duermo por las noches? Desde hace seis años, nunca he dormido más de una o dos horas seguidas.

Pero no se lo decía a Néant: titubeaba, clavaba sus ojos en las manos del escritor, por debajo de la mesa. Tampoco se dirigía a Ivan, que ahora la miraba fijamente, aguardando su respuesta, hasta que por fin comprendió —por su expresión de profundo dolor— que no había escuchado la pregunta.

El segundo encuentro fue muy distinto. Ivan acudió solo, y Paul lo recibió sobrio. Se disculpó con parquedad. Ivan y él trataron las cuestiones de la discreción de rigor, la mejor manera de comunicarse y la prudencia que imponía destruir todo rastro escrito de su relación. «Exceptuando la lista —le precisó Van—, puesto que de ahora en adelante le pediremos que la complete cada año. Tenga cuidado. Escóndala. No escriba nada en ella que pueda relacionarlo con La Buena Novela.»

En comparación con el primero, el segundo viaje de ida y vuelta Paris-Saint Brieuc resultó de lo más agradable: soplabla una brisa suave, el cielo se mostraba de un color turquesa fresco y límpido... Le Gall había citado a Francesca y a Van en un restaurante del puerto especializado en pescados.

Su primera propuesta, sin embargo, había sido almorzar en su casa, sin más protocolos.

—Imposible —rectificó Van, aunque tentado de aceptar su propuesta—. Su mujer no puede estar presente, y no podremos explicarle por qué.

—Maïté pasa más tiempo en la playa que en casa, pero tiene razón —admitió Le Gall—, su horario lo decide ella y, a menudo, en el último momento. Veámonos en otra parte que no sea en Plouec'h. Así evitaré tener que contarle alguna mentirijilla sobre ustedes. Se me da muy mal mentir.

Compartieron un rodaballo al vapor de algas.

—La necesidad de mantener el secreto ha traído algo positivo —declaró Le Gall—. En mi casa les habría servido un simple caldo con patatas hervidas.

La felicidad sana y simple de la infancia: esa sensación experimentaba Le Gall al participar en el lanzamiento de La Buena Novela. Juró no revelar nada a nadie, ni siquiera a Maïté, y eso que su compañera habría aplaudido la idea. Traía consigo su lista.

—Bastantes escandinavos —anunció, sacándose del bolsillo un sobre gris azulado—, norteamericanos, chilenos, un poco de todo, vamos, y también franceses, ya lo comprobarán. ¡Tan solo seiscientos títulos! No me ha resultado fácil: el espacio se agota con solo pensar. He tenido que ponerme límites.

Le Gall proponía, como seudónimo, *Ballon de Alsacia*. «Para despistar a los curiosos», justificó, con un toque de complicidad y un acento que de pronto a Francesca le pareció germánico, antes de reconocer en él resonancias bretonas.

Pero algo lo preocupaba.

—No debe de ser muy fácil convertirse en librero de la noche a la mañana —dijo por fin, con el mayor tacto del que fue capaz.

Van se disculpó por no haberle hablado en detalle de su pasado, y lo tranquilizó:

—Tengo cierta experiencia en el oficio, sobre todo de lo peor que se ve en la profesión, y eso me ayudará. Sé exactamente lo que no quiero hacer.

—Van no le está contando toda la historia —añadió Francesca—. Ya montó por su cuenta una librería ideal, no hace mucho.

—Seguramente les voy a parecer torpe —dijo lentamente Le Gall—, discúlpenme. No sé cómo plantearles esto. No es que tenga mucho dinero...

Vamos, que estaría encantado de invertir en el negocio. Francesca no rechazó su oferta:

—Algún día, ¿quién sabe? Para los próximos ocho o diez años la financiación está asegurada. Pero vamos a la aventura. Quizá más tarde nos venga bien poder contar con usted.

Cuando llamó a Van, Ida Messmer le explicó que lo más sencillo para ella, no precisó por qué, sería entregarles su lista en Montsoreau. Sí, el castillo de la dama del mismo nombre. «Hay una terracita en la parte más alta. Veámonos allí. Encontrarán el sitio sin dificultad. Y no se arrepentirán de tener que desplazarse hasta ese lugar.»

Van y Francesca decidieron ir en coche, en la vieja tartana de Van: conforme se acercaban a Montsoreau, por la carretera que bordea el Loira, el ritmo de su conversación se atenuaba, cautivados por la belleza del paisaje.

Encontraron la terraza veinte minutos antes de la hora de su cita. En efecto, el lugar les fascinó: como una cofa en lo alto de un mástil, se erguía contra el viento, en vertical, sobre el punto en el que confluían el Loira y el Vienne. Hacía un frío helador; el cielo era de un azul intenso, surcado por el vuelo de aves salvajes. El agua de los ríos lanzaba destellos entre los árboles pardos del bosque.

A la hora convenida, Francesca e Ivan vieron surgir ante ellos como una aparición nimbada de luz. Van me la habrá descrito diez veces por lo menos, siempre con la misma emoción en la mirada. Hay que imaginar una belleza rubia de lo más tierna y delicada que pueda existir: ricitos infantiles alborotados por el viento alrededor de un pequeño rostro rosado y blanco. Y, debajo, un cuerpo de adolescente con un atuendo típico de esa edad: vaquero ceñido, cazadora y botas de estilo militar.

Tenía su lista —un rollo de papel que sostenía en la mano y que les mostró, sin entregárselo enseguida—, un seudónimo, *Recato* y *Decoro*, y una preocupación obsesiva, por ceñirnos a la expresión que ella misma empleó. Temía que, pese al doble escudo de ese apodo y del seudónimo bajo el que era conocida, se descubriera su verdadero nombre.

—Hasta ahora, es un milagro —se sorprendió—, pero nadie, salvo una persona de la que ya les hablaré, sabe quién es *de verdad* Ida Messmer. He asumido cierto riesgo al aceptar conocerlos: limitado, pues al fin y al cabo no les revelaré mi identidad; e indispensable, pues antes de entregarles mi lista, quería ver con quién estoy tratando. Sopeso mucho las palabras. Solo su presencia ya debería decirme bastante sobre ustedes. Saber a ciencia cierta es otra cosa. Me encanta su proyecto. Como les he

dicho, es un sueño que acaricio desde hace tiempo. De entrada los admiro por querer hacerlo realidad. Pero la empresa es magnífica, no hay que ponerla en peligro. Es azarosa. ¿Tendrán ustedes el corazón lo bastante puro, puesto que esa es la pregunta que hay que hacerse, la que se les plantea a los héroes de los cuentos antes de enfrentarse a sus grandes pruebas?

Conversaron durante una hora sobre las consignas habituales, la comunicación telefónica, los plazos, pero también acerca de aquello que estaba en juego, los riesgos, la pasión arrebatadora y las razones de vivir. Nadie subió a interrumpir su conciliábulo.

—Bueno, ya está —zanjó bruscamente la joven—. Ya entiendo.

Y calló. Una expresión de angustia alteró su semblante. Charlaban los tres en un rincón de la terraza, con la vista fija en la confluencia de los dos ríos. La joven se incorporó, y miró a Ivan y a Francesca.

—Les pido, les ruego que no traten de averiguar quién es, en el registro civil, la persona que escribe bajo el nombre de Ida Messmer. No puede correr el riesgo de ser identificada. Estallaría en pedazos y, con ella, también la propia Ida Messmer. La que escribe sin que nadie lo sepa lo hace para una única persona. A decir verdad, escribe a una persona, en una especie de mundo solo suyo, de los dos, un mundo exclusivo y precario. Si otros llegaran a encontrar esta frecuencia y se entrometieran en su coloquio, todo se interrumpiría. Si descubrieran que son dos personas en una, por el amor a esa otra persona que lo es todo para cada una de ellas, la mujer que escribe bajo la máscara sin rostro de Ida Messmer y la mujer real que nadie sabe que escribe perecerían en el mismo instante.

—Prometido —aseguró Ivan.

Francesca repitió:

—Prometido.

La joven entregó su lista a Francesca un rollo de papel atado con una hebra de lana.

—Entonces, adiós —se despidió.

Les pidió que la dejaran bajar a ella primero de la terraza, y que ellos esperasen cinco minutos antes de bajar a su vez. Justo antes de desaparecer por la escalera, se volvió —su cabello bailaba a su alrededor—, les dedicó una sonrisa espléndida y les recordó: «¿Han entendido que no soy Ida Messmer? Quiero decir que no soy aquella que escribe bajo el nombre de Ida Messmer».

Y desapareció.

Durante los cinco minutos siguientes, Van y Francesca no pronunciaron ni una palabra. Miraban al frente, hacia la confluencia de los ríos, las aguas que azotaban a su paso las orillas de las islas, las cimas en las que se estremecían los primeros brotes verdes de la primavera. Abandonaron el castillo sumidos aún en el silencio.

—¿Cuál es su opinión? —preguntó Francesca, una vez en el coche y antes de que Van pusiera en marcha el motor.

Este se reclinó sobre el respaldo de su asiento.

—Me parece que hemos encontrado una maestra en cortinas de humo.

—No lo tengo yo tan claro —contestó despacio Francesca—. Algo me dice que sí se trataba de la persona que escribe lo que se publica con la firma de Ida Messmer.

—Eso demostraría aún más su habilidad.

—Me da la sensación de que hay más fragilidad que habilidad o fuerza en esta historia; más locura que control.

—Todas esas características no están tan reñidas entre sí. Pueden formar parte de un mismo todo.

—Sí, pero... ¿por cuánto tiempo? Lo que me asusta es el poco cuerpo de ese todo, y hablo en sentido literal: esos cuarenta kilos como mucho. Que una muchacha tan frágil y tan tierna se entregue a lo que no se puede llamar sino un culto, hasta el punto de atrincherarse mentalmente en él, que lo celebre con tanta violencia, pues usted bien sabe lo que escribe, todo eso me parece a la larga insostenible. Pero no acertaría a explicarle por qué. Es como si caminara sobre un alambre entre dos rascacielos con los ojos vendados. El más mínimo error de inclinación o de balanceo puede ser fatal: entiéndalo en sentido psíquico. Le hablo de una fractura interior.

—Y ahora —intervino Heffner—, ¿saben ya a quién conocieron en Montsoreau? Francesca interrogó a Van con la mirada.

—Ahora llegaremos a ese punto —lo tranquilizó Van—. Por ahora, nuestra narración prosigue en abril de 2004.

—**IVAN** —recapituló Francesca en el coche, poco después de dejar atrás Tours—, estamos de acuerdo en transformar las ocho listas en una sola sin leerlas. Solo queda decidir a quién encargamos la tarea de mecanografiar esa lista global.

Francesca tenía un plan.

—No estoy segura de que funcione. Me gustaría que me diera su opinión.

Su idea consistía en entregarle los ocho originales a su notario y encargarle que los transcribiera en una lista única, a máquina, por orden alfabético de autores, con cuidado de no omitir ningún título y, sobre todo, sin suprimir ninguno de los que aparecieran en varias ocasiones.

—¿Qué le parece? Yo creo que así no correríamos ningún riesgo. Cada vez que nos han entregado una lista, hemos pedido a su remitente que nos asegurara que su nombre no figuraba en ella. La lista final puede almacenarse en el disco duro de un ordenador, puede circular: nunca será más que la lista de los libros a la venta en La Buena Novela.

—Solo le veo una pega a su plan —dudó Van—. Lo que no debe ocurrir es que se fotocopien a nuestras espaldas las listas manuscritas, pues eso permitiría que algún día se pudiera identificar a sus autores.

—Tiene usted razón —admitió Francesca.

Pero sé cómo eludir ese peligro —prosiguió Van—. Antes de llevar las ocho listas a su notario, podríamos hacer que las pasaran a máquina, o que las volvieran a pasar a máquina si ya lo están, en ocho oficinas de mecanografía diferentes.

Una mañana, pues —ya a comienzos del mes de mayo, Van recorrió todas las oficinas que encontró en el boulevard Saint-Michel y en la rue Saint-Jacques. Dejó las listas, una en cada establecimiento, precisando cada vez que le corría prisa, y las recuperó una tras otra antes de la hora de comer.

Esa misma tarde, Francesca entregó en mano a su notario las ocho listas, todas mecanografiadas. «Habría podido escribir yo misma a máquina la lista final —admitió ante Van—, pero corría el riesgo de reconocer a cada uno de los miembros del comité en función de su selección.»

A su notario se lo explicó todo con el máximo detalle: «Si un título aparece citado en las ocho listas, que lo escriban ocho veces; que figure ocho veces en la lista definitiva, en ocho renglones seguidos. Igual que si un título aparece citado dos veces, o tres, o cuatro, etcétera», le pidió.

En el camino de vuelta, se detuvo en su banco para guardar en una caja fuerte las ocho listas originales. Al día siguiente ya estaba preparada la lista única. Sin mirarla tampoco, Francesca se dirigió a la librería y la compartió con Van.

Ocupaba un total de ciento diecisiete páginas. Doscientos noventa y seis títulos aparecían citados ocho veces; trescientos cincuenta y nueve, siete veces;

cuatrocientos, seis veces; cuatrocientos cincuenta y uno, cinco veces; trescientos setenta y ocho, cuatro veces; cuatrocientos cincuenta y dos, tres veces; cuatrocientos sesenta y nueve, dos veces; y quinientos cuatro una sola vez. Van cogió un taco de folios en blanco y, febrilmente, los organizó en tablas por países, por autor, por título y por género. Tachaba y empezaba de nuevo. En total, contando como uno solo los libros citados varias veces, sumaban tres mil trescientos nueve títulos. Las novelas representaban un noventa y siete por ciento del total, de las cuales, un tercio eran francesas. Había lagunas pasmosas. Un solo Víctor Hugo, un solo Boll. Nada de Valles, ni de Delteil, ni de Evelyn Waugh ni de Anna Maria Ortese. Dos volúmenes de John Berger, pero no figuraba *Puerca tierra*, y *Puerca tierra* es una maravilla, según me ha advertido siempre Van.

—¿Está *L'intouchable*, de Bettencourt? —preguntó, inquieta, Francesca.

—*Vida y destino*, de Grossman —buscaba Van.

—Todas las de McCarthy, espero...

—¿Cuántas de Nicolás Bouvier?

—¿*Be-bop*, de Gailly?

Bruscamente, Van arrojó la lista sobre una mesa baja y apartó los papeles llenos de números.

—Ahora nos toca a nosotros —anunció.

—¿Se refiere a que corriamos las ausencias flagrantes?

—Que rellenemos las lagunas, sí.

—¿Y en función de qué criterios?

—Uno solo, ya lo sabe, el único posible: el íntimo convencimiento del valor de un libro. Es sencillo. Si le parece evidente que *L'Intouchable* debería estar en nuestra librería, lo añade. Sin buscar más orientación que su propio discernimiento.

—Eso me recuerda a la definición que daba Christian Dior del gusto.

—¿Y cuál era?

—«Tener gusto es tener el mío.»

—Eso es. Pero en nuestro taller de alta costura hay diez modistos: Christian Dior, Schiaparelli, Gres, Balenciaga, Givenchy, Saint Laurent, Lacroix, Gaultier...

—... y nosotros dos. ¿Cuántos añadidos nos permitiremos?

—Los necesarios.

—Luego los contamos. Lo lógico sería no pasarnos de seiscientos cada uno.

—Si le parece bien así.

—Para empezar.

—Francesca, esto era de esperar. Algunos de estos títulos están descatalogados. He contado casi ciento cincuenta. ¿Qué hacemos?

—Busquémoslos en alguna edición antigua. Me imagino que es la solución que usted ha previsto también. Además de libros nuevos, vendamos también libros de lance. ¿Cree que puede ser un problema?

—No. Salvo que, a menudo, son más caros los libros de lance que los nuevos.

—¿Tenemos otra opción?

—No lo creo. Al menos no al principio. Si rescatamos libros olvidados y demostramos que interesan y se venden, quizá los editores que los enterraron se animen a publicarlos de nuevo.

—Eso sería fantástico.

—Conozco una red excelente de libreros de lance. Contactaré con ellos para que nos encuentren esos libros agotados.

—Me despierto en mitad de la noche —confesaba Francesca—. Y eso que ya duermo poquísimo. Abro los ojos, y de inmediato sé por qué. Enciendo la luz. He colocado un bloc de notas en mi mesita de noche. Esta madrugada, a las tres, he apuntado *Le muet*.

—¿Cuál?

—*Le muet*, de Béatrix Beck. No aparece en la lista. *Léon Morin*, en cambio, figura tres veces. Todas las novelas que Béatrix Beck escribió sobre su doble, ese personaje al que llama Barny, se han incluido en la lista, salvo *Le muet*. Pero yo opino que el ciclo dedicado a Barny tiene que figurar íntegro en nuestra librería. Y *Don Juan des Forêts*, que es posterior. Y *L'Enfant-chat*.

—Hola, Francesca, soy yo. Escuche esto. Es increíble. Nadie se ha acordado de un solo libro de Jean Rhys. Creía que me había equivocado, he releído la lista dos veces...

—Van, hace diez días que perseguimos estos olvidos graves. Estamos agotados: dejémoslo aquí. Si tal o cual libro magistral no está en La Buena Novela en los inicios de la librería, nos desharemos en disculpas y lo encargaremos. Es inevitable. Lo importante no es que tengamos *todas* las buenas novelas, sino que *solo* tengamos buenas novelas. Y, a ese respecto, podemos darnos por satisfechos: nuestros seleccionadores no han elegido nada que nos pareciera flojo.

—¿Qué le ocurre, Van? Tiene mala cara.

—Nada grave, un poco de lumbago. He cargado demasiadas cajas de libros.

—El síndrome del librero en septiembre... Tómese unos días de descanso. Por favor.

—La suerte que tenemos nosotros es que solo padeceremos una vez esta afluencia de libros. Ahora llenaremos las estanterías, y luego nos reabasteceremos a demanda, en pequeñas cantidades.

—De gran calidad.

—Por supuesto, huelga decirlo.

Francesca se dejó caer sobre una butaca.

—Tal vez habría sido necesario que alguno de los seleccionadores hubiera sido extranjero... Quizá seamos demasiado franceses...

—Menos de la mitad de nuestros libros son franceses —le respondió—. Yo imaginaba más, Francesca. La librería aún está en pañales. Crecerá. Añadiremos nuevos títulos constantemente, buenas novelas que surgirán de conversaciones con

clientes; buenas novelas que nos asaltarán mientras dormimos, mientras leemos otras buenas novelas. Ahora contentémonos con abrir la librería, y permitir que todo eso ocurra.

—Sé lo que podría tranquilizarme. Hemos dejado sin ocupar una tercera parte de la planta baja, y los sótanos se mantienen tal cual estaban. Debemos acondicionarlo todo: ordenaré, sin más dilación, que no detengan las obras de reforma.

Personalmente, creo que todo serían ventajas en ello. Justamente lo estaba pensando al darme cuenta de la excepcional calidad del fondo editorial que ofreceremos, y al soñar con que, en nuestra librería, el servicio al cliente esté a la altura. Esas salas vacías se pueden destinar al mejor de los usos desde la inauguración de La Buena Novela. Para un librero, el mayor lujo consiste en disponer en *stock* de un número suficiente de ejemplares de todos los libros que propone, para que nunca le falte ninguno. Por lo general, la falta de espacio en las librerías lo convierte en una utopía. Pero, ya que tenemos la suerte de disponer de salas libres, me gustaría encargarme varios ejemplares de cada libro, al menos de los títulos más conocidos. Con un *stock* bien estudiado, evitaremos quedarnos sin existencias.

—Eso me hace pensar en algo que hasta ahora no se me había ocurrido. ¿Qué venderemos más, las novelas muy conocidas o las otras?

—Yo diría que las menos conocidas. Cabe pensar que nuestros clientes serán apasionados de la novela que ya lo habrán leído casi todo, es decir, lo que es de sobra conocido.

—Pero dígame una cosa, Van. Si utiliza las salas vacías como almacén, ¿cómo podrá crecer la librería?

—No se preocupe. Los *stocks* están en cajas de cartón, y eso ocupa poco espacio porque se aprietan unas contra otras. Me bastará con un sótano. O con dos, si acaso.

—Ya estoy más tranquila, Ivan. Me voy serenando. Repítame que no necesitamos ofrecerlo todo en los estantes ya desde el primer día.

—Francesca, en lo que a la librería respecta, nuestro futuro pinta bien. El espacio que ocupa la tienda es magnífico, y los libros que el comité ha seleccionado no merecen otro adjetivo que el de irresistibles. Nuestro verdadero problema vendrá al cerrar, cuando termine la jornada; ya lo comprobaré, ya escucharé las súplicas. Los clientes no se moverán de su sitio, gritarán: «¡Una hora más!». Otros ni se inmutarán siquiera: «Cierren si quieren, ¡yo me quedo a dormir aquí, hasta mañana!». No me preocupa en absoluto nuestro fondo editorial. Incluso aunque nos tocara abrir dentro de dos días, estaríamos preparados. Sin embargo, pienso que ya va siendo hora de que preparemos una estrategia de lanzamiento. Hasta hoy solo hemos envuelto el proyecto en un fino y hermoso papel de secreto, pero tenemos que reflexionar sobre cuándo y cómo revelar qué ocurrirá en La Buena Novela, qué ofreceremos. Estamos en mayo. Nos quedan cuatro meses.

—Permanezcamos en la sombra todavía este verano, Van. Fijemos un día de lanzamiento en septiembre. ¿Por qué no el uno? En París todo reanuda su marcha ese

día. E irrumpamos en escena a bombo y platillo.

—Las entradas sonadas a bombo y platillo hay que prepararlas, trabajarlas mucho. Debemos elegir el repertorio, designar un director y ensayar día y noche.

—Van, ya sabe que mi esposo es un hombre de negocios. Siempre que le hablo de La Buena Novela, no piensa más que en una cosa: el lanzamiento. Si hay un terreno en el que es competente, es la creación de empresas, y todo lo que lo rodea hoy en día: la mercadotecnia y la estrategia publicitaria y comercial. Yo no tengo ni idea de nada de eso. Lo he escuchado pensar en voz alta. Me ha presentado a varios expertos. Pero se nos ha hecho tarde... ¿No tiene hambre? Cenemos, y le contaré mi plan.

Ivan y Anis ya no se escribían: se llamaban por teléfono. Hablaban mucho, y se dejaban muchos mensajes.

En cuanto sonaba el despertador, sacándola de sus sueños, Anis oía su móvil.

—Las siete —oía decir a Ivan—. Ya no podía aguantar más.

—Un segundo —lo interrumpía Anis—. Está sonando el despertador a treinta centímetros de mi oreja. Así no puedo oírlo.

A Ivan le habría gustado que empezaran a tutearse. Anis se mostraba en contra.

—Pero ¿por qué? —Insistía Ivan.

—Porque no creo que sea mejor —repetía Anis—. No cambia en nada nuestra relación, pero sí banaliza la conversación, y no es solo que suene más trivial, sino que también afecta al contenido de lo que nos decimos.

—Si cambia el contenido de la conversación es porque cambia la relación —volvía a la carga Ivan.

—Puede ser —reconocía Anis—. Yo solo digo que hablarnos de usted es mejor.

Entre el amor y la literatura —¿no se trataba, acaso, del mismo sentimiento?—, Van parecía desistir de su vocación por la pintura.

—Vaya tontería —le espetó Anis al saberlo—. No se le habrá ocurrido abandonar ese decorado, deshabitarlo de sus personajes. El Sena, los muelles y los edificios sin viandantes, ni policías ni nadadores... Es triste y aburrido.

—Ya no hay nadadores en mi historia, se lo he recordado mil veces —gimió Van—. Apenas la joven había tocado el agua cuando el agente la levantó por los aires. Ahora vuelan por encima de los tejados. —Lo creeré cuando los haya pintado.

Y, así, Van retomó sus pinceles.

Un día que habían estado charlando sobre esto y lo otro, cansado, Van tomó aire y soltó: «¿Cuándo vienes?».

La tuteó aposta. Era consciente de que sonaba provocador, pero uno tiene que saber lo que quiere, se decía, y lo que él quería era empujar a Anis a que cayera en sus brazos.

—No lo sé —balbuceó la muchacha. Estaba llorando. Sin añadir una palabra, colgó. Van no se atrevió a volver a llamarla.

De vez en cuando, ella le preguntaba por los progresos de su mural.

—Las alas no son fáciles de dibujar —le confió una noche.

—No les pinte alas —aconsejó ella—. No son ángeles.

—Ya está —pudo celebrar, por fin, en abril—. Todo el mundo está en su sitio. La joven y el policía vuelan felices por un cielo en el que el gris se va tornando rosa. La multitud agolpada en el puente los mira. Todos han alzado la cabeza hacia arriba y tienen una sonrisa en los labios. He empezado por la última escena, como habrá podido imaginar.

—¿Y las dos anteriores?

—Ya no tengo ganas de pintarlas.

—¿Qué hacen todo el día ahí arriba, entre cielo y tierra?

—Hablan. Y cuando están callados no se dan cuenta siquiera. Piensan en lo que van a decirse.

—¿Se tutean?

—Todavía no. A él le gustaría, pero ella es algo reservada. Y, en el fondo, a él le da un poco igual.

Discutían sobre novelas, literatura y poesía. Sobre ese tema, Van tenía la impresión de que lo escuchaba sin reticencia.

Le enviaba libros a Anis; ella los leía todos. «Ya no pongo un pie en Méribel —le confesó— ni en ninguna otra estación de esquí. He terminado por creerme yo misma aquello de lo que pretendía convencer a los demás: que no me apetece aprender a esquiar.»

En mayo, Ivan se percató de una pequeña descompensación; la constató con inquietud, y durante un tiempo le rondó el pensamiento con insistencia, zarandeándole primero, clavándosele después: siempre era él quien la llamaba o quien le devolvía las llamadas. Anis se mantenía fiel a su promesa, telefoneando por la mañana y por la noche, pero se las ingeniaba para coincidir con su contestador, como si prefiriera la máquina al humano. Sabía que Van trabajaba mucho, por lo general en horario de oficina, y lo llamaba al fijo de su casa en momentos en que tenía que estar casi segura de no encontrarlo allí. Dejaba mensajes alegres y superficiales, que no revelaban nada sobre ella. Algo le impedía a Ivan pedirle que lo llamara al móvil; algo parecido al temor de que al tono de Anis se le esfumara la alegría.

Junio estaba a la vuelta de la esquina. Van no había vuelto a mencionar el tema de que Anis se trasladara a París. Ella tampoco.

LA primavera se iba tornando verano. El mes de junio resplandecía.

A Van no le disgustaba lucir el jersey votivo sobre los hombros, en una actitud desenfadada, o atado a la cintura: no había faltado a su promesa ni un solo día, y ahora tenía un roto en cada codo. Francesca había guardado sus capas y sus estolas. Vestía con prendas ligeras, sobrias, casi severas —nunca estampados ni letras impresas, observaba Ivan, sino tejidos lisos y cortes muy sencillos— que le hacían parecer más alta todavía. Dejaba al aire sus piernas de muchacha; con sus zapatos planos, de chica joven y delgada, apenas destacaban sus pantorrillas.

—Ivan —recapituló un día—, la librería es bastante grande. Yo no sería una buena vendedora, ¡más bien pésima! Tampoco tengo intención de pasarme los días en La Buena Novela, cuando ya esté en marcha. Conmigo el negocio se iría a pique, así que lo he decidido: voy a contratar a alguien para que lo ayude.

Van ya había pensado en ello.

—No lo tengo claro —dijo—. La librería es grande, sí, pero no excesivamente. Y tampoco disponemos de tantos libros...

—Cada vez iremos teniendo más.

—... y, al principio, no nos acosará la clientela. Necesitaremos tiempo para ganarnos su aprecio.

—Insisto. En octubre o noviembre estaremos muy ocupados. Ya no podremos tomarnos el tiempo necesario para elegir a alguien con tranquilidad. ¿Prefiere un o una ayudante?

—¡Un ayudante, por favor! —Van esbozó una sonrisa algo triste—. Ya se lo he dicho, las mujeres me alteran por completo.

A Francesca no se le ocurría nadie conocido e idóneo para el puesto por su inteligencia y entusiasmo. Ivan pensó en un amigo con el que había compartido charlas y recomendaciones durante el año en que trabajó como librero en Marsella; un argelino afable y poeta, lector insaciable y vendedor fuera de serie. Pero, por más que lo buscó en Internet y en la guía telefónica, por más que preguntó a sus amigos y conocidos, no logró recuperar el contacto con él.

A Francesca se le pasó por la cabeza la idea de insertar un anuncio en el periódico. «Aparecerán quinientos candidatos —se temió Van—. ¡Nos engullirán, igual que representantes y novedades!»

Examinaron las demandas de empleo publicadas en la revista literaria *Livre Hebdo*. «Le encomiendo a usted la tarea de recibir a los candidatos», y Francesca y sus pantorrillas casi adolescentes se despidieron por aquel día. «También soy una pésima seleccionadora. ¡Seguro que me dejaría encandilar por el primero que pasase!»

Van recibió a once postulantes. Se decantó sin dudar por un joven de

veinticuatro años que ya tenía a sus espaldas experiencia como editor y librero.

—Un fracaso tras otro —explicaba el joven, llamado Oscar—. Lo que se llama experiencia.

Estaba dispuesto a empezar de inmediato, pero le alegró poder disponer del verano para sí mismo.

—Tengo una novela que terminar —explicó.

Francesca lo invitó a instalarse en su chalé de Méribel, y él aceptó con total naturalidad.

—Ivan, ¿le gustaría conocer a mi esposo? —le preguntó Francesca.

Estaban ocupados repartiendo por los estantes, que olían a madera de pino fresca y a cola de carpintero, una caja de libros antiguos recibidos esa misma mañana. Para cada obra escogían el lugar preciso, en su siglo y en su país, trazando así una suerte de geografía de las buenas novelas. Les parecía evidente que no debían separar los libros de lance de los demás. Los estantes se mostraban aún más hermosos gracias a ese aire de biblioteca familiar, con, aquí y allá, uno o dos volúmenes de aspecto ajado entre otros muy nuevos.

—Desde luego que sí —contestó Ivan—. Todo lo que tenga que ver con usted me resulta apasionante.

—Me extrañaría que Henri lo apasionara —lamentó Francesca sin amargura, como quien constata una verdad patente—. No es en absoluto su tipo.

—Me advierte tanto contra él que seguro que me cae simpático. Pero no se trata de eso. Supongo que no me presenta a su marido para que le dé mi opinión sobre él. De hecho, no cuente conmigo para que se la dé. ¿Por qué quiere que lo conozca?

—No consigo averiguar si está de nuestro lado. Quiero decir, si el proyecto de La Buena Novela le parece una buena idea o no.

—¿Qué le ha contado usted al respecto?

—Casi todo. No la composición del comité, por supuesto, pero sí el principio de la librería, el método de selección de los libros, nuestros debates, cuántos títulos, dónde instalarnos, que si formato de bolsillo o no... También le he hablado de usted. Me ha hecho algunas preguntas. Hace muy poco, él mismo quiso que charláramos sobre temas relacionados con el lanzamiento, la estrategia y la publicidad. Demuestra interés por ello, pero no sé por qué exactamente. No estoy segura de que nos aporte la curiosidad del aliado: puede que le guste que ocupe mi tiempo en algo porque piensa aprovecharse de ello, o bien se regocija por anticipado, previendo un batacazo. Usted sabrá discernir sus intenciones mejor que yo; quizá incluso consiga que se pronuncie abiertamente al respecto.

Cenaron los tres juntos, una noche, en casa del matrimonio.

—¿Tengo que vestirme para la ocasión? —preguntó Van cuando Francesca lo invitó.

—Siempre lo he visto vestido —bromeó ella. Se sonrojó hasta la raíz del pelo, y precisó—: Vístase como quiera. Henri es muy clásico a ese respecto, pero creo que

obedece más a la comodidad que a la propia elección. Solo conoce una manera de vestirse. Y, en el fondo, le trae un poco sin cuidado la apariencia de los demás.

—No hasta el punto de resultar insensible a su elegancia, espero.

—No creo que le conmueva demasiado, la verdad. Le debe de parecer normal. Todas las mujeres de nuestro círculo rebosan elegancia. A decir verdad, no repara mucho en mí. Se lo diré sin ambages: apenas pasamos tiempo juntos.

El piso conyugal impresionó a Van, con sus techos de cuatro metros de altura, sus tapicerías y su hermoso mobiliario. Nada más acceder al vestíbulo, Van se alegró de que Francesca no lo hubiera invitado antes. Era consciente de que aquel lugar habría abierto una brecha entre ellos; cierta distancia que habría costado mucho tiempo y esfuerzo reducir, y que ahora limitaba el encuentro a mera anécdota.

Francesca lo invitó a pasar a un saloncito, íntimo y cómodo hasta el punto de teñirse de cierta banalidad. Henri Doultremont los esperaba allí. Ahorró a su invitado el teatrillo del hombre de negocios desbordado que se concede, con esa cita, un paréntesis en su agenda habitual; no glosó su vida, y evitó preguntar a Van por la suya.

Del piso, que imaginaba grande, Van no intuyó más que ese saloncito y un comedor que, según supuso, también debía de ser el pequeño, por oposición a uno imaginado más grande. Francesca lo había organizado todo con sencillez. Sirvió ella misma unas copas de Oporto, y luego dispuso la cena fría sobre un aparador.

Doultremont no era ningún inculto. Ya antes de sentarse a la mesa les comentó con bastante entusiasmo que aquel invierno había descubierto a Kipling, y les confesó su admiración por sus *Cuentos* y sus *Nuevos cuentos de las colinas*. A Van no le pareció tan convencional. Así como a finales del siglo XIX si podría haberlo sido, a principios del XXI suponía casi una excentricidad.

Francesca sugirió entonces pasar a la mesa. Se sentaron, y Doultremont les condujo a su terreno:

—Pero, bueno, hablemos mejor sobre esa librería suya.

Van intercambió una mirada con Francesca.

—Adelante —lo animó ella, invitándolo a hablar primero.

—Todo avanza según lo previsto, más o menos —empezó Van—. Me sorprende la buena acogida que ha recibido el proyecto, incluso antes de la inauguración.

—¿Ha metido en el ajo a cuatro gatos? —preguntó Doultremont.

—Disculpe, ¿qué quiere decir?

Lo que pretendía decir aquel hombre de negocios era que, entre los pocos chiflados por la literatura de su índole, resultaba obvio que Van y Francesca solo podían encontrar una calurosa acogida, pero que alcanzar el verdadero éxito sería harina de otro costal.

Quedaban muchas incógnitas. ¿Cuántos entusiastas respaldarían, de verdad, el proyecto? ¿Contarían con un número suficiente de aficionados a la literatura de calidad en París? ¿Y cómo movilizar a los demás? ¿A cuánto ascendía el poder

adquisitivo de todos ellos? O dicho de otro modo, ¿cuántos libros comprarían al año en La Buena Novela? ¿Y les serían fieles?

—¿Cómo saberlo si no es lanzándonos a la aventura? —observó Ivan.

Doultremont albergaba ciertas dudas sobre que una librería a la antigua usanza fuera la empresa idónea. Para él, el futuro lo garantizaba la venta electrónica.

—Las dos fórmulas no se excluyen mutuamente —opinó Van—. Francesca le habrá hablado de ello. Ni se nos pasa por la cabeza no tener nuestra página web, o no vender por ese canal. Tengo previsto dedicar el verano a preparar esa parte del dispositivo.

Francesca lo escuchaba extrañada. Era la primera vez que Ivan abordaba esa cuestión delante de ella.

—Aceptaremos todos los encargos *online* y enviaremos los libros —continuó explicando, como si ya estuviera todo decidido—. Hoy en día, una librería no puede cerrarse a ese canal de venta. —Cambió de tono—: Pero, por supuesto, lo que nos caracterizará, lo que nos distinguirá de las demás librerías, será nuestro catálogo. Ese fondo singular edificará nuestra imagen, tanto en Internet como en la rue Dupuytren. Con sinceridad, aspiramos a una inversión de las relaciones entre la oferta y la demanda. El motor del proyecto no lo impulsará la demanda, sino la oferta. La gente se acercará a nuestra librería consciente de que va a encontrar una selección de novelas singular tanto o más que para comprar allí un libro determinado que se les pase por la cabeza. Y visitará nuestra página web con una actitud similar.

—Con total confianza —intervino Francesca.

Doultremont se iba animando:

—La contradicción —rebatíó— es que su oferta se presenta, a la vez, muy limitada y muy diversificada. Hoy en día, el éxito obliga a elegir. El éxito a lo grande irrumpe, o bien gracias a un producto único, que seduce, como en este momento la crema de cassis en Asia, o, al contrario, mediante una oferta considerable, por ejemplo, el catálogo de Ikea, o Amazon, sí, Amazon, que propone cientos de miles de libros *on-line*, de todos los géneros y para todos los gustos. Sin embargo, su librería no se decanta por ninguna de estas opciones: la definen como pequeña y, a la vez, múltiple. Eso no funciona. Es un tiro de dos caballos, en el que cada uno va por su lado. El mismo nombre resulta significativo. La Buena Novela, así, en singular: uno parece enfrentarse a una oferta simple, y, sin embargo, se trata de una oferta muy compleja.

—Nunca hemos pensado en tener un éxito a lo grande —confesó Van. Encontraba a Doultremont demasiado tajante, y sus categorías se le antojaban poco claras—. No me convence esa oposición entre lo simple y lo múltiple —continuó con tranquilidad—. Nuestra librería guarda más relación con un creador de moda que se rebelara, al grito de basta de prendas informes y de colores siniestros, y que lanzara una línea de prendas imbuidas de elegancia y alegría.

—No —rebatíó, tajante, Doultremont—. Lo que diferencia a ese creador de moda

de ustedes es que todas sus prendas se parecen y casan bien entre ellas: las define eso que se llama estilo. Mientras que ustedes, tras la apariencia de una línea, de una gama, ofrecen un batiburrillo de libros en el que cada uno se caracteriza por ser, fundamentalmente, distinto a todos los demás. Entre sus productos no se establece ninguna relación de semejanza.

—Nuestras copas están vacías —señaló suavemente Francesca.

Doultremont sirvió más vino y prosiguió:

—No solo no son los primeros en abrir una librería, sino que se incorporan a un sector que vive la peor de las rachas; un sector en el que muchos se desesperan al no aguantar el tirón, y en el que sobrevivir se considera un arte.

—¿No será usted un defensor de la muerte del libro? —objetó Van.

—En absoluto. Lo que defiendo es que su comercio pertenece a un pasado remoto.

—¿Alguna vez nos hemos planteado esto como un comercio? —intervino Francesca.

—A la vista está que no —Doultremont solo se dirigía a Ivan—. Francesca se lo habrá confesado: ninguno de los expertos que le he presentado apuesta un céntimo por su negocio.

Ahora le tocaba a Ivan extrañarse:

—¿Expertos en *marketing* y en promoción comercial? —preguntó, como si Henri se refiriese a sabios chiflados, de largas barbas y atuendos rocambolcosos.

—Exactamente —contestó Doultremont, que no había captado la ironía.

Van alzó ambas manos, inclinándose un poco hacia atrás.

—Reconozco que ni Francesca ni yo tenemos ni idea de ventas ni de negocios —se armó de valor—. Nuestra propuesta es radical: implica una revolución de las costumbres culturales. Hoy en día todo el mundo coincide en pensar que se publican demasiados libros sin el más mínimo interés. Consideramos ese fenómeno como una contaminación del espíritu, y sencillamente nos plantamos: basta. Neguémonos a permitir que nos contaminen el gusto. ¿El aire está viciado? ¡Renovémoslo! ¡Respiremos! Estamos convencidos de tener verdaderas posibilidades de eludir la soledad en nuestro reto, de que nuestros clientes nos acompañen y luchen con nosotros.

Sonrió.

—Mire, ahora que lo pienso, algo similar sucedió con el tabaco, de una manera tan espectacular como imprevista. Desde que los cigarrillos consiguieron un gran número de consumidores, situemos la fecha cincuenta o sesenta años atrás, fumamos aun siendo conscientes de estar envenenándonos. Las voces de Cassandra, advirtiendo del peligro, se multiplicaron en vano. Y, de repente, sabe Dios por qué, en los últimos años del siglo xx algo sacude a la masa de fumadores, una ola se propaga por toda la superficie terrestre, y todo el mundo decide acabar con el tabaco. Todo ocurre muy deprisa. Las mentes se abren. La gente reconoce que se trata de un consumo

perjudicial y que, bien mirado, tampoco aporta tanto placer.

»En lo que a la literatura se refiere, confiamos en que se produzca una toma de conciencia similar. Y en que La Buena Novela, desde su callecita de París, pueda ser el detonante que inicie esa revolución.

—Estoy de acuerdo con todo lo que acaba de exponer Ivan —apoyó Francesca—. Pero, personalmente, nunca me he planteado las cosas con tanta profundidad. Simplemente creo que, en una ciudad como París y en un país como Francia, diez mil personas se alegrarán mucho de que abra una librería como La Buena Novela, y ya no comprarán sus libros en ninguna otra parte.

Doultremont reflexionaba.

—Eso me lleva a pensar, a mí, en otra comparación. Temo que la novela se asemeje más al vino que al tabaco. ¿Se acuerdan de *Mondovino*, el documental de Jonathan Nossiter? Los maravillosos vinos de denominación de origen quedan marginados por el aluvión de vinos a la americana, uniformes, ni buenos ni malos, que se venden muy bien y se promocionan fantásticamente gracias a un *marketing* todopoderoso. Lo mismo ocurre con sus novelas de denominación de origen. No alcanzan la altura de los *best sellers* a escala planetaria, los *Harry Potters* y los *Códigos da Vinci*. A su negocio le sobra idealismo, pero no basta con las buenas intenciones: apenas tiene posibilidades reales.

—Ese «apenas» es lo que nos apasiona —declaró Van.

Al coincidir al día siguiente en su despacho de la rue Dupuytren, Francesca mostró abiertamente su extrañeza:

—Nunca me había hablado de sus proyectos para Internet.

—Su marido nos ha hecho un favor. Tiene razón. Debemos estar presentes en la red. Voy a invertir todo el verano trabajando en ello, no he mentado. Me parece absolutamente necesario aprender a crear una página web y a gestionarla. Pero también usted me ha sorprendido. ¿Los expertos en venta con los que consultó se mostraron escépticos?

—¿Acaso le perturban cuatro amantes de las cifras? No le he mareado inútilmente con sus dudas porque no me convencieron. Sentí como si valorase el cuidado y el gusto de un hermoso encaje antiguo con un grupo de herreros. No tienen ni idea del tema. Y, ya que hablamos de encajes, ese supuso otro ejemplo de un cambio radical e imprevisto. Hace treinta años, la industria agonizaba, hasta que dos o tres chicas listas lanzaron al mercado, para divertirse y porque les gustaba, prendas de lencería al estilo antiguo. A las mujeres, que ya no utilizaban más que bragas de gimnastas, les encantaron. Regresaron a todo lo que sus hermanas mayores habían quemado: la seda, el satén y la lencería de encaje. Y esto relanzó la industria.

»La comparación con el tabaco despierta mi esperanza, pero la del encaje me lleva más allá: me invita a soñar. Porque esas dos o tres chicas listas y atrevidas no debieron pelear, no se disfrazaron por ahí de Casandras y no se plantaron ante nada ni ante nadie para gritar basta. Se contentaron con distribuir su lencería de lujo, por lo

demás carísima; la moda arraigó, y se extendió como un reguero de pólvora. Quizá nos baste con abrir la librería para que el gusto por la literatura se propague...

—... como una ola de placer —terminó la frase Ivan, con el tono de quien expresa una certeza.

—Deme su opinión sobre Henri. ¿Está con o contra nosotros?

—Ni lo uno ni lo otro —contestó Van, dubitativo—. Francesca, no quería ofenderla.

—Hable sin tapujos.

—Estoy convencido de que su marido no cree y no ha creído nunca en nuestro proyecto, pero, sobre todo, de que le trae sin cuidado.

Heffner asentía con la cabeza.

—Ese punto es capital —concedió—. ¿Todavía hoy sigue pensando usted así?

—¿Se pregunta si Henri se esconde tras nuestros enemigos? —preguntó Francesca despacio.

—Estoy convencido de que no es así —contestó Ivan.

—Pues yo no lo tengo tan claro —dijo Francesca con voz sorda.

FRANCESCA mencionó dos veces a su marido en los días sucesivos. En ambas ocasiones, delante de un estante de libros; primero italianos, luego ingleses.

Acababa de depositar *La iguana* en su sitio, colocando el tomito con el mismo mimo y cuidado que habría puesto en añadir una flor a un ramo en un jarrón. A su lado, Ivan abría una caja de libros, cuando Francesca dijo de pronto:

—No hay que casarse nunca con un extranjero. Henri habla un italiano excelente, y yo aprendí francés cuando tenía dos años. Pero, aun así, nunca nos hemos comprendido de verdad.

No le perdonaba a su esposo que se refiriese a La Buena Novela como «la tienda» y «su comercio».

—Si la incomprensión se debiera solo a la diferencia de lenguas, todo el mundo sería consciente de ello —objetó Van—. No. Me pregunto si de verdad la vida nos permite comprender al otro. Quiero decir: entenderlo por completo, al cien por cien, más allá de lo que nos separa, y aunque se compartan una misma lengua materna, una misma cultura y una misma edad.

Trataba de adoptar un tono desenvuelto.

Cuando se está enamorado, no solo cree uno comprender al otro, sino que siente como que lo conoce desde siempre. Luego, al cabo del tiempo, ya no entiende nada. Solo que se había hecho ilusiones, que ha dejado de... —Se cruzó con la mirada angustiada de Francesca e intentó rectificar—. Es que las cosas han...

Francesca lo interrumpió. Era tan impropio de ella, que Ivan tuvo el convencimiento de que lo hacía para impedir que se empantanara en su propio discurso.

—Precisamente —continuó, con una voz casi inexpresiva—. Cuando la bruma de la ilusión se disipa, cuando se conoce al otro tal cual es y ya no se le considera responsable de los errores de apreciación propios, cuando el frío y el dolor nos inundan todo el cuerpo, ¿acaso no se alcanzan las condiciones que permiten, por fin, entender al otro? ¿No debería ser posible, entonces, empezar a comprenderse mutuamente?

—Habría que tener la voluntad de hacerlo —se resignó Van.

Sin embargo, él mismo intentaba desesperadamente comprender lo que impulsaba a Anis a avanzar o a retroceder, y no lo conseguía. Prosiguió:

—No, no siempre basta. Quizá sea necesario que los dos quieran hacerlo, y que quieran hacerlo a la vez. Que cada uno trate de comprender al otro a la vez que lo ayuda, dándole la clave, por ejemplo.

—Las claves —puntualizó Francesca.

Al día siguiente, mientras corregía la alineación de las novelas inglesas, retomó las previsiones de su esposo.

—Dice usted que tiene la impresión de que a Henri le es indiferente La Buena Novela. Pensándolo bien, no estoy tan segura. Creo que desea que fracasemos, y que si se comportó de forma tan amable con usted es porque lo obsesionaba una sola idea: desestabilizarnos. Él considera que los negocios, el mundo de la empresa, delimitan su habitación propia. Lo devoran los celos cuando piensa que yo me aventuro en ese terreno con esta librería, aunque ello no le haga sombra en absoluto, y lo devoran con la misma intensidad con la que sufriría si un amor embriagase mi vida; algo que no supondría para él ninguna pérdida, por supuesto, porque hace tiempo que ya no me quiere.

»Usted no lo conoce. Todo él está formado en el molde de la maldad francesa, la más cruel de todas después de la inglesa. ¡Aunque es cierto que esta traiciona con mayor retorcimiento!

Había llegado el momento de enfrentarse a la lectura de las novelas que se publicarían en septiembre.

—El Himalaya —anunció Ivan—. Cuatrocientas cuarenta novelas francesas, doscientas veinte extranjeras.

—¿Todas están ya impresas?

—Casi. Hace quince o veinte años, los libros se remitían a los críticos en julio, a veces incluso en agosto. Pero las vacaciones pagadas se han alargado, hay que sacar tiempo para disfrutarlas... El problema es el mismo para todo el mundo, incluidos los críticos. Los porteros han dejado claro que no soportaban almacenar en sus chiscones los montones de paquetes enviados en julio a ese señor tan callado del sexto. Desde hace tres o cuatro años, las novedades se envían todas a finales de junio, antes de que los críticos y su exquisito gusto partan con rumbo a los mares más cálidos.

—Nosotros no hemos recibido nada.

—Porque no hemos pedido nada. No olvide que, cuando encargamos los primeros títulos, acordamos que inauguraríamos la librería a finales de año. Es hora de volver a llamar a los editores: anunciaremos que La Buena Novela abrirá antes de lo previsto, en septiembre, y les rogaremos que nos permitan conocer sus publicaciones previstas para la *rentrée* literaria enviándonos su servicio de prensa.

—¿Y lo harán?

—Lo dudo.

—¿Por qué?

—Especificaremos: nuestra librería abre en septiembre. Recalcaremos su carácter literario. La voz al otro lado de la línea nos interrumpirá antes, incluso, de pronunciar la fecha: «Les apuntamos para el servicio de novedades». No, les contestaremos. Me puedo encargar yo de las llamadas. Conozco bien el diálogo; he interpretado ese papel durante años en Méribel. No, no reclamamos el servicio de novedades. Lo que les pedimos es el envío de ejemplares para la prensa, aunque también nos sirven galeradas, para elegir los libros que venderemos en nuestra librería. Esa palabra, «elegir», *a priori* tan legítima, créame Francesca, suscita siempre un profundo

silencio al otro lado de la línea. Entonces podemos encontrarnos con dos reacciones. La más favorable es que nos respondan: «Muy bien, ya les enviaremos a alguien». Y entonces, ante la puerta de La Buena Novela, se detendrá un comercial sin alma y con el cuerpo en posición de hastío infinito, y la empujará con la misma escasa fuerza que lo acompaña en otra decena de librerías, y se nos acercará blandiendo un catálogo impreso. Recibiremos a un comercial, sí, a quien de nuevo preguntaremos cómo seleccionar unos libros que no hemos leído, y que contestará que no encuentra una solución más adecuada que la del servicio de novedades, y entonces deberemos rogarle que deje de hacerse el sueco... En el mejor de los casos recibiremos, entonces, algunos ejemplares para prensa o galeradas.

»La reacción menos favorable no resulta tan divertida, pero sí cortés y educada. Toman nota de la fecha de apertura de la librería y entonan la cantinela de siempre: “Para los encargos, ya saben lo que tienen que hacer. Conocen a nuestro distribuidor”.

—¿Queda absolutamente descartado que nos suscribamos al servicio de novedades?

—Eso no alberga ningún interés para una librería como la nuestra. Para una librería general, si me apura, sí, pues las novedades representan un ochenta por ciento de las ventas. Y me gustaría resaltar lo de «si me apura»: ese servicio se paga a noventa días, pero la devolución de los ejemplares no vendidos que se hayan enviado en el servicio de novedades corre por cuenta de los librereros, y a su vez no puede efectuarse antes de transcurridos los noventa días, y esas devoluciones se reembolsan en un plazo también de noventa días. Mientras tanto, se reciben los nuevos servicios de novedades... Todo esto lo soporta más la técnica que la lógica; solo tiene que pensar que la magnitud de las devoluciones garantiza que los editores o sus distribuidores se aseguren liquidez. El servicio de novedades es una facilidad para esas librerías cuyas mesas se alimentan de novedades, y en las que se sabe que no se dispondrá de tiempo para leer ni una centésima parte de los libros que se vendan. No olvide que, con los tiempos que corren, La Buena Novela será una librería especializada.

—¡Decidido, pues! Pero, como rechazamos el servicio de novedades, nos enviarán pocos o ningún ejemplar para la prensa —Francesca sonrió—. Llamaré a Lancre y a Bonlarron.

—Lo había pensado —concedió Van, que conocía por su nombre a todos los críticos y se preguntaba, desde hacía tiempo, si alguno de ellos no se contaría entre los amigos de Francesca.

La obviedad repartió los papeles. Ivan contactó con los editores y los distribuidores y recibió a los comerciales, sin entrar en absoluto en detalles en cuanto a la línea de la librería. Literaria, se limitaba a especificar, y cambiaba de tema o permanecía en silencio. Notó la ironía en la voz de aquellos a quienes repitió que pensaba eludir el servicio de novedades y, una o dos veces, hasta compasión.

Francesca telefoneó a sus amigos críticos. «¡Una librería!», exclamaron por turnos. «¿Estás loca?», añadieron, realistas. «Pero, bueno, si te divierte...»

¿Cederle sus ejemplares para la prensa? «Todos los que quieras», le garantizaron. «Cuando quieras.» «Lo devolveré todo», prometió Francesca.

Thierry Bonlarron sí se mostró dispuesto, pero Jean-René Lancre, que se había forjado su reputación a base de maldad, humor y esa manera tan suya de desdeñar las novelas más esperadas para exhumar oscuras obras de escasísima tirada, a cuenta del propio autor en algunos casos, fingió enojarse: «¡Ni se te ocurra devolvérmelos! Lo exijo como condición a nuestro acuerdo. Te resultaría muy sencillo encasquetármelos de nuevo. Apáñatelas, quémalos, tíralos al río, haz lo que te dé la gana con ellos, pero te pido que, bajo ningún concepto, ni uno solo de esos libros regrese a mis manos».

El lanzamiento preocupaba a Van: quería que la información sobre La Buena Novela se extendiera con rapidez, con el primer ruido de la persiana de la librería al abrirse, y que su singularidad brillase desde el principio.

—Yo creo que tendríamos que organizar ocho o diez almuerzos de prensa —calculó Francesca—. Ya sabe: invitaríamos sucesivamente a los responsables de los suplementos de cultura o de libros de los principales medios de comunicación. Bueno, en realidad no debería mencionar ese nosotros, porque me refiero solo a usted. Mi presencia lo estropearía todo. Mi imagen sería un lastre desastroso. En Francia, a la mujer rica se la considera inculta y boba. Créame, ¡lo sé! Si al menos fuera de izquierdas, sería distinto. Notoriamente de izquierdas. O si estuviera muerta, claro: entonces ya todo cambia, una se convierte en «la célebre mecenas», «la gran amiga de las artes».

»Con los periodistas, Ivan, se relacionará usted. Yo me encargaré de la parte comercial del lanzamiento, los carteles, todo lo accesorio. Más adelante, al cabo de unos meses, nos plantearemos la posibilidad de convocar una rueda de prensa para comunicar un primer balance.

—Que será espectacular.

—No me cabe la menor duda.

—Entonces sí dará usted la cara.

—Entonces menos que ahora. El éxito no cambia la imagen de la mujer rica: más bien todo lo contrario.

EL 30 de junio, poco antes de medianoche, Anis llamó por teléfono. Van estaba en casa: la muchacha debía de haberlo previsto.

—Ya está —anunció—. Estoy en París.

—En París, ¿dónde? —preguntó Van precipitadamente.

—En mi casa.

Había alquilado una habitación en una pequeña residencia universitaria del Barrio Latino, especificó sin más. Van se cuidó mucho de hacerle algún reproche.

—Es maravilloso. ¿Volveré a verla?

—Sí —aceptó Anis—. Ahora ya sí es posible. Antes la habitación no estaba en condiciones para recibir visitas. Hace diez días que me afano en convertirla en un espacio más acogedor. Desde esta mañana, ya está: he terminado.

Diez días durante los cuales, cada vez que habían hablado, las más de sesenta veces que Van había escuchado los mismos mensajes grabados en su contestador, se había imaginado a la joven en Grenoble, en su buhardilla, camino de la facultad, o en uno de esos cafés en los que servían un ponche inolvidable. Él mismo me lo confesó.

Se sentía provocado. Arriesgó el todo por el todo:

—Todavía no he desensillado mi caballo —bromeó—. Acabo de volver a casa. Puedo estar en la suya dentro de un cuarto de hora.

—Su caballo es como yo, se duerme de pie —continuó Anis—. Desensíllelo, ande. Es tarde. He encontrado trabajo. Empiezo muy temprano por la mañana.

Van permaneció callado durante diez segundos.

—Llámeme, por favor, cuando tenga un rato libre —rogó, aunque con un tono algo mecánico.

—Sí, ¿verdad? —Jugó Anis—. Ahora que vivo en París no tendría mucho sentido que lo llamase cada día, mañana y noche.

Transcurrieron los dos primeros días de julio sin que Van recibiera noticia alguna sobre ella. Anis llamó a su taller el sábado 3, a las diez. Van había calculado que esperaría a esa hora para saludarlo con un afectuoso mensaje grabado. La dejó presentarse al contestador, y luego descolgó el teléfono.

Se citaron en el puente Marie a primera hora de la tarde; una idea de Anis, que lo desconocía todo sobre París y decidió empezar por lo más popular.

—La heladería más conocida de París es Berthillon —explicó Van—. Esa de ahí, mire.

Tomaron unos sorbetes rosa y blanco. Recorrieron las dos islas, bajaron a la orilla del Sena, en la plaza de Vert-Galant, pasearon por Notre-Dame y descansaron de la caminata sentados, el uno junto al otro, en un banco de hormigón delante de la catedral.

—Qué bien me siento sin mi jersey azul marino —celebró Van—. Me estaba

asfixiando. Lo he tirado, y ahora me siento revivir.

Anis fingió no haberlo oído.

—Hay un lugar al que me muero por ir —anunció ella—. ¿Adivina cuál?

—Cada vez que creo intuir algo sobre usted, me equivoco —confesó Van con una mueca.

—Venga, haga un esfuerzo...

—¿La librería?

—¿La Buena Novela? —Anis sonrió sin vacilar—. Ya he ido. No. Ha perdido.

—Hace tiempo que soy consciente de ello, créame. Me rindo.

—Estos muelles, estos puentes... ¿No lo adivina? Pues es evidente: me gustaría ver el mural de su estudio, hombre.

—Mañana —contestó Ivan precipitadamente, sin saber qué le dictaba esa respuesta.

En cuanto entró en el taller, el domingo —eran las tres de la tarde—, Anis contempló las paredes en silencio, con aire grave. Solo entonces entendió Van por qué la víspera había aplazado esa prueba. Estaba en juego algo decisivo, le resultó muy obvio, y no menos obvia le resultó también la ingenuidad de su cuadro. Así que apoyó la frente sobre la cristalera, incapaz de dedicarse a nada más que a contar los latidos, terriblemente lentos, de su corazón.

—Me gusta mucho —confesó Anis a su espalda.

Me gusta mucho: Van sabía, por supuesto, que esa era la expresión, un tanto cruel, mediante la cual se da a entender a alguien que, en realidad, no se le ama. Él mismo la había empleado más de una vez.

Pero Anis no tardó en decirle que quería comparar la obra con el original.

«Como mucho habrá estado cinco minutos», calculó Van, bajando la escalera detrás de ella. Había limpiado la casa a conciencia, y preparado una bandeja de pasteles que eran los de la canción: la canción del enamorado «cuyo amor se pierde en un suspiro», y que llora, que «llora como una magdalena» porque ella era, porque ella era «su bomboncito».

Hacía una tarde radiante. Caminaron hasta el puente de la Concordia, por la rue Montmartre, los grandes bulevares y la Madeleine. Desde el puente, Anis contempló el fluir del Sena, pesado y lento.

—¿Dónde está el puerto de los Inválidos? —preguntó.

—¡Ni idea! —contestó Van—. Eso para mí es historia antigua. Nunca me acerco por allí. No. A mí la zona de París que más me interesa ahora es el Barrio Latino.

—A propósito —lo interrumpió Anis—, ¿sabe si la capilla de la Sorbona abre los domingos? Esta semana lo he intentado cada día, y siempre la he encontrado cerrada. Había pensado que tal vez, al ser domingo, la suerte me sonreiría...

Ivan no tenía ni idea.

—Vayamos a verlo —propuso—. Lo más directo desde aquí para alcanzar el bulevar Saint-Michel es montar en el *Bateaubus*.

Lo más directo quizá no, pero lo más lento seguro. Esperaron el barco al sol, inmersos en el olor bretón a puerto que se respiraba al lado del agua.

—¿De modo que ha ido a ver la librería? —le preguntó Van.

—Menos mal que la rue Dupuytren no es larga, y que solo había una tienda en obras. Desde la calle, con los cristales pintados de blanco, nadie adivinaría qué clase de local va a abrir. ¿Cuándo piensan desvelar sus intenciones?

—En cuanto abramos, a principios de septiembre. Colocaremos el cartel de La Buena Novela a las ocho, y a las diez abriremos. —Se detuvo durante un momento para tomar aire—. Si quiere, puedo enseñarle el local —invitó—. Cuando le apetezca.

—Esperaré a la inauguración, como todo el mundo.

—Francesca no está por allí en todo el día. Y, aunque estuviera, la recibiría cordialmente. Es como un hada buena.

—Ya lo sé —sonrió Anis—. Pero prefiero esperar.

Ya llegaba el barco, blanco y lacado como un juguete nuevo, reconocible de un vistazo entre las gabarras mugrientas y las viejas barcazas. Atracó con la suavidad de un motor teledirigido por un experto. El sol declinaba ya en el horizonte. La luz flotaba sobre el agua. Desde el puerto Saint-Michel tardaron diez minutos en subir hasta la capilla de la Sorbona por las aceras atestadas de turistas que aún remoloneaban por allí. Al llegar, constataron que estaba cerrada.

No había nada escrito en la fachada, ni horarios de visita ni ninguna otra indicación.

—Me pregunto si será que ya no tiene culto —dudó Van.

—¿Quiere ver mi habitación? —le ofreció Anis—. Está muy cerca de aquí.

—¿Por qué no? Así sabré cuál es su dirección.

Cuando Anis reía, le nacía un hoyuelo en la mejilla izquierda, pero no en la derecha.

—Me quedaré solo cinco minutos —le advirtió Ivan—. Soy como usted, a mí las habitaciones... La vida entre cuatro paredes me parece un poco angosta.

Anis no reparó en la ironía. Su habitación estaba en el número 44 de la rue Bol en Bois, en la quinta planta de un edificio de cristal azul y gris, estilo años setenta. Era una estancia luminosa, que olía a pintura fresca pese a que la cristalera que la separaba del balcón estaba abierta de par en par.

Van se asomó enseguida al balcón, intrigado por la vegetación que se vislumbraba desde allí. Había un jardincito. Anis, que lo había seguido, se acodó en la barandilla, a su lado.

—Resulta una vista inesperada, ¿verdad? —le preguntó.

—¿Ve? Tendría que haberse marchado antes de Grenoble. Aquí está usted mucho mejor. Desde mi casa se ve un arce, y desde la suya unos olmos: ¡creerá que París es un parque!

Observaba la distancia entre su codo izquierdo y el codo derecho de Anis, que calculó de un metro más o menos. La última vez que se había encontrado cerca de ese

brazo, en el banco de hormigón delante de Notre-Dame, el día anterior, el espacio entre ellos había sido el mismo.

«Seamos positivos», razonaba Ivan consigo mismo. Considerándolo bien, se podría decir que la distancia entre Anis y él había disminuido en al menos un milímetro en veinticuatro horas. A un ritmo de un milímetro diario, calculó que ese metro quedaría reducido a nada en mil días. Recordó entonces un excelente relato de Paulhan, *Les coeurs changent*. Albert y Rose se gustan, no tardan en darse un revolcón, y después, como las circunstancias van cambiando, se alejan el uno del otro y tardan años en reunirse de nuevo. Van recordaba la última frase. Albert trata de cogerle la mano a Rose, que protesta: «Pero, amigo mío, ¿qué quiere de mí?».

Mil días: eso suponía más de tres años. Van pensó en despertar los celos de Anis hablándole de las mujeres que pululaban presurosas por todo París. Veía a Sarah *Guisante*, *quicksilver*, sexo relámpago, a Marie Noir, densa lava, volcánica.

—¿En qué piensa? —le preguntó Anis.

—En ciertas mujeres, mujeres que van deprisa en el amor —peroró Van, esforzándose por adoptar un tono de desesperación, y constatando que el que le había salido era más bien de amargura.

—Esas mujeres no les gustan a los hombres —concluyó Anis con mucha tranquilidad—. ¿Por qué no cenamos? ¿No tiene usted hambre? Yo no he comido nada desde ayer.

Van propuso el Centro Pompidou.

—Está un poco lejos pero desde el restaurante, en la sexta planta, se disfruta de una de las vistas de París más hermosas, para mi gusto: ni demasiado alta ni demasiado baja.

—No creo que me lo pueda permitir —dijo Anis.

—Yo la invito, naturalmente.

Ella suspiró.

—*I would prefer not to*. Nunca he conocido a ningún chico que invite a una chica sin esperar nada a cambio.

—Eso que dice me ofende —contestó Van—. No tengo ese tipo de intenciones.

—¿Por qué debería creerlo?

—¿Cómo puedo demostrarle que mi actitud es desinteresada, si no es mimándola tan a menudo como usted me lo permita? Tengo una idea. Concédame permiso para invitarla a un café de vez en cuando, para enviarle un poema o unas flores, y cada vez que le regale algo, la consideraré, y se considerará usted, más libre. Los dos sabremos que crece usted en libertad.

—Estoy buscando el sofisma —pensó Anis en voz alta.

—¡No lo hay! La reto a que encuentre uno. —El semblante de Van se ensombreció—. Qué tonto soy. Sin duda preferiría que le confirmara que mi interés por usted es mucho más profundo. Lo cual sería del todo cierto.

Cenaron en un modesto restaurante tibetano de la rue Fossés Saint-Jacques. Anis

lo eligió porque lo ignoraba todo acerca de la cocina del Himalaya.

—A mí me pasa lo mismo —admitió Van, sentándose delante de ella—. Esta decisión es de lo más arriesgada. ¿Qué hacemos si lo único que sirven aquí de beber es té con mantequilla de yak?

—Pues hacemos como Tintín —proclamó Anis—. El gusto por la aventura o se tiene o no se tiene. Lo probamos.

Tomaron cerveza china, que no estaba especialmente sabrosa, y unas verduras rehogadas difícilmente identificables. Ivan se demoró hablando sobre la gastronomía asiática. Disfrutaba con la cocina tailandesa.

—Y bien —aprovechó un silencio en la conversación—, ¿qué tal su trabajo?

—Bien —contestó, sin entusiasmo, Anis.

Van contó mentalmente hasta tres.

—¿En qué consiste exactamente?

Anis lo miró a los ojos.

—Es un trabajo para ganarme el pan.

Van decidió no hacer más preguntas. Ya no discutía los deseos de Anis, no tomaba la iniciativa ni esperaba nada, pues no sabía en absoluto qué esperar. Pero no estaba seguro de que eso fuera lo que los maestros espirituales definen como amor puro.

Regresó a pie desde la rue Fossés Saint-Jacques hasta la suya. Habría andado por lo menos quince kilómetros en todo el día. Caminaba despacio, repitiendo para sí mismo las frases de Anis, sin olvidar con qué tranquilidad había dicho: «Las mujeres con prisa no gustan a los hombres». Qué seguridad.

Van sintió de pronto un dolor rotundo, igual que si se le destaponaran los oídos. Esas fueron las palabras que empleó para contármelo. Se detuvo en seco. ¡Esa seguridad sonaba falsa! Sonaba como una pregunta: «¿Acaso no prefieren los hombres a las mujeres que no se precipitan?». Qué tonto había sido. Anis esperaba que él la tranquilizara, que le dijera que ella escapaba a las categorías convencionales, que no la comparaba con nadie. Y él no había dicho nada.

Se sacó el móvil del bolsillo y, reanudando el camino, marcó el número de la joven. Saltó el contestador. «A mí tampoco me gusta precipitarme —le confió—. No tengo prisa. Mi relato preferido de Jean Paulhan se titula *Les coeurs changent*. No es más que una página, pero da que pensar. Se lo voy a enviar, y ya me dará su opinión.»

«Si quiere —se corrigió—. También puede callársela, por supuesto.»

DE hecho, Anis no le habló en ningún momento del relato de Paulhan. Contestó a su envío por correo ella también.

«Está bien este relato, pero no está terminado. Y a mí lo que me interesa es lo que no se agota. ¿Estará Albert lo bastante preparado para aplacar a Rose? Pues cree que han sido las circunstancias, al cambiar, las que han modificado la disposición de la joven: ¿y si se preguntara lo que la retiene? ¿Y si a ella le sobraran razones para actuar así? Y, en cuanto a Rose, ¿logrará escapar de su ambivalencia? Paulhan se burla de ella con su última frase: la convierte en una bobalicona victoriana, en lugar de intentar comprender cómo una chica sincera puede a la vez mirar con ternura a un hombre y saber solo retroceder.

A.»

Firmaba solo con su inicial, y Van sintió cierto dolor: como si aquella mayúscula seguida por el punto marcara un distanciamiento, una disminución del cariño que la muchacha sentía por él. Esto indica la inseguridad que lo atenazaba, pues bien podría haber intuido una suerte de familiaridad, una especie de «soy yo, ¿quién si no?».

Se citaron siete u ocho veces a lo largo de ese verano de 2004, algunas de noche, y otras los fines de semana. «No en días fijos», pedía Anis. «Eso es muy aburrido»; «Y tampoco todos los fines de semana». Van no habría decretado otra cosa si hubiera establecido él las reglas del juego. Pero esta vez la voz cantante no era la suya, aunque en el pasado sí la hubiera llevado él en muchas ocasiones, haciendo como que no; permitiendo en un primer momento que la joven diera los pasos iniciales y pensara que la iniciativa la tenía ella, para invertir paulatinamente la relación de fuerzas y, de media respuesta en evasiva, ser en realidad él el que marcara el tempo, el *ralentando* y la señal del final. Ya no le preguntaba nada. Nunca supo en qué consistía el trabajo de Anis, que duró tres semanas en julio y se interrumpió. Y luego a ese lo sustituyó otro; pero de esos cambios Ivan no se enteró hasta después, como también ignoró la naturaleza de ese segundo trabajo.

—Dado lo que ha dicho usted mismo sobre su incapacidad de comprometerse —valoró Heffner, en un tono muy neutro—, ¿me equivoco al aventurar la hipótesis de que al menos obtenía usted cierto beneficio de la lentitud con la que progresaba su relación, pues pensaba que precisamente por eso podía albergar más oportunidades de durar?

—No lo sé —contestó Van—. Sí. Puede que tenga razón.

A él también le sobraba el trabajo. Los libros se abrían paso despacio en la librería, y todavía le quedaban encargos pendientes. Estaba haciendo un curso de webmaster que lo divertía y que se tomaba en serio, y se encargaba de su cupo de novelas de la *rentrée* literaria de las que Lancre y Bonlarron se liberaban en la rue Dupuytren. Leía en diagonal diez al día, de las cuales salvaba una de media, a la que

consagraba el resto de la jornada, como si de un ritual sagrado se tratase. Y, al día siguiente, vuelta a empezar: diez novelas de las que, gracias a Dios, pocas merecían su atención, y menos aún que las añadiera al catálogo de la librería.

Añadió *Dernier amour*, de Christian Gailly, que salvó deslumbrado; *Sous réserve*, primera novela de Hélène Frappat; y, de autores extranjeros, los relatos de Roberto Bolaño. Francesca elogiaba con satisfacción *Tristano muere*, de Antonio Tabucchi, *La réfutation majeure*, de Pierre Senges y, por encima de todo, la *Correspondance* completa de Segalen, por fin publicada.

Ivan mantuvo en secreto la llegada de Anis a París. No tenía pensado moverse de la ciudad en todo el verano aunque, si hubiera tenido planes de vacaciones, los habría anulado todos. Por su parte, Anis no excluía marcharse a tomar un poco el aire, según mencionaba sin precisar más. Van no descartaba, pues, constatar, un día cualquiera, que el pájaro había volado, no sin antes despedirse con una notita amable. Cuatro líneas con su humor habitual, llenas de dobles sentidos, firmadas con una inicial que le impedía todo sosiego. Estaba decidida a continuar sus estudios en otoño, y él no se había atrevido a preguntar si permanecería en París.

Cada día aprovechaba durante varias horas el ambiente de la librería, que ya se transformaba en aquello con lo que Francesca y él soñaban: casi todas las novelas incluidas en la gran lista habían llegado ya, y muchas de ellas por partida doble. Solo faltaba una veintena de libros inencontrables. Francesca ya había ordenado que se iniciaran las obras de reforma en los espacios de la librería que aún permanecían libres. La parte vacía de la planta baja apenas se protegió con una leve capa de pintura, y los sótanos se encalaron. También colocaron un suelo de baldosas.

A finales de julio las obras habían terminado. Los ejemplares de reserva de los libros quedaron almacenados en el sótano. Francesca se marchó a pasar unos días a la isla de Orta, donde poseía un chalé que debía airear un poco, según se justificó. «Es broma —se corrigió—. Es una casa a la que iba de niña todos los años. No puedo pasar un verano sin dormir allí unas cuantas noches. El chalé está a la orilla del lago. Desde mi habitación me arrulla toda la noche el chapoteo de las aguas.

»Iba a abrir la casa para unos amigos ingleses que pensaban instalarse allí todo el verano. Bueno, es una manera de hablar —continuó—. Un pretexto. La casa está siempre abierta.»

Volvió a París el lunes 16 de agosto. La librería debía abrir el 30, lunes también. Entre ambas fechas, Francesca quería asegurarse de que el lanzamiento previsto no se demorara, que no surgiera ningún contratiempo.

—¿Para cuándo esos almuerzos de prensa? —preguntó Ivan—. Puesto que no hay más remedio...

—Lo he estado pensando —rectificó Francesca—. No veo clara la idea de que hable con los periodistas en otro sitio que no sea la propia librería, y menos todavía que lo haga antes de su apertura, así, en frío. Lo que queremos presentar es un lugar: un lugar animado, el espíritu de un lugar. Dicho de otro modo, no imagino esos

encuentros más que en la librería, y cuando ya esté abierta.

Van parecía perplejo.

—Déjelo en mis manos —continuó ella—. Me ronda una idea al respecto. ¿Confía en mí?

De la carta de Anis con respecto a Paulhan, una palabra obsesionaba a Ivan, que pensaba en ella sin cesar: aquellas «razones» a las que aludía la muchacha. La imaginaba en su cabeza, tan pequeña, con sus mejillas y sus ojos de niña, y entonces se ilusionó con la creencia de haberla entendido, por fin. El miedo. El miedo al lobo de siempre, tan normal, tan difícil de admitir hoy en día.

Una noche a mediados de agosto, cuando la acompañaba hasta su calle, y cuando ella dejó bien claro que no debía ir más allá de aquel lugar —fuera, en la puerta del edificio (después de haberle invitado a visitarla, no había vuelto a abrirle las puertas de su habitación)—, Van la abrazó, estrechándola contra sí, y se acercó a su oído: «¿No me diga que la retiene el miedo? ¿No seré el primero que se acerca a usted?».

Un fuerte hipido apartó al librero de la muchacha. «No», confesó ella entre sollozos, como si esa confesión fuera algo espantoso. Él intentó consolarla: «No es ninguna tragedia». Anis levantó hacia él una mirada cargada de reproche.

A partir de entonces, Van se preguntaría, sin tregua, la razón de aquella ira. Los motivos, me insistió, los motivos de esos saltos hacia atrás, que no alcanzaba a comprender.

El lunes 23 de agosto, Oscar se incorporó a La Buena Novela. Apasionado con el proyecto, conocía muchos de los libros que ofrecía la librería, y proclamaba su intención de leer aquellos que desconociera. A fuerza de entusiasmo salvaba los quince centímetros de estatura con los que Francesca lo superaba. Van, por su parte, pensó que era mejor no preguntarle si había terminado su novela.

Francesca contrató a una persona más. Necesitaban a alguien que se encargara de la limpieza cada día, o, más bien, cada madrugada, pues solo podía hacerse cuando la librería hubiera cerrado sus puertas, preferiblemente antes de las ocho de la mañana, dada la costumbre de Ivan de madrugar. Francesca cerró el trato con un iraquí de cuarenta años, cuyo atractivo rostro demacrado, de intelectual sereno, evocaba una historia intensísima, digna de figurar en muchos de los libros de La Buena Novela. Antes de la caída de Saddam Hussein, había trabajado como profesor de universidad, especializándose en música y poesía medievales. No le había quedado más remedio que exiliarse y, tras infructuosos intentos de vivir en Damasco y luego en Londres, había encontrado refugio en París, en casa de un primo segundo que, más espabilado que él, regentaba un restaurante oriental al lado del metro de La Fourche, donde lo había empleado por cuatro perras para que otorgara a su establecimiento un aire cultural contratando a músicos, bailarines y narradores, que la diáspora ofrecía en cantidad. Yassin al-Hillah necesitaba ingresos complementarios y, cuando un amigo suyo, que tocaba el laúd oriental y que casualmente era el cuñado del portero del edificio donde vivía Francesca, le informó de que buscaban a alguien para encargarse

del mantenimiento de una librería, se presentó enseguida.

Francesca protestó al conocer su historia. Le dolía contratar a un hombre tan culto para tareas de limpieza. Yassin le explicó, en un francés florido, que uno de los grandes tormentos de su vida de exiliado era que ya apenas tenía acceso a los libros, y precisó: a muchos libros. Y le propuso un contrato a medida: se encargaría de las dos horas de limpieza cotidiana que la librería requería, antes de las ocho de la mañana, y a cambio solo pedía permiso para llegar antes de las seis para poder leer. «No necesito más remuneración», decía. Pero, sobre ese punto, se topó con un rechazo categórico.

Van trataba de preparar a Francesca.

—Cuento con que tengamos éxito, ya lo sabe, se lo he dicho a menudo. Y no he cambiado de opinión. Pero no es seguro que el éxito sea inmediato. Es más que probable que la notoriedad se haga esperar. Empezaremos con varias semanas muy tranquilas, quizá meses.

—Olvida usted mi plan de lanzamiento.

Ivan sonrió, arrugando la frente.

—No confío mucho en los medios de promoción modernos, eso también se lo he dicho en más de una ocasión. En esta clase de empresas, me parece que la verdadera promoción la asumen los propios clientes, pasándose la voz unos a otros, y es un proceso lento.

—¿No existe ningún truco para agilizar el proceso?

—A decir verdad, no tengo ni idea. Nunca he reflexionado sobre ello.

—Cuando convierte usted el boca a boca en el parámetro decisivo, ¿no está trasladando a nuestra librería lo que sabe de las buenas novelas, quiero decir, el modo en general progresivo en que crece el rumor en torno a un libro?

—Supongo que sí.

—Pero olvida que, a veces, eso ocurre muy deprisa. Algunos éxitos de venta en librerías se han fraguado en pocas semanas.

—Pero los editores anunciaban los libros a bombo y platillo con meses de antelación.

—No siempre. Mire, Van, ya lo comprobaremos. ¿Qué cambia eso para nosotros? Yo lo que quiero es que nuestra librería sea conocida, y que sea conocida por lo que es, por su especificidad, por la apuesta que realiza. Pero que eso tarde tres o seis meses me trae sin cuidado. ¿A usted no?

—Sí. Solo quería advertirla. ¿Qué día es hoy, jueves? Inauguramos dentro de cuatro días. El lunes, a las diez de la mañana, abrirá usted físicamente la puerta. Y no ocurrirá nada. Quiero que esté preparada para eso. Nadie estará esperando; el primer cliente tardará algún tiempo en entrar. Imagínese la escena. Hace bueno, estamos ahí los dos, en la librería, nerviosísimos. No hemos pegado ojo en toda la noche. Y no viene nadie. Exagero: ocho o diez curiosos franquearán el umbral para comprobar de qué va el asunto. Tres o cuatro comprarán algún libro. Uno o dos nos preguntarán,

con un tono que la decepcionará terriblemente: «¿Hace mucho que han abierto? ¿No venden DVD?».

»Atardecerá. Si cerramos a las diez de la noche, como está previsto, la jornada se nos hará eterna. Nos separaremos con un nudo en la garganta, y lo que producirá ese nudo será la impresión que nos embarga nueve de cada diez veces cuando vivimos un sueño muy esperado, un sentimiento que ni usted ni yo dejaremos vislumbrar, al contrario; un banal y trágico: “¿Y esto es todo?”.

El viernes 27 Ivan se levantó temprano, y eso que ya no quedaba gran cosa que hacer en la librería. Todo aguardaba en su sitio: los libros, las butacas tapizadas de crin, las grandes plantas, el mostrador de caja junto a la puerta y, debajo, sobre unos estantes, el papel de regalo y las bolsas con el bonito logo impreso cuyo esbozo Francesca sacó un día de su bolso para enseñárselo a Van. Pero no se le ocurría otro entretenimiento que permanecer ese día en La Buena Novela dedicado a velar las armas; estar físicamente en la librería, en cuerpo y alma, concentrado en su reto.

Llegó a la rue Dupuytren a las ocho —se cruzó con Yassin, que había terminado su tarea—, buscó en Internet información sobre *Madame Solario* (¿dónde clasificar un libro de autor desconocido? Al final optó por el estante de Inglaterra, años cincuenta), abrió algunos paquetes, y descubrió, en ellos, novelas de octubre agolpándose, queriendo ya desbancar a las de septiembre.

A las nueve, Francesca empujó la puerta del gran despacho, radiante, envuelta en un vestido blanco y con un montón de periódicos en los brazos.

Van se levantó para recibirla.

—¿Hoy?

Por toda respuesta, Francesca depositó la pila de diarios sobre su escritorio. Van entendió enseguida. No tardó en encontrar en los periódicos la página de publicidad que anunciaba La Buena Novela. La misma página en todos, observó, con el eslogan más sencillo de los que habían estudiado: «La Buena Novela: donde se venden buenas novelas». Remataba con tres líneas de explicación (La gran literatura y nada más, el lunes, en la rue Dupuytren, en París; pero ni el número ni el horario de apertura), todo ello sobre el fondo de una reproducción de una maravillosa acuarela de Victor Hugo, que reflejaba un castillo de leyenda en la cima de un acantilado.

Van fingió extrañeza:

—Pensaba que esto lo dejábamos para el lunes.

Francesca estaba radiante:

—Quería darle una sorpresa. Al menos —explicó—, que el lanzamiento no le pareciera algo conocido ya de antemano. Hemos hablado tanto del tema... Además, tuvo usted diez ideas fantásticas de eslogan. No íbamos a retener solo una y hacer caso omiso de las demás.

—¿Qué quiere decir?

—Ya lo verá.

Van lo había adivinado. El sábado apareció el segundo anuncio, el segundo

eslogan. Una página entera, en todos los periódicos, «Los libros de los que nadie habla», esta vez sobre el fondo de uno de esos cuadros de la época de la Restauración que no se consideran demasiado valiosos, esos que se dan en llamar «pequeños óleos», en el que se retrataba un rinconcito de la campiña romana por el que pasaba al galope un tálburi. Asomado a una de las ventanas, cualquier persona mínimamente culta habría reconocido el perfil de Stendhal.

Francesca había mandado colocar sobre la fachada de la librería un cartel que la ocultaba por entero, idéntico el viernes a la página de la acuarela de Hugo, y el sábado, al óleo de Stendhal. La puerta quedaba disimulada detrás. Todavía no habían colocado el rótulo con el nombre de la librería.

Eso lo hicieron la noche del domingo al lunes.

TERCERA PARTE

EL lunes, a las ocho y cuarto, Francesca encontró a Ivan en la librería, sentado, solo, en una de las hermosas butacas.

—¿Ha visto esto?

Traía consigo la prensa. Van se maravilló con su atuendo: un vestido camisero azul lavanda de talle ceñido, con un cinturón ancho, manga corta y falda de mucho vuelo que bailaba al ritmo de sus pasos.

—¿Los periódicos? No, la estaba esperando a usted.

Hizo ademán de incorporarse, pero Francesca se lo impidió con una ligera presión sobre el hombro, y se sentó a su lado.

—Estaba pensando en lo que ocurrirá hoy —compartió Van—. Entregaremos el testigo de nuestro sueño —trazó un amplio círculo con la mano para abarcar la librería entera— a unos desconocidos que tienen el poder, sin saberlo, de hacerlo realidad.

—¡Por eso se lo vamos a decir! ¿Le suena el concepto de publicidad de acompañamiento?

—Creo que me hago una idea. También recurriremos mucho a Internet. En la red se llega enseguida a miles de personas.

—Mientras tanto, ¿qué le parece el anuncio de esta mañana?

Colocó los periódicos sobre el regazo de Ivan. Esta vez, el eslogan había sido sustituido por una larga cita de Michel Leiris, extraída de su obra *Aurora*: «Un hombre que parte hacia las regiones heladas para cazar animales no olvida llevar consigo para calentarse un mechero niquelado de delicada perfección, y ese mechero es lo más importante para él, pues sabe bien que si se encuentra perdido y lejos de todo ser humano, tendrá que hacer fuego para acampar en la nieve si no quiere quedarse rígido como un árbol caído. Esa mujer era ese mechero. Un reloj que va a dar la medianoche en un aire purificado por la sequía solo lo hace si las dos agujas, la grande y la pequeña, coinciden con el radio vertical de la mitad superior de la esfera. Esa mujer era esa coincidencia. (...) Al final del invierno, cuando empieza el deshielo, se rompe la superficie helada de los ríos a golpe de pico, para que las corrientes puedan mover esos enormes fragmentos con el mínimo riesgo para los navegantes. Esa mujer era ese golpe de pico filantrópico que, sin embargo, aceleraba el fin del deshielo».

La cita se podía leer sobre el fondo de una fotografía que representaba a una mujer de pie, de insólita belleza, con el rostro de perfil en primer plano sobre un paisaje de nieve y bosques. Y, en las tres líneas de información, ese lunes figuraba la dirección exacta, La Buena Novela, rue Dupuytren, número 9 bis, 75006 París, así como el horario de apertura, de diez de la mañana a diez de la noche.

—Y esta mañana muy temprano se han pegado cien carteles en París y en Île-de-

France —continuó Francesca—. Con un diseño más básico: solo aparece la fachada de la librería con su nombre en grandes letras, y los libros bien visibles en los estantes y en las mesas. Es un montaje; evidentemente, hemos tenido que hacer el cartel antes. Y el eslogan se limita a anunciar: «La Buena Novela vende buenas novelas y nada más». Ivan, me da la impresión de que hay más gente en la calle que de costumbre.

—Si le parece bien, haremos el balance de nuestras impresiones esta noche.

—Tiene razón. Lo dejo. ¿A qué hora viene Oscar?

—Le he pedido que llegara un poco antes de las diez.

Francesca se levantó y, al hacerlo, el vuelo de su falda bailó de forma exagerada.

—Me voy corriendo. No nos volveremos a ver hasta esta noche.

—¿Resistirá la tentación de venir? —preguntó Van, levantándose a su vez.

—Si me paso por aquí, lo veré todo desde la calle. No llegaré a entrar.

—¿Y qué va a hacer durante todo el día?

—Tengo que terminar la novela de Volodin y empezar la de Serena.

—¿Se encuentra bien, Francesca?

—Ahora sí. Anoche tuve un momento difícil. Henri había salido. Me dejó una nota en mi despacho, ignoro a qué hora, pues no la vi hasta la medianoche. Solo tenía una frase: «Por supuesto que puede hacer lo que le plazca con sus bienes, pero derrochar tanto dinero para nada no es muy glorioso que digamos».

—¿Le hizo daño esa nota?

—Nada más leerla, sí. Pero, de inmediato, un error gramatical me subió el ánimo. Los pleonasmos siempre me han divertido. No veo que se pueda derrochar el dinero si no es «para nada». Ahora en serio, estoy convencida de que lo que hacemos está bien. Y trato de demostrarlo. Me lo demostré entre la una y las dos de la mañana, y entonces pude conciliar el sueño. Si gastara mi dinero en restaurar un viaducto romano o cualquier otra pieza clave del patrimonio, a todo el mundo le parecería muy bien. Nuestro proyecto no es muy diferente. Invertimos dinero para respaldar y enriquecer el patrimonio literario, que está amenazado por el olvido y la indiferencia, por no hablar de la confusión del buen gusto. Es una causa incontestable.

Sus ojos se habían llenado de lágrimas. Esos hermosísimos ojos azules, fascinantes hasta el punto de no poder apartar la mirada de ellos cuando, exponiéndose así, Francesca se descubría de esa manera; esos ojos que, al pensar en ella, se le venían a uno a la mente, extraordinariamente brillantes, como los zafiros que utilizan para semejar el iris en algunas estatuas.

Ivan la sostuvo un instante por los hombros, pero ella enseguida se zafó. Cuando se marchó, cerrando la puerta tras de sí, se extendió por el local un aroma que recordaba al de la lavanda, o quizá al del mar.

Oscar demostró una profesionalidad impecable: actuaba como si inaugurar una librería singular fuera una experiencia con la que ya se hubiera topado cien veces. Los amantes de las buenas novelas saben leer, por lo que sus visitas se sucedieron a partir de las diez de la mañana. A las once ya sumaban legión, y muchos continuaron

formando filas hasta la noche. La mayoría solo se había acercado a echar un vistazo, y no daba crédito a lo que veía: hacía años que soñaban con una librería como La Buena Novela. Todos comentaban lo mismo. Solo leían novelas, y no es que les faltaran: acumulaban montones pendientes por leer en la cabecera de la cama, al pie, bajo la mesa de su despacho o en el sofá del vestíbulo. Pero en las librerías se movían incómodos y, a menudo, se marchaban deprimidos —aunque a ellos mismos les pareciera excesiva esa reacción— y sin comprar nada: les costaba respirar, algo se les atragantaba, o tal vez fuera que no sabían orientarse. El caso resultaba bastante extraño: ellos, que con nada disfrutaban más que leyendo sin descanso por las noches, en silencio, liberados de la conciencia del tiempo; ellos, que recordaban su fractura de tobillo y los dos consiguientes meses de inmovilidad forzosa como un delicioso hito en su pasado; ellos, a quienes la novela consolaba de todo, rara vez entraban en una librería.

—A mí me pasa lo mismo —comprendía Oscar—. Y a Ivan. Hemos abierto la librería que echábamos en falta.

Ese chico desprendía un algo irresistible: a Van le costó toda la mañana entender en qué consistía. No se trataba solo de lo esbelto que era, de su coleta, de la túnica blanca que vestía ese día y que contrastaba con su tez oscura. No. Van lo vislumbró un segundo, como una iluminación: lo que ocurría era que le traía sin cuidado vender. A decir verdad, ni siquiera pensaba en ello. Si un cliente concluía una larga conversación diciendo «Me llevo este» —un poco como si lo hubieran espantado: «Lo siento, me tengo que ir»—, Oscar parecía despertar, sonreía y le felicitaba: «Huy, ese me encanta».

La gente abarrotó la librería hasta la noche. Gente de todo tipo, hombres y mujeres, de todas las edades, con algo en común en torno a lo cual Ivan reflexionó durante el día entero. Algo que explicaba su tranquilidad, su falta de impaciencia, y eso que debían apartarse al cruzarse unos con otros en los pasillos, esperar antes de acceder al estante que querían, hacer cola en la caja: el aspecto económico de la compra se transformaba en algo muy secundario, pues el gasto no era tal, y se asemejaba en mucho a una ganancia, como en esas compras que se efectúan por militancia y en las que uno no gasta lo menos posible sino que, al contrario, se libera de la parte más pesada de sí mismo y extrae de ellas una alegría pura.

Anis se acercó a dar una vuelta por la tarde. Van no la distinguió al entrar. Estaba en la caja y, de pronto, apareció ante él, adorablemente juvenil y sonrosada. En la mano sostenía la novela *Enormes cambios en el último minuto*, de Grace Paley.

—¿Le interesa hacerse una tarjeta de fidelización? —Se oyó a sí mismo pronunciar Ivan.

Se le había olvidado preverlas; se le acababa de ocurrir, pero esa tarde se sentía capaz de hacer surgir todo de sus dedos, como por arte de magia.

—Oh, esos artilugios —dijo Anis con una risita tierna—. Cuando los necesitas nunca los llevas encima. No te acuerdas de qué has hecho con ellos. No son para mí.

No les veo la utilidad.

Un arañazo en la corteza de un roble: a Van no le dolió. Un guijarro lanzado contra una ola. La librería susurraba en silencio como un bosque. La gente no hablaba o, si lo hacía, era con voz queda. El murmullo aumentaba, descendía y se multiplicaba de nuevo.

—Pero bebe —insistía Oscar.

Había colocado en el mostrador una bandeja con hileras de vasos de zumo y un plato con galletitas de almendra que, durante varias horas, en cuanto se vaciaba se volvía a llenar al momento. Ivan nunca supo cómo ocurría ese prodigio, pero era solo uno más de una larga lista.

Ni un instante se mostró Oscar superado por los acontecimientos ni agotado. No se le borró de la cara en todo el día una sonrisa triunfal que lo desarmaba a uno y, por la noche, a eso de las nueve, cuando la librería se empezaba a vaciar e Ivan quiso felicitarlo, aprovechando un momento en el que coincidieron, Oscar se le adelantó: «¿Sabes la impresión que me has dado durante todo el día? Parecías un músico que espera su momento desde hace años y que de una vez, por fin, se encuentra con su público, interpreta a la perfección y protagoniza un momento de euforia, consciente de que, desde entonces, su vida ya no volverá a ser la misma».

Por la noche, poco antes de las diez, Francesca apareció en la librería. Van la observó mientras hojeaba un libro, como una cliente más entre los treinta apasionados que se demoraban aún, en absoluto dispuestos a moverse de su sitio. Se acercó hasta la caja, pagó *En silence*, de Daniel Arsand, que Ivan le había recomendado el día anterior, y le susurró a media voz: «Dentro de un cuarto de hora llegarán unos ocho o diez periodistas. No cierre y, sobre todo, no eche a nadie. Se mezclarán con los clientes que aún continúen dentro de la librería. Por lo demás, otros se han pasado por aquí a lo largo del día para conocer el ambiente, invitados por una agente de relaciones públicas. Dentro de cinco minutos llega la empresa de *catering*. Instalarán un bufé en ese rincón, entre los libros suecos y los albaneses. Yo estaré aquí, pero como una cliente más. No hablaré. No se dirija a mí. ¿Sabe cómo es la atmósfera en la inauguración de una exposición, en una galería? Todo será igual de sencillo y de distendido. Cuando quiera, haga un gesto, qué sé yo, dé unas palmadas para atraer la atención. Entonces presente la librería en dos palabras, y ofrézcase a contestar a las preguntas. Las habrá. La campaña de publicidad ha funcionado. Reconocerá a los periodistas por su aplomo, pero si también pregunta algún cliente, mejor que mejor: usted conteste a todo el mundo.

»En el mostrador del bufé pondremos pilas de dossieres de prensa. Que los coja todo el que quiera. Ese mismo dossier lo hemos repartido hace un rato por doscientas redacciones, en París y en otros lugares».

Al ver entrar al *maître*, examinar la librería, contar a los presentes, salir y regresar tres minutos después acompañado de unos jóvenes que instalaron unas mesas y las surtieron de manjares de todos los colores en un abrir y cerrar de ojos, Van se acordó

de *Riquete el del copete* (había añadido al fondo de la librería los *Cuentos* de Perrault). Él se sentía como la princesa soñadora, en medio del bosque, que contempla cómo de repente surgen del suelo un grupo de pinches, cocineros, camareros...

Se colocó delante del bufé y rogó a los presentes que se acercaran. Estos se dispusieron en círculo a su alrededor. Habló dos minutos acerca de la librería, y luego se abrió la esperada ronda de preguntas. ¿Qué lugar ocupan las novedades en La Buena Novela? ¿Cómo se ha realizado la selección de los libros? ¿Por qué ese secreto respecto a la identidad de los miembros del comité? ¿Cómo se podía evitar la probable quiebra? ¿Alguna empresa o grupo respaldaban el negocio?

Van respondió a todas las preguntas con precisión y naturalidad. Invitó a todos los presentes a coger un ejemplar del dossier de prensa y, a todo aquel que quisiera más información, a dirigirse a él personalmente en cualquier momento.

El reloj marcaba casi las once. Hébert, de la revista *Le Vieil Observateur*, aplaudió al despedirse de manera algo pomposa, y todo el mundo lo imitó, aunque sin tanta afectación. La empresa de *catering* no tardó ni cinco minutos en recoger todos sus bártulos. Cuando el último cliente se hubo marchado, Van cayó en la cuenta de que hacía rato que Francesca ya no estaba en la librería.

Pulsó el botón que accionaba las persianas, y las finas láminas de seda cayeron con un murmullo, aislando la librería del resto del mundo.

Oscar se dejó caer sobre una butaca, con las piernas y los brazos colgando. Van se masajeaba la nuca.

—El día más bonito de mi vida —comentó Oscar con un suspiro de cansancio.

—Todavía no ha terminado —rectificó Van con voz átona—. Al menos para mí. Me llevará un buen rato confeccionar una lista de los títulos vendidos. ¡No me sorprendería que hubiéramos superado los quinientos!

Estaba de pie y se tambaleaba ligeramente.

—Mañana mismo nos toca reabastecer la librería. Supón que venga tanta gente como hoy...

Se detuvo: una aparición lo había dejado sin habla. Francesca bajaba del primer piso; debía de haberse retirado allí durante la conferencia de prensa. Su maravillosa falda bailaba de un lado a otro con cada escalón que bajaba. Oscar se puso en pie, sin apartar los ojos de ella.

Francesca se dirigió a Van, lo tomó de ambas manos y las alzó hasta la altura de sus cabezas, muy cerca la una de la otra. Luego retrocedió un paso, bajando las manos. En las películas, el gesto que sigue es un nuevo acercamiento de los cuerpos, que culmina esta vez en un abrazo. Sin embargo, en la vida real todo obedece a otras rutinas: como Francesca le soltó las manos y continuó retrocediendo, Van se dijo que seguramente correspondía al protagonista masculino la iniciativa del movimiento número tres, y se juró que iría al cine en cuanto la librería pudiera apañárselas sin él.

—Tenemos que replantearnos lo del «boca a boca» —dijo, con un tono que

hubiera deseado que sonara contrito, pero que se parecía tanto a un anhelo no cumplido que se dio cuenta, un poco tarde una vez más, de que a él también le sonaba a frase con doble sentido.

Todo ese numerito apenas había durado veinte segundos, mientras Oscar se balanceaba sobre sus pies, como un niño absorto en sus pensamientos. Francesca se acercó a darle un beso, en un gesto de camaradería tan amable y poco ambiguo que, por contraste, lejos de sentir celos, Van se hinchó de felicidad pensando que a él nunca le había regalado esa clase de beso en la mejilla, que no compromete a nada y manifiesta incluso, sin ambages, que las efusiones se quedarán ahí.

—Ha sido una auténtica fiesta —celebró Francesca con los brazos muy abiertos.

—Con un final perfecto —corroboró Van.

—Improvisado a primera hora de la tarde. Cuando he visto cómo marchaban las cosas en la librería, he intuido que había que renunciar a nuestro proyecto de los almuerzos de prensa y que sería mejor invitar a los periodistas a comprobar con sus propios ojos, *in situ*, lo que estaba ocurriendo.

—¿Lo he soñado o ha hablado usted de una agente de relaciones públicas?

—No ha soñado nada. Ya sabe que no quiero estar en primera fila en ningún caso. La agencia de publicidad tiene un departamento de relaciones públicas, toda una colmena de muchachas para quienes disponer de una hora entera para hacer su trabajo supone un lujo. A primera hora de la tarde, dos o tres de estas chicas han contactado con los periodistas, les han informado de que en La Buena Novela estaba ocurriendo algo insólito, y los han invitado a acercarse de incógnito a verlo ellos mismos, y a regresar a la hora del cierre a preguntar lo que quisieran con una copa en la mano.

Pero no podían limitarse a las felicitaciones, sin más; en media hora la librería estrenaría su segundo día de vida. No permitirían que decayera el impulso de la apertura.

Van ya se parapetaba tras la caja, delante del ordenador. La prioridad era el reabastecimiento, marcó.

Francesca conocía lo suficiente el negocio para saber que, en la jerga de los librereros, el término designa la reposición de los libros vendidos, y que la rapidez con que esto se realice es sinónimo de satisfacción del cliente, no muy dispuesto a no encontrar lo que busca, y sí muy dispuesto a sustituir una librería por otra.

La impresora estaba consagrada a la lista de los libros vendidos durante el día. Las hojas caían una detrás de otra, como ráfagas.

—Setecientos once —anunció Oscar.

De dos tercios de esos libros disponían de un segundo ejemplar en el almacén, según la información de la base de datos.

—Yo me encargo del tercio restante —declaró Francesca.

VAN le había facilitado las direcciones de los editores y los distribuidores. Ese martes dedicó el día entero a recorrer con el coche todos sus almacenes.

Algunos editores todavía conservaban almacenes en París, y Francesca decidió empezar por ellos. Cada vez que acumulaba más de quince libros, se acercaba a dejarlos a la librería. Le parecía estar transportando lingotes de oro, y todo el mundo sabe que llevar más de quince lingotes encima es complicarse la vida: te mantienes alerta ante cualquier imprevisto; te embarga la impresión de que los semáforos en rojo duran más de la cuenta, más que en verde en todo caso; no puedes salir del coche sin cerciorarte dos veces de haber cerrado con llave las puertas, las ventanas y, por supuesto, el maletero.

Una vez completado ese primer circuito, hacia las dos de la tarde, Francesca puso rumbo hacia Ivry (Volumen, Sodis, Union-Diffusion). Volvió a la rue Dupuytren y luego fue hasta Vanves (Hachette) y regresó una vez más a Odéon.

Siempre que le era posible, aprovechaba y cargaba con cuatro o cinco ejemplares del título que buscaba. Por mucho que Eduardo, uno de los chóferes de Cinéor que había requisado para la ocasión, le repitiera las palabras que Oscar le había dicho esa misma mañana —que ese recorrido solo habría que hacerlo una vez, pues a partir del día siguiente el reabastecimiento se realizaría de forma automática y la librería recibiría los volúmenes por mensajero—, Francesca quería hacer las cosas lo mejor posible, y aquel día esa tarea le parecía proporcional a su felicidad, que era inmensa.

«Qué delgada está», advirtió Ivan cuando la vio bajar del coche por quinta vez frente a la librería.

A última hora de la tarde se marchó a Arpajon, donde un amigo de Van, dueño de una librería de ocasión, ya jubilado, había reunido una colección de libros antiguos sin igual que, de hecho, no vendía más que de mala gana y por necesidad. Por primera vez en mucho tiempo, mientras cruzaba los frondosos prados verdes y los campos de mostaza, Francesca se sentía empujada por una fuerza desconocida, un optimismo con el que olvidaba la tentación de naufragar. Esa fuerza, según le confesaría a Van mucho más tarde, se la brindaba la esperanza de alcanzar por fin ese objetivo tan importante para ella: no el de tener éxito en alguna empresa, sino el de hacer algo bien en su vida.

Cada vez que pasaba por La Buena Novela para dejar algún ejemplar, encontraba la librería llena y más o menos conforme a su visión de la situación en las horas en que más animada se sentía con respecto a su proyecto, con los lectores enfrascados en sus lecturas, capaces de permanecer inmóviles durante horas, unos junto a otros, en silencio, a menudo de pie —por propia elección, pues en la librería todo estaba orientado a permitir que se sentaran cómodamente, o bien por distracción—, y cuya expresión, algo enajenada, característica de la adicción, únicamente dejaba ver su

euforia cuando, al tener que marcharse, cruzaban la mirada con alguno de los empleados, ya fuera con los brazos cargados de libros o con las manos vacías, y contenían las ganas de echarse a bailar nada más franquear la puerta.

La librería no tardó ni tres semanas en encontrar su público. Los lectores la abarrotaron desde el primer día del otoño hasta el último.

Ya en septiembre se pudieron leer artículos elogiosos en los periódicos, entusiastas y alentadores. Sin embargo, la inauguración de una librería no es una noticia de primera página y, por muy hermosa que pintara la aventura, por arriesgada que fuera, se solía describir en términos más económicos que líricos.

Lo que resultó decisivo, y que no previeron ni los expertos de Doultemont, ni la agencia de publicidad, ni las chispeantes relaciones públicas, fue el eco que encontró la librería en Internet. Desde el mismo día de su inauguración, y ya todos los sucesivos sin interrupción, un reguero de pólvora corrió de blog en página web y de chat en foro, presentando La Buena Novela en términos tan apasionados que suscitaba a su paso un incontenible deseo de cruzar las puertas de la librería. «Una maravilla», «Para descubrir urgentemente», «El secreto que ardemos en deseos de desvelar»: en la forma, estos ditirambos se asemejaban a las críticas literarias, acumulando a su manera los clichés y los lugares comunes más convencionales. En el contenido, expresaban todos la misma idea: «¡Por fin! Por fin una librería en la que no encontrarán más que novelas maravillosas. Por fin una selección de verdad. Por fin puede estar uno seguro de que no regresará a casa decepcionado».

La prensa, en un primer momento —mediados de septiembre—, lo trató como un acontecimiento de actualidad. Las emisoras de radio también emitieron algunos reportajes, y las últimas, las televisiones, difundieron imágenes que en realidad no mostraban nada, y declaraciones de Ivan a las que les faltaban las primeras palabras, sin matices ni contexto.

La incidencia, en cambio, debió de ser positiva: las ventas no dejaban de aumentar. La publicidad de acompañamiento prevista por Francesca resultó innecesaria. Oscar se reveló como un virtuoso de la red, y al cabo de un mes acaparó la responsabilidad de las ventas y los pedidos *on-line*. Se convirtió en un as del reabastecimiento; tomaba nota tan rápido y con tanta precisión de los títulos vendidos y recuperados, se mostraba tan amable con los mensajeros, piezas esenciales del circuito bien conscientes de serlo, y aprovechaba tan bien y con tanto rigor el espacio de la rue Dupuytren, que muy pocos libros llegaron a estar agotados.

En esas primeras semanas, Ivan reconoció entre los clientes a cuatro de los miembros parisinos del comité, que sin duda los visitaban de incógnito para comprobar a qué empresa habían contribuido y cuál era el olor del éxito, que no conocían. Él, que se mostraba por naturaleza tan alegre y afable, se contuvo para no sonreír a Larry de Winter tras la caja registradora, aun a riesgo —pensó después— de llamar así aún más la atención. Pero no pudo reprimir una carcajada cuando el anciano le hizo un guiño de principiante, tan exagerado que su cabeza, su cuello y sus

hombros se inclinaron hacia delante como si alguien los hubiera dado un empujón.

Muchos de los compradores se convirtieron en clientes asiduos. Oscar y Van se fijaron en algunos que acudían varias veces por semana. Las tarjetas de fidelización que había inspirado Anis se imprimieron (aunque en realidad los buenos clientes no las consideraban importantes y nunca recordaban dónde las habían guardado). A Van se le ocurrió abrir cuentas a los clientes, como antiguamente en los colmados, con enorme éxito. Al apuntarse, estos se presentaban e intercambiaban unas frases con los libreros. Se empezó a oír aquí y allá «señor Georg». «Llámeme Ivan», rogaba Van. A Oscar comenzaron a llamarlo «señor Oscar», pues la dificultad de su apellido malgache impedía recordarlo. «Oscar, a secas», pedía amablemente. Tanto, que alguna vez alguien lo llamó «señor Oscarasecas».

Algunos clientes se empeñaban obstinadamente en no facilitar sus nombres. Eran escritores conocidos, críticos o periodistas literarios que casi todos los presentes en la librería reconocían en cuanto franqueaban las puertas por haberlos visto en foto o por televisión. Bertrand Poirot-Delpech, por ejemplo, se acercaba un día sí y otro no a última hora de la tarde; lo reconocían, precisamente, por su afán de pasar inadvertido. Una vez coincidió con Bernard Frank y ambos, obviamente convencidos de que nadie los había identificado, se rieron hasta saltárseles las lágrimas durante quince minutos por lo menos, uno al lado del otro, inclinados sobre un mismo ejemplar de *Grandeza y decadencia* de Evelyn Waugh.

Los clientes no tardaron en sugerir títulos que, a su juicio, faltaban en los estantes. A menudo lo hacían movidos por cierta decepción: «No encuentro *Au pays du matin calme*. Y eso que es una novela maravillosa». «¿Quiere que se la pidamos?», preguntaba Oscar (o Van). Pero la mayoría de las veces, quienes proponían añadir un título no pretendían comprarlo, sino llamar la atención sobre lo que les parecía una anomalía.

Una cosa es proporcionarle un libro concreto a un cliente determinado, y otra muy distinta tenerlo siempre en los estantes, como parte del fondo de la librería. Sin embargo, cuando alguien no encontraba alguna novela y la encargaba, aun sin sugerir expresamente que se añadiera a este fondo, se planteaba esta cuestión. Tanto es así que Van y Francesca decidieron comunicar a los ocho miembros del comité todos los títulos que los clientes se extrañaban de no encontrar en la librería. Le correspondía al comité decidir. Bastaba con que un solo miembro aprobara el añadido para que este se hiciera efectivo. Pero si los ocho estaban en contra, el libro no se añadía al fondo permanente de la librería.

Entre quienes sugerían títulos resultaba fácil distinguir las motivaciones. Unos obedecían a un tipo muy determinado, a los que se reconocía enseguida aunque no dieran nunca su nombre: los autores. A estos se los identificaba en cuanto abrían la boca, pues su tono de voz no sonaba neutro, sino vindicativo, doloroso, desencantado o herido. No pronunciaban con normalidad los títulos que sugerían, desde luego; habían tardado más tiempo en formularlos y elegirlos que el dedicado a pensar los

nombres de sus hijos. Esos autores nunca compraban. Sus sugerencias se transmitían al comité como las demás. Francesca y Van lo habían dudado, pero... ¿cómo actuar si no?

Se encontraban también con otras sugerencias más directas. Llamaban editores, en ocasiones poco diplomáticos: «¿Les parece normal no tener un solo libro de Troyat?». A todos se les ofrecía la misma respuesta: «Envíennos una nota, un correo electrónico. Transmitiremos su sugerencia a nuestro comité».

También por Internet llegaban numerosas peticiones. Van invertía dos horas cada noche en leer los mensajes del día. A quienes proponían títulos les enviaba una respuesta tipo para exponerles las reglas del juego, es decir: que consultaban a un comité de seleccionadores que disponían todos ellos de plenos poderes para elegir un título, y ninguno del peso suficiente para vetarlo. («¿Existe alguna palabra que signifique lo contrario de veto?», preguntó un internauta. «Bravo», contestó otro.)

Algunas propuestas o comentarios merecían un mayor debate. Van adquirió la costumbre de redactar cada día una nota en la que comentaba una idea, resaltaba alguna opinión o difundía una información. Ese comunicado cotidiano se transformó en un boletín informativo y, como tardaron en ponerle un nombre oficial, pronto todos se refirieron a él como El Boletín.

Doultremont no se mostraba nunca tan distante como cuando la realidad desmentía sus pronósticos. Francesca apenas coincidió con su marido durante las primeras semanas de La Buena Novela. Ni en una sola ocasión le habló de la librería. No se dignó a poner los pies en ella, o al menos eso le pareció a Francesca, aunque hubiera preferido equivocarse. «Lo más probable es que se haya pasado sin llamar la atención», compartió con Ivan, y a él le faltaron ánimos para contradecirla. «Sí», la consoló el librero, «me extrañaría que hubiera podido resistir la curiosidad. A menudo dejo a Oscar al mando de la librería y me subo a trabajar al despacho.»

Pero ese otoño habría hecho falta algo más que ese desinterés para desestabilizar a Francesca. Le sobraban las ocupaciones: cada día se planteaban en la librería nuevas cuestiones que había que resolver, y también era preciso pensar en los meses venideros. Francesca vivió ese otoño como un giro, como un vuelco en su vida. La obsesión de su duelo no le impedía sentir la atracción de la novedad. Violette ya no la retenía.

Los clientes actuaban casi como socios. Un día en el que, charlando con uno de los más fieles —un ilustrador de prensa que, en cuanto terminaba su jornada hacia las dos de la tarde y entregaba su dibujo al periódico para el que trabajaba, acostumbraba a instalarse en la librería hasta la noche—, Ivan le confió que el término «cliente» no le parecía el más adecuado para designar a puntales de la librería como él, este tal Roselin Folco (sus orígenes provenzales explicaban tan curiosos nombre y apellido) le propuso hablar más bien de amigos. «Los Amigos de La Buena Novela», repitió despacio Ivan. «No —corrigió Folco—, los Amigos de la Novela.»

Ese mismo nombre se utilizó para bautizar el foro que reunía en la red a los

incondicionales de la librería, a cualquier hora. Aunque —por supuesto— mucho más de noche que de día.

Otra apasionada de la librería, una mujer morena, enóloga de profesión, que la había descubierto con ocasión de una Feria del vino en París, como vivía en un pueblo en los cerros de Jurançon pidió la segunda vez que estuvo de paso por París que le mandaran todos los meses tres novelas del fondo editorial de la librería. «Elíjanlas ustedes», rogó. «Las que ya conozca, las releeré o las regalaré.»

Inauguraron así una fórmula de suscripción que habría de conocer un enorme éxito en todo el mundo francófono, París incluido, y que, como observó un amable señor —que, como supieron mucho más tarde, enseñaba en el Collège de France—, resultaba muy semejante a una antigua práctica de la edición, de los tiempos en que la mayoría de los editores eran también libreros. Oscar refinó la fórmula diseñando suscripciones a la carta. La gente se inscribía en el servicio (las Suscripciones a la Novela) y podían recibir el número de novelas que quisieran, con la frecuencia que ellos mismos establecieran, y pedir que, en un periodo de tiempo determinado —un mes, seis meses, un año— se privilegiara un autor, un siglo, un país, o, al contrario, que se mezclaran los géneros y las procedencias.

A partir de noviembre el fenómeno se hizo patente: los Amigos de la Novela suscitarían un entusiasmo generalizado por un libro olvidado desde hacía tiempo, agotaron en ocho días el pequeño *stock* del editor y, la semana siguiente, consiguieron que los libreros de lance de la red hicieran su agosto antes de que el editor lo reimprimiera, y que la prensa se hiciera por fin eco del redescubrimiento de Eudora Welty o de Patrick White.

Ya desde final de año los editores comprendieron lo que tenían que hacer. Colocaban a un becario seis horas al día ante un ordenador con la obligación de no salir del planeta La Buena Novela (la página web, el boletín y el foro), constatar la menor señal de curiosidad o interés por un título o por un autor e indicárselo ese mismo día a sus jefes.

Poco a poco, sin darse cuenta, Van se había convertido en alguien muy popular, y resultó ser un personaje de lo más televisivo. Él, que descuidaba tanto su aspecto, se vestía de cualquier manera, no se peinaba y se negaba en redondo a que lo maquillaran antes de pasar al plato, conseguía en la pantalla una perfecta naturalidad y un mayor aplomo que fuera de la televisión. Se expresaba con sencillez, precisión y gracia; hablaba de los libros con tanta pasión que, los días siguientes, los que había citado se vendían como rosquillas. Encarnaba a la perfección el proyecto de La Buena Novela de invitar a todo el mundo a la mesa de la mejor literatura, la más amable. Su aire de mal estudiante inspirado, de criador de pájaros, de amigo de las hadas, encandilaba a los telespectadores, que reclamaban su presencia en la pequeña pantalla. Mientras las distintas cadenas se peleaban por invitarlo a sus platos, Van solo aceptaba si era para hablar de literatura; nunca se refería a ningún otro asunto y, sin habérselo propuesto, ese trimestre se convirtió en el fenómeno revelación de la

televisión, en el hombre que transformaba los programas culturales en éxito de audiencia.

Van cuidaba los gestos al hablar. Luego calló. Francesca lo había escuchado sin apartar los ojos de él, vibrante, grave, sonriendo aquí y allá cuando este evocaba un nombre o un episodio, y entonces toda ella se iluminaba en un instante como se ilumina un día gris cuando, sin previo aviso, el sol se abre paso entre las nubes y lo transfigura.

Para describir ciertos fenómenos solo hay una metáfora posible. Esto pensaba Heffner, encandilado al observar a Francesca, y al descubrirse pensando en ella en varias ocasiones.

Ahora era Francesca quien lo observaba a él. «A veces —meditó despacio y en voz alta, un poco con el tono que se adopta para contarle un cuento a un niño—, en las historias de amor, tras una larguísima fase de probación (choque, observación, desesperación, pronósticos, cálculo y esperanza), sobreviene así el impulso acelerador (accidente, gesto decisivo, lágrimas y declaración) y, en ese momento, contrariamente a las lúgubres previsiones con las que uno contaba, sin duda para prepararse para lo peor, el acuerdo es inmediato, y la alegría compartida. Se desencadena entonces un periodo en el que uno salta de deslumbramiento en deslumbramiento con pasmosa facilidad, hasta tal punto que se reprocha haber tardado tanto en lanzarse a la aventura. Esa sucesión de gozos los recuerda uno, después, como una historia maravillosa que le hubiera sucedido a otro.»

—**DÍGANME** qué más ocurrió en el final del año 2004 —pidió Heffner, como si quisiera prolongar ese capítulo feliz de la historia.

—Muy pronto llegó el invierno —evocó Van. Se giró hacia Francesca—: ¿Recuerda el día de Navidad?

Francesca había organizado una comida en un restaurante de cazadores en mitad del bosque de Marly. Una capa de dura nieve cubría el suelo. Después de almorzar, pasearon sumidos en un silencio total, entre gigantescos árboles negros; el suelo helado crujía bajo sus pies.

—¿Eran ustedes muchos? —se interesó Heffner.

—Ivan y yo —contestó Francesca—. Oscar celebraba la Navidad con su familia. Tiene cuatro hermanas y un montón de sobrinos. Henri se disculpó, no podía sumarse.

A decir verdad, añadió Ivan, Francesca había sugerido invitar a todo el mundo a pasar una semana en Méribel. Pero él no veía claro que se pudiera cerrar durante tanto tiempo una librería que acababa de abrir.

—En cuanto a sumar a la pequeña Anis a ese almuerzo en el bosque, no —rechazó Van—. No era posible.

Desde que la librería había abierto, Anis no había vuelto a poner un pie en ella.

Y eso que a Van le habría venido bien. Ya no le quedaba ni un minuto libre. Anis también estaba muy ocupada. No llevaba bien el cambio de escala de Grenoble a París; le incomodaba la masificación de las aulas, que estas estuvieran desperdigadas en varios centros de la capital, tanto para las clases teóricas como para las prácticas, y le decepcionaba que la Sorbona no fuera en la realidad como ella la había imaginado.

Lo llamaba de vez en cuando, dejaba mensajes ligeros que Ivan encontraba terriblemente estudiados, del tipo: «¿Ha leído usted *Les jardins en Espagne*, de Cabanis? Una trilogía. No muy larga. Escrita con perfección. Hay un personaje femenino asombroso, una tal Gabrielle, que hace sufrir un poco al narrador».

Ivan se adentraba en la trilogía esa misma noche. Comprendía entonces que el mensaje escondía todo tipo de connotaciones, salvo la ligereza: Gabrielle aparecía y desaparecía, sobre todo esto último. Daba una impresión un poco inconstante, un poco frívola... Bueno, no se sabía en realidad; cuanto más se avanzaba en el libro, más desconcertante resultaba. Aquello a lo que aspiraba Gabrielle, uno lo iba descubriendo poco a poco. Y era eso precisamente lo que quería, que no se supiera, continuar siendo un enigma, permanecer inasible.

Van enviaba a casa de Anis novelas de amor correspondido, narraciones que no siempre eran fáciles (*Orgullo y prejuicio*) ni breves (*L'ouverture des bras de L'homme*, de Raphaële Billetdoux), pero que terminaban con un compromiso. Invertía mucho tiempo en la búsqueda de novelas con final feliz. Casi todas las

novelas de amor nos desgarran. Van sabía que muy pocas terminaban bien, pero no imaginaba que el número resultara verdaderamente tan escaso. En cada uno de los libros que le mandó deslizó el mismo marcapáginas, una hojita de papel en la que había escrito: «¿Podemos vernos?». Se citaron tres o cuatro veces, en domingo. Anis disfrutaba paseando por París: visitaron la casa de Balzac, el taller de Odilon Redon, y alcanzaron Belleville con paso breve. «Esto de ir como si fuera un turista no me gusta», se decía Van. Le daba la impresión de que Anis se situaba, frente a él, como a la defensiva. Insistía en que le contara cosas de la librería; Van se preguntó si no estaría celosa.

Llovió mucho, durante ocho días seguidos. Todas las hojas que resistían aún en las copas de los árboles cayeron de golpe. En dos ocasiones Anis murmuró, de prisa y en voz baja, mensajes enigmáticos —un día: «Acabo de salir de la cárcel»; otro: «No soy libre»—, y cuando Van la exhortó a explicarse mejor, se cerró en banda e hizo voto de silencio. «Si yo pretendiera desalentar a otra persona de forma intermitente, creo que obraría justo así», pensaba en ocasiones Van. Y otras veces se limitaba a asumir que la mujer a la que amaba era, sin más, una niña perdida.

Diez días antes de Navidad la invitó al cine: reponían *Xica da Silva*. Conservaba de aquella película el recuerdo de una transfusión de vitalidad, de modo que llamó a Anis y le propuso que lo acompañase a verla al día siguiente.

La muchacha se disculpó en el último momento con un «No puedo» que Van ni siquiera trató de comprender, y reaccionó de una manera que a él mismo lo sorprendió: se desanimó por completo. «Ella sabrá lo que hace», se resignó el librero. El, en todo caso, tiraba la toalla. Ya no le dedicaría un solo gesto. No la volvería a llamar ni a invitar ni se dirigiría a ella con más libros trufados de segundas intenciones. Podía dejar que se prolongara el silencio entre ellos hasta separarlos, o decidir todo lo contrario: era cosa suya.

Por eso, el día de Navidad, Francesca y él caminaron una hora después de almorzar, bajo un sol deslumbrante y sobre un suelo helado, sin pronunciar una sola palabra, reprimiendo ambos el deseo terrible que les inquietaba: Francesca de coger con las dos manos el codo de Ivan y caminar hombro contra hombro, y Van de tomar a Francesca de la mano. Ir así juntos y callados no los incomodaba; ambos lo constataron en su fuero interno. Pero eran conscientes de que no se comportaban exactamente como lo habrían hecho los fundadores de una empresa que acababa de nacer, y cuyos inicios pintaban triunfales.

YA desde la semana siguiente, esa semana bastante especial entre Navidad y Año Nuevo en la que numerosos parisinos disfrutaban de sus vacaciones pero no se mueven de sus casas, y se dejan llevar por deseos algo regresivos —como dormir más de la cuenta y tomar chocolate caliente para merendar—, Francesca, que vivía a contracorriente, terminó de organizar todo lo necesario para reformar la parte de la planta baja que aún continuaba vacía. Eliminarían la sala de conferencias, pero no importaba: tocaba ampliar la librería. En los cuatro meses desde su apertura, más de mil doscientos nuevos títulos se habían sumado al fondo, pero, sobre todo, venía muchísima gente a La Buena Novela cada día, por lo que un tercio de superficie más les vendría de perlas.

Las reformas no implicaban grandes dificultades: solo había que colocar los mismos estantes, las mismas mesas, las mismas butacas y la misma iluminación.

Ivan contaba los días. Esperaba con tanta impaciencia una señal de Anis que no le quedó más remedio que reconocer que su supuesto desapego no era real, sino más bien la clásica maniobra: al no enviar él ninguna señal para relanzar la relación, daba por supuesto el reequilibrio en el terreno sentimental que dicta que, cuanto más decide uno apartar la mirada, más suscita el interés de aquel cuya atención tanto ha buscado atraer en vano.

El jueves 6 de enero, en la prensa del día, tanto diarios como semanarios, aparecía una nueva página de publicidad dedicada a la librería.

El equipo responsable de la librería La Buena Novela —sin más precisiones, sin nombres— agradecía en pocas líneas y en letra grande el apoyo de todos los lectores y clientes que, en un trimestre, habían supuesto la clave del éxito de la empresa. Como fondo, una fotografía que representaba el interior de la librería en un día de mucha afluencia de público, cuyo colorido azul y carmín se inspiraba en El Greco, con una iluminación a contraluz que llamaba la atención. Exponían los resultados en pocas cifras, la media de visitas diarias, su total acumulado en cuatro meses y la curva de progresión. Igual con las ventas: dos cifras y un gráfico, la media diaria, el total y la curva. Fantástico.

Al final de la página se leía: «El balance ya es positivo: la librería obtiene beneficios. Pero eso no es lo esencial. La Buena Novela es mucho más que una empresa: es un movimiento».

¿Acaso fue ese su error? ¿Esas señales de un éxito que prometía ir *in crescendo* pudieron quizá provocar a alguien? ¿El anuncio de un movimiento de fondo se intuyó quizá como algo insoportable? Sea como fuere, la respuesta no se hizo esperar. Adoptó formas diferentes, tan manifiestamente graduadas que pronto resultó evidente que estaban concertadas.

Aparecieron clientes con una actitud diferente; clientes que no se tomaban la

molestia de fingir buscar ningún libro, sino que se plantaban en la caja a protestar: «No veo nada de Helen Fielding (o Dan Brown, o Danielle Steel)». Van y Oscar se habían preparado para eso: un librero no puede negarse a vender un libro disponible en el mercado. «No lo tenemos todo en los estantes», contestaban, armándose de paciencia. «¿Quiere que se lo encarguemos?» La respuesta siempre era afirmativa.

Algunos de esos compradores solicitaban un título concreto, mientras otros pedían que les localizaran en bolsillo la obra completa de un autor determinado, vacilaban, remoloneaban, hablaban en voz muy alta. Oscar y Van se mostraban imperturbables.

Aquellos clientes no tardaron en aumentar en número. A finales de enero contaban entre quince y veinte en el balance diario, y podían identificar algunas semejanzas entre ellos. Se presentaban como clientes que, *a priori*, no se distinguían de los demás, pues el apasionado de la buena novela no presenta ningún signo exterior de locura; la proporción entre hombres y mujeres era más o menos la misma, pero de todos resaltaba su juventud. Y, en cuanto abrían la boca, se notaba la misma falta de convicción en sus peticiones —recitaban una lección aprendida de memoria—, se notaba su incultura en la pronunciación incorrecta de los nombres de los autores.

—Les hacíamos una pregunta trampa —explicó Ivan—. Por ejemplo: ¿a qué Danielle Steel se refiere, a la norteamericana o a la australiana? Eran incapaces de contestar. Seguramente los habían contratado mediante un anuncio en un periódico.

En febrero quedó claro que esos seudoclientes no acudirían a la librería a recoger sus encargos. Van u Oscar llamaban al número de contacto que habían anotado, siempre un móvil; correspondía a un número falso e importunaban a alguien que no entendía nada de lo que le decían. Los libros, que a veces había resultado muy difícil encontrar, corrían a cuenta de la librería. A Oscar y Van no les quedó más remedio que obligar a pagar un anticipo. El número de estos enojosos visitantes disminuyó de forma espectacular, y al final terminaron por desaparecer del todo.

Al mismo tiempo, ya desde principios de 2005, el foro de la librería en Internet comenzó a recibir mensajes cuyo tono rompía con el entusiasmo de los anteriores, por decirlo con suavidad. Algunos adoptaban el tono de críticas vagamente argumentadas. «No hay nada más pedante que esas supuestas buenas novelas. Es la selección de libros más burguesa del mundo.» Sin embargo, la mayoría se limitaba al insulto: «¡Fachas! ¿Y qué pasa si a mí me gusta Dan Brown, eh? Lo que hacéis es una mierda, os vais a ir a pique».

Recibieron también amenazas: «¡Os vamos a cortar el cuello, esnobs de mierda! ¡Fachas, al paredón!».

No habría resultado tan grave si esos mensajes no llegasen a centenares, repetidos diez y hasta veinte veces sin la más mínima variante, provocando como respuesta otras tantas protestas: un flujo cruzado que sobrecargaba la red, colapsaba los servidores, obstaculizaba las suscripciones y le ocupaba a Ivan un tiempo que habría

preferido emplear en otra cosa.

Van había intentado disimular ante Francesca lo que consideraba ya una maldad organizada, un ataque directo a La Buena Novela. Había podido ocultar, con la complicidad de Oscar y un poco de suerte, los encargos sistemáticos de malos libros; pero las flechas envenenadas por Internet eran ya harina de otro costal. Francesca, que aparecía lo menos posible por la librería, compensaba aquella ausencia física ante la pantalla de su ordenador, responsabilizándose de varios seguimientos en los que invertía horas y horas de trabajo: las sugerencias casi cotidianas de nuevos títulos, pues era ella la responsable de comunicarlas por teléfono a todos los miembros del comité, y las mil setecientas suscripciones. Notó el cambio por sí misma.

—¿Qué ocurre? —le preguntó a finales de enero a Ivan—. ¿Están cambiando las cosas?

A principios de febrero, ella misma ofreció un esbozo de respuesta:

—Ocurre algo extraño, pero no sé el qué.

EL jueves 17 de febrero, tras un pequeño almuerzo ya muy tardío en Le Comptoir, un café en la plaza del Odéon en el que siempre recordaba una cita de Jean Echenoz —una frase sobre la paradoja de que en ese lugar de París tan venteado, feo y sucio, los cafés y sus terrazas estuvieran siempre llenos; frase que por desgracia no le sobraba tiempo para buscar y citársela literalmente, puesto que, en materia literaria, cuenta menos la idea que la manera de expresarla—, Ivan se acercó a comprar *Le Ponte*, antes de volver a la librería, al quiosco coronado por el brazo tendido del Danton de bronce, junto a la boca de metro. Hacía siglos que ya no repasaba los periódicos todos los días. Los compraba una vez a la semana, el día que publicaban el suplemento literario, y echaba un vistazo a las páginas sobre libros de los semanarios en Internet; al hacerlo, saltaba en su silla, refunfuñaba y terminaba por alejarse bruscamente de su ordenador, reafirmado en su feliz convicción de la pertinencia de una librería como La Buena Novela. Por obligación, se había suscrito al semanario *Livres Hebdo*, que leía casi por deformación profesional. A decir verdad, solo conocía una publicación cuyas páginas literarias le resultasen impecables, y esa era 505, la hermosa revista trimestral de la región del Loira.

De camino a la librería, separó del fajo de hojas que le había entregado el quiosquero las pocas páginas del suplemento literario, aparentemente concebido para eso, y, como hacía siempre, abandonó todo lo demás sobre un banco.

Antes de alcanzar la esquina de la rue Dupuytren, se quedó inmóvil, de pie, con el periódico abierto. En la segunda página, a cuatro columnas, en un abrir y cerrar de ojos un título le había hecho olvidar el lugar, la hora, y todo aquello que no tuviera que ver con la librería. «Los comisarios del valor literario.» Al terminar de leer la primera columna, ya intuía cómo se presentaba la situación. Habían sacado la artillería pesada.

El artículo lo firmaba Jean-Brice Abéha, profesor adjunto de Sociología política en París IV. «En septiembre abrió por todo lo alto una librería en París, cuyo proyecto, declaraban sin pudor sus impulsores, era no vender más que grandes novelas.» Ivan leía a toda velocidad. «La publicidad que acompañó este lanzamiento era explícita (...). Nadie juzgó necesario inquietarse. Y eso que esta empresa es ni más ni menos una entidad totalitaria. Unos individuos, que se afanan mucho de no desvelar su identidad, se arrogan el derecho de decidir por los demás, peor aún, de decidir por todos cuáles son las grandes novelas, y de descartar los libros, mucho más numerosos, que no les complacen. (...) ¿Qué quiere decir eso de buenas novelas? ¿Quiénes son estos cabecillas totalitarios que tienen la audacia de atribuir o no a los libros su certificado de calidad? ¿Desde qué tribuna hablan? ¿Con qué derecho?»

El artículo finalizaba con esta frase: «Todos sabemos bien adonde llevan las listas. La fase siguiente es la exclusión, la purga. La hoguera de los libros proscritos

está a la vuelta de la esquina».

Van levantó la cabeza; se reencontró con el bulevar, los cines, el sol con su velo gris blanquecino, y sintió su propio pulso, que le pareció acelerado. «¿Desde qué tribuna hablan?»: creía oír a los Saint-Just en vaqueros subidos a las cajas de madera de los comités de acción de los años setenta; la violencia con la que desacreditaban todo lo que no representaran ellos mismos; su fraseología caricaturesca y su metódica mala fe. «Demasiado, esto ya es demasiado», se repitió, consciente de que, llegados a ese punto, demasiado no es gran cosa.

Dobló el suplemento y se pasó mentalmente la mano por la cara, como para desentumecerse antes de entrar en la librería. Una vez dentro, al sumirse en la atmósfera silenciosa y vibrante de las horas de afluencia, por un instante tuvo la impresión de despertar de una pesadilla. Pero no: el ataque existía, latía ahí, bajo su brazo, escrito negro sobre blanco en el que se consideraba el diario más serio de Francia. En cambio, el sueño irreal tal vez lo encarnara esa librería.

Decidió esperar dos o tres horas, y pensar en la mejor defensa antes de informar a Francesca. Se sentó en el rincón de la caja, ante una de las pantallas de ordenador, y buscó información en la red sobre Jean-Brice Abéha. No encontró nada: ni siquiera ese nombre entre los profesores de París IV.

En ese momento entró Folco, el caricaturista, con *Le Ponte* en la mano. Fue derecho hacia Van: «¿Ha visto?». Van le calmó, con un gesto de la mano: «Que digan lo que quieran. Siempre hay gente que, al ver una rosa recién abierta, enseguida siente ganas de destrozarla y hacerla pedazos».

Sin embargo, cinco minutos después recibió una llamada telefónica de Francesca. Tenía que enseñarle algo; lo esperaba en la parada del 63, delante de la Facultad de Medicina.

Ivan no estaba seguro de que se tratara de *Le Ponte*, pues Francesca no leía nunca la prensa del día. Profesaba, a la vez, un mayor y un menor desinterés que él mismo por los periódicos: recibía una docena de publicaciones, *L'Idée*, *Le Ponte*, *Esprit*, *Le Débat*, *La NRF*, *Les Inrockuptibles*, *Le Matricule des anges*, *Critique*, *Art Presse*, *Cahiers du cinéma*, *Alternatives économiques*, en los que se detenía con retraso y parcialmente, pero hojeaba de la primera hasta la última página. A veces, en los momentos críticos, dedicaba hasta dos o tres horas seguidas a actualizar la lectura de todas las publicaciones que había acumulado sobre su mesa de trabajo, trasladándolas tras un rápido examen desde el gran cesto donde las almacenaba hasta la cesta de leña que permanecía junto a la chimenea de su despacho, en su casa.

Van la vio en el sitio acordado, sentada en el banco, bajo la marquesina.

—¿Lo ha visto? —Se adelantó ella.

—Sí —contestó Van—. Tendríamos que haberlo imaginado. La izquierda de siempre resiste vivita y coleando: tildan de fascismo todo lo que no cuadra con ellos. Pero, dígame una cosa: ¿cómo es que ha leído *Le Ponte* de hoy...?

—Me han obligado a ello.

—¿La han obligado?

—¿No lo ha visto? —repitió Francesca.

Instó a Van a dar media vuelta, y se dirigieron a la estación de metro de Odéon. En las fachadas de los edificios, entre los escaparates y los expositores de las tiendas, en la pared trasera del quiosco, en los dos muretes de hormigón a ambos lados de la escalera de la boca del metro, en el panel municipal con el plano del barrio, en todas partes estaba pegado el artículo, a la altura de los ojos: contarían unas treinta o cuarenta copias desperdigadas solo por allí.

—Vengo de Saint-Germain —explicó Francesca—. Se amontonan delante de la iglesia. Me encantan los dazibaos^[8]. Me ha dado la impresión de que ese lo acababan de pegar, así que he ido directa a leerlo.

»Cuando he comprobado que también estaban aquí, en el metro, he caminado hasta la place de l'Odéon. Y allí lo mismo. Están por todas partes alrededor del teatro.

Encogió los hombros y prosiguió:

—Da escalofríos pensar que alguien ha comprado cien ejemplares de *Le Ponte* en cuanto ha salido a la venta, los ha metido en el coche y, en una hora, los ha distribuido por todas las calles aledañas a la librería. Alguien que tenía que estar previamente informado de que se iba a publicar el artículo.

—A mí me da otra impresión —aventuró Van—. Imagino más bien una docena de jóvenes con diez artículos ya recortados para cada uno, a quienes se asigna una zona de acción y la orden de que actúen deprisa.

—¿Y qué diferencia hay?

Pues que ya no se trata de un cascarrabias como el autor del artículo, sino de un comando. Una acción coordinada.

—¿Cree que ahora mismo nos estarán observando? ¿Que les divierte la cara que ponemos?

—Es posible. Vayamos a un lugar cerrado.

—Voy a avisar a Tourterelli.

—¿El director de *Le Ponte*? No lo haga: otorgaríamos demasiada importancia a un artículo injusto. Esperemos a que los muchos amigos de La Buena Novela contesten a este tal Abéha a través del periódico.

—¿Y nosotros? ¿Contestamos?

—Una carta abierta, sí. Nos atacan, nos defendemos. ¿Quiere que redacte un borrador de respuesta?

—Sí, por favor. Usted encontrará un tono más comedido que yo. Me cuesta soportar la idea de que nos puedan estar espiando. Me marcho ahora mismo... Llámeme.

Van se aisló en el gran despacho de la librería, en la primera planta. Le bastó con media hora. Barajaba argumentos de dos tipos, que constituyeron las dos partes de su respuesta.

En primer lugar, las contrarréplicas inundaban el artículo: Van nunca había

ocultado su identidad, su nombre había aparecido en la prensa cuando inauguraron la librería, había salido en televisión, y también sus datos figuraban en la página web de La Buena Novela (en la sección «¿Quiénes somos?»).

No se arrogaba el derecho de dictaminar la calidad de las novelas: la selección la efectuaba un comité de expertos, que se mantenía en secreto para eludir las presiones. Esta forma de proceder también se exponía ante quien deseara conocerla en la página web de la librería, y la prensa lo había descrito ampliamente.

El proyecto, por otro lado, no tenía intención totalitaria alguna; no creía necesario decirlo, puesto que esa opción por un tipo concreto de novelas suponía solo la de una librería entre otras miles en Francia, y no la de una autoridad exclusiva, un Estado o un monopolio.

En segundo lugar —el bolígrafo de Van corría con frenesí sobre el papel—, la selección supone una práctica habitual en materia cultural. Los museos, las galerías de arte, los festivales de teatro y de cine operan como filtro. En lo que a los libros respecta, también los editores actúan de esta forma, eligiendo publicar o no cada libro que se les presenta. En la selección reside la vocación misma de los premios literarios, y las páginas literarias de los periódicos tampoco representan más que meras selecciones, dado que solo abarcan solo una décima parte de la producción total de novelas. Por otro lado, las librerías que se consideran buenas —esto había ocurrido toda la vida, incidía— son aquellas que no ocultan sus preferencias. En todos estos ámbitos de la vida cultural se practica el «esto sí, esto no», lo cual solo implica: «Esto nos parece bueno, y esto no».

Eran casi las cuatro de la tarde. Ivan llamó a Francesca y le propuso que revisara su borrador. En La Grille, en la rue Mabillon, sugirió ella. Se reconocía sin fuerzas para enfrentarse de nuevo a las plazas y los grandes cruces del Odéon; no le apetecía reencontrarse con todas aquellas copias del artículo.

Van ya estaba saliendo del despacho cuando se le ocurrió que «Abéha» sonaba como «A. B. A.». Volvió a sentarse frente a su ordenador y accedió de nuevo a la página web de París IV. Una vez más la examinó, departamento por departamento. Las iniciales de dos profesores coincidían con esas letras: Anne-Brigitte Acker y Alain Bernard-Amont. Por otro lado, según la guía telefónica, no había nadie en París ni en los alrededores que se apellidara Abéha.

A Francesca le parecía inútil investigar a esos A. B. A. e interpelarlos. Los dos, pensaba, responderán: «No he sido yo».

Exceptuando el hecho de que creía indispensable añadir que, a todas luces, Abéha se trataba de un seudónimo, no quería cambiar ni una coma del borrador de Ivan.

—El tono es perfecto. Nada de agresividad. La verdad y nada más. ¿Le molesta firmarlo?

—Al contrario, es un honor para mí.

—¿Qué más hacemos? ¿Escribimos una carta a este tal Abéha?

—Sí, pero abierta. Una respuesta al abajo firmante dirigida a *Le Ponte*, periódico

al cual solicitamos que la publique.

—¿Tenemos que mandarla por correo?

—Perderíamos demasiado tiempo. La entregaré yo mismo en la redacción.

—Déjemelo a mí. Usted está ocupado en la librería. Pase la carta a ordenador y fírmela. No le llevará más de un cuarto de hora; yo, mientras, espero aquí. Oscar puede traérmela y yo me acercaré hasta el periódico. A propósito, Ivan, ¿qué es eso de París IV? ¿De qué universidad se trata?

—La Sorbona —contestó Ivan.

Al ver llegar a Oscar, Francesca vaciló antes de preguntarle:

—¿Está usted al corriente?

—Sí —la tranquilizó el joven—. No se extrañe. El Diablo concentra sus ataques contra las cosas bellas y puras.

Sonrió.

—Yo en su lugar actuaría igual. El resto, lo feo, todo lo que no está bien, es cosa de Dios y de los santos.

Francesca pensaba en lo más tierno y puro que había conocido en su vida: Violette.

—Siéntese —le pidió—. ¿Cree en Dios y en el Diablo?

—Puedo concebir que no se crea en Dios —contestó Oscar—, aunque personalmente me resulte difícil. Pero que no se crea en el Diablo... Eso sí que me cuesta comprenderlo. De verdad hace falta estar distraído y no ver más allá de las propias narices.

—Lo que me angustia es el terrible combate entre estas Potencias, quiero decir: que esa lucha no conozca tregua, ni vencedor, ni final, y que nosotros, aterrorizados, seamos sus juguetes.

—Yo no lo veo así. No creo que estemos al margen. Ni siquiera pienso que eso sea posible. Luchamos en un bando o en otro, a veces sucesivamente en uno y en otro y, con mayor frecuencia, me temo, en uno y otro a un mismo tiempo, porque somos ambiguos por naturaleza. Pero no estamos abocados a la ambigüedad. Podemos liberarnos de ella: es lo que se llama madurar, creo yo. Y, por supuesto, el combate terminará. Uno de los bandos vencerá.

—Usted sí parece maduro para lo joven que es.

—¿Joven? Pero si tengo casi veinticinco años.

—Una edad en la que uno piensa que ha vivido mucho, que es adulto y sensato. Después, ya lo verá, cae uno en la cuenta de que no sabe gran cosa, que es un novicio, un principiante. Comprenderá que hay que pasarse la vida entera ensayando, practicando.

—¡Pero eso no es algo triste!

—¿Yo le parezco triste?

Oscar vaciló. Francesca imaginaba que contestaría: «No siempre».

—No solamente —escogió como respuesta.

—¿Qué hay de su novela, Oscar? ¿En qué punto está?

—Al fresco, decantándose.

—¿Está terminada?

—Terminé un primer borrador en Méribel, en su casa, antes de inaugurar la librería. Ahora mismo tengo otras cosas que hacer. Eso me viene bien: había previsto dejar reposar el manuscrito, olvidarlo, y releerlo luego con mirada fría, con mirada de lector y no de autor.

—Decididamente, es usted una persona muy sabia. ¿Y de qué trata esa novela?

—De lo que acabamos de hablar: de Dios, del Diablo, del gran combate cósmico, los blandos y los duros, la fe, el desaliento...

—¡Casi nada!

—¿De qué se puede escribir si no?

—¿Tiene algo de intriga?

—Tiene diez tramas. Aunque esta novela tiene, sobre todo, un país.

—¿Madagascar?

—Sí. Es una novela política. Pero le estoy haciendo perder el tiempo. Ivan me ha pedido que le entregue esta nota y que no me entretenga.

Francesca consultó su reloj.

—No me arrepiento de haber tenido esta conversación, créame —confesó, levantándose—. La retomaremos en otro momento, si usted quiere.

Caminó hasta el boulevard Blanqui, hacia la redacción de *Le Ponte*, por la rue Monge y la avenue Gobelins. No tenía mucha prisa. De todas maneras, la respuesta de Ivan no se podría publicar al día siguiente, y necesitaba andar. Durante toda la tarde, no había podido dejar de imaginar a aquellos jóvenes salvajes pegando a toda prisa el maldito artículo en las paredes. Mientras recorría a grandes zancadas el distrito V, buscaba ángeles con la mirada. Sin embargo, cuando se piensa en ellos, siempre resulta difícil no albergar una idea estereotipada; en ese momento, en su cabeza se aparecían como seres altos y esbeltos de piel color café y cabello muy negro recogido en una cola de caballo.

Oscar tenía toda la razón: olvidamos con demasiada frecuencia al Diablo, y hacemos mal. Cuando Francesca volvió a su casa, el reloj marcaba las ocho de la tarde. Desde la calle, frente a su portal, le sorprendió ver las ventanas iluminadas: era extraño a esas horas. Encontró a Henri en el salón, y de inmediato se topó con un ejemplar de *Le Ponte* abierto sobre el sofá del que se levantaba en ese momento su marido.

—Deberías haberme dicho que hoy pensabas cenar en casa —le reprochó—. No habría hecho planes para salir esta noche.

Dos minutos antes no le rondaba más que una idea, tumbarse un rato para descansar de aquel día agotador, pero la perspectiva de una charla con Henri la superaba. Nada más verlo, otra idea la asaltó imperiosa: «Me vuelvo a marchar ahora mismo».

Doultremont debió de adivinar sus intenciones.

—Yo también me marchó —la calmó—, aunque no quería irme sin transmitirte mi apoyo, después de este golpe tan duro.

—¿El artículo en *Le Ponte*? Es más bien un golpe bajo.

—Bajo y duro.

—No tanto. Un golpe tan bajo no puede ser demasiado duro. Uno deja que repté por el suelo, se hace a un lado y prosigue su camino.

—¿Piensas contestar?

—Con flema, sí. Pero no en el mismo tono.

—¿Sabes de dónde viene este artículo?

—No, y no tengo intención de investigarlo. Nace del rencor, de la envidia y de la mediocridad.

—Pues ya son bastantes orígenes.

Francesca pensó en Oscar.

—Yo no lo creo.

Doultremont dobló el periódico y se lo llevó.

—Bien —interrumpió él—. Me marchó. Temía que te encontraras mal, pero veo que aguantas el tirón. Me tranquiliza que me digas que vas a salir. Te deseo una feliz velada.

Francesca levantó la mirada hacia Heffner, que escuchaba con atención.

—Hacerme la dura, la insensible... Sin duda se trataba, precisamente, de la actitud que no tenía que asumir. Debí de parecer provocadora, aunque sabe Dios que no era esa mi intención. No me movía más que un deseo: huir de esa situación. Escapar de una conversación en la que, pese a lo que pudiera parecer, solo podía recibir golpes.

—Continúe —pidió Heffner.

NO publicarían la respuesta de Ivan de un día para otro, pero tampoco debía demorarse demasiado, opinaba.

—¿Cuánto margen les dejamos? —Calculó Francesca.

—Le propongo esperar hasta el lunes. Si no aparece nada en la edición del martes, llamaré al redactor jefe y reclamaré mi derecho a réplica.

Pero ya desde el jueves por la noche los internautas se movilizaron. Pelearon toda esa noche, y también los días sucesivos. Varios centenares de mensajes apoyaban a Abéha. «La literatura de los señores: ¡no, gracias!», «Temamos el orden en el reino de las letras: ¡lectores, someteos!», «Siempre con esa idea de querer el bien, esa chorrada que, sin embargo, hoy en día todos sabemos que solo engendra dominación y represión.»

Tanto cliché abrumaba a Francesca. ¿Cómo era posible que consignas tan manidas conservasen ninguna validez? En el fondo, nada se desgasta menos que un lugar común.

Ivan encontraba ciertas similitudes en todas esas invectivas.

—¿Se ha fijado? No utilizan más de catorce o quince frases distintas. No me extrañaría nada que pertenecieran todas al mismo autor.

—Estos envíos en masa se programan de forma muy sencilla —explicó Oscar—. No crean, sobre todo, que hay cien personas detrás. Se difunden automáticamente. Es el abc de la mala educación electrónica.

Los mensajes que respaldaban a La Buena Novela ganaban en número y variedad: pertenecían, además, a autores diferentes. «Es que no falla nunca: en cuanto uno se pone exigente, se le tilda de elitista», «Lo que es totalitario es el reino del *marketing* y de los libros concebidos para las masas: en La Buena Novela se respira aire puro», «Nosotros leamos, y ellos que digan lo que quieran».

El jueves, a las once de la noche, Van incorporó diez líneas al Boletín, en la página web, que firmó como *Los libreros*. «Que cada uno se exprese libremente —proclamaba—, pero que el rigor y la honradez presidan el debate. La invectiva anónima es indigna. Señor Abéha, si es usted algo más que un cascarrabias enmascarado, revélenos su nombre y dese a conocer. Nuestro foro está abierto para usted. Hablemos.»

El adversario no dormía. Cinco minutos después, el foro se inundó de respuestas. Llegaban por decenas mensajes firmados por Abéha. Todos repetían palabra por palabra algún fragmento de los más virulentos de la «libre opinión» publicada en *Le Ponte*. Oscar improvisó una respuesta, que envió a su vez de forma masiva: «Vámonos a dormir o, mejor, vámonos a leer».

El viernes por la mañana, a las siete, Ivan firmó otro mensaje en el Boletín, en forma de llamamiento. «Por un lado está el mundo virtual, y por otro el mundo real»,

comenzaba. «El mundo real es la librería, la compra de libros. En función del número de clientes que vengan a la librería y del índice de ventas, calibraremos la amplitud y la estabilidad del respaldo a La Buena Novela.»

El público desbordó la librería ese viernes. La gente hablaba. Sustancialmente, todos querían decir lo mismo: aquí estamos. Un joven se plantó en la calle, delante del escaparate, con una gran pancarta colgada de un poste de madera sobre el que se apoyaba, y en la que se leía: AQUÍ ESTÁ LA FELICIDAD. Permaneció ahí toda la mañana, sin presentarse ni solicitar permiso, por el mero placer de acompañarlos. Una señora trajo un grueso libro en blanco. Sin decir nada, escribió en él un primer mensaje de apoyo y lo dejó abierto junto a la caja. Al final del día se encadenaron, hasta la última página, las notas de entusiasmo. El discreto aspecto de la señora (¿cabello gris?, ¿gafas? Nadie fue capaz de precisar nada, de tan fugaz como había sido su paso por la librería) contrastaba con la intensidad de sus palabras, las primeras y más extensas:

«(...) He sacado en préstamo de la biblioteca *Arthur*, de Eugène Sue. Es para vomitar, algo inenarrable. Hay que leerlo para sentir lástima por el dinero, el éxito y el público. A la literatura le duele el pecho. Echa escupitajos, babea, le salen ampollas que cubre con gasas con pomada, y se ha frotado tanto la cabeza que se le ha caído todo el pelo. Harían falta Cristos del Arte para curar a este leproso. (...) Flaubert. Carta a Louis Bouilhet. 14 de noviembre de 1850.»

Ese mismo día, a medianoche, Van anunció en el Boletín: «Récord de ventas en la librería. Mil ciento dos libros hoy viernes, 18 de febrero. Amigos, son ustedes magníficos».

Desde que apareció publicado el artículo de Abéha, Francesca había cambiado sus costumbres: ahora compraba *Le Ponte* en cuanto pisaba la calle, y lo hojeaba de inmediato. Leerlo, no: eso ya era demasiado.

El sábado, Van la telefoneó a última hora de la mañana: «Cuando salga a la calle, compre también *Le Bigaro*», le sugirió.

—¡No me diga que vamos a empezar otra vez!

—Yo no he dicho eso. Ni tampoco que fuera urgente.

En la página de Opinión del diario, ocupando todo el ancho de la hoja, aparecía una tribuna titulada *El desprecio*, firmada por el director general de la VLAM. La prensa rosa sentía debilidad por ese tal Grantarroi, exmiembro del Partido Socialista Unificado (PSU) que se había reconvertido al liberalismo; un amante de los puros y las motos de gran cilindrada. «Hablar de totalitarismo es excesivo», se quejaba. «Pero nosotros que, desde hace cuarenta años, en las librerías VLAM (que hoy en día suman un total de ciento sesenta) ofrecemos en grandes superficies el mayor número posible de libros, siendo nuestro objetivo el de lograr la gama más amplia y la mayor diversidad posible, no profesamos mucha simpatía por la línea opuesta adoptada por La Buena Novela, pues reconocemos en ella una forma de desprecio de clase.

»Nuestra idea de la cultura y de la democracia nos conduce a desconfiar de todo

normativismo. Preferimos dejar al lector la libertad de decidir lo que es bueno para él.

»Hay gente que prefiere a Bernard Clavel antes que a Thomas Pynchon. Están en su derecho. Si eso es lo que le gusta a una persona, nosotros no nos permitimos denigrar su gusto. Tiene que existir, y debe ser respaldada, una cultura popular de la que surjan grandes obras. Algunas de ellas, de hecho, en su momento se consideraron con desprecio y sin embargo hoy son veneradas (Dumas, Verne, Hugo...).

»El problema de fondo que plantea la noción de valor literario es que este valor se modifica con el paso del tiempo. Tal o cual obra aclamada por sus contemporáneos resulta anodina cien años después; a veces incluso treinta años después. De la misma manera, al contrario, otra obra considerada desagradable o sin demasiado interés, puede ser encumbrada más tarde.

»Nuestro amor por la novela y por el libro es tan grande que no entendemos por qué, ni cómo excluir por propia elección un noventa y nueve por ciento de los títulos disponibles. Nuestra pasión, nuestra causa, es el respeto por la diversidad de culturas y la diversidad de personas.»

Francesca irrumpió en la librería justo cuando Ivan se ponía la chaqueta para salir.

—Estaba seguro de que no sería capaz de esperar —reconoció—. Pero no es urgente.

—Qué sarta de sofismas.

—Sí, ¿verdad? Lo bueno es que no caigamos bien ni a los de un lado ni a los de otro. Después de *Le Ponte*, *Le Bigaro*: eso me gusta.

—Me dan ganas de contestar con una página de publicidad en la que solo aparezca una lista de los libros vendidos en La Buena Novela que, efectivamente, pertenecen a la cultura popular. Los hay a montones: desde relatos de Henri Pourrat hasta las novelas *Marie-Claire* o *El último justo*.

—Sería elegante. Pero si respondemos a un artículo con una página de publicidad daremos pie a sarcasmos del estilo: «A las ideas no saben oponer más que un anuncio que les habrá costado diez mil euros». Francesca, ¿dispone de una hora libre?

—Libre como el viento, Ivan. Por desgracia.

—Se lo ruego, no se deje abatir. Estos ataques son muy injustos, pero no traspasan los límites de un debate normal.

Van indicó con un gesto que se dirigía al boulevard Saint-Michel.

—Acompáñeme a una cita que promete ser bastante interesante. Nos proponen una réplica al artículo de Grantarroi. La propuesta me ha llegado por teléfono, justo antes de que llegara usted. Nos están esperando.

—¿Los conozco? —Se adelantó Francesca.

Ivan no lo sabía. Le contó a Francesca que, entre los clientes habituales de la librería, uno de los primeros en manifestar su entusiasmo había sido un señor de unos setenta años de muy buen aspecto y muy alegre, que compraba mucho y charlaba con todo el mundo.

—Pero no para decir tonterías —precisó—. Nos ha sugerido varios títulos para

nuestro fondo. Es un hombre muy culto. Fue él quien comentó que nuestras suscripciones le recordaban a los envíos mensuales a domicilio de los editores-libreros de antaño.

—¿Sabe su nombre?

—Todavía no. Se lo he preguntado hace un momento, por teléfono. Me ha citado en el Balzar, y me ha prometido que se presentaría allí.

—Pero si es Armand Delvaux —lo reconoció Francesca cuando Van se lo señaló, sentado en un rincón de la cervecería.

—¿El medievalista?

—Estoy segura.

Van se disculpó con el historiador por no haberlo reconocido antes. «Y eso que conozco bien su trabajo», le dijo.

Delvaux alzó las manos.

—¡Ojalá me hubiera dicho: conozco su novela! Escribí una, hace treinta años, que me hizo sudar sangre y que no tuvo ningún éxito. —Se volvió hacia Francesca—: Ivan Georg y yo nos conocemos desde que abrió la librería —comentó—, pero no creo haberla visto por allí. Estoy seguro de que me acordaría de usted.

—Francesca y yo somos socios —aclaró Van, esperando que presentarla por su nombre fuera suficiente, y que tampoco el lector tuviera interés por saber más sobre su asociación.

Esa vaguedad no pareció incomodar a Delvaux que, sin más dilación, extrajo del bolsillo una hojita doblada en cuatro y ya escrita por un lado, con lo que parecía el esquema de un texto.

—Tengo una idea —anunció—. Una sola. No me ocurre todos los días. Me gustaría intentar convertirla en un artículo y publicarlo en *Le Bigaro*. Ese periódico profesa una tierna debilidad por los vejetes institucionales y por una tipografía en la que no quedan del todo mal las menciones del tipo «Profesor del Collège de France».

Su tesis consistía en que no se puede oponer la literatura popular a la literatura elitista, y en que ni siquiera reviste ningún interés el pretender distinguirlas, además de ser hartamente difícil. Dado que tanto una como otra cuentan con numerosos libros anodinos y algunas obras maestras, la única distinción válida reside en promover los grandes libros, de los cuales algunos son muy simples, y otros, en cambio, más difíciles.

—Puesto que se trata de que se defiendan —añadió Delvaux—, si me lo permiten, iré más allá. Me gustaría escribir que, por el contrario, tratar los libros mediocres igual que los buenos, y ofrecerlo todo como si fueran lo mismo, guarda mucha relación con el desprecio, pues es pura demagogia. Y la demagogia postula que lo común permanecerá siempre común.

—¿Cómo podríamos agradecérselo? —preguntó Francesca.

—Pues no cambiando ni un ápice su librería. Y no dudando de sus principios.

Delvaux les propuso almorzar. «Las ostras están bien —opinó—. Me complacería

invitarlos.»

Francesca temía que, si la conversación se prolongaba, el anciano acabara por preguntar cómo se habían lanzado a esa aventura de la librería y, de ahí, sería muy fácil que se interesara también por su identidad. De modo que declinó la invitación: «Tengo un compromiso, y supone para mí una contrariedad, créame». Pero, con una mirada, con esos ojos suyos de elocuencia extraordinaria, convenció a Ivan de que no desairase a Delvaux. «Yo avisaré a Oscar», le aseguró.

Al pasar por la rue Dupuytren para cumplir su promesa, comprobó que todavía quedaban muchos lectores. Estuvo a punto de proponerle a Oscar echarle una mano en la caja, donde la cola se demoraba más de lo habitual, pero quienes iban a La Buena Novela no se comportaban como clientes normales y corrientes. Si les tocaba esperar un poco, para matar el tiempo se mostraban los libros elegidos y entablaban conversación unos con otros.

Cuando Francesca regresó a la librería por la noche, pocos minutos después del cierre, como había tomado por costumbre, se cruzó con Oscar, que terminaba cada día absolutamente derrengado. Aprovechó para sondear a Ivan:

—¿Delvaux le ha preguntado quién era yo?

—No, no, qué va. Se ha interesado por los socios del negocio. He hablado simplemente de «particulares». Ha parecido satisfecho con esa respuesta. Francesca, sé muy bien que no quiere correr el riesgo de revelar su identidad, pero ¿no le parece un poco excesivo? Tarde o temprano tendrá que dar la cara. ¿Por qué teme tanto ese momento?

—Trataré de explicárselo. —Tenía el ceño fruncido—. No debe de ser fácil de entender. Creo que ya hemos hablado de este tema. Siempre he tenido el deseo de hacer cosas. Pero emprenda lo que emprenda, de entrada siempre me tratan mal, con una ironía condescendiente, no por cómo actúo, sino por lo que represento. El colmo es que lo que hago se valora siempre con prejuicios. Ya lo comprobará; cuando se descubra mi papel en esta librería, las críticas aumentarán: me desacreditarán, y a la librería conmigo, como si se diera por sentado que somos lo mismo. En Francia un intelectual, e incluso un simple empresario cultural, debe proceder de un entorno modesto y haber subido él solo, a fuerza de trabajo, todos los peldaños de la escalera hacia el mérito. Una mujer como yo, más aún si se ha centrado en estudios insignificantes, no tiene legitimidad alguna en el sector de la cultura. Como mucho se le permite interpretar el papel de mecenas, con la condición de permanecer en la sombra, de no dar la cara. La sociedad me obliga a firmar los cheques y quedarme callada.

»Lo peor es que, si me contentara con pavonearme vestida de gala en las fiestas de la *jet set*, esa especie de tribunal del mérito no pondría ninguna objeción. Me dejarían en paz. ¡Que cada uno ocupe el lugar que le corresponde! Ya ve usted la paradoja: si me limito a interpretar un papel mundano, no hay problema; si me comprometo con algo, e invierto en ese algo grandes medios, entonces soy ridícula, y

mi acción, dudosa.

Van callaba. Francesca le agradeció que no le rebatiera su análisis.

—Aun así —intervino él—, me pregunto si no me habré equivocado al aceptar que permaneciera usted en la sombra hasta ahora. Antes o después intentarán averiguar por qué. Quizá habríamos despejado el terreno de minas si nos hubiéramos anticipado a ese paso.

—Estoy dispuesta a asumir públicamente lo que acabo de esforzarme en explicarle.

—Espero que no sea necesario llegar a eso. Al fin y al cabo, no nos van a llevar a los tribunales. Pero prepárese para ser desenmascarada tarde o temprano.

También ese día fue notable desde el punto de vista de las ventas. Van tenía la impresión de que nuevos clientes se sumaban sin cesar a los habituales.

—Y adivine quién se ha pasado por aquí a las tres.

—Dígame usted.

—*El Rojo*. Con una bonita sonrisa en su atractivo rostro. Ha entrado y se ha dirigido hacia mí, sin rodeos ni vacilaciones. He tenido que mirarlo fríamente e impedirle hablar con un exagerado «¿Qué desea?» para conseguir que no se saliera de las reglas del juego. Ha balbuceado: «¿Tienen libros de Nabokov?».

—Precisamente él, a quien tanto habíamos rogado discreción... Todavía puedo oírlo diciéndonos: «En una palabra, evitaré dar señales de vida».

—Le he indicado el lugar de las novelas de Nabokov y lo he acompañado. No ha podido evitar susurrarme: «Estoy muy cerca de ustedes y les doy todo mi apoyo». Le he contestado secamente: «No hace falta que esté tan cerca».

»Y, una hora más tarde, *Scaf* me ha mandado un mensaje, directo al grano: “De todo corazón con ustedes”. Le he contestado: “Muestras de simpatía inútiles. Preferimos silencio”. Y, por mayor precaución, he enviado la misma advertencia a los otros seis.

En el cuaderno manuscrito que se descubrió más adelante en el despacho de Francesca —en el que, de hecho, había pocas páginas escritas, siete exactamente, con esa letra grande y recta tan semejante a su figura—, cada texto estaba fechado con precisión. El más conmovedor, para mi gusto, es el del 19 de febrero, es decir, el sábado en el que salió publicado el artículo de Grantarroi. Francesca cuenta en él un sueño.

«Estamos en una sala llena de gente, no sé dónde. Me turba tanto que esté usted tan cerca de mí que no puedo mirarlo a la cara. Me fijo en sus pies, con sus eternos zapatos Clarks beis de cordones.

Entonces hace usted algo que me deja pasmada. Me da un pisotón bien fuerte, con decisión.

Se mueve usted a mi lado; yo continúo sin poder mirarlo. Aprieta su cuerpo contra el mío y, al mismo tiempo, desde atrás, me agarra de la muñeca y la aprieta como si pretendiera romperla.

Es evidente que, a nuestra espalda, todo el mundo ha reparado en su gesto.»

No tardé mucho tiempo en comprender a quién se refería con ese «usted». Todo lo que hay escrito en ese cuaderno se refiere a Van. Aunque no se mencione nunca su nombre, hay numerosos detalles que lo hacen evidente.

LE Bigaro se mostró de lo más correcto. La respuesta que Armand Delvaux entregó ese sábado a media tarde en mano y en su propia casa al director adjunto de la redacción, que resultó ser un antiguo alumno suyo, apareció en el periódico el lunes por la mañana.

Y, el lunes por la tarde, *Le Ponte* publicó el artículo de Ivan, aunque cercenando un cuarto del texto, con el título banal de «¿Totalitario, dice usted?», pero al menos en el lugar que le correspondía, en la sección de Opinión.

—Treinta iguales —festejó Francesca.

—¿Cómo dice? —preguntó Ivan.

—Estamos empatados a dos tantos.

Pero el viernes, en *L'Idée*, un Colectivo de Libreros Libres, sobre el que nadie había escuchado hablar nunca, atacó a su vez. «¿A quién pertenecen esos magníficos locales en Odéon, una zona de París donde los precios de los inmuebles son de los más altos de la capital? (...) Una librería tan poco comercial a la fuerza tiene que costar cada día más de lo que ingresa. ¿Quién paga? (...) Ese negocio está abocado al fracaso, no resulta viable por naturaleza: ¿quién está detrás? ¿Quién invierte tanto dinero en una acción cuyo objetivo, claramente, es el de sabotear la frágil economía del libro desacreditando a sus agentes? (...)»

—Es aterrador —lamentó Francesca—. Nosotros no pensamos más que en la literatura, en magnificar la novela y en defenderla, ¿por qué estos celos tan violentos? ¿Quién puede estar tan interesado en hacernos daño? ¿Quién se siente atacado por nuestra librería?

—Mucha gente —admitió Van—. Empezando por todos los autores cuyos libros no están en nuestros estantes.

—¡Pero están en otras librerías! En todas las otras doce mil librerías del país.

—No creo que los más enfurecidos sean los Jean-Christophe Grangé o los Marc Levy, es decir, aquellos pocos autores que venden millones de ejemplares de sus libros. A esos no debe de afectarles que una librería los ignore. Aunque no conozco un solo autor de éxito que no esté seguro de su talento. Pero entre todos los demás hemos debido de crearnos algún que otro enemigo, pues los novelistas ricos y famosos no son los únicos que se consideran excelentes escritores; los desconocidos también confían sobremanera en su genialidad. Aquellos a los que se les resiste el éxito poseen al menos un talento, el de encontrar buenas razones para su mala suerte: se imaginan demasiado finos para la plebe, o se anticipan a su tiempo, o luchan a contracorriente de las modas, o sus libros no pertenecen al tipo de literatura que entusiasma a los críticos, o carecen del formato adecuado para los precios del mercado... Lo peor es que, entre todos ellos, algunos en efecto deberían ser aclamados y, sin embargo, reciben un desdén injusto. No creo que sean muy

numerosos, y estoy seguro de que estos últimos han saludado con alegría la fundación de nuestra librería. Pero los demás, no. Todos esos autores de «libros que no valen la pena» no deben de apreciarnos mucho.

—Ni sus editores.

—Ni los librereros que los venden, conscientes de su escasa valía.

—Ni los periodistas que los ensalzan por conformismo, por pereza o para granjearse las simpatías de esos editores...

Francesca planteaba una y otra vez la pregunta que la atormentaba:

—¿Cree usted que esta gente se ha organizado? En una palabra, ¿que existe un complot contra La Buena Novela?

—No lo tengo nada claro. Quizá la primera dentellada, la del supuesto Abéha, liberó el rencor de mucha gente que se anima a sí misma, «Venga, yo también», sin necesidad de que se pusieran de acuerdo. Pero no lo sé; no entiendo nada de nada. De una cosa sí estoy seguro: el CLL, ese supuesto Colectivo de Librereros Libres, no existía antes de finales de este mes. En cuanto a lo que pueda esconderse detrás, por más vueltas que le doy aún no encuentro una respuesta.

En el buzón de la rue Dupuytren aterrizó una carta dirigida al «Señor Georg», firmada *B. de Alsacia*. «Estos ataques contra una librería ejemplar y que no daña a nadie me recuerdan, salvando las distancias, a lo que viví cuando publiqué mi primer libro. Había trabajado durante años en él, sin más afán que el de escribir una buena novela, la mejor posible. Alcancé rápido el éxito. Y, para mi sorpresa, los ataques también. Se me tildaba de populista, de conservador, y otros cuantos ataques más. Yo, que estaba tan feliz con la acogida de los lectores, que pensaba no arrebatar nada a nadie sino tan solo sumar, me encontré con que, por primera vez en mi vida, recibía ataques de mis enemigos, la prensa me denigraba y gente a la que no conocía de nada me trataba con desdén. Pero déjenlos, que digan lo que quieran», concluía *Ballon*.

Sin embargo, las dudas continuaron creciendo. La semana siguiente apareció en *La Turbine* un artículo tibio, que no se posicionaba ni a favor ni en contra de la librería, titulado «¿Quién está detrás?», firmado por un periodista de la casa. El diario había obtenido, sin traspasar la legalidad, el extracto K bis del documento de inscripción de La Buena Novela en el registro mercantil, y lo difundía en su totalidad. En él se informaba de que La Buena Novela era una sociedad por acciones simplificada (SAS), con un presidente-director general llamado Ivan Georg (nacido en Asnières el 5 de septiembre de 1959, con domicilio en rue Agent Bailly número 6, en París, distrito IX), un interventor de cuentas, Jean-Marc Aubert, y cuyo capital pertenecía en un noventa y nueve por ciento a la sociedad civil Épicéa y en un uno por ciento al señor Georg.

Hasta ahí, nada de lo publicado constituía un ataque ni una ofensa. No divulgaba ningún dato al que no pudiera acceder cualquiera a quien la curiosidad le empujase a consultar el registro mercantil. Pero el artículo iba encabezado por un breve texto, de tres líneas, que fomentaba la desconfianza en términos dignos de un mediocre

folletín: «La librería La Buena Novela, en Odéon, suscita preguntas y rumores por su provocadora línea editorial, consistente en no ofrecer más que “gran” literatura, en su mayor parte publicada tiempo atrás, cuando todos los libreros coinciden en reconocer la imposibilidad de sobrevivir sin privilegiar las novedades y, entre ellas, los *best sellers*. ¿Quién desafía de esta manera el negocio del libro? ¿A quién pertenece la sociedad civil Épicéa?».

—Todo esto no es más que una cortina de humo —señaló Van—. Me recuerda a una frase atribuida a Pierre Lazareff. Cuando dirigía *France-Soir*, en su afán por ganar lectores para las páginas de economía, al parecer les exigió a sus periodistas: «Quiero noticias “rosas” sobre economía».

Francesca miró a Heffner.

—A partir de ese momento, ¿sabe usted? —confesó—, dejé de creer en lo que sostenía Ivan: que la gente que se sentía ofendida por nuestra librería soltaba cada uno su andanada, su dentellada, de forma independiente. El hecho de que esos artículos malintencionados aparecieran en distintos periódicos, de entre los más conocidos, debía dar a todo el mundo la impresión de una condena general, y aún pienso que su sucesión había sido organizada con ese fin. Pero yo tenía la sensación de que querían cercarnos, asediarnos. No veía en ello más que una campaña de acoso y derribo. Constatava, sobre todo, que a los que nos atacaban les sobraban medios y habilidad para hacerlo.

Francesca calló un momento antes de proseguir:

—Fue en ese momento, creo, cuando empezamos a llamarlos «los salvajes».

—Yo no estaba de acuerdo con el análisis de Francesca —reconoció Van—, pero a mí también me parecía el término adecuado.

En la red, los internautas discutían con dureza. Entre las intervenciones notables en el foro cabe destacar la de la actriz Audrey Doudou: «No soy una persona muy culta, no he estudiado y lo que tengo que decir es muy sencillo. Leer es muy importante para mí. El mundo del cine rezuma hostilidad: te expones, te atacan... El público cree que rodar una película es una experiencia fácil y agradable, pero a mí me parece difícil, y a veces muy duro. En mi vida, y en particular durante los rodajes, leer constituye mi recreo. En sentido literal: me re-creo en la lectura, saco fuerzas de ella. Pero mis recreos suelen ser aburridos. A menudo me ha decepcionado la lectura de libros que me habían recomendado.

»Un día, por curiosidad, entré en La Buena Novela. Había mucha gente, pero nadie me reconoció. Me quedé allí varias horas y perdí la noción del tiempo. Me apetecía leer todos los libros que vendían.

»Prueben ustedes también. Saldrán de esa librería como yo, profundamente agradecidos. ¿Cómo puede alguien atacar a un negocio que hace tanto bien? Eso es lo que yo no entiendo».

«Querida Audrey —contestó Ivan en el Boletín—, lo que dice nos colma de felicidad. Aprecia usted en nuestra librería todo lo que hemos querido que tuviera. Yo

tampoco he estudiado. Poco a poco fui cogiendo gusto a las novelas, como al cine, con la misma facilidad. En un momento dado caí en la cuenta de que las novelas hermosas se habían convertido para mí en bienes indispensables, tanto como el aire o el alimento. La Buena Novela es el lugar donde me gustaría que otros encontraran aquello de lo que tanto disfruto y que tanto necesito, nada más.»

El domingo siguiente, 1 de marzo, el teléfono despertó a Ivan. Era la vocecita de Anis.

—La capilla de la Sorbona está abierta hoy.

—¿Quiere que la acompañe a misa, es eso? —Articuló despacio Van.

—Se está burlando de mí.

—No, hombre, Rosa. Rosita. Estaba soñando. Me la imaginaba con velo y guantes de hilo. ¿Qué hora es?

—Van a dar las nueve. ¿Lo he despertado?

—Me parece que sí. Y soy el primer sorprendido. Rara vez duermo hasta tan tarde. El sueño me aburre. Debe de ocurrirme algo. He observado que, en los momentos difíciles, duermo como un lirón. Pero hábleme de usted. Me alegro mucho de oírla.

—Luego, ¿está preocupado?

—No lo sé. No. Quizá. ¿Dice que el gran café de la plaza de la Sorbona está abierto? Deme una hora y nos vemos allí.

Van, que siempre se imaginaba a la joven más alta y más segura de lo que era en realidad, percibió en ella un aire desvalido.

—Quería decirle —se lanzó—, que toda esa polémica a propósito de su librería... Me apena mucho que los maltraten así.

Aunque más bien era ella la que lo dejaba a uno desarmado, se confesó Van.

—¿Ha leído la prensa?

—No. He seguido el conflicto en Internet. ¿Todo ha empezado en los periódicos?

—No exactamente. Hemos recibido ataques por varios frentes. Primero frecuentaron la librería unos seudolectores para darnos la lata, y luego se añadieron a la tropa los internautas, agresivos y cada vez más numerosos. Y más tarde, por último, apareció un artículo demoledor, y luego otro y otro, en los periódicos de mayor tirada.

Anis lo escuchaba sin apartar la mirada de él. Van sentía ganas de acariciarle la mejilla.

—No sabía que navegara por la red.

Ella adoptó un tono desenvuelto que sonó muy artificial:

—Hay un cibercafé delante de mi casa. Voy a menudo. —Se sonrojó—: Por las noches.

A Van ya no le quedaba mucho que perder.

—Tal vez sea un lugar donde pueda encontrarla. Me refiero a la red, no al cibercafé. ¿Tiene usted alguna dirección de correo electrónico?

—Anis@free.fr

—Anis free, nunca mejor dicho. Lo intentaré con los correos entonces. Son mariposas viajeras: armarán menos ruido que los que le dejaba en el contestador. Y se sentirá usted aún más libre de no responderme.

Esa misma noche, Van escribió a anis@free.fr:

«Sí, el momento es difícil. Supongo que hemos cosechado un éxito demasiado rápido. Quieren reducirnos. A todo esto, Anis, parece que usted solo me tiene en consideración cuando soy débil. Se fijó en mí porque me paseaba por la librería con un roto en el codo del jersey, y ahora me habla de nuevo porque en mi trabajo recibo más odio que felicitaciones. ¿Acaso tendría que caer en un descrédito total para tenerla a mi lado? Estaría encantado siempre que mi infortunio se desvinculara del destino de la librería. ¿Qué he de hacer?

Su viejo amigo Corneille, preocupado y cansado.»

Anis contestó al día siguiente (a las 21:20, según delataba free):

«En efecto, a diferencia de la mayoría de las chicas de mi edad, no me atraen los hombres fuertes; diría incluso que me horrorizan. ¿Acaso se me puede reprochar? Creo que La Buena Novela es una idea insoportable para algunos por una razón que alcanza mucho más allá de su éxito: porque prefigura e inicia un cambio radical en las prácticas de quienes compran libros. En la historia se han visto grupos humanos, que parecían haberse acostumbrado a estar sometidos, despabilarse y liberarse de sus yugos. Casi siempre ha sido porque uno o varios agitadores les ayudaron a comprender lo que pesaba sobre ellos y, sobre todo, que podían liberarse. Si se aleja de La Buena Novela, si se aparta aunque solo sea mínimamente, no nos volveremos a ver. Ya se lo he advertido.

Jimena.»

¿Ya se lo había advertido? Quizá. Ivan bucearía más tarde en sus recuerdos. No podía fijarse más que en esa firma: Jimena. Su corazón saltaba de alegría. Jimena o las vacilaciones, inaccesible Jimena. Jimena dividida y contradictoria. Jimena abriendo los brazos a aquel al que no quiere ver, cerrando los ojos bajo sus besos: lo segundo quizá explicara lo primero.

DURANTE unos días, la gente comentaba sin cesar a Van y a Oscar los giros de la polémica, aquí y allá. La prensa es como una caja de resonancia, por no definirla como una simple oficina de registro. Las revistas y las radios retomaban las preguntas que estaban en boca de todos, siempre las mismas: ¿Es de verdad legítimo no vender más que grandes novelas? ¿Y cómo se hace? ¿Quién sabe distinguir el auténtico valor literario? ¿Quién se esconde tras La Buena Novela? ¿Quién financia la librería?

Y, al cabo de un tiempo, el debate murió. La actualidad es así: una noticia desplaza a otra. Los catorce miembros del Comité de Evaluación del COI visitaban París para estudiar *in situ* la candidatura de la ciudad para la organización de los Juegos Olímpicos del verano de 2012; todas las previsiones señalaban París como la ciudad favorita. La deuda pública en Francia superaba ya un sesenta y cinco por ciento del PIB y, de golpe, los medios de comunicación detectaban otra noticia y sus titulares se rendían ante ella. El barril de petróleo bruto alcanzaba ya los cincuenta y siete dólares, algo nunca visto. El Tribunal Europeo de Derechos Humanos condenaba a Rusia por sus crímenes en Chechenia; en cuanto a los crímenes cometidos por Sudán en Darfur, se adscribían a la competencia del Tribunal Penal Internacional.

Se podría pensar que, como toda innovación cultural en Francia, una vez sometida La Buena Novela a esta prueba de fuego a la francesa —un interrogatorio ideológico tan violento y convenido como aproximativo y sin argumentos—, el incidente no tendría ya mayores consecuencias y se permitiría que la librería retomara su curso como se había planteado. Pero el 17 de marzo, un jueves, *Le Poing* publicó tres páginas con el título: «Gran literatura y pequeños tejemanejes» y el subtítulo: «Investigamos al librero mediático de Odéon».

El propio Doultemont se lo entregó a Francesca ese mismo día para que lo leyera. Se disponía a salir, hacia las diez de la mañana, cuando un chófer de Cinéor la telefoneó desde su coche: «Un sobre para usted». Francesca encontró el periódico dentro y, grapada a la primera página, la tarjeta de visita de Henri, que se limitaba a indicar: «pp. 52 - 53 - 54».

«El librero de los ojos claros, el hombre culto con aires de Pierrot que refuta, con la mano en el corazón, las sospechas que pesan sobre La Buena Novela, no es ningún angelito.

»Ivan Georg no entiende qué se le puede reprochar a esa fantástica librería abierta hace seis meses con la consigna “Aquí no vendemos más que grandes novelas”, y que ha levantado una ola notable de interés y simpatía antes de suscitar, también, algunas preguntas. No, nunca ha ocultado su identidad. Sí, la página web de la librería lo cuenta todo sobre las normas que rigen la selección de los libros puestos a la venta. No, esta exigencia no responde a las normas del insano elitismo cultural, sino que

rubrica el honor de la librería (*Le Ponte* del 21 de febrero). De hecho, el señor Georg exhibe sólidos avales morales: el de Audrey Doudou, ahí es nada, pero también el del historiador Armand Delvaux, profesor del Collège de France (*Le Bigaro* del 21 de febrero), sin contar los centenares de turiferarios, lectores anónimos pero también docentes, escritores e intelectuales más o menos conocidos, que han manifestado su respaldo a La Buena Novela en el foro en Internet de la librería.

»A nuestro juicio, esta defensa se muestra muy imprecisa, y esas virtuosas reivindicaciones, muy generales. Ivan Georg, que habla a todo aquel que quiera escucharlo (o grabarlo) de su pasión por la literatura y de sus intenciones desinteresadas, no suelta prenda sobre sí mismo. No pronuncia una palabra sobre la trayectoria que lo ha conducido a encontrarse hoy a la cabeza de un establecimiento manifiestamente no rentable, pero que disfruta de una financiación considerable; ni una palabra sobre su experiencia en el sector del libro ni sobre su pasado. Hemos considerado que merecía la pena explorar esos puntos oscuros. Y hemos comprobado que no nos equivocábamos.

»Que la librería que otorga las certificaciones de calidad de las novelas la regente un hombre sin apenas estudios no es lo más grave. Le hemos escuchado repetir hasta la saciedad que no se ocupa él de la selección de los libros, sino un comité de expertos, cuya competencia afirma sin vacilar mientras guarda un silencio obstinado sobre la identidad de sus miembros.

»No. Que el propio señor Georg no se revele como una autoridad en materia literaria no es preocupante. Lo que ya nos da un poco más que pensar es la vida de aventurero que ha protagonizado antes de tomar las riendas de La Buena Novela. (...)

Francesca leía a toda prisa. Le habría gustado arrojar la revista a una papelera y perderla de vista para siempre; pero debía saber a qué se enfrentaba, cómo eran los ataques con los que pretendían hacerles daño. Aunque reparaba en una palabra de cada dos, el argumento se transparentaba letra a letra. Se centraban en tres acusaciones, y dedicaban un párrafo a cada una: «El maestro apartado de los alumnos», «Librero y ladrón» y «La cárcel».

Los investigadores habían localizado a padres de alumnos que, veinticinco años después, todavía recordaban los problemas del señor Georg con la jerarquía escolar. No duraron mucho, aclararon. «Pronto dejamos de verlo.» ¿Hubo quejas? «Por aquel entonces no era algo tan común como ahora» o «Pero, bueno, el ministerio de Educación debía de saber lo que hacía», respondían los padres.

Los investigadores entrecomillaban los rumores, o los formulaban en forma de interrogación. «Se dijo que...» «¿Cómo no suponer que...?» Los muy cerdos, pensaba Francesca, enfurecida. Qué cobardes. Se protegen de las querellas. Un jurista ha debido de repasar el artículo con lupa.

En el párrafo dedicado a los años en que Georg había trabajado como librero itinerante, Francesca reconoció lo que Van le había contado cuando se conocieron,

pero con muchos detalles diferentes. Qué historia más rara, ¿no?, la de este pequeño empleado que apenas vivía unos pocos meses en cada ciudad... ¿Se trataba de un simple peón, de un ejecutor sin más, o se dedicaba a extraños tejemanajes? Pequeños comerciantes obligados a vender por cuatro perras unos fondos editoriales cuya compra, poco tiempo después, merecía la pena por su rentabilidad... Y, para terminar —Francesca leía deprisa—, el desacuerdo entre el comanditario y el ejecutor. Y el robo. A ese respecto, los archivos policiales no dejaban lugar a dudas. En 1990, una noche, Georg había estrellado un coche contra la puerta de una librería de Briançon para después apoderarse de bienes de valor y desaparecer sin dejar rastro. «No llevé el asunto a los tribunales —declaraba su jefe de entonces, el editor Béraut— porque estaba asqueado.» «Extraña también esta actitud», observaban los investigadores.

Y, en tercer lugar, el reportero hablaba de un episodio más embarazoso. «Unos años más tarde, se rastrea la pista de nuestro hombre en una cárcel de Ankara. Allí faltan piezas del *puzzle*; los archivos presentan lagunas. Pero en la cárcel de Ulucanlar, los guardias recuerdan numerosas acusaciones: tráfico de drogas, de antigüedades, de documentos falsos...»

Sonó el teléfono. Los ojos de Francesca no podían retener las lágrimas. Se acercó al aparato repitiendo en voz alta «Diga», para que su voz sonara más firme. Era Van.

—Oh, Ivan —no acertó a decir nada más.

—¿Qué le ocurre? ¿Pasa algo?

Entendió, por su tono, que no habían recibido *Le Poing* en la librería.

—Van —rogó Francesca—, ¿puede pasar un momento por mi casa? Tenemos que hablar.

Llegó en menos de un cuarto de hora. Al encontrarse con él, Francesca confirmó que no había leído el artículo.

—Esta vez, el golpe es duro de verdad —lamentó, enseñándole la revista.

—¿Contra usted? —quiso saber Van.

—Contra usted, contra mí, contra nosotros. ¿No ha visto *Le Poing*?

—¿Otro artículo?

—Véalo usted mismo.

Se marchó a la cocina con la excusa de calentar café, para dejar solo a Ivan y permitirle leer sin testigos. Cuando regresó al saloncito, con una bandeja en las manos, Van aguardaba de pie, mirando por la ventana. Se giró hacia ella.

—Me han atacado de la manera más rastrea —musitó—. Puras calumnias, pero cada una tiene su fondo de verdad.

—No me diga más —lo cortó Francesca.

Pero Van se empeñó en definir para ella los límites exactos de la verdad y las fronteras a partir de las cuales se extendía la calumnia.

Era cierto que había participado en el movimiento de los pedagogos libertarios, recordó, alimentados por escritos sagrados como *Los niños libres de Summerhill*, igual que otros muchos profesores de los años setenta. Era cierto, también, que lo

habían expulsado de las filas de la Educación Nacional. «Creí que ya se lo había dicho», puntualizó. Era falso, en cambio, que se debiera a una historia de abusos sexuales. «Era una cuestión política, me lo busqué. No aplicaba ni una cuarta parte del reglamento y de las circulares», precisó con rabia. «Le daba la vuelta a los programas. Trataba al inspector con desdén.

»¿Los turbios tejemanejes ordenados por B. de ciudad en ciudad? ¿No recuerda que se lo conté? Mi tarea consistía en reanimar librerías moribundas». Es cierto que compraban los fondos por muy poco dinero; y cierto también que Ivan no había residido durante más de seis meses en cada ciudad; y que la relación con su jefe se envenenó —«Me despidió, sin un céntimo de indemnización»—, como también era cierto que en Briançon, una noche, Van utilizó su vehículo de trabajo como ariete para llevarse un *stock* de libros valiosos. «Es raro —ironizó Van—: estos tipejos que meten las narices en las vidas ajenas no han rematado la jugada, y han entregado un informe limpio de pegas sobre mi actividad posterior como vendedor de cómics. Y eso que se les presentaba un filón de hechos facilísimos de tergiversar; habrían bastado unas simples frasecitas con sobreentendidos.»

»Y, para terminar, lo de Turquía», concluyó. «A ese respecto sí debo disculparme con usted. Hay muchas cosas que no le he contado.»

Era cierto, sí, que había pasado una temporada en la cárcel. «Casi un año», precisó. «En condiciones espantosas. No me gusta recordarlo.» Pero era falso que lo hubieran acusado de traficante, tal como aseguraba ese periodista. «Malgastaba mis ahorros con el pensamiento de regresar a casa cuando ya no me quedara un céntimo. Ni que decir tiene que me lo birlaron todo en el trullo.» ¿Y el motivo de su encarcelamiento? «De lo más banal —le restó importancia Van—, no podía ser más tonto, más patético. No me enorgullezco de ello. Llevaba cannabis en los bolsillos. A decir verdad, desde hacía años, siempre llevaba un poco encima.»

Francesca lo escuchó hablar con la mirada perdida, fija en algún punto al otro lado de la ventana.

—¿Qué hacemos? —preguntó—. Personalmente, en casos así, yo me inclino por acudir a los tribunales.

—No es mi estilo —objetó Van—. Cuanto más lejos estoy de todo lo que tiene que ver con la justicia y la policía, mejor me encuentro. Será una vieja manía heredada de las ideas del 68. En este caso concreto, más bien temo que presentando el asunto ante la justicia solo conseguiríamos aumentar el alcance de estas mentiras.

—Pues yo opino todo lo contrario —replicó Francesca—. Contratar a un abogado y recurrir a la justicia siempre me ha parecido la solución más sencilla, y algo corriente. Mi abuelo fue difamado con frecuencia en el curso de su vida pública; él no perdonaba nunca un adjetivo fuera de lugar. Henri tiene siempre un par de causas abiertas. En general las gana, ¿sabe?

—No creo que se hiciera justicia en este caso —dijo Van—. Piénselo: alegaciones vagas, a propósito de asuntos de hace quince o veinte años. Algunos en Turquía... La

investigación se estancará. —Su tono era muy amargo—. Imagino que pensará que lo que busco es ocultar cosas peores que las que han inventado estos imbéciles.

—No crea eso, Van, por favor se lo pido. Si se considera amigo mío, borre esa idea de su cabeza.

Ivan necesitaba reflexionar a solas durante un tiempo. Volvió a la librería y se obligó a retomar su trabajo; sin embargo, las palabras de apoyo de los clientes — muchos se desplazaron hasta allí para charlar con él— le causaban tanto mal como bien. Subió a la primera planta para poder aislarse en su despacho.

Allí abrió un correo electrónico de Anis, enviado a mediodía. La joven le contaba que, tras leer el artículo de *Le Poing*, había decidido dejarle una nota en el buzón. Enseguida le había parecido que la rue Agent Bailly no respiraba como siempre: había más animación que de costumbre. Comprendió lo que ocurría cuando varios viandantes se detuvieron ante unos pequeños carteles. Treinta copias de las tres páginas del artículo de *Le Poing* estaban pegadas por las paredes, a la altura de los ojos, a ambos lados de la calle. «Ya no queda ni una», explicaba Anis con una mezcla de arrojo e inocencia. «No me ha llevado mucho tiempo: las he arrancado todas. Por eso sé exactamente cuántos ejemplares del artículo habían pegado.»

«¿Dónde está?», le escribió Ivan a su vez. No obtuvo respuesta.

Ya había tomado una decisión. Contestaría a las calumnias a través de Internet. Le parecía lo más sencillo y lo más rápido. Pasó una hora y media estableciendo con precisión la cronología de los hechos deformados por los seudoinvestigadores de *Le Poing*.

Apellido: Georg. Nombre: Ivan.

Fecha y lugar de nacimiento: 5 de septiembre de 1959 (Asnières).

1977 - 1980: primer curso de licenciatura en Filología inglesa en Nanterre y primer curso de chino en la Facultad de Lenguas Orientales.

1981 - 1982: École Normale.

1982: Primera sustitución en la escuela primaria.

Van no dejó ninguna laguna en esa especie de currículum.

1984: Expulsado de la Educación Nacional.

1985 - 1986: Empleado de Emerson Trust, en Virginia, Estados Unidos, como guía de recorridos turísticos elaborados a partir de la vida y la obra de grandes escritores estadounidenses.

1987 - 1992: asalariado de la Editorial Bérault como comercial.

1988: librero en Estrasburgo (asalariado de la Editorial Bérault).

1989: librero en Vichy, en Marsella (asalariado de la Editorial Bérault).

1990: librero en Vendôme, en Rennes (asalariado de la Editorial Bérault).

1991: librero en Charleville-Mézières, en Briançon (asalariado de la Editorial Bérault).

1992: despedido por Bérault sin miramientos y sin indemnización alguna.

Se atribuye en especie la mitad de las indemnizaciones que se le deben.

Noviembre de 1992: se establece en Pantin como librero de lance (especialidad: el cómic).

1996: Se marcha de viaje a Asia.

No ocultó nada.

2000 - 2001: detenido once meses en la cárcel de Ulucanlar, en Ankara, por haber sido sorprendido en posesión de treinta gramos de cannabis. No hubo ni acusación formal ni asistencia judicial ni juicio.

Septiembre de 2001-enero de 2004: asalariado de la Maison de la Presse de Méribel.

Febrero de 2004: asalariado de la sociedad por acciones simplificada La Buena Novela.

31 de agosto de 2004: inauguración de la librería La Buena Novela.

Van entregó su borrador a Francesca y, a las cinco de la tarde de ese 17 de marzo, la cronología apareció *on-line* en el Boletín de La Buena Novela, sin más comentario que una introducción de dos líneas: «A las calumnias, respondamos con hechos». Firmado: *Los librereros*.

De camino a su casa por la noche, Ivan remontó Agent Bailly con la desagradable impresión, por primera vez, de que alguien lo vigilaba. No se cruzó con nadie por la calle, salvo con un hombre que paseaba a su perro; Ivan se prohibió a sí mismo mirar, pues sabía que, si se decidía, no escatimaría en prevenciones. La pequeña Anis había hecho bien su trabajo. Van sintió una oleada de agradecimiento. Ya no lo acusaban carteles desde las paredes, y había que manejar tanta información como él para reparar, aquí y allá, en algún trocito de papel pegado.

Sintió alivio al llegar a su portal. «Eso significa que tengo miedo», pensaba, cuando se topó con las puertas de su edificio flanqueadas por las páginas del artículo de *Le Poing*, tres a cada lado. Las arrancó sin pensarlo. Las habían pegado de cualquier manera, con trozos de celo.

Así que se habían molestado en visitarlo dos veces por lo menos. O alguno de los que vino la primera vez regresó más tarde. O ese alguien no se marchó de la calle, observó a Anis arrancar los carteles, la dejó irse y luego fue a comprar otros dos ejemplares de *Le Poing* para rematar su trabajito.

Van no lograba conciliar el sueño. ¿Era posible que las dos pegadas de carteles no dependieran la una de la otra? ¿Que dos personas que no se conocían hubieran coincidido en la idea de divulgar el artículo difamatorio en la rue Agent Bailly, estando una de ellas encargada de una tarea de repetición, y la otra, de precisión?

Saltó bruscamente de la cama, se echó su parka sobre los hombros a la vez que abría la puerta y bajó descalzo la escalera, a todo correr. Anis hablaba de una carta en el mensaje que le había enviado. Diez veces se había preguntado Van aquella tarde si al final la habría dejado en su buzón o no.

Sí, porque una señal de amistad era, ese día, más que bienvenida. No, porque esa notita la había escrito antes de descubrir los carteles en la calle, y ya no tenía sentido.

Allí estaba la carta. Van hizo pedazos el sobre para abrirlo mientras subía de nuevo hasta su casa.

Anis solo había escrito una línea, entre comillas: «Lo esencial está amenazado sin cesar por lo insignificante». Anis citaba a René Char.

«Qué típico de una chica joven», pensó Van. Y qué serio. Había esperado algo así como: «Un abrazo».

¿Acaso era tan diferente, en el fondo, lo que había escrito Anis? ¿La hermosa frase de Char no significaba: «Estoy con usted», o expresado de otro modo: «Estoy muy, muy cerca de usted», es decir: «Le beso los párpados»?

No, se repetía Ivan. No. Significaba: «Su camino es el adecuado, estas calumnias contra usted no hacen sino confirmarlo, resista». Y no: «Sueño con estar entre sus brazos». No, eso no.

DURANTE unos días, la prensa regresó a la biografía de Ivan según el mismo esquema, confrontando término a término las alegaciones de *Le Poing* y la defensa de «los libreros». El balance arrojó un clarísimo resultado: una franca desventaja para *Le Poing*. Sin embargo, como ocurre siempre en estos casos, el peor parado fue Van; su imagen pública y, más aún, su propia imagen de sí mismo.

Esos mismos días confluyeron en la librería señales de simpatía y respaldo en todas las formas imaginables: cartas, correos electrónicos, faxes, ramos de flores, abrazos y apretones de manos.

Iannis Arban, el cineasta, al que nunca habían visto —o reconocido— en la librería, escribió una tribuna en *L'Idée* sin avisar a nadie. En ella trazaba un paralelismo entre las tribulaciones de La Buena Novela y las de la librería de François Maspero, *La alegría de leer*, en los años setenta y ochenta. «Cada generación asiste al nacimiento de una librería distinta a las demás», escribía. «Sin duda es demasiado atractiva, ha logrado demasiado éxito en escaso tiempo. Rápidamente es objeto de ataques, unas veces frontales pero, con mayor frecuencia, encubiertos, subrepticios. (...) Y es que demasiada gente ha centrado su interés en acabar con ella. La conjura de los mediocres y los envidiosos solo tiene un arma, y es que es innumerable. (...) Consiguieron hundir la librería de Maspero. No dejemos que ocurra lo mismo con La Buena Novela (...).»

Por mucho que Ivan festejara cada uno de estos gestos de apoyo, los bulos sobre su pasado lo afectaban más de lo que él mismo imaginaba. Esto causaba en Francesca un hondo sufrimiento. Una especie de melancolía se había abatido sobre ellos; una tristeza que disfrazaban mientras estaban separados, pero que se reavivaba en cuanto se encontraban los dos a solas. Y eso que ambos se esforzaban por disimularla, exagerando su belicosidad y mostrándose ferozmente alegres.

Recibieron en la librería una carta certificada de un gran bufete de abogados. La Editorial Nada consideraba, explayándose en dos páginas y a través de su abogado, el señor Kipper, que la política comercial de La Buena Novela constituía un rechazo de venta, e instaba a su director, o a «su consejo habitual» a contactar con el señor Kipper en un plazo máximo de ocho días, pasado el cual el abogado se sentiría con la libertad de iniciar un procedimiento judicial con vistas a hacer valer los derechos de su cliente.

—Anda, parece que por fin se despiertan estos —resopló Francesca. Se inclinaba por desdeñar el requerimiento y no contestar—. No vamos a tomar en consideración cualquier estupidez que afirmen sobre nosotros.

Van consiguió que rebajara la radicalidad de su postura.

—Habitualmente es usted la que me aconseja —suavizó—. La comprendo. Pero no tenemos ni un solo libro de esta editorial en nuestra librería, y apuesto a que nunca

lo encargaremos. Póngase en su lugar.

Esperó nueve días y respondió con unas líneas. Negaba rotundamente que en La Buena Novela se hubieran opuesto nunca a vender un libro. «Por supuesto, no disponemos en nuestra librería de todas las obras del mercado. Pero conocemos nuestras obligaciones. Siempre le proponemos al cliente la posibilidad de encargar el libro deseado. Les desafiamos a demostrar que no lo habríamos hecho si nos lo hubieran pedido. Todas sus publicaciones se pueden adquirir en nuestra librería.»

Ya no lo invitaban a los platós de televisión. «Ya era hora de que eso terminara», suspiraba Van. «Menos mal que los fenómenos mediáticos jamás resisten más de unos meses. Por mucho que te tomes esa clase de invitaciones a la ligera, desgasta más energía de lo que parece. Te ocupa la mente en exceso.»

Van recuperaba poco a poco su energía y su calma. «¿Sabe? —confió a Francesca a mediados de abril—, las ventas no disminuyen. He calculado, comparado, y la tendencia aumenta incluso. Mucha gente continúa frecuentando la librería, y las ventas por Internet tampoco han descendido. No se puede excluir la posibilidad de que los clientes sean más numerosos y que compre un poco menos cada uno, eso es imposible de comprobar: ¿pero quién sabe si no son los mismos los que se acercan más a menudo y escalonan sus compras? Para tener una visión más exacta, habría que poder asociar cada compra a un comprador. Esto es posible cuando el pago se realiza con tarjeta de crédito o con talón. Pero el ochenta por ciento de las compras se efectúa en metálico.»

La polémica suscitada alrededor de la librería y el eco que les brindó durante semanas originaron, además, que la idea de la librería, sus principios, atrajera a varios apasionados de la novela repartidos por todo el mundo, y les contagiara el deseo de lanzarse a una aventura análoga en sus países. En abril llegaron tres solicitudes de información procedentes de Berlín, Milán y Buenos Aires. Se trataba de solicitudes muy precisas (balance, cuenta de resultados, flujos de liquidez) por parte de particulares casi completamente decididos a abrir, cada uno en su ciudad, una librería similar a la suya, una franquicia de La Buena Novela.

Van se mostraba receloso.

—Cualquier dato que facilitemos puede volverse contra nosotros. No me apetece responder. Ya conocen lo suficiente sobre nuestra librería como para lanzarse a ello si les interesa.

Francesca, por el contrario, contemplaba con buenos ojos esos proyectos de esbozos.

—¡Nosotros, que soñábamos con un verdadero movimiento, una revolución en la actitud de los compradores de libros, aquí lo tenemos! ¿Se imagina que llegue un momento en el que exista una librería como la nuestra en cada gran ciudad? ¿El cambio que podría producirse?

»Y, además, recuerde —continuaba Francesca—: en Méribel, durante aquella semana en la que reflexionamos todas las noches sobre la librería de nuestros sueños,

llegamos a la conclusión de que, para lograr nuestro objetivo, necesitaríamos una librería así pero inglesa y en Inglaterra, una italiana en Italia, una española, una alemana, con una selección diferente cada vez, centrada en cada ocasión en un área lingüística y en un patrimonio literario particulares, de la misma manera en que en La Buena Novela se privilegia un fondo editorial francófono.

No veía el riesgo de comentar con otras personas la manera en la que funcionaba su librería.

—Resulta evidente que mantendremos en secreto lo que proceda.

Van aceptó, con la condición de que los interesados se desplazaran hasta París, para conocerlos, y de que ellos también hablaran de sí mismos.

—Que podamos saber si se trata de verdaderos hermanos.

Ocurrió ese mismo día, a mediados de abril, en el que se rendía a los argumentos de Francesca y cedía a su entusiasmo, en el momento en que concluyó su frase, cuando el sonido de sus últimas palabras —«verdaderos hermanos»— flotaba aún en el silencio que siguió —un silencio un poco inesperado, prolongado en exceso—, al levantar la cabeza, cuando Van reparó en la mirada de Francesca fija sobre él, particularmente preocupada, y la escuchó preguntar: «Van, ¿sabe usted que ya no lo considero un mero socio?». Fue el día en que él le hablo de Anis por primera vez, el día en que le confesó que su historia no era sencilla y que no sabía dónde lo conducía. Francesca parecía una niña a la que hubieran sorprendido tramando una travesura: estaba increíblemente hermosa, con un vestido fino de punto, algo rugoso, casi blanco. Se corrigió, empleó unos términos que Van no llegó a comprender bien y, cambiando de tema, habló de la posibilidad de contratar a Anis en la librería. «Se lo preguntaré», prometió Van.

No lo hizo ese mismo día. Él también se sentía bastante turbado tras su conversación. Aún perduraban en su memoria los ojos preñados de ansiedad de Francesca; todavía resonaban las palabras que había empleado para corregirse y que él no había entendido bien. «No quería decir nada especial, no se confunda. No espero nada de usted.» Su propuesta de contratar a Anis era muy propia de ella, excesiva, conmovedora. ¿Ambigua? Van no lo creía así.

No encontraba la manera de trasladarle la propuesta sin que Anis dedujera que había hablado de ella con Francesca. ¿Cómo se lo tomaría? Parecía albergar hacia Francesca sentimientos encontrados. Van recordaba su reacción: «Sí, ya lo sé, un hada». ¿Debía optar por la imprecisión y obviar, sin más, que la propuesta había salido de Francesca? Pero si Van le explicaba como algo de lo más natural que necesitaban gente en la librería, que la actividad febril les obligaba a contratar a alguien y que se le había ocurrido comentárselo, Anis daría media vuelta. Van ya imaginaba sus protestas: «¿Quién le ha dicho que estuviera buscando trabajo?».

Ella espaciaba metódicamente sus citas. Solo toleraba verlo con la condición de ser ella quien tomara la iniciativa. ¿Cómo iba a pensar que aceptaría compartir el mismo espacio con él cada día, durante tantas horas? Más impensable todavía, ¡que

aceptara trabajar con él!

Van vaciló dos días. Calibró un sinfín de escenarios posibles y, por fin, se tiró a la piscina. La carta en papel, consideraba, había que reservarla para las palabras de amor. ¿El teléfono? No habría asimilado bien que su mensaje no recibiera contestación alguna. No se lo explicaba, pero era así: una llamada sin respuesta se le antojaba más dolo rosa que un correo electrónico sin respuesta. Durante tres cuartos de hora delante de su ordenador, inmóvil, estudió diez estratagemas distintas: anuncio de periódico, seudomensaje de la universidad, seudofavor de un seudocompañero de clase... y, al final —a eso de la medianoche— se jugó el todo por el todo, y decidió ser lo más directo posible:

«Cuando Francesca se empeñó en contratar a alguien en La Buena Novela aparte de a mí, el pasado mes de agosto, puede estar segura de que me acordé de usted. Pero en aquel momento acababa de mudarse a París. Paradójicamente, usted espaciaba nuestros encuentros. No me atreví a hablarle de ese puesto en la librería. Habría podido pensar que se trataba de una estrategia por mi parte. Tenía demasiado miedo de que se burlara de mí.

»Actualmente, Francesca pretende contar con un tercer librero. Ha delegado en mí la tarea de elegirlo. ¿Acaso debía ocultarle este hecho?»

Van dudó todavía unos quince minutos largos, sopesando si añadir o no una fórmula de cortesía. No, decidió por fin, y pulsó el botón de «Enviar». En ese instante, cayó en la cuenta de que se le había olvidado firmar su misiva. Envió un segundo mensaje, con el asunto: «Continuación, que no final», que consistía en una única palabra, «Ivan», y, extenuado, se fue a la cama.

Recibió la respuesta tranquila de Anis, por la misma vía, veinticuatro horas más tarde.

«No, no podía ocultarme algo así. Es un sueño de trabajo. Pero...

¿tengo que repetirle que dispongo de poquísimo tiempo?

A.»

Van no entendía nada. No se le ocurrió nada mejor que enseñarle el mensaje a Francesca.

—¿Qué interpreta usted aquí?

«No», «hábleme», «sueño», «terror», «tiempo» y, para terminar, una «A» que suena algo privativa. Está bastante claro.

—¿Usted cree?

—¿Usted no? Pues es bastante comprensible. Se podría traducir así: «Hoy no es posible, por mucho que me apetezca. Me esfuerzo por reducir mis angustias. Deme tiempo. Hábleme».

—¿Por qué? ¿Por qué no es posible, y por qué he de darle tiempo?

—Ese, Ivan, es el enigma que le corresponde resolver para avanzar: a usted, y a nadie más que a usted. Lo mío es mucho más sencillo. Mantengo mi oferta de empleo para esta pequeña esfinge. No pasa nada por esperar unas semanas, pero sería mejor

que usted no se lo recordase. No conteste. No insista, sobre todo. No vuelva a hablar del tema. No le digo yo que no pueda ocurrir que, pasado algún tiempo, le pregunte, como quien no quiere la cosa, si ya está cubierta la vacante.

A Van le encantaba dejarse aconsejar así. Cuando había actuado con su propio criterio, las reacciones de Anis lo habían desconcertado; hasta le habría gustado, ahora, tener algunas directrices concretas que seguir. Obedeció muy agradecido, sobre todo porque, desde hacía tiempo y *motu proprio*, intentaba no alejarse de la línea que había esbozado Francesca.

Sus días transcurrían en la librería y, en primavera, incluso algunas noches. A las once o las doce de la noche no reunía ánimos suficientes para volver a su cuchitril, de modo que se quedaba dormido como un tronco, boca arriba, sobre la alfombra.

En La Buena Novela pervivía la misma tranquila efervescencia, la misma intensa complicidad. La situación había retomado su curso habitual y, los clientes, su economía de palabras acostumbrada. Las señales de apoyo ya no resultaban explícitas pero sí perceptibles en gestos discretos, ciertas sonrisas: una manera de estrechar la mano al librero que no parece común en París; esos «¡Venga!» pronunciados con fervor en lugar de un simple adiós. Francesca jamás resucitó, en sus conversaciones con Van, el fantasma de las supuestas revelaciones de *Le Poing*. Él retomó el tema una vez, por iniciativa propia. Oscar había llegado esa mañana a la librería muy impresionado por *Novela con cocaína*, de Agueiev, que lo había tenido en vela casi toda la noche. «Un libro que no se olvida, en efecto», confirmó Van.

Francesca no lo había leído. Preguntó si había que añadirlo al fondo de la librería.

—No me gusta la maldad de esa historia —lamentó Van—. Pero ese no es un buen criterio. Voy a someter la propuesta al comité. Francesca... —Vacilaba—. Le debo una información sobre mí. El libro de Agueiev me lo ha recordado. Le conté que durante varios años no podía vivir sin sustancias tóxicas. Aquello se acabó.

—No necesito que me aclare nada al respecto —lo interrumpió Francesca.

—Me he dado cuenta, y se lo agradezco. Sin embargo, soy yo quien le pide que me escuche, tan solo dos minutos. A menudo me he preguntado a mí mismo por las razones que empujan a una persona a drogarse. En mi caso, se limitaban a una, poderosísima, destructiva: sentía asco de mí mismo, creo; quería escaparme y olvidarme de mi vida. Acompañarme siempre de lo necesario para esa evasión se convertía en una garantía de que, cuando lo deseara, podría escapar, ¿me entiende? Largarme a otra parte. En la cárcel tuve que dejarlo de golpe, a la fuerza; fue horrible. Pensé que me iba a volver loco. Hasta que recuperé cierto equilibrio y, al cabo de varias semanas, constaté que conseguía soportarme. Cuando volví a Francia, continué viviendo sin drogas.

Francesca no solía decir nada; solo te miraba. Te miraba fijamente. Ninguno de aquellos a los que miró de esa manera, y desde luego tampoco yo, ha olvidado su manera de hacerlo, con esos ojos suyos tan apasionados y tristes, tan expresivos aunque se mostraran velados, tan cambiantes, tan especiales.

«No se confunda, no espero nada de usted, no iba a pedirle nada»: Van pensaba a menudo en la extraña manera en que había rectificado sus palabras después de haber reconocido lo que parecía un fuerte sentimiento hacia él, al fin y al cabo. Y, cada vez que lo pensaba, le volvían a la cabeza sus versos preferidos de Laforgue:

«¿No piden Nada con el alma (...) y concluyen las frases más locas diciendo: Dios mío, no insistamos?»

Si se hubieran acercado a ella aquellos que, por aquel entonces, perseguían a Francesca con su mira y ajustaban el tiro, si, a un metro de ella, se hubieran cruzado con su mirada, ¿habrían podido apretar el gatillo?

La página que se publicó sobre ella en *Le Ponte* el 20 de abril llevaba por título «La verdadera elegancia literaria». La firmaban uno de los periodistas de la sección internacional y la especialista en moda. «Hemos descubierto qué se esconde detrás de la sociedad civil Épicéa, propietaria de La Buena Novela», empezaba el artículo. «Esta sociedad civil pertenece exclusivamente a una rica heredera italiana.» Desgranaban datos más o menos exactos sobre la familia Aldo-Valbelli, los *condottieri*, los banqueros del Renacimiento, los armadores del siglo XVII, los eruditos del XVIII, los industriales del XIX, las personalidades del XX, aquella entusiasta del teatro *underground* de los años sesenta en Londres, aquel a quien su pasión por los coches de carreras había precipitado al Adriático desde lo alto de una carretera de montaña y, por supuesto, el gran historiador antifascista fallecido en 1977.

A partir de ese punto, el artículo viraba en tono y registro. El periódico había localizado una fotografía de Francesca vestida de gala, con escote palabra de honor y una copa en la mano, riendo sobre un fondo de balaustradas italianas y de Riviera. Para trazar su retrato ya no aportaban ningún dato real; solo deslizaban aseveraciones en frases huecas, clichés y banalidades. Una juventud dorada, sin estudios superiores, con numerosos pretendientes rondando a su alrededor. Sin profesión; total, ¿para qué? Un matrimonio con un gran empresario francés que, si bien encabezaba el grupo Cinéor (cadenas de televisión, estudios cinematográficos, películas), no se mostraba como un hombre de cultura. Su esposa carecía de experiencia en el mundo de la edición o del libro. «Tan solo un barniz cultural de gran esnob que prefiere citar a Gadda antes que a Gavalda, cuando solo ha leído a la segunda.» Una notoria incapacidad para detectar nada que no fuera grande —«Se es altivo o no se es»—, y una altanería manifiesta en cada instante, cada gesto, cada palabra.

«¿Si fuera una librería? Solo podría ser La Buena Novela. Pues la señora exhibe veleidades y caprichos; los ha coleccionado, los ha desechado, y los ha sustituido por otros nuevos a su antojo. Como afirma alguien de su círculo íntimo, “La poseen caprichos, manías, que apenas duran un año o dos; se interesó por la fundación en memoria de su abuelo, por el Palacio Valbelli, en la isla de Orta, que mandó restaurar lujosamente, por un joven escultor noruego, por su hija... El año pasado se autorregaló una librería que, por supuesto, no podía funcionar como las demás, sino que tenía que declararse la más bonita, la más elegante y la más elitista del mundo”.»

—Todo esto pasará —trataba de consolarla Ivan—. Al cabo de cierto tiempo, no la afectará. Esta clase de cosas le desgarran a uno la piel, pero luego la herida cicatriza y duele menos. Y no, no creo que cambie en nada la imagen de la librería. Este artículo es totalmente ajeno a lo que conocen quienes han traspasado el umbral de La Buena Novela.

Francesca desapareció dos días después de que se publicara el artículo. «Para escribir», aclaró a Ivan más tarde.

—Estaba alerta. Necesitaba encontrar la manera de replicar para que ese artículo no me aniquilara. Lo que me ha dolido no es lo que afirma sobre mi familia. Lo que me ha enfurecido es una sola palabra.

—Sí —escuchó Van.

—«Su hija». «Se interesó por su hija, un capricho más entre tantos otros»: ya está, se acabó, no podían hacerme más daño, y de forma más cruel. Esta alusión tan breve parece el colmo del tacto y la delicadeza (ese «No diremos nada de ese drama»), pero da a entender con mucha precisión algo así como: «Esta mujer, por su frivolidad, destrozó la vida de su hija». Eso es lo que uno recuerda al leer el artículo, aunque lo desconozca todo sobre mi vida. Es realmente clavarme una aguja ardiendo en el corazón, y casi prefiero no saber quién es el allegado que, según el artículo, pronunció esas palabras, si es que existe.

»Escribí largo y tendido qué ocurrió en realidad, quién era Violette, cuantísimo la quería. Durante horas, sin apartar la pluma del papel: más de cien páginas.

»Y así, según transcurrían el tiempo, comprendí lo que pretendía el artículo de *Le Ponte*: más allá del retrato de una mujer mundana y ridícula, golpeaban con perversidad, también, nuestra librería. Atacan a la gran esnob y, de paso, devalúan todo cuanto toca. Había imaginado que algo de esto ocurriría, ¿se acuerda? Pero no un ataque tan retorcido... En el fondo, uno se dice: todo esto no es más que mera frivolidad, todo esto es profundamente elitista.

»Y me centré en otro texto. Lo que había escrito sobre mi hija y que pensaba difundir me lo voy a guardar. Nadie tiene por qué saberlo. Pero sí me gustaría que se publicara lo que redacté después. Tenga.

Le tendió unas hojas manuscritas.

—¿Dónde se marchó? —le preguntó Ivan.

—Hay un pequeño monasterio de benedictinas en Montmartre: ya me acogieron una vez, cuando estaba destrozada.

El texto de Francesca, firmado por ella misma, se publicó en *Le Ponte* ocho días más tarde. El periódico pretendía dárseles de imparcial y objetivo; debía preferir, después de todo, publicar las líneas de Francesca en sus páginas antes que leerlas en otra parte.

«El año pasado, Ivan Georg y yo abrimos una librería en París a la que llamamos La Buena Novela, para que su razón de ser estuviera clara.

»El proyecto se entendió bien y debió de responder a alguna necesidad existente,

pues el éxito fue inmediato.

»¿A quién puede hacerle sombra esta librería? ¿Quién nos odia hasta el punto de querer aniquilarnos? Desde hace cuatro meses somos el blanco de ataques violentos, tanto en la prensa como en Internet.

»Para denigrarnos se ha invocado nuestro supuesto elitismo, nuestra predilección por la calidad literaria, que al parecer se considera reaccionaria, se ha insinuado un vínculo sospechoso entre la librería y el gran capital y, desde hace muy poco, también se ha hecho referencia a nosotros mismos y a nuestras vidas privadas, la de Ivan Georg y la mía, con falsas y terribles acusaciones.

»Pensar así es equivocarse profundamente sobre lo que buscamos y lo que es La Buena Novela.

»Desde que existe la literatura, el sufrimiento, la alegría, el horror, la gracia, todo lo grande que hay en el hombre, ha generado grandes novelas. Con frecuencia, esos libros excepcionales no se conocen. Corren el riesgo permanente de caer en el olvido y, hoy en día, cuando la cantidad de títulos publicados resulta inabarcable por su número, el poder del *marketing* y el cinismo del comercio se afanan por que no se los pueda distinguir de los millones de libros anodinos del mercado, por no calificarlos de vanos.

»Pero esas novelas magistrales hacen mucho bien. Embelesan. Ayudan a vivir. Instruyen. Se ha convertido en algo necesario defenderlas y promoverlas sin tregua, pues no es sino una ilusión pensar que podrán brillar ellas solas. No nos mueve otra ambición.

»Reclamamos libros necesarios, libros que leer al día siguiente de un entierro, cuando has llorado tanto que ya no te quedan lágrimas, que ya no te mantienes en pie, calcinado como estás por el dolor; libros que aguarden ahí, atentos y pacientes como seres queridos, cuando has ordenado la habitación del hijo muerto, copiado sus escritos íntimos para que te acompañen durante la eternidad, respirado mil veces su ropa en el armario y cuando ya no resta nada por hacer; libros para las noches en que, pese al agotamiento, no puedes dormir y querrías simplemente liberarte de esas visiones obsesivas; libros que estén a la altura y que no abandones cuando la voz suave de un policía te repita: “No volverá a ver a su hija con vida”; cuando ya no aguantas más el hecho de seguir buscando con desesperación al pequeño Jean por toda la casa, y luego por todo el jardín, cuando veinte veces cada noche lo descubres en el estanque, boca abajo en treinta centímetros de agua; libros que regalar a esa amiga cuyo hijo se ahorcó, en su habitación, hace dos meses que parecen una hora; a ese hermano a quien la enfermedad transforma en un ser irreconocible.

»Cada día Adrien se corta las venas, Maria se emborracha, a Arnaud lo atropella un camión, violan a una niña chechena (turcomana o kurda) de doce años; cada día Véronique enjuga las lágrimas de un condenado, una anciana sujeta la mano de un moribundo atrozmente desfigurado, un hombre recoge a un niño anonadado entre cadáveres.

»No necesitamos libros insignificantes, libros huecos, libros confeccionados para gustar.

»No queremos libros escritos sin mimo, de prisa y corriendo: “Vamos, termíneme esto para julio, en septiembre se lo lanzo como es debido y vendemos cien mil ejemplares”, “Trato hecho”.

»Queremos libros escritos para nosotros que dudamos de todo, que lloramos por nada, que nos sobresaltamos ante el más mínimo ruido.

»Queremos libros que hayan costado mucho a su autor; libros en los que se hayan depositado sus años de trabajo, su dolor de espalda, sus crisis, su temor a veces a la idea de perderse, su desánimo, su valentía, su angustia, su cabezonería y el riesgo que ha asumido de fracasar.

»Queremos libros espléndidos que nos sumerjan en el esplendor de la realidad y que nos mantengan ahí; libros que nos demuestren que el amor obra en el mundo al lado del mal, muy cerca, a veces de forma indistinta. Y así continuará, igual que siempre. El dolor desgarrará los corazones.

»Queremos buenas novelas.

»Queremos libros que no eludan nada de lo trágico de la condición humana ni de las maravillas cotidianas; libros que nos devuelvan el aire a los pulmones.

»Y aunque solo hubiera una por decenio, aunque solo se publicara un *Vidas minúsculas* cada diez años, nos bastaría. No queremos nada más.»

LA respuesta de Francesca tuvo un eco considerable. Decenas de periódicos y de revistas, centenares de páginas web reprodujeron su texto.

No tardó en aparecer un panfleto en el que solo figuraba la segunda parte del texto, a partir de «Queremos libros necesarios...». Esa suerte de manifiesto circuló durante meses impreso de mil maneras, siempre con mimo, a veces en un papel muy bonito. A menudo el formato se asemejaba al de un poema, con puntos y aparte. Cada verso empezaba por la palabra «libros»:

Libros que estén ahí como seres queridos...
 Libros para las noches...
 Libros que estén a la altura...
 o por la idea de «queremos»:
 No necesitamos...
 No queremos...
 Queremos...

Esa página se reprodujo en todas las paredes, en las bibliotecas, en las puertas de los cines, en las ventanas de los cafés y en numerosas librerías. «Siempre llevo un taco en el bolso», admitió Anis ante Ivan en un correo electrónico. «Se lo doy a todo el mundo.»

De la declaración de Francesca se editó incluso un librito extrafino, de notable hermosura, acompañado de un corto prefacio que resumía el contexto, y con varias páginas en blanco que suscitaban el deseo inmediato de anotar en ellas citas y títulos, todo ello encuadrado con unas tapas azul celeste donde solo figuraba el texto: *Las buenas novelas*.

Francesca recibió ese librito por correo, a su nombre, en su domicilio de la rue Condé. Ese hecho la preocupó.

—¿Es que todo el mundo sabe dónde vivo? ¿Por qué no lo acompañan de ninguna nota?

—No tiene importancia —la tranquilizaba Van—. Olvídelo. Debe de ser de algún admirador que habrá redactado cuarenta borradores, pero al final no habrá conservado ninguno. O pertenecerá a un vecino, qué sé yo; un joven de treinta años que la conoce desde hace tiempo.

Francesca negaba con la cabeza.

—Ahora ya me da miedo todo.

—Es normal después de una agresión así. Yo ya no siento miedo. Estoy convencido de que su texto ha marcado un punto y aparte. Las polémicas del estilo de

la que hemos protagonizado pueden interrumpirse de golpe, ¿sabe? Así ha ocurrido muchas veces. La gente se exalta y luego se cansa. La actualidad proporciona todos los meses una nueva razón para indignarse.

De hecho, ya no volvió a aparecer ningún artículo en la prensa sobre la librería. Qué más podían añadir que no hubieran difamado ya, pensaba Ivan, que también tenía sus malos momentos.

También en Internet se había extinguido la polémica. Los foros vinculados a La Buena Novela recuperaron su pasión por los libros y la literatura. Se reavivaba un nuevo interés por Jane Austen, pues acababan de adaptarse al cine dos de sus novelas; dos películas de gran éxito, que recibían el aplauso del público. A menudo se citaba a Anna María Ortese por una novela escrita dos años antes de su muerte y que se publicaba ahora en francés, *Alonso et les visionnaires*, que sumergía al lector en los años de plomo italianos, muy al estilo de la autora, fantástica y desesperada. Los admiradores de Christian Oster daban la bienvenida a la publicación de *L'imprévu*. Un autor novel, Stéphane Audeguy, llamaba la atención por la maestría de su primera obra, *La teoría de las nubes...*

Francesca, pese a todo, no terminaba de sentirse tranquila: no comprendía la razón por la que los enemigos de La Buena Novela parecían haber abandonado su presa. Después del juicio ideológico, después de la calumnia, ¿cuál es el siguiente paso que da un salvaje? ¿La agresión física? ¿El chantaje? ¿La violencia sin más?

Un sueño la angustió durante varios días: habían prendido fuego a la librería. Todo ardía y, como en las más oscuras pesadillas, todo se derrumbaba, reducido a cenizas, en medio de un gran silencio. Ni las paredes ni los libros: nada sobrevivía.

A Ivan lo preocupaba otra cosa. Si la polémica parecía haberse calmado quizá se debiera a que la calumnia había surtido efecto, pensaba. Se le ocurrió esa idea tras escuchar una declaración del ministro de Cultura. No se trataba de una toma de postura con respecto a la librería, por supuesto, sino de una simple frasecita, inocente en apariencia, quizá revestida de un significado diferente, pronunciada al final de una rueda de prensa sobre los presupuestos para Cultura. Cuando, por casualidad, le preguntaron por el mundo del libro, hizo una alusión a «algunos, en el ámbito de las librerías, que querrían que la cultura se limitara a lo sublime». «Si existen cumbres — se exaltó el ministro, entregándose a la metáfora con una embriaguez de padre de la novia al final de un banquete—, es porque existen las montañas. La cultura es un todo. No escalaríamos cumbres sin bases, sin suaves pendientes y sin praderas, sin altitudes menos pronunciadas. El espíritu de la democracia implica apreciar el todo, ensalzar el todo, valorar el todo, y permitir que la libertad individual exprese sus preferencias en ese ámbito como en todos.»

«A mí, por ejemplo —concluyó, dejándose arrastrar por la demagogia—, me gustan los libros de aventuras y las películas de época porque me en-tre-tie-nen. ¡Y la clave de la cultura y el arte es justamente el placer!»

Van recordaba con claridad esas declaraciones ante las que, en otro tiempo, se

habría encogido de hombros: se parecían tanto a otras... En varias ocasiones ya, algunos clientes de la librería le habían confesado que la gente los juzgaba con desdén cuando se referían a La Buena Novela.

—Ah, sí, esa librería intelectualoide...

—Estrecha de miras...

—Anticuada...

Cuando se estancan, las polémicas legan siempre una impronta a los espíritus, una impronta siempre negativa: «Ah, sí, ya caigo, ese médico que se metió en problemas con la justicia». «¿Quién, fulano? ¿El novelista al que acusaron de plagio?» Aunque el médico fuera absuelto, aunque se demostrara que el novelista no era culpable, la sospecha persistía. Algo así debía de pensar la gente sobre La Buena Novela, un lugar común asesino y ramplón: «Ah, sí, esos aburridos. Esos pelmazos...».

Francesca olvidó una cita. Van la encontraba algo cambiada. No se atrevía a preguntarle si Doultremont se mostraba algo más amigable o todo lo contrario.

Un día en que, mientras hablaba con ella, comprobó que no lo escuchaba, la reconfortó apoyando la mano sobre su brazo:

—¿Qué ocurre? ¿Ha recibido nuevos obsequios de admiradores secretos?

—Es usted la persona más dulce que conozco —agradeció ella, sonriendo. —Las lágrimas resbalaban por sus mejillas—. No —continuó, recuperándose un poco—, no se trata de nada nuevo. Duermo muy mal, eso es todo. No tiene importancia, estoy acostumbrada. No he de aprobar ningún examen ni me queda ninguna decisión por tomar. Se ocupa usted de todo en la librería.

—Sin usted yo no soy nada.

—Vamos... Yo soy quien debería decir eso.

—Es usted mi inspiración.

—Y usted mi aliento, mi energía.

—No me gustaría ser indiscreto, pero su marido... ¿manifiesta un mínimo de solidaridad?

—A su manera. Me ha dicho: «Así son los negocios, querida. A veces muy emocionantes, y siempre brutales. Lo curten a uno».

Un jueves del mes de mayo, a primera hora de la tarde, Francesca se dirigió en coche al hotel Drouot, donde se subastaban las colecciones de un gran bibliófilo. No le interesaban los libros valiosos, sino los demás: junto a obras carísimas y ediciones codiciadas por los coleccionistas, se vendían ese día varios centenares de novelas en ediciones corrientes, sin duda las que en realidad entretenían las horas del bibliófilo. Entre todas ellas, Van había identificado varios títulos agotados, difíciles de encontrar.

Francesca pudo comprar más o menos todo lo que habían previsto. Los libros ocupaban, en total, tres cajas de cartón; un comisionista la ayudó a llevarlas hasta su coche, que había aparcado en la rue Laffitte. Cuando estaba a punto de sentarse al volante, antes de abrir la puerta, encontró una hoja de papel, doblada por la mitad,

debajo de uno de los limpiaparabrisas. «Publicidad», pensó sin aprensión, desdoblándolo. Se trataba una hoja blanca de lo más corriente, con dos palabras escritas en diagonal, a mano, en letras de enorme tamaño: «¿Usted aquí?».

—Esto significa que me han seguido. Que han visto dónde aparcaba.

—O que la han reconocido. No es difícil, ¿sabe? No pasa usted inadvertida. Pero no descartemos que se trate de una equivocación, y que esa notita se dirigiera a otra persona.

—En ese caso la habrían firmado, aunque solo fuera con una inicial. No se esfuerce, Van. Esta nota era para mí, y bien dirigida a mí, reconózcalo. Parece hecha a medida. «Usted aquí»: en otro contexto, esas dos palabras implicarían cordialidad, amabilidad. Pero en este caso quieren decir: «No se nos escapa ninguno de sus movimientos, no le quitamos ojo».

—Es hábil, en efecto. Si le enseña esa nota a un policía, se reirá en su cara. Parece una carta de amor.

—Qué poco basta para arruinarle la vida a alguien... Qué rápido es. Qué sencillo. Dos palabras en un papel. Ni siquiera hace falta que sean amenazadoras, y uno ya desconfía de todo, rompe con sus costumbres más anodinas, deja de coger el coche...

—Resista, Francesca. Se lo ruego. No cambie en nada su rutina. Demostraría que esta flechita de nada la ha herido, y así esos salvajes se apuntarían un tanto en su campaña de acoso. Usted no quiere eso, ¿verdad?

—No. Tiene razón. Cogía muy poco el coche; a partir de ahora no lo cogeré menos, pero tampoco más. No me voy a marchar de París. No voy a sospechar de mi portero ni de Oscar ni de Henri. Y mire lo que hago con esta nota: la destrozo. La reduzco a nada.

Rompió la hoja en trocitos.

—Soy una tonta —asumió, nerviosa—. Es en la rue Laffitte donde tenía que haber hecho esto. Debían de estar mirándome. Este es el gesto que debía haberles mostrado.

—¿De verdad rompió esa hoja? —quiso saber Heffner.

—En mil trocitos. ¿Hice mal?

—Una nota manuscrita siempre puede resultar interesante. Pero quizá guarde otras, ¿no?

—No lo creo —trató de recordar Francesca, con detenimiento.

—Me temo que no —confirmó Van.

EL tiempo mejoró como de costumbre en esa época del año: el sol brillaba cada día, y la lluvia se despidió del calendario. El invierno había terminado oficialmente, y el interminable otoño-invierno de París había dado paso a una hermosa primavera, como sucede en el teatro cuando se cambia de un acto a otro. Todo París pareció florecer al mismo tiempo. En la rue Dupuytren el árbol del patio se cubrió de hermosos pétalos de color crema.

La librería estaba idealmente fresca. Francesca mandó traer grandes ramos barrocos, lilas blancas moteadas de rosas verdes durante los quince días en que florecen las lilas, y ramas de castaño en flor, e iris del color del tabaco, y peonías de China. Y todas esas flores se engastaban en follajes similares a arreglos a base de plumas creados por un artista un tanto extravagante.

Ivan se preguntaba cómo había podido vivir, hasta entonces, con tal indiferencia hacia las flores. Le preguntó a Francesca por su proveedor. «Una maga —bromeó misteriosa—. No es usted el primero cuyos sentidos despierta.»

Se trataba de una anciana turca muy mayor, florista desde hacía cincuenta años, instalada en una especie de almacén situado detrás de la place Maubert, pues ese genio de la composición floral carecía de tienda. Trabajaba solo para particulares, a los que obligaba a jurar que nunca revelarían su nombre. A los clientes los elegía ella misma; le presentaban a los postulantes uno por uno. La entrevista tenía lugar en el Jardín Botánico. La anciana no tardaba ni cinco minutos en tomar una decisión. Ocho de cada diez veces, la respuesta era no.

Francesca le presentó a Ivan en la cúspide del laberinto, el lugar donde ella misma había recibido el visto bueno en invierno, y los dejó solos.

—Hábleme de la joven —pidió de inmediato la anciana, mirando al pretendiente con brusquedad.

—Bajita, de piel sonrosada, sobrecogedora —Ivan parecía tener quince años—, tierna, dura. Incomprensible.

—Entiendo —cortó la florista, con la brusca autoridad de un gran empresario.

Ya se había dado la vuelta, en silencio. Ivan la acompañó hasta su madriguera. Sin pedirle su opinión, le señaló enseguida un arbolito en una maceta lleno de flores doradas a punto de despuntar.

—Ha logrado cosas asombrosas —le explicó, y añadió, como esos prestidigitadores que revelan secretos que no desvelan nada—: es por su olor.

Van le entregó la dirección de Anis. La anciana contaba con la ayuda de un repartidor oriundo de Laos, que pilotaba un motocarro inventado por él mismo: una suerte de armarito ambulante del tamaño de un gran ramo.

Van esperó una señal, un soplo de aire; en fin, el prodigio. Aguantó dos días, y ya no pudo más. ¿Por qué entonces? ¿Por qué la tarde de ese segundo día? Si alguien

llegó a saberlo, desde luego no fue él. ¿La florista, quizá? Él ya carecía de línea de acción o de esperanza alguna: solo una especie de certeza indefendible, un elemental e imperioso «esto ya no puede seguir así».

Ocurre a menudo que los sistemas estratégicos inspirados por los asuntos del corazón, que se cuentan entre los más sofisticados, se modifican de golpe, sin cálculo ni premonición, así, por las buenas. A menos que no respondan a un deseo de catástrofe casi consciente.

Una tarde, a eso de las siete —el cielo se teñía de un azul rosáceo—, tras dejar a Oscar al frente de la librería, Van corrió hasta la rue Bol en Bois. Nadie contestaba en la habitación de Anis. «Aún no ha vuelto», le confirmó el portero.

Van ya no podía dar marcha atrás. Se apostó en la puerta. Si Anis daba media vuelta al verlo, la alcanzaría, la agarraría del pelo y le retorcería el cuello.

Anis irrumpió en el portal una hora más tarde, tan absorta en sus pensamientos, con la mirada tan baja que, hasta el último momento, no se percató de su presencia a un metro de ella, inmóvil. No retrocedió, pero tampoco avanzó: no hizo nada.

—Pequeño prodigio —murmuró él.

—¿Ocurre algo? —preguntó Anis, que palideció de repente.

—Al contrario. Está usted aquí. Vuelvo a respirar.

—¿Vamos a dar un paseo? —propuso ella, muy alerta.

—Uno, muchos, todos los que quiera —respondió Van, cogiéndola del brazo.

Ascendieron por la rue Claude Bernard, dorada por la luz del crepúsculo, y por la desierta rue Feuillantines. No hablaban. Van percibía la tremenda rigidez de Anis al agarrarse de su brazo. Habría deseado poder sustituir la piel y la carne de su cuerpo por plumas, por hojas; habría soñado con oler a bergamota, a acacia.

En la avenue Observatoire la noche se deslizaba entre los castaños dispuestos en tupidas hileras. Y entonces, de pronto, a Ivan se le ocurrió una idea; una idea que, sin detenerse a pensarlo, él, que había analizado durante horas hasta el más mínimo gesto o la más mínima palabra de Anis, comunicó sin prudencia, como quien comparte un descubrimiento: «¡Es mi edad! —exclamó—. No le apetece tener una relación con alguien que podría ser su padre».

Al espetarle aquello había soltado el brazo de la muchacha, y ahora se había situado frente a ella. Al observar su expresión, al contemplar sus ojos bañados en lágrimas, relacionó de pronto las palabras que acababa de pronunciar, «su padre», y las que ella había confesado en su larga carta, un año antes, sobre ese «padrastro que apeataba».

La abrazó. Ella se debatió con fuerza para zafarse. Empezó a hablar entre hipidos: «La edad, todavía pase... Son los ojos...». Lloraba, gritaba sin mirar a Van: «No soporto... los ojos azules... No, no soporto que unos ojos azules... se acerquen... a mi cara... O sea... Mi padrastro es un hombre horrible, apesta... Tiene unos ojillos pequeños y azules. Yo no veía otra cosa más que esos ojos...»

Se marchó corriendo, tambaleándose. Van temió que pudiera caerse. La habría

alcanzado en dos zancadas, pero en ese instante solo quería asegurarle que no forzaría un solo gesto para retenerla, que la dejaba marchar, que la amaba en la distancia.

Regresó a su casa caminando cuando ya anochecía. Tenía pensada la carta completa nada más cruzar la puerta de su estudio: la escribió de un tirón.

«Mi edad y mis ojos son elementos de mí mismo que no puedo cambiar. Saberme un tormento para usted me resulta insoportable. La quiero y la dejo. Ivan.»

Se quedó profundamente dormido. Se despertó en la oscuridad y repasó mentalmente su carta. Al final no cambió nada, y se durmió de nuevo. Se despertó cuando los pájaros trinaban a voz en grito sobre su árbol. Metió la carta en un sobre y la entregó en la portería de la residencia de la rue Bol en Bois.

Vivió aquel día como el posterior a un duelo: trabajando sin descanso, atento a cada persona que le hablaba, escuchando incluso la más mínima palabra que resonaba entre los libros. Rodeaba mesas y estanterías para evitar las flores. Desnudo de imaginario, de escapatoria, ya no esperaba nada; ya se presentaba solo como mera disponibilidad para el instante, para lo inconmensurable, para la espantosa profusión de instantes que conforman un día.

Por la noche dejó a Oscar marcharse más temprano que de costumbre. «Tengo tiempo de sobra», se justificó, y sus palabras se removieron en su fuero interno como una de las frases más tristes que existen. En ese mismo momento recordó que esa pobreza constituía, desde hacía años, la rutina de Francesca. Pensó en llamarla para que lo supiera, «¡Ahora yo también soy libre como el viento!», pero no le apetecía hablar de él mismo. Charló largo rato con un joven sobre la prosa sincopada de Christian Gailly, y luego, con dificultad, vertió agua en los jarrones como prescribía la vieja florista. Cerró la librería y volvió a su casa a pie. Ya ni contemplaba la posibilidad de desplazarse en metro o en cualquier otro vehículo.

La pequeña Anis aguardaba sentada en su felpudo, apoyada contra la puerta. Se incorporó al verlo. Durante un instante, su dedo reposó en sus labios, con una mirada suplicante, y se lanzó a su cuello. Permanecieron ahí de pie, abrazados, una eternidad, hasta que empezaron a balancearse sin poderlo evitar, a punto de caer al suelo.

Ivan empujó la puerta de su casa, rodeando con un brazo a Anis contra su cadera; luego asió con el otro a la joven, por debajo de las rodillas, y aupándola en volandas, la dejó entre los libros, sobre la única butaca de la casa. Ella negó con la cabeza. La levantó de ahí y la trasladó sobre el batik azul oscuro que hacía las veces de colcha. Anis había cerrado los ojos. Van se apresuró a descorder la cortina y a abrir de par en par la cristalera, para que el claro de luna inundara la habitación. No se atrevía a darse la vuelta, paralizado por el miedo; habría querido, como Anis, no hablar nunca más en su vida. Cuando regresó junto a la cama y se arrodilló junto a su rostro, comprobó que la muchacha no había vuelto a abrir los ojos. Esperó unos minutos para rendirse a la evidencia: estaba dormida.

La confianza inspiró en Anis la locuacidad: decir que a la mañana siguiente recuperó el habla es quedarse corto. Charló y charló durante dos horas seguidas. Uno

tras otro confió sus miedos en manos de Van —los acercamientos de depredador, los ojos que ocultan tu rostro, los dedos duros, los olores que se te pegan a la piel durante días y días, esos terrores infantiles que no se disipaban y que la paralizaban al crecer; todos se los confió. Van se ocuparía de ellos, se lo juró. Ella decidió creerlo. Le habló de las flores de extraordinario aroma del árbol en maceta que había recibido en la rue Bol en Bois tres días antes, que se había tragado una a una, deseando morir; le habló del sueño en el que ese viático la había sumido, de su desesperación al percibirse viva, de su incapacidad desde hacía meses para avanzar en su tesina, de los trabajitos esporádicos y mal pagados, tarde por las noches y temprano por las mañanas. Del cansancio, del hambre.

Van la escuchaba mientras disponía su cabello sobre la almohada para dibujar un sol alrededor de su cabeza.

—Hay que terminar esa tesina —animó.

Ella se reía:

—Oh, los estudios... ¡Si supieras hasta qué punto me traen sin cuidado, ahora que soy librera!

Hacía tantísimo que soñaba con ese trabajo en La Buena Novela... Empezaría mañana, esa misma tarde, en cuanto fuera posible.

—¡Vuela, amor! —exclamó, levantándose desnuda de la cama. Apoyó la mejilla y las palmas de las manos sobre la pared, debajo del lugar en el que un hombre con gorra de policía y una joven planeaban en el cielo, con una sonrisa en los labios y sin alas.

Van le confesó que estaba loco de felicidad por algo que había nuevo en ella, y que se lo diría si le prometía no cambiarlo. Ella obedeció. Entonces él le hizo notar que había transformando sus diálogos del usted al tú. La joven no había reparado en aquel trueque, y él no recordaba en qué momento había ocurrido, pero lo prefería así: por fin les ocurría algo que ni uno ni otro habían decidido. Pero no se atrevió a decirlo, vaya usted a saber por qué.

¿Que cómo sé todo esto? Es muy sencillo. No me he inventado nada de esta historia. Todo lo que estoy contando aquí lo sé por boca de Ivan.

—**VUELVE** a dormirte —pidió Van—. Me voy a la librería. Te llamo, si quieres.

Estaba impaciente por reconocerle a Francesca su acierto al otorgar a Anis un plazo de reflexión, pues por fin había aceptado. Había acertado al confiar en él y al estar del todo de acuerdo con lo que él no le había dicho todavía: que esa pequeña desconocida había nacido para La Buena Novela. Imaginaba ya la chispa de amistad que brillaría en la mirada de Francesca.

Pero aquella mañana no estaba en la librería. No llegó hasta después de mediodía.

—La estaba esperando —anunció Van.

Ella entendió de inmediato.

—¿Ya está? ¿Acepta el puesto?

Van le apretó las manos con fuerza, hasta hacerle daño.

—Ni lo ha dudado —explicó—. Soñaba con el puesto, me lo ha dicho.

—Cuidado —advirtió Francesca—. Ya no se trata de un sueño, sino de trabajar todos los días en la librería. Respirar el mismo aire que usted, entre las mismas cuatro paredes, ¿no será demasiado de golpe?

—Para ella, quizá.

—Pregúnteselo.

—Enseguida vuelvo.

Regresó acompañado de Anis. La joven compartía la opinión de Francesca: temía un poco que le faltara el aire.

—¿Qué tal de dos a seis de la tarde? —le propuso Francesca—. ¿Le va bien empezar por las horas más tranquilas? Y, en ese rato, obligaremos a Van a retirarse a leer. Desde que está en esta librería lee diez veces menos. ¡Es el colmo!

Anis consultó su reloj.

—Vamos —obligó a Van, empujándolo por la espalda—. Es la hora.

Van subió a su despacho, se replegó en una de las enormes butacas y cerró los ojos para repasar a cámara lenta las horas precedentes hasta entregarse al sueño. Mientras tanto, Francesca familiarizaba a Anis con la librería. Le contó su historia y le mostró su geografía.

Al cabo de una hora, pronunció una frase con puntos suspensivos: «Decididamente, es un día fasto, hoy...» Anis la interrogó con la mirada. Francesca le contó que, por la mañana, le habían robado el bolso, pero que lo había recuperado. No habían pasado ni dos horas entre una cosa y la otra, y los ladrones no se habían llevado más que un poco de dinero en metálico.

—¿Qué es esa historia del robo? —Se enfadó Ivan—. Yo no lo sabía. A mí no me informó de nada.

—Usted tenía asuntos mucho más importantes en los que pensar. —Estaba algo distraído, es cierto, sin fuerzas. Francesca, dígame la verdad, ¿me habló usted de ese

robo, y yo no me enteré?

—En efecto. Pero tampoco merecía tanta atención.

—Cuenta —invitó Heffner.

La mañana del 8 de junio —empezó a contar Francesca—, el día en que conoció a Anis, salió de su casa, y descendía la calle cuando escuchó una moto detrás de ella. Un momento después sintió que la golpeaban en un hombro. La atenazó un miedo espantoso, se tambaleó y se apoyó en la pared para no derrumbarse. Comprobó que la moto la adelantaba. Se fijó en que iban en ella dos personas, y comprendió que acababan de robarle el bolso. Las llaves las guardaba en el bolsillo, de modo que volvió a su casa, telefoneó a su banco y ordenó que rechazaran cualquier retirada de efectivo de sus cuentas. En la comisaría de la rue Bonaparte, donde fue a denunciar el robo, vaciló sobre si hablar de La Buena Novela y de los ataques dirigidos contra la librería desde hacía tres meses. Se decidió a hacerlo por temor a que no añadir nada pudiera parecer extraño, y a que se pudiera considerar que ocultaba información. Le sorprendió el nulo interés que su relato pareció suscitar en el agente que le tomó declaración. «Robos de bolsos tenemos diez al día solo en su distrito», comentó aquel hombre, con el tono de quien glosa la frecuencia de la lluvia en París.

Una hora después —Francesca había vuelto a su casa— la llamaron para avisarla de que su bolso había aparecido. Alguien lo había recogido del suelo en la puerta de un restaurante en la rue Dauphine, y lo había acercado hasta la comisaría.

No se habían llevado nada, salvo los treinta euros en metálico que guardaba en su billetera. A Francesca le extrañaba que no hubieran incluido en el botín, por ejemplo, su tarjeta de crédito. «Le explico.» El policía, no menos indiferente que el colega que había devuelto el bolso a Francesca, se zambulló en la grandilocuencia: «Todo el mundo sabe qué hacer con el contenido de un monedero. Con una tarjeta de crédito, sin el pin, ya es más complicado. Exige cierta formación. Y, sobre todo, hoy en día los rateros saben que las tarjetas de crédito dejan rastro. Y eso no les gusta.»

—¿No se equivocaba? —intervino Ivan—. ¿No sacaron dinero de su cuenta?

—Ni un céntimo.

—Pero ¿por qué no me contó nada de esto?

—Lo intenté, Ivan.

—¡Tendría que haberme obligado a escucharla!

Francesca no contestó. Negó suavemente con la cabeza, con la mirada en otra parte, y luego añadió:

—¿Recuerda usted quizá que, poco después, tuve que marcharme a Orta?

—La llamaron desde allí, lo recuerdo. Una urgencia: una tormenta había destrozado su casa.

—Una tormenta, sí —repitió Francesca—. Su rostro se transformó con una mueca imperceptible. —Allí resultaba tan hermosa la vista sobre las montañas alrededor del lago, y el azul del agua, tan... consolador... ¡Me invadieron unas ganas terribles de no moverme de mi isla! Contaba con el pretexto de vigilar unas obras. Y sabía que,

en la librería, todo marcharía igual interviniera yo o no.

—¿Me permite un momento? —la interrumpió Heffner. Se dirigía a Francesca—. Sé que habiendo pasado seis meses no le resultará fácil contestar a mi pregunta, pero... ¿recuerda lo que había en su bolso el día del robo?

—Pues se lo puedo decir sin ninguna dificultad. Cambio bastante a menudo de bolso, en función de cómo me vista. Y, desde hace años, una sencilla costumbre me simplifica la vida: sea cual sea el bolso que coja para salir, meto siempre, aparte de un libro y unos periódicos, un estuche de piel de color negro en forma de sobre que nunca vacío, y que contiene mis documentos de identidad, mi tarjeta de crédito, mi monedero y mi agenda.

—En conjunto, en ese bolso —indagó Heffner—, ¿había algo que pudiera utilizarse contra usted?

—No, no lo creo. Lo que más me preocupaba era que pudieran robarme el documento de identidad, por la burocracia. Pero lo recuperé.

—Y, en ese bolso, ¿tenía usted algo que pudiera utilizarse contra La Buena Novela?

—Eso me lo pregunté durante dos días enteros, como bien podrá imaginar. No lo creo, no. Había unas cuantas notas relativas a la librería en mi agenda, en las páginas de las semanas ya transcurridas, y las repasé una y mil veces: listas de títulos imposibles de encontrar, citas con libreros de lance, esa clase de cosas. No veo cómo podrían haberlo utilizado contra nosotros.

—Quizá no sería mala idea que examinara yo también lo que contiene ese estuche de piel en forma de sobre.

—Cuando usted quiera —asintió Francesca—. ¿Ahora mismo?

—No —eludió Heffner—. Mejor sigamos. Nos habíamos quedado en junio...

—A mediados de junio de 2005 —puntualizó Van—. Ya sabe lo que es una tregua, la calma después de la tormenta: al principio, uno no se atreve a creerlo. Pero transcurre una semana sin incidentes, y luego otra. Empezamos a preguntarnos si no habríamos superado ya lo peor.

—Hacía buen tiempo —intervino Francesca—. Pensaba que quizá nos habíamos ganado el derecho a trabajar como queríamos, y cierto respeto, aunque no, desde luego, la aprobación general.

»Todavía recibíamos por Internet algunas maldades contra la librería, maledicencias sobre ella. Pero de manera esporádica, y no parecían coordinadas.

»Nos animó mucho también, y de forma inesperada, el homenaje de Peter Carey en una larga entrevista que mantuvo con *Le Vieil Observateur*. El novelista se encontraba de gira de promoción en Europa con ocasión de la publicación simultánea, traducida a varias lenguas, de su novela *Mi vida de farsante*. El entusiasmo era unánime, y algunos periódicos se esforzaban en singularizar su enfoque. El periodista se interesó por las razones de Carey para abandonar su país y afincarse en Nueva York. Y, *motu proprio*, el australiano elogió cierto espíritu francés. “En ningún sitio

más que en París”, afirmaba, “existe ni podría existir una librería tan insólita como La Buena Novela. En ningún otro país del mundo se le ocurriría a un mecenas dedicar su fortuna a una apuesta así. Mejor aún”, proseguía, “he podido pasar unas horas en ese lugar de ensueño sin que nadie me reconociera.”

—Recuerdo muy bien haber pensado un día: anda, ese tipo se parece mucho a Peter Carey —confirmó Ivan—. Pero, aunque hubiera tenido pruebas de que se trataba de él, no habría hecho nada. Lo habría dejado tranquilo. Como mucho, al día siguiente le habría comentado a Francesca que Peter Carey había estado aquí la tarde anterior, y que se tiró casi dos horas hojeando los libros de la zona de Europa central.

Pero, al día siguiente, le habría escrito —admitió Francesca—. Un par de líneas nada más: «Nos sentimos muy felices y honrados de que nos haya visitado en La Buena Novela, y esperamos que se haya sentido bien aquí».

Algo, sin embargo, había atenuado el compromiso, la dedicación de Francesca; para Ivan resultaba evidente. No tanto como para afirmar que se distanciara, pues habría faltado a la verdad —continuaba apasionada por la causa, como ella misma afirmaba—, pero ya no se acercaba a diario a la librería, ya no estaba tan pendiente de todo. Delegaba más en ellos: «Ivan, ¿no le parece que...?», «Oscar, ¿sería posible...?».

Lo comentábamos entre nosotros. «No olvidemos lo que ha dicho, que ahora siente miedo por todo», nos recordaba Oscar. «Si el miedo la atenaza, creo que esto ya no es para ella», consideraba Van, «o no del todo». «No, lo que me temo es que se haya quedado anclada en su idea de siempre de que su implicación visible puede perjudicar más que beneficiar a la librería. Si se aleja, a mi juicio, es por deber. Imagino que considera que nos trae mala suerte.»

Por lo demás, Carey se equivocaba en un punto. La Buena Novela había nacido en París, pero podía reproducirse en cualquier otro lugar. El proyecto berlinés tomaba forma.

A las tres personas que contactaron con ellos para abrir una librería similar, Van les había respondido: «Hablemos de ello. Los esperamos en París».

Max Frucht vivió un día entero en la librería, observándolo todo, y luego compartió una velada de trabajo con Ivan y Francesca, en el gran despacho. Era un bróker de treinta y un años harto de las finanzas; físicamente, se trataba de un chico alto, rubio y sonrosado, que lucía un traje caro sin la más mínima elegancia. Durante diez años de trabajo en Nueva York había amasado una pequeña fortuna que se negaba a dejar dormitando bajo el colchón. Varios colegas como él, con treinta años y los bolsillos repletos, colgaron para siempre en el armario el traje de raya diplomática. Algunos se querían embarcar en causas benéficas; otros, dedicarse al arte. «Para mí», explicó Frucht en un francés excelente, «La Buena Novela aún a ambas cosas: el arte y la filantropía. Antes de emplearme en el ámbito de las finanzas, estudié dos años de Historia antigua en Berlín.»

Con todo, abordaba la cuestión desde el punto de vista de una óptima gestión.

Solicitó que le dejaran ver los libros de cuentas, sacó su calculadora y anotó algunas cifras.

—En el fondo es bastante sencillo —concluyó—. La Buena Novela es una librería que funciona. Quitando eso, es una librería como las demás.

—No se le ha escapado nada —reconoció Van.

—El secreto —terció Francesca— es una selección de libros rigurosa.

—Y un lanzamiento eficaz —añadió Frucht—, un posicionamiento preciso en el mercado.

—Lo más delicado —añadió Ivan—, en lo que más tiempo se invierte, es en formar el comité.

—Lo más duro, hacer caso omiso de los ataques —completó Francesca.

Van no acababa de decidirse.

—No termina de gustarme ese Frucht —reconoció al día siguiente.

—¿No cree que piensa así por sus prejuicios? —le preguntó amablemente Francesca—. ¿Una especie de prevención contra todo el que vista traje oscuro?

—Puede ser. Pero eso no cambia el hecho de que ese chico me dé mala espina.

—Personalmente, no acierto a formarme una opinión. Es convencional hasta tal punto que, en el fondo, hay algo enigmático en él.

—En lo que al negocio respecta —informó Ivan a Heffner, la situación se mantenía como siempre.

Las ventas continuaban aumentando, al igual que el número de suscripciones. La única cifra a la baja la representaban las ventas por Internet: eran mucho más numerosos los clientes que se desplazaban hasta la librería que los que elegían los libros a distancia. Las compras *on-line* rondaban el siete por ciento y, aunque esa cifra representara el doble de la media en Francia de todas las librerías del país, la de La Buena Novela parecía haberse estancado ahí. Carecía de importancia: se habían superado todos los objetivos de desarrollo.

Algunos editores empezaban a ofrecer a la librería condiciones comerciales interesantes; nada extraordinario, tan solo unos márgenes un poco más rentables. Se trataba de editores de dos tipos: por un lado, editoriales antiguas y con solera, como Gallimard, que gozaba de un fondo considerable; y, por otro, editoriales muy pequeñas, recién fundadas que, para empezar, se dedicaban a reeditar obras que ya habían pasado al dominio público, obras libres de derechos. Tanto unas como otras se sorprendían favorablemente al descubrir, a la vista y destacadas sobre las mesas de la librería, novelas tan olvidadas como *Pareils à des enfants*, de Marc Bernard o *El bote abierto* de Stephen Crane.

—La pequeña Anis estaba como pez en el agua en La Buena Novela —contó Francesca—. Era radiante, eficaz. —Vaciló un momento antes de proseguir—. Van me parecía menos estable —sonrió—. Frentes nubosos, de vez en cuando, le oscurecían el semblante. Anis congenió de maravilla con Oscar y alguna vez llegué a preguntarme si, al contemplar esa nueva amistad, no golpeó a Van con mayor

intensidad el hecho de pertenecer a otra generación.

—La situación me alteraba, por supuesto —admitió Van con sencillez—, pero en mis nervios latía algo más. Anis y yo padecíamos las dificultades de adaptación que siempre surgen en una pareja, después de habernos encontrado por fin. Usted ya se hace una idea: caemos en brazos uno del otro, estamos más felices de lo que habíamos pensado poder estarlo jamás, y luego, poco a poco, nos adaptamos a la nueva situación. Recuperamos cierta normalidad, y surge la pregunta: ¿y ahora qué hacemos? Para Anis no había duda: no había que hacer nada más.

Heffner escuchaba perplejo.

—Seré más preciso —aclaró Van.

En su opinión, cuando una pareja se llevaba tan bien como Anis y él, se daba por hecho que lo lógico era vivir juntos. Sin embargo, para Anis no estaba menos claro que, sobre todo, había que evitar precipitarse al tomar esa decisión.

—Tu casa es demasiado pequeña —justificaba—. Mi habitación, más todavía. Además, no nos imagino a ninguno de los dos trasladándonos al hogar del otro. Ninguno se sentiría en su sitio, y el otro ya no se sentiría en el suyo tampoco.

—Busquemos algo más grande —proponía Ivan.

—Yo me ocupo —le aseguraba Anis.

Pero no encontraba nada. O, más exactamente, no se decidía por nada. Visitaba apartamentos que describía como feos, poco luminosos, demasiado caros. Por las noches, a las diez, cuando cerraba la librería, esperaba a Ivan, toda sonrisas. Lo acompañaba a su casa. «¿Cenar?», reía. «¡No, ni hablar!» Subía los peldaños de cuatro en cuatro: quería probarlo todo, aprenderlo todo, tenía una imaginación inagotable, y pronto Van se convirtió en el aprendiz. Pero, en cuanto él se dormía, ella llamaba a un taxi, cubriéndose la boca con la mano para que no la oyera. «No...», protestaba Ivan, medio despertándose y tratando de retenerla en la oscuridad, agarrándola de un tobillo, pero Anis ya se había ido.

Al día siguiente, Van se despertaba solo y se arreglaba en silencio para marcharse a trabajar. Una mañana lo atravesó un presentimiento. «Conjura el pasado conmigo», pensó, «y después me dejará. Estará lavada, curada, al fin libre.»

—**HAY** algo que hemos olvidado un poco —dijo Van un día—. Bueno, que quizá nos hemos demorado en afrontar. Creo que debemos tener en cuenta algunas de las novelas que se han publicado estos últimos meses. Seguro que existe alguna que otra buena.

—Al menos cuatro —respondió Francesca—. *Un pedigri*, de Modiano; *Louis Capet, suite et fin*, de Benoziglio; *Oreille rouge*, de Chevillard y *El cuento del biógrafo*, de Antonia Susan Byatt. También me gustan mucho los relatos de Eric Holder, *Les sentiers délicats*. De hecho, ya nos los han encargado. Los fieles de La Buena Novela tienen buen olfato: son valiosísimos ayudantes.

A esos títulos, Van añadiría la reedición de *Crónica de Travnik*, de Andrić, *El hombre duplicado*, de Saramago y *Le voyage des grands hommes*, de François Vallejo. A Anis le encantaba *Confesiones: Vivir en el fuego*, la antología de escritos íntimos de Marina Tsvietáieva.

—Ya estamos en julio —recordó Francesca—. Toca refrescarles sus obligaciones a los miembros del comité... Cada uno debe entregarnos un complemento de títulos seleccionados entre las publicaciones del año.

—Podríamos habérselo solicitado antes —lamentó Van—. Nos facilitaron su primera lista en mayo. Hace ya más de un año de eso...

—Démosles de plazo hasta agosto —propuso Francesca, más conciliadora—. El año literario transcurre en Francia de un verano a otro. Imitemos ese calendario.

Quince días después de su visita, Frucht les dijo que abandonaba el proyecto. Les mandó un correo electrónico, desprovisto de cualquier perífrasis: «El rendimiento del activo me parece insuficiente», explicaba.

—No me sorprende —comentó Van—. Entiende lo que quiere transmitirnos, ¿verdad? Ha comprendido, con horror, que un negocio como La Buena Novela no puede ser un pelotazo. El éxito en términos financieros para nosotros, lo sabe tan bien como yo, nunca supera la suma de pequeños márgenes sobre productos de bajo precio, día tras día. Un tipo que ha trabajado como *bróker* durante diez años no sirve para eso. Se moriría de impaciencia. Es como pedirle a un jugador de póker profesional que se recicle en el ámbito de la explotación forestal.

Winter entregó su lista complementaria antes de tiempo, acompañada de una nota muy típica de él.

«Ha sido duro para nosotros», confesaba, «presenciar la violencia diaria infligida a una empresa y, por lo tanto, a unas personas por quienes afrontaríamos cualquier responsabilidad sin, justamente, poder mover un dedo, puesto que nos habíamos comprometido de entrada a esta ausencia de acción. Observen la paradoja: somos los únicos en el mundo obligados a esta inercia, ¡nosotros, para quienes por las venas de La Buena Novela corre nuestra propia sangre! Me he sentido como un padre que

presencia el maltrato de su hijo ante sus ojos y se le impide gritar, pues está amordazado, e intervenir, pues está atado de pies y manos.

»No se extrañen si me muevo del nosotros al yo. No me acostumbro a utilizar un plural mayestático. Hablo en mi nombre pero, aunque ignore la identidad de mis compañeros amordazados, no concibo que otro en esta misma situación pueda actuar de otra manera.

El Macaco.

»P. D. 1: Han recibido tantas muestras de apoyo a La Buena Novela procedentes de literatos que, ahora que lo pienso, detectar a los pocos que se han abstenido debe de ser la mejor manera de averiguar la composición del comité.

»P. D. 2: ¿No sería, pues, conveniente, que alguno o varios de nosotros nos manifestáramos, para despistar? ¿Aceptarían ustedes liberarme de mis promesas?»

—De ninguna manera —respondió Francesca en el contestador de Winter—, querido... —Se calló justo antes de dirigirse a él como *Macaco* y, para concluir, repitió—: Querido.

Lo que no dejaba de ser una novedad entre Anis y él era el tuteo, se recordaba Ivan. Ahora Anis hablaba, contestaba a sus preguntas.

—Es difícil de explicar —le dijo una noche, por ejemplo—. No quiero sentirme encerrada. Empecé a respirar, en Grenoble, cuando dispuse de una habitación propia cuya llave solo poseía yo. Un apartamento compartido, para mí, significa que existe una copia de esa llave en manos de otra persona. No soporto que me tengan atrapada. Van no protestó, no replicó: «Conmigo no es lo mismo».

—Tengo una idea —Ivan se pronunció al respecto—. Conservas tu habitación en la rue Bol en Bois. Encontramos un apartamento más grande que mi taller. Lo alquilo, me mudo, y tú me visitas cuando te apetezca; te quedas si te encuentras cómoda y, si no, te marchas. Lo amueblas a tu gusto; trasladas las cosas que quieras que te acompañen.

Y yo no tendré llave: solo tú. No cerramos la puerta al irnos, ya encontraremos algún truco, qué sé yo, un imán, esas cosas existen, para que la puerta no se abra de par en par cuando no estemos en casa.

Anis asentía con la cabeza sin decir nada.

—Tómese unas vacaciones, Ivan —le recomendaba Francesca—. Oscar decidirá las suyas en función de las de usted. Haga algún viaje con Anis.

Van soñaba con ello. «Estoy esperando a que ella me lo pida», pensaba.

—Estoy buscando casa —anunció—. Se tarda mucho. Me gustaría haberla encontrado antes del final del verano. Y, además, las cosas son tan frágiles... —añadió— con respecto a Anis. Más bien me inclinaría a decir que es mejor no hacer movimientos bruscos.

En esos días, a Van le surgió además una razón profesional para no ausentarse de la librería. El artículo, publicado en junio, en el que Peter Carey ensalzaba La Buena Novela, había inspirado a una americana de Houston la idea de lanzarse a una

aventura similar. Esta mujer —de voz joven— había telefoneado una tarde a mediados de julio. Ivan no la comprendía bien, pero la invitó «Come and see», y le facilitó su dirección de correo electrónico. No obtuvo respuesta: ni un solo mensaje. Pero, tres días más tarde, una pelirroja risueña se presentó en la librería: «Here I am!».

Se llamaba Ruth McCormac —«¡McCormac!», repitió Francesca con entusiasmo y veneración—, rebosaba interés por *La Buena Novela* y apenas chapurreaba el francés. Para ella, «see» significaba, *grosso modo*, hacer unas prácticas, «come and see»: conviva durante un par de meses con nuestro sueño.

Francesca habría interpretado lo mismo. «Es obvio, para empezar: unas prácticas», reconoció.

Ruth no pedía nada a cambio, pero se las apañó para conseguir una remuneración que le permitiera subsistir en París sin penurias ni racionamiento diario de dinero. Aterrizó con su ordenador portátil colgado en bandolera y esa misma tarde encontró un trabajo en Montreuil.

Había leído mucho, recorrido de cabo a rabo las dos Américas, hecho sus pinitos en el cine, y vivido —modestamente— del teatro. Era una autodidacta; una intelectual ignorante, paradójicamente, de su condición. Al coincidir con ella en la librería, cualquiera la hubiera confundido con una librera que atesorase en su currículum años de experiencia. Hablaba un francés torpe que la irritaba, y por eso en la conversación saltaba al inglés o al español, lo cual halagaba a algunos clientes, que la contestaban en la misma lengua. Todos los días se las apañaba para conversar durante un rato con Ivan. No poseía ni la más mínima experiencia como gestora. «Eso se aprende sobre la marcha, trabajando», la consolaba Van, que sabía de lo que hablaba. Acostumbrada a sus eventuales oficios de supervivencia, Ruth no había ahorrado un céntimo. Regresó a su país a finales de agosto, con una idea clara de lo que debía ser la inversión inicial y dos objetivos: encontrar a un socio financiero (a ser posible un particular, y, a ser posible también, un chico guapo) y asociarse con alguien con unas mínimas nociones de contabilidad.

RUTH se marchó de París diez días después que Francesca. Pretendía «dormir», explicó sin más, y sin dar ninguna fecha precisa de regreso.

«No hay nada extraño en esa decisión», se repetía Van: estaba agotada. Ivan no quería sugerírselo, pero ella necesitaba unas vacaciones más que él. Esperaba, sin creérselo demasiado, que se hubiera retirado a su casa de Orta, sin más. La librería había reducido la marcha a velocidad de crucero, acorde con el fatídico letargo de París en agosto. Las ventas se habían reducido a la mitad; Van trataba de consolarla al respecto: «Solo se han reducido a la mitad, lo cual para agosto no está nada mal». La falta de actividad dejaba a Francesca unos días libres de vacaciones, si es que esa palabra significaba algo para ella.

Una mañana, sin embargo, Van pensó que podría no regresar. Cruzaba el Sena por el Pont Royal, camino de la librería. Eran las siete de la mañana, minuto arriba o abajo: una hermosísima bruma blanca se elevaba desde el agua y lo difuminaba todo, las líneas, los colores y los sonidos. Van sintió miedo. De pronto, todo se le apareció frío: la piedra, el agua, el cielo. Captó otras connotaciones en la delgadez de Francesca, que en julio se había tornado extrema; su sonrisa, antes espontánea y fresca, ahora demasiado frecuente y demasiado forzada, pintándose de una alegría en extremo dudosa. No le habría sorprendido que desapareciera sin avisar a nadie, después de asegurar en secreto hasta el más mínimo detalle de la supervivencia de la librería.

En todos los rincones del mundo la situación empeoraba por momentos. Irán se decidía a almacenar armas nucleares contra la presión de los grandes países, que, en cambio, guardaban ya las suyas propias. Cada semana, pateras cargadas de africanos de veinte años naufragaban a pocos kilómetros de las costas de Lampedusa o de Mauritania. Incendios sin precedentes arrasaban los bosques portugueses. El monzón había ahogado a cerca de ochocientas personas tan solo en la región de Bombay.

Un día, a la hora de comer, *Brother Brandy* abrió la puerta de la librería, agarrándose a las paredes para no tropezar. Le costaba tanto expresarse que Van fue enseguida a rescatarlo, cogiéndolo del brazo, y lo acompañó a Le Comptoir, a dos pasos de allí. «Será que nos trae su lista», razonó. Y, sin duda, *Brother Brandy* lo había pensado, pues se limitaba a mascullar títulos, clavando sus ojos en los del sorprendido Ivan. «*Terminal cargo*», comenzó a desgranar. «*Terminal frigo*», corrigió Ivan, «muy buena, sí». «*No importa*, de Kristova». «Kristof», rectificó de nuevo Van, «Agota Kristof». «*Europes*, ya sabe, Réda, ya sabe». «Sí», confirmó Van, que ya sabía. «Y... *Terminal cargo*...»

Ivan lo escuchó durante cinco minutos repetir una y otra vez los mismos tres títulos (que, de hecho, apuntó, admirando la selección); luego detuvo un taxi, se subió con él, se apearon en la estación de Lyon, esperó, sin apartarse ni un milímetro de él,

a que llegara el primer tren de alta velocidad para Chambéry, y no se movió del andén hasta que partió, con *Brother-Paul* a bordo. Pero nada más salir de la estación se percató, furioso consigo mismo, de su error. *Brother* había perdido el control: hablaría a diestro y siniestro durante el viaje. La mejor opción habría sido encerrarlo en algún sitio, quizá en su taller de la calle Agent Bailly, por ejemplo, esperar a la transformación en resaca de su borrachera, y mandarlo de vuelta a su casa, sereno, tras pedirle que remitiera su lista por escrito y cantarle las cuarenta.

Anis encontró un apartamento de dos habitaciones, en un bajo, en Auteuil.

—¿Auteuil? —repitió Van.

—En París, ahora mismo, es la zona con mejor relación calidad-precio —Anis intentó convencerlo—. ¿No quieres vivir por allí?

—Sí, claro que sí —se precipitó Ivan, que habría contestado a cualquier otra persona: «Antes preferiría morir»—. El distrito XVI no me enloquece que se diga, salvo esa parte precisamente, Auteuil. La rue Auteuil y sus alrededores están tan bien como, qué sé yo, como la Contrescarpe. Y además, en distancia, no está mucho más lejos que mi taller en el distrito IX; iré a pie, bordeando el Sena. Así que Auteuil es perfecto.

Anis se echó a reír:

—¡Pero qué inocente! —Abrazó a Van—. ¿Cómo has podido pensar que hablaba en serio? ¿Tan mala crees que soy?

Había encontrado en el boulevard Saint-Marcel un gran apartamento abuhardillado que se componía de un dormitorio más un salón, cocina y baño.

—También podrás ir a pie a la librería bordeando el Sena.

Van se mudó el 25 de agosto. Se despidió de la rue Agent Bailly sin pena, contento de no verse rodeado ya más por las paredes que él mismo pintó, igual que alivia perder de vista un paisaje que se asocia a los momentos difíciles. Anis había colgado de todas las ventanas del nuevo apartamento, con chinchetas clavadas en los marcos, visillos de un color amarillo dorado. «Así siempre brillará el sol», soñaba.

Colocó en el centro de una de las habitaciones un futón japonés; delante de la ventana, su árbol mágico; y, en un rincón, un gran cesto lleno de ropa amontonada de cualquier manera.

—Si no te molesta, esta será mi habitación —anunció, excluyendo así, con toda naturalidad, convertir una de las estancias en salón y la otra en dormitorio común.

Van lo aceptaba todo. Se cuidó mucho de no comprar para su habitación la cama de dos por dos con la que soñaba, sino que se contentó con un sofá individual.

Habría rozado la felicidad más completa de no habersele instalado en la cabeza una preocupación que aumentaba conforme los días se sucedían sin la más mínima noticia de Francesca.

El día 29 se publicó, entre el aluvión de novelas de la *rentrée* literaria programadas en el servicio de novedades de agosto, un libro de Ida Messmer; sin embargo, era tan diferente de sus obras anteriores que ya los críticos le pronosticaban

un destino singular, estupefactos y desorientados a la hora de comentarlo. Se trataba de un relato erótico en el que se conversaba mucho sobre libros, pues transcurría por entero en una biblioteca, durante dos noches seguidas y el día entre ambas. Una biblioteca a la antigua usanza, en la primera planta de un piso de soltero de provincias, donde la narradora abría una novela, y otras más, media docena en total, y leía en voz alta fragmentos acordes con la acción que se desarrollara en ese momento. Y, casualmente, esas novelas —cuando Van se percató de ello le empezó a palpar una vena en la frente— se encontraban todas en La Buena Novela, lo cual en sí no habría sido alarmante si se hubiera tratado de libros tan famosos como *Juliette* o *La Vénus à la fourrure*, pero en ese caso jugaba con fuego, puesto que se trataba de títulos mucho menos conocidos, como *Olympe* o *L'ivoire*.

Francesca regresó el 30 de agosto. Ese año cayó en martes. Se presentó en la librería poco después de mediodía, con la misma actitud que si hubiera estado visitándolos todos los días. Ivan no ocultó su alegría.

—No pensaría que no iba a acompañarlo en el primer aniversario de La Buena Novela —y lo envolvió con su sonrisa. Van no le confesó que se había estado preparando para cualquier cosa.

—No había planeado nada para esta noche —se limitó a decir.

Aquello podía interpretarse de varias maneras, pero Francesca fingió no ver más que una: «Gracias por confiar en mí».

Se parecía cada vez más a Silvana Mangano, la Mangano de *Muerte en Venecia*, aunque más delgada y más insegura. No especificó dónde se había refugiado esos quince días, ni en qué había ocupado su tiempo.

Van no hizo ninguna alusión al último libro de *Recato*, ni a las pistas evidentes que contenía. El mal ya estaba hecho. Que Francesca se enterara, o que lo ignorase, no disminuía en absoluto el impacto que podría tener. Todo lo contrario: al informarla la obligaría a escuchar el tambor sordo de la amenaza y, una vez oído, uno se preguntaba si en realidad no serían varios los tambores que redoblaban y dónde podían estar, si todavía lejos, o si muy cerca ya.

Van pretendía a toda costa, ese día del primer aniversario de la librería, acallar cualquier rumor de batalla, y no traslucir más que un segundo año seguro de sí, que avanzaba a grandes zancadas, rodeado de amigos.

Puso a Francesca al corriente de la actividad de la librería durante las últimas dos semanas. Le habló de las ventas y de las suscripciones, del último homenaje de los Amigos de La Novela —la edición en bolsillo de *El mal de Montano*, de Vila-Matas — y de los centenares de felicitaciones de cumpleaños que habían recibido desde hacía varios días.

—Viento constante, mar en calma, velocidad regular —resumió.

—Una tregua, la calma antes de una nueva tormenta —indicó Francesca, pesimista.

—O ha vuelto el buen tiempo —corrigió Ivan—. Y...

Vaciló unos instantes. Pero se sentía obligado a informar a Francesca también de eso:

—He... Anis ha encontrado un apartamento.

Se sentía incapaz de articular un «Hemos encontrado». Le faltaban ganas para añadir nada más. A ese respecto estaba tranquilo; sabía que Francesca lo adivinaría y no diría nada, no haría comentarios ni preguntas. La miró. Le contestó la sonrisa más triste del mundo y, por encima, sus ojos, cambiantes como el mar.

Por la noche, cuando la librería cerró sus puertas, Francesca, Ivan, Anis y Oscar fueron caminando hasta la rue Cherche Midi, pasado el boulevard Raspail. Reinaba el calor y en las calles sin apenas tráfico el ruido de los coches era sustituido por las risas y el tintineo de los cubiertos en los restaurantes del barrio. Francesca marcó un código en la pared de un porche. Al final de una bóveda semicircular encontraron un jardín cerrado, más pequeño que un patio, pero trufado de hermosos árboles y de rosaledas. Allí, bajo una frondosa pérgola, les recibía una mesa puesta, iluminada con velas y dos faroles a un lado y a otro de la escalinata de piedra de un palacete con tres cristalerías.

—Es de unos amigos míos. —Francesca evadió, con un gesto circular que lo englobaba todo, cualquier explicación—. La casa está vacía.

En efecto, nadie les molestó en el transcurso de la cena. Todo estaba dispuesto sobre un aparador: rajas de melón, pollo, higos, frambuesas y champán en cubiteras con hielo. Cada uno se sirvió lo suyo, como en un bufé. En ese momento, Van reparó en que Francesca había elegido su vestido camiseró de color lavanda.

Oscar y Anis estaban encantados. Francesca los animó a hablar de su verano. Oscar había regresado a Madagascar en vacaciones, actuando como cicerone para un cineasta que rodaba un documental sobre la larga estancia de Paulhan en la isla, antes de la guerra, y la labor de poeta-etnólogo que había desarrollado allí, recopilando un gran número de dichos y refranes tradicionales. Anis recitó de memoria fragmentos enteros de Tsvietáieva, extractos de sus cartas a Rilke. «Nunca llegaron a conocerse», lamentó con voz encandilada.

Ivan permanecía en silencio.

A medianoche, Francesca dio por concluida la cena. «Hay un coche esperando en la puerta; suban los tres. Yo me vuelvo andando. Lo prefiero, ya lo saben.»

LOS primeros días de septiembre la librería recuperó su tráfico habitual de clientes; de hecho, se multiplicaban cada día. Parecía como si, al arrancar la hojita del 1 de septiembre de sus calendarios, los franceses se avisaran los unos a los otros: «Caramba, ha llegado la *rentrée* literaria, ¡hay que salir a comprar libros!».

Nada había cambiado en La Buena Novela: en la librería se mantenían ajenos a la actualidad. No exhibían mesas sobrecargadas con productos de temporada. Solo, aquí y allá, en sus estantes correspondientes, rescataban algunas novelas de entre el aluvión: *Nieve*, de Orhan Pamuk, en «Turquía, siglo XXI»; *El gran incendio*, de Shirley Hazzard, en «Australia, siglo XXI»; *El arte del placer*, de Goliarda Sapienza, en «Italia, siglo XX», pues ese libro, aunque traducido ese mismo año al francés, se había publicado en Italia nueve años antes y se había escrito de hecho treinta años atrás; en «Francia, siglo XXI»: *Magnus*, de Sylvie Germain, *Clara Stern*, de Éric Laurent, y *Le petit traité sur l'immensité du monde*, de Sylvain Tesson.

La revista *L'Idée* consagró una página entera a esta excepción: «La Buena Novela, la única librería de Francia libre de montañas y montañas de ejemplares de la última novela de Houellebecq». El tono del artículo se debatía, con ambigüedad, entre el «¡Bravo!» y el «Exageran un poco».

Algunos clientes reclamaban precisamente esa última novela de Houellebecq, aunque eran pocos, la verdad. Se les contestaba con elegancia: «Se dirija a donde se dirija al salir de la librería, la encontrará usted a cien metros más o menos, en cualquier dirección. Pero, por supuesto, si prefiere comprarla aquí, se la encargaremos».

Entre los clientes habituales de la librería, varios coincidieron, sin premeditación, en que ese otoño habían percibido algo distinto en las librerías: no un viento de rebelión, ni siquiera una tendencia clara; no, aquello apenas era una brisa, un soplo. Una manera, que adoptaban cada vez más los libreros, de mostrarse un poco perentorios con sus clientes al hacerles una recomendación: «Vamos, no se lleve ese libro, confíe en mí, que no se arrepentirá», y colocar en sus manos una novela que la prensa había ignorado, sobre la que se había informado muy poco, pero de la que ellos respondían.

Anis pasaba todas las noches unas horas en el apartamento del boulevard Saint-Marcel, al que todavía se refería como «tu casa» («la casa de Van»): «¿Nos vemos luego en tu casa, Van?» o «Van, te espero en tu casa».

Anis se marchaba de la librería mucho antes que Ivan. Él aguantaba hasta la hora de cierre y disfrutaba de las horas de mayor afluencia de público, entre las seis y las ocho de la tarde. Luego, a partir de las ocho y pico, se deleitaba en esos momentos de calma e intensidad tan profundas y, a las diez, para cerrar, le tocaba peregrinar de lector en lector, los últimos que resistían, absortos hasta tal punto que perdían el

sentido del tiempo y del espacio, y uno por uno, como al parecer ocurre aún en las pequeñas bibliotecas de eruditos, rogarles en voz baja que se plantearan también comer y dormir un poco hasta el día siguiente.

Hubo algunos días aún de un tiempo magnífico en septiembre. También Anis se había convencido, como Francesca e Ivan, de las ventajas de recorrer París a pie. A última hora de la tarde, entre la librería y el boulevard Saint-Marcel, se detenía en la place Maubert y compraba algo para cenar; algo «frío y bueno», exigía. Jamón de la mejor calidad, alguna *quiche*, queso, fruta, pues había descubierto que, subiendo una pequeña escalera que salía del rellano del apartamento, bajo el tejado, y empujando una puerta que indicaba «Prohibido el paso. Peligro», se descubría el aire libre, bajo el cielo, sobre una terracita de zinc rodeada por una barandilla minúscula. Bastaba incluir en la cesta de la cena un trozo de lona, o una manta, para encontrarse de maravilla allá arriba, bajo el crepúsculo, con una impresión de lujo absoluto, pues desde esa especie de cofa no se distinguía ni se oía más criatura viva que los pájaros y, por lo demás, París recompensaba el esfuerzo con unas vistas mágicas, como de película.

Conforme pasaban los días tras este descubrimiento, Anis sustituyó sin darse cuenta «tu casa» por «la terraza»: «¿Nos vemos en la terraza?». Cuando Van regresaba de la librería, hacia las diez y media, ya no le recibía más que el silencio de la noche. Muy pronto Anis adoptó la costumbre de subir una segunda cesta rebosante de cojines, de lamparitas caseras, de vasitos de cristal con un trocito de vela dentro... En un rincón dejaba un gran paraguas para que, si caía un chaparrón, pudieran terminar de cenar tranquilamente.

Al principio, un día sí y otro no, volvía a su casa al amanecer; pero Van no dudaba de que se obligaba y lo hacía por principios. Más tarde la frecuencia aumentó a dos de cada tres veces la noche entera, y luego pasó a tres de cada cuatro noches. Pero ocurriera lo que ocurriera, siempre se reservaba su habitación para su uso exclusivo: elegía para jugar la de Van y se dormía en su estrecho sofá, muy pegadita a él, antes de adoptar enseguida la postura de los bebés que han comido bien, harta, satisfecha, boca arriba y con los antebrazos alrededor de la cabeza. Al cabo de una hora o dos, Van —que si quería sostenerse en el borde del sofá no tenía otra opción que apoyar una mano en el suelo, con el hombro dolorido y la pantorrilla aquejada de calambres— acababa por replegarse a la habitación de al lado, donde pasaba la noche en el futón de Anis que, a fin de cuentas, solo utilizaba él.

Por la mañana él madrugaba, pero ella no. Sabía que le agradecía la soledad al despertar. Cerraba el futón sin hacer ruido y se marchaba a pie a la librería. Él también hacía una paradita en el camino, a menudo en la place Maubert, para desayunar en un bar y tratar de responder a la pregunta que se hacía entonces, todas las mañanas la misma: si había sido tan feliz alguna vez en su vida.

—¿Dónde crees tú que estuvo Francesca en agosto?

—Ni idea.

—Me pregunto si, en verano, no se marcha a escondidas con su marido a sitios súper esnob, en plan Gstaad o Marbella.

—Cabe la remota posibilidad de que se haya encerrado en un pequeño monasterio en París que me mencionó una vez. ¿Por qué no se lo preguntas?

—Temo que me conteste que ha peregrinado por lugares que le gustaban a su hija, o algo por el estilo.

A principios de octubre el grupo editorial Éditis se enfrentó directamente con ellos. Apareció en *Le Ponte* una «libre opinión», firmada por los tres dueños de la empresa. Su argumento se sostenía: «El noventa por ciento de las novelas que figuran en las listas de los premios literarios del otoño no se encuentran en La Buena Novela. ¿Qué sentido tiene eso? ¿Cómo se justifica ese odio por la cultura contemporánea?».

—Exageran —observó Ivan—. El diez por ciento restante sí que está, y eso es muchísimo.

—Precisemos —se detuvo Francesca—. De ese diez por ciento, dos tercios son novelas extranjeras.

—¿Y qué? ¿Es que tenemos que respetar un cupo de títulos franceses? ¿Todos los años el mismo?

—Claro que no; y de ninguna manera reaccionaremos ante este ataque tan tonto. Pero comprendo que nuestras decisiones enojen a ciertas personas.

La polémica no rebasó esta vez aquel punto tan cándido.

—Una de dos —dudó Van—. O bien todo el mundo se ha cansado de las continuas acusaciones contra nosotros y a la gente ya no le apetece involucrarse, o bien han entendido nuestra causa, y hemos ganado. Admiten que actuemos como nos dé la gana.

Miró a Heffner.

—Hay que ver cómo se puede llegar a equivocarse uno. Quince días después tuvo lugar la primera de las tres agresiones.

ERAN las doce y media del mediodía. La narración de los quince meses de vida de La Buena Novela había durado dos horas y tres cuartos.

—Al principio mencionaron tres crímenes —les recordó Heffner.

—Es que se trata de *eso* —se exaltó Francesca—. De crímenes en el sentido judicial, de crímenes infames, no de crímenes simbólicos.

—Adelante, cuéntenme —pidió Heffner, con voz tranquila.

Francesca miró a Ivan.

—Tres miembros de nuestro comité de lectura han sido víctimas de agresiones —empezó diciendo Van—, y con una habilidad propia casi de genios, debo decir. Les han hecho asomarse a la muerte. Están a salvo, los tres, pero no puedo asegurar que estén sanos.

»Me enteré de la primera agresión con días de demora, hace ocho exactamente, el 20 de noviembre. Ocurrió en la noche del 7 al 8. El blanco era Paul Néant. Los otros dos incidentes también los descubrí una vez que se hubieron producido. Tuvieron lugar uno el 15, y el otro en un intervalo de varios días, entre el 19 y el 24. De estos ataques me enteré anteayer y ayer respectivamente. Anteayer, sábado, por una llamada telefónica de Ida, y ayer, domingo, por boca misma de la tercera víctima, Le Gall.

—Perdone que lo interrumpa —se disculpó Heffner—. Los miembros de su comité se ocultan bajo seudónimo. ¿Me está facilitando sus verdaderos nombres deliberadamente?

—Por supuesto —confirmó Van.

—Esto ha tomado un cariz criminal, ya no hay secreto que valga —explicó Francesca—. Estamos dispuestos a aportar toda la información que manejamos sobre las tres personas atacadas y, para empezar, hemos de desvelarle quiénes son. Es obvio.

—Quizá también debemos poner en su conocimiento la identidad de los otros miembros del comité... —añadió Van.

—Pues sí, quizá sí —corroboró Heffner—. Pero empecemos por el principio. El primer atentado.

—¿Lo que pasó? —preguntó Van.

—Lo que le dijeron a usted.

—Hace bien en distinguir ambas cosas. De estos tres asuntos, solo conozco aquellos datos a los que han aludido los propios interesados. No he comprobado nada ni me he asegurado de que las versiones coincidieran con los hechos.

—Eso es tarea de la policía. Usted límitese a contarme todo lo que sepa.

Lo que Ivan sabía de Néant-Néon, a decir verdad, era bien poco. Se trataba de un gran prosista, y de una persona muy depresiva también. Atormentado año tras año por

la imposibilidad de escribir, de tarde en tarde disfrutaba de una inspiración despiadada. Un autor muy célebre, precisó, y muy poco conocido a la vez; admirado en el seno del pequeño mundillo literario e ignorado por las masas. Incapaz de emprender cualquier tarea, no solo la literaria. Encadenado. Un oso. Angustiado, inconstante. Misántropo, alcohólico. Refugiado en Les Crêts, un pueblito de los Alpes bastante desolado, a dos horas en coche de Chambéry. Algunos amigos, pese a todo, más que nada mujeres. Una de ellas muy apegada a él: Suzon. Él, en cambio, se revelaba ingrato, desagradable y huraño. En pleno marasmo desde hacía varios meses. Borracheras y noches en blanco. Impotencia.

Ivan resumió la agresión en tres minutos. Lo obligaron a beber, pero sosteniendo él mismo la botella, concluyó. Eso es lo que más le avergüenza ahora.

—¿Y hoy, cómo está? —se interesó Heffner.

—Su padecimiento no tiene cura. Pero la prescripción es radical: si pretende sobrevivir no puede volver a probar, nunca más, una sola gota de alcohol. No seguirá mucho tiempo ingresado en Lyon: en unos días retomaré su vida. No sabe adonde ir, de hecho. Lo que está claro es que de ninguna manera quiere permanecer en Les Crêts.

—Ese problema tiene solución —concluyó Heffner.

Garrapateaba sus apuntes en un bloc de notas, sin apartar la mirada de su interlocutor; palabras aisladas, según podían percibir, con una letra pequeña y apretada. Se volvió hacia Francesca.

—¿Tiene algo que añadir?

—No. Sobre este atentado, así como sobre los otros dos, estoy mucho menos informada que Ivan. Es él quien me ha puesto al corriente esta mañana; se lo han contado todo a él directamente. Néon es una especie de animal herido, eso es todo cuanto yo aprecié en él. Escribe como nadie pero, cuando está ebrio, puede resultar odioso.

—El día en que visitó la librería, en agosto, fue muy desagradable, en efecto —aprovechó Van—. Lo empujé al tren de vuelta en cuanto pude.

—Ya ha contado eso antes —lo interrumpió Heffner—. ¿Y la segunda agresión?

—Ida Messmer. Esa es otra historia —empezó Ivan—. Habíamos coincidido con Ida una vez solamente, en el castillo de Montsoreau. Un recuerdo extraordinario, casi fantástico.

Heffner detuvo la narración para que Ivan fuera al grano:

—¿Y dice usted entonces que lo llamó el sábado?

Había llamado a Van a la librería; le advirtió en susurros que sería breve. Él la escuchó sin interrumpirla. Descubría así una Ida cuya existencia ni sospechaba siquiera, una madre apasionada, activa, extrovertida, muy querida por todos. Una conductora experimentada, consciente de la inverosimilitud del suceso del que había sido protagonista. Velocidad reducida, calzada seca. Una curva que afronta cuatro veces al día, dos veces en cada sentido. Y el 15 de noviembre se encuentra una gran

berlina bloqueando la carretera.

—¿Está herida? —insistió Heffner.

—Sí, y en estado de *shock*. Sufre migrañas constantes.

—¿El tercer atentado? —preguntó Heffner, sin dejar entrever emoción alguna.

—Me enteré ayer —retomó Van—. El blanco ha sido, esta vez, Armel Le Gall. Una vez más, un trabajo muy fino, a medida, prueba de que conocían muy bien a Le Gall, así como también a Paul y a Ida. El sábado 19 de noviembre, Le Gall toma como todos los días un estrecho sendero en un acantilado que se yergue sobre el mar. Esa mañana lo están esperando allí dos hombres, y de nuevo al día siguiente, y al otro. Dos hombres que lo observan sin decir nada. Un trabajo hecho a medida —insistió Ivan—. Habían golpeado a Paul en su punto débil; a Ida, en el corazón de su vida cotidiana; y a Armel, en el rigor de sus horarios. Habían necesitado mucho tiempo y mucha observación para descubrir, en cada una de esas tres personas tan diferentes, la particularidad, el lugar o la hora en que mayor vulnerabilidad mostraban: el alcohol, la carretera, el acantilado. Muy maquiavélicos tenían que haber sido los agresores para imaginar, según cada caso, una estratagema que pudiera pasar por accidente en caso de que hubiese sobrevenido la muerte de alguno de los miembros del comité.

—Bien —concluyó Heffner—. Creo que tendré que mantener una pequeña conversación con estas tres personas.

—Gracias —reconoció Francesca con efusividad.

—Pero cuidado —advirtió Heffner—. Entiendo que a estas alturas aún no quieren poner una denuncia para evitar publicidad. Yo puedo ayudarles a desbrozar un poco el terreno; entra más o menos dentro de mis atribuciones y, en eso estoy de acuerdo con ustedes, recabaré más pistas si actúo discretamente. Pero no investigaré durante mucho tiempo fuera de un marco legal. Si se confirma que ha existido voluntad, por pequeña que sea, de causar daño, habrá que emprender el procedimiento habitual, con una denuncia y todo lo que eso conlleva.

Se volvió hacia Ivan:

—Aún no ha especificado dónde está la joven.

—Ni yo mismo lo sé... Me llamó desde un hospital en Anjou añadió Van. — Tampoco sabemos dónde vive ni, por lo tanto, dónde sucedió el accidente.

—Todo eso lo podemos averiguar gracias a su número de móvil.

—¿Lo llamó anteayer, ha dicho usted?

—El sábado 26, sí, justo antes de las ocho.

—Deme su número.

Francesca sacó su agenda y le dictó el número de Ida. Heffner le pidió también los de Paul Néon y Armel Le Gall.

—Otra cosa —dijo—. He entendido que Néon y Le Gall responden a sus nombres verdaderos; pero Ida Messmer, si no me equivoco, es también un seudónimo, ¿no?

—No se equivoca —confirmó Francesca—. Nosotros mismos tampoco sabemos

el verdadero nombre de Ida. Y nos ha pedido que no intentáramos averiguarlo.

—Lo encontraremos también.

Francesca arrugó la frente.

—Pero ¿cómo es posible? No veo la manera de llegar al nombre de la persona a partir de un simple número de teléfono.

—Usted no, pero para la policía es lo más sencillo del mundo. Los operadores telefónicos no facilitan a cualquiera los nombres de los clientes de una línea. Pero figuran todos en una lista informatizada, y la policía puede acceder a esa lista si es necesario.

—En el caso de Ida, créame que tengo mis reservas —reconoció Francesca—. Preferiría acercarme a verla, explicarle lo que ocurre, y que ella misma decida si acepta revelar su verdadera identidad.

—De acuerdo, siempre y cuando pueda ir a verla rápidamente.

—En cuanto salga de aquí la llamo.

Van expuso otra objeción.

—Ha dicho usted que hablaría con cada uno de los accidentados. Eso en sí no tiene nada de extraño, pero a ellos no los hemos avisado. Siempre deben considerarse obligados al secreto en todo lo que atañe a la librería. Tenemos que informarlos de que se está desarrollando una investigación.

—Le propongo que lo haga ahora mismo —pidió Heffner.

—¿Aquí, se refiere?

—Aquí mismo, sí.

Van sacó su móvil y marcó un número.

—¿Quién les digo que es usted? —preguntó precipitadamente a Heffner.

—Por ahora no pronuncie la palabra «policía». Diga simplemente que se trata de un investigador. No dé mi nombre.

—¿Sí, Paul? —preguntó Van, apartando la cabeza.

En pocas palabras le explicó que se iba a llevar a cabo una investigación. Se apartó un poco el teléfono de los labios y alzó el rostro para mirar a Heffner:

—¿Se va a reunir usted mismo con él? —quiso saber en voz baja.

Heffner asintió con la cabeza.

Francesca se mostraba aún algo tensa.

—¿Se ha enfadado? —inquirió nerviosa a Van en cuanto este colgó.

—No. No ha hecho ningún comentario. Me da la impresión de que está bastante cambiado.

Luego Van llamó a Le Gall. Respondió un contestador automático y dejó su nombre. Le Gall lo llamó enseguida.

Francesca, por su parte, contactó con Ida. Esta accedió a que la visitara esa misma tarde.

—¿Dónde está? —quiso saber Heffner.

—En Saumur. En el hospital.

Heffner reunió sus apuntes, en silencio.

—A lo largo de su narración —recapituló— han insistido en varias ocasiones sobre el hecho de que la composición del comité era secreta, y han subrayado la buena defensa de ese secreto. Pero he aquí que, en tres semanas, consiguen atacar a tres miembros de dicho comité. ¿Se les ocurre cuál ha podido ser el origen de la filtración?

—No —confesó Van.

Y Francesca añadió:

—Esa es la gran pregunta.

Heffner apoyó ambas manos extendidas sobre su escritorio y los miró a los dos frente a frente.

Solo me falta pedirles la lista completa del resto de los miembros del comité, así como sus números de teléfono.

—Por supuesto —contestó Francesca—. Dios mío...

Sentía un miedo enorme por los cinco a los que aún no habían agredido. Al menos que ella supiera... Se habría mostrado dispuesta a esconderlos en el extranjero, en su propia casa, o donde fuera...

—¿Me permiten actuar a mi manera? —la cortó Heffner—. De nada serviría alarmarlos.

—Me temo que también deberíamos avisarlos de que contactará usted con ellos —dijo Van—. ¿Qué les decimos?

—Muéstrese evasivo. Algo así como: «Nos están poniendo demasiadas trabas, ya está bien, ahora le hemos pedido a alguien que investigue».

Pasó la página de su bloc y alisó la hoja en blanco con las yemas de los dedos.

—Avísenlos a todos hoy mismo —añadió—. Bien. Los escucho, díctenme los ocho nombres y los teléfonos.

Van extrajo un papel de su bolsillo.

—Había preparado esto —explicó—. Aquí tiene los ocho nombres, los ocho números, y siete direcciones de ocho, puesto que nos falta la de Ida. De hecho, es la primera vez que esta lista aparece escrita negro sobre blanco en un mismo folio.

Heffner añadió a la lista los números de Francesca y de Ivan. Por si hay alguna urgencia, justificó, y les facilitó el suyo: por si había novedades.

Se volvió hacia Francesca:

—Una formalidad más y los dejo marchar —anunció—. Necesitaré un momento su estuche de piel. Ese que dice que tiene forma de sobre.

—Ah, sí, se me olvidaba —se disculpó Francesca.

—No tardaré más de media hora. Puede esperar aquí. O si no se lo envío a su casa por mensajero.

—¿No necesita más de media hora?

—No.

—Bueno, envíeme un mensajero mejor. Así ganaré tiempo. Tengo que

organizarme para estar en Saumur esta misma tarde.

Francesca sacó de su bolso de bandolera un estuche, en efecto, con la forma y el tamaño de un sobre de cierto tamaño.

—Solo cogeré algo de dinero. Para volver a casa. —Y aunó el gesto a la palabra.

—Y sus llaves —sugirió Heffner. Consultó su reloj—. Recuperará lo demás antes de las dos. ¿Cuál es el código de su portero automático?

CUARTA PARTE

A las tres partía un tren de la estación de Montparnasse, que llegaba a Saumur a las cinco y media. Francesca se presentó en la recepción del hospital poco antes de las seis. Sin embargo, en lugar de dirigirse al mostrador, se dio la vuelta, se alejó dos metros y marcó un número con su móvil.

—¿Ida? —susurró, inaudible de pura discreción—. ¿Puedo llamarla así? Soy Francesca, ya sabe. Ida, estoy en la recepción del hospital y no sé por quién tengo que preguntar para verla.

—Anne-Marie Montbrun —contestó una voz que, por segunda vez aquel día, Francesca reconoció como la de la criatura irreal de Montsoreau.

—De modo que es usted —suspiró Francesca una vez sentada junto a ella—. Discúlpeme. He dicho una tontería...

Anne-Marie le sonrió:

—No se preocupe, mujer. Lo he entendido.

Hablaron durante una hora. El sol se retiraba ya, el cielo se reinventaba en rosa. El semblante de la joven se alteró cuando Francesca la informó de que otros dos miembros del comité habían sufrido agresiones. Se confirmaba entonces, dedujo, que era la escritora, su faceta oculta, el blanco que perseguían quienes habían provocado su accidente. En ese momento, en esa pequeña habitación de hospital iluminada por la débil luz del crepúsculo, Anne-Marie confió a Francesca su costumbre de escribir en su coche detenido en mitad de la nada o, lo que es lo mismo, que su coche suponía para ella mucho más que para el resto de la gente. Solo allí, en ese coche parado, poco importaba dónde, se sentía a solas consigo misma. Sola y libre, a decir verdad: sin ataduras, sin vínculos.

—¡Pero nadie en el mundo lo sabía! —Le abrió su corazón—. Es usted la primera persona a quien se lo cuento.

Un gesto de Francesca la impidió continuar.

—Permítame. La veo tan sobrecogida... Una de las razones por las que he intentado verla lo antes posible es porque tengo algo que decirle que debería tranquilizarla.

El seudoaccidente de coche planteaba tres preguntas, analizó. ¿Cómo habían sabido que Anne-Marie escribía en su coche? ¿Cómo habían sabido que publicaba con el nombre de Ida Messmer puesto que, en Montsoreau, les había explicado la importancia que encerraba para ella ese desdoblamiento, y hasta qué punto velaba por que no se supiera quién firmaba con ese nombre? Y, en tercer lugar, ¿cómo habían sabido que pertenecía al comité de lectura de La Buena Novela?

—Permítame reflexionar en voz alta —anunció Francesca.

Pensaba que no era seguro que hubieran elegido atacar a Anne-Marie en la carretera porque supieran que su coche era la burbuja donde recibía su inspiración.

Después de todo, la carretera era también el único lugar en el que se exponía al peligro todos los días, y conducir, su única actividad a la vez regular y arriesgada. Algo que, sin duda, facilitaba un ataque programado.

Tampoco existían pruebas de que esos salvajes hubieran averiguado que Anne-Marie Montbrun se escondiera en Ida Messmer, ni de que lo supieran ahora.

Esta hipótesis la formuló otro miembro del comité cuando hablaba con Ivan, ayer sin ir más lejos —añadió Francesca—. Otro de los que han sido agredidos, como usted. La idea no es descabellada.

Lo que sí era seguro era que unos desconocidos habían atacado a Anne-Marie Montbrun, y lo más probable, habida cuenta de las agresiones a otros miembros del comité de lectura, era que fuera precisamente porque habían descubierto su pertenencia a este grupo. No obstante, ello no significaba que identificaran a Anne-Marie Montbrun con Ida Messmer.

—Eso para mí lo cambiaría todo. —Anne-Marie se deleitó en cada palabra—. Para La Buena Novela es muy inquietante que hayan atacado a *Recato y Decoro*, miembro de su comité de selección. Para mí no ha supuesto un episodio agradable pero, le confieso las cosas como las siento, revestiría mucha más gravedad que me hubieran atacado por ser Ida Messmer.

Francesca parecía perpleja.

—Es difícil de explicar —prosiguió Anne-Marie, sonrojándose—. Siempre he tenido la convicción de que, si alguien de mi entorno descubriera que escribo lo que escribo, ya no podría continuar haciéndolo.

Se detuvo un momento antes de retomar su historia:

—Es decir, si lo supiera alguien más *aparte* del destinatario de lo que escribo. Seguro que lo entenderá. A usted sí puedo contárselo.

El destinatario de los escritos de Anne-Marie era su inspirador.

—No es nada excepcional —se sonrojó la joven—. Él es también mi personaje: el *tú*, el *para ti*, el *él* y el *para él* de lo que escribo. Soy su mujer desde hace doce años pero apenas convivimos unos días al mes.

La profesión de Arnaud Montbrun convertía su vida de pareja en una continua espera. «La necesidad se había impuesto, pues, pero también era fuente de alegría», insistió Anne-Marie. Para ella, esa soledad forzosa generaba deseo, intensidad y creatividad; reflexionaba, imaginaba decorados, escenas, y escribía. Enviaba u omitía lo que no eran nunca otra cosa que cartas, calificó con humildad, «una especie de carta infinita». Arnaud había accedido al juego; no se había quedado al margen.

—Bueno, en fin —se cansó Anne-Marie, sonrojada de repente, conoce mis libros. Comprenderá usted que lo que escribo— prosiguió —se escribe solo. Nunca me ha movido la *voluntad* de escribir.

Pero sí tenía la intuición de que, si se desvelaba ese mecanismo, si su entorno le atribuía los escritos, bastante singulares, de Ida Messmer, si llegaban a saber quiénes eran los amantes de la historia, quiénes eran «de verdad», cómo aunaban

imaginación, erotismo y discreción, la escritura de esa historia se detendría. Nunca más habría nada firmado por Ida Messmer.

Desde el accidente, como alguien a quien le hubieran amputado un miembro, no cesaba de pensar en la vida que había vivido, y que no viviría nunca más.

—De modo que si usted me asegura que han identificado a *Recato* y *Decoro* con Anne-Marie Montbrun sin detenerse en Ida Messmer, saltando de alguna manera por encima de Ida y de sus libros, me devuelve usted la vida. Me devuelve usted mi propia esencia. Me resucita.

—E Ida Messmer retoma la pluma —se alegró Francesca.

No añadió lo que estaba pensando. Quedaba una pregunta sin respuesta, una pregunta importante, la tercera. ¿Cómo habían sabido, quién había descubierto que Anne-Marie Montbrun formaba parte del comité de lectura de La Buena Novela?

Las interrumpieron: las visitas debían marcharse a las siete.

—En otra ocasión hablaremos de su último libro —prometió Francesca—. Es una de las pocas novedades de este otoño-invierno que ofrece la librería. Y créame que no por mi culpa...

SUPE de la inmediatez con que Heffner acometió su investigación, pese a que le quedaban otros casos pendientes de resolver. No estaba al corriente de todo, pero me enteraba de los detalles a la vez que Van y Francesca, mientras que tuve que esperar algo más de tiempo para conocer la historia de los inicios de la librería.

Por supuesto, no me lo contaban todo. Es por ello que tardé demasiado tiempo en saber, y me encontraba muy lejos de imaginar, que durante un tiempo había figurado entre los principales sospechosos de haber filtrado los ocho nombres de los escritores del comité.

Heffner se desplazó para hablar con Néon y con Le Gall. Anne-Marie accedió, así que se encontró con ella también. Desde luego, por lo que trascendió, debió de entrevistarse también con otros miembros del comité.

Paul Néon se avergonzaba de ello, pero no podía aportar ningún detalle sobre los hombres que lo habían obligado a beber. Recordaba, como mucho, que el supuesto cineasta tenía rasgos vulgares: ni muy alto, ni muy gordo, ni muy moreno, sin barba ni bigote... Del otro, en cambio, no se acordaba en absoluto. «Existe sin duda una relación», temía, «entre mi incapacidad de reconocerlos, si volvieran a pasarse por Les Crêts, y mi pánico ante la sola idea de volver a poner los pies allá arriba.»

Heffner conversó con él largo rato. Hallar otro lugar donde retirarse no suponía una gran complicación, dado que ninguna actividad profesional lo obligaba a permanecer en esa zona de los Alpes, y a la vez le permitía afincarse en cualquier parte. «En absoluto», le corrigió Paul. No estaba dispuesto a alejarse de Chambéry.

No se hizo de rogar y le confesó al instante la razón de ese apego por la zona; Heffner sintió, incluso, que se estaba muriendo de ganas por contárselo. No es que amara la región, al contrario; no soportaba la montaña que no era alta ni baja, la montaña media, justo por lo que tenía de media, siempre entre dos tonos de gris, entre dos nubes, entre dos chaparrones. Pero once años atrás había asumido un compromiso que jamás quebrantaría: todos los miércoles se desplazaría hasta Chambéry para ocuparse de unos chavales.

Cuando Heffner escuchó esas palabras de boca de Paul, no supuso ningún descubrimiento. Sabía por Ivan, a quien Paul se lo había contado, a qué niños se refería, y por qué todos los miércoles llegaban de todas partes y se reunían en el área infantil de un barrio deprimido de la periferia sur de Chambéry. Pero Heffner, comprensivo y admirado, no añadió nada. Pues aunque no encontraba nada que objetar —Paul leía cuentos y prestaba libros a unos chavales desheredados, como animador de lo que la asociación ATD-Quart Monde llamaba una «biblioteca de calle»—, sí se preguntaba a qué obligación obedecía un escritor tan huraño y misántropo, regalando desde hacía once años esa parte importante de su tiempo.

—Se preguntará seguramente por qué esa cita regular con unos mocosos reviste

tanta importancia para mí —añadió Néon justo en ese momento.

Heffner asintió vagamente, sin mostrar mucho interés, como un psicoanalista freudiano en el momento en el que está seguro de que por fin están alcanzando el origen del problema.

—Es muy sencillo —comenzó Néon.

Heffner, como los psiquiatras, no confiaba en que nada fuera sencillo; sin embargo, se mantuvo en silencio.

—Hace once años, por primera vez en mi vida, le confieso que me dejé arrastrar por la pasión.

Una gitana de dieciséis años lo abordó un día en la calle. La muchacha poseía una belleza oscura. Ofrecía su cuerpo por cuatro perras —en francés apenas sabía contar y poco más— y ese comercio le prometía, en apariencia, un placer extremo. Néon pensó en un principio que se trataba de un engaño, de una treta de *marketing*; pero para cuando había logrado estudiar el caso con más atención y se había convencido de que no había fingimiento en él, el imprudente ya estaba atrapado irremisiblemente. Hasta la médula. Loco de amor, entre cita y cita sufría el tormento de la pasión.

Lo menos que se puede adivinar es que esa pasión no era recíproca. Paul trató de enseñarle a la muchacha lo que significaba amar; pero esa palabra, que más tarde comprobó que los chavales de la calle de toda condición conocen y emplean, escapaba a la comprensión de la joven. Mina —así se llamaba— no entendió siquiera todo el provecho que podía sacar a la locura de Paul. Como mucho, de vez en cuando, cuando este le besaba las manos, estallaba en una carcajada.

Él había causado un punzante sufrimiento a muchas mujeres, pues cada vez reparaba antes en que de ellas no buscaba más que su juventud y su feminidad. Menos pronto que ellas, no obstante, que lo entendían antes que él; ellas que, por el contrario, se sentían atraídas por ese tipo alto, ni muy guapo ni muy bueno, rasgos que él no compartía con ningún otro. Sin embargo, por una vez, con aquella morenita que no se molestaba ni en aprenderse su nombre, a Néon le había dolido no servir más que como mero instrumento de placer.

—Además de fuente de ganancias —observó Heffner.

—Apenas, apenas... —rectificó Néon.

La muchacha se olvidaba del dinero, lo cogía y lo dejaba de cualquier manera en cualquier sitio: le traía sin cuidado. Hasta tal punto esto era así que Paul se preguntó si no se habría fingido prostituta para relacionarse con él sin miramientos y lograr antes sus fines.

—Creía que las chicas gitanas tenían otras costumbres: que se casaban pronto, que guardaban fidelidad.

—Yo también había leído eso —apuntó Heffner sin explayarse.

Paul no estaba seguro de haberla comprendido bien, pero Mina le había dado a entender que se había casado con quince años y que había puesto tierra de por medio tras dos meses de vida en común con su esposo. Hablaba de sí misma lo justo.

Parecía que vivía con una familia que no era la suya y que, por lo demás, tampoco respondía al modelo tradicional de familia: una gente medio sedentaria, miembros de un clan más o menos enraizado en ese barrio pobre de Chambéry.

Más o menos: porque, si bien algunos se decidían a ello y aceptaban una vivienda y escolarizar a sus hijos, otros por el contrario permanecían unas semanas en Chambéry, huían, luego regresaban y se marchaban de nuevo sin avisar a nadie y, cuando vivían allí, se negaban a quedarse en otro sitio que no fuera su casa, en su caravana, en un gran descampado cercano a las viviendas de protección oficial.

Un día, la muchacha desapareció. Néon la buscó y acabó por enterarse, sin más, de que su gente se había esfumado. La esperó, sufriendo cada vez más por su ausencia. Pero nunca volvió a ver a Mina. Llevaba once años aguardando su regreso.

Al principio pensó que iba a enloquecer. Cruzaba todos los días el descampado en el que se había instalado su familia y al que, al principio, no dudaba que volvería. Durante meses preguntó a todos los gitanos que encontró, en vano. Se enteró de que por ahí lo apodaban *Mina*.

Por mucho que se dijera a sí mismo que, comportándose de esa manera, si la muchacha se había marchado para huir de él, perdería toda oportunidad de recuperarla —puesto que le indicaba a las claras dónde no debía poner los pies si lo que pretendía era librarse de él—, resultó inútil. Poco a poco dejó de recorrer aquel barrio de Chambéry día y noche, pero nunca se alejó del todo. Cuando una voluntaria de ATD-Quart Monde, que trabajaba allí en un centro permanente, le propuso comprometerse con ellos, aceptó sin vacilar.

Habían transcurrido ya once años. Si bien Paul había perdido la esperanza de reencontrarse con Mina, no había dejado de extrañarla. Ya casi no escribía, y no creía que volviera a hacerlo. Ahora llamaba a la muchacha desaparecida y a la inspiración ausente con el mismo nombre: Mina.

No, no esperaba ya volver a verla: y eso era y no era cierto. Por supuesto que sí. Sin duda aquella actividad de bibliotecario ambulante mantuvo su anhelo, la relación constante de todas las semanas con los niños, muchos de los cuales se desplazaban desde el campamento gitano: no tardó en plantearse que quizá de su relación con Mina hubiera nacido algún niño. Se persuadió de ello (por eso se había marchado, pensaba, para que el niño fuera solo suyo) así que, desdeñando el paso del tiempo, movido por cierto deseo de eternidad —puesto que la eternidad no es el tiempo para siempre sino precisamente lo contrario, la suspensión del tiempo, el no-tiempo—, leyendo cuentos a niños gitanos, de alguna manera avivaba las brasas. Transmitía a ese hijo desconocido lo más hermoso que conocía y lo mejor de sí mismo: la pasión por las palabras y la escritura.

Al acoger esa confidencia, en la pequeña habitación del hospital de Lyon, demasiado iluminada, Heffner —nos lo contó más tarde— abandonó por un instante la distancia que le imponía su condición de policía, miró a Néon, su cuerpo destartado, su tez amarillenta, sus ojeras, y se dijo: «Qué joven es».

Le Gall se había encontrado en cuatro ocasiones con sus agresores: él sí se acordaba de ellos. Vaya si se acordaba. Sin embargo, Heffner lamentaba que su descripción no resultara muy útil. Los dos tipos vestían ropa banal, anoraks o cazadoras, de color beis, pardo o caqui. Sus pantalones debían de ser simples vaqueros; si no, Le Gall aseguraba que le hubieran llamado la atención, que se hubiera fijado en ellos. «Bueno, vamos, vaqueros o algo parecido», titubeó. Se calzaban con gruesos zapatos y se cubrían la cabeza con gorros de lana («a no ser que se hubieran puesto las capuchas: una capucha bien apretada apenas se distingue de un gorro»). No se protegían con guantes —las manos en los bolsillos— ni con gafas. Aunque Armel, a ese respecto, se confesaba no muy seguro: ya había aseverado con anterioridad que una persona con la que se había cruzado el día anterior no llevaba gafas cuando sí las llevaba, como si las gafas, que aquellos que no tienen más remedio que llevarlas consideran que los desfiguran, no las percibieran con claridad los demás, o al menos no las memorizaran como signos distintivos.

—Con la nariz ocurre igual —se demoró Le Gall—. Que preside la cara desde el centro es un hecho, pero de ahí a que uno se fije en ella como para describirla...

En cuanto a Heffner, era consciente de que la mayoría de nosotros no distinguimos mucho de lo que se nos ofrece a la vista. Un hecho que deploraba, sobre todo, porque le correspondía, por su trabajo, detectar en esa vaguedad del recuerdo, en ese impresionismo, la observación exacta que permitiría identificar, relacionar, deducir en fin, de la misma manera que a partir de un trocito de capitel encontrado entre cien piedrecitas en la garriga se puede reconstruir el templo entero, el móvil del crimen y el culpable.

«Está confuso», observaba mientras escuchaba a Le Gall, en el bar Le Grand Gallo, particularmente desierto y tranquilo en esos oscuros días de principios de diciembre, sentados el uno frente al otro. «Algo le oscurece la memoria. Algo le emborrona los recuerdos.»

Precisamente, Armel vacilaba:

—A decir verdad...

«Venga, dilo», suplicaba Heffner para sus adentros.

—... todo esto me resulta demasiado penoso de contar. En dos palabras, penoso de revivir.

Le Gall se sentía humillado, pero reconocía que le estaba costando recuperarse de su desventura. Y aunque, desde entonces, había regresado un par de veces a la cima del acantilado y no se había topado con nadie de aspecto patibulario, aunque se había prometido a sí mismo reanudar su costumbre de pasear todas las mañanas a la orilla del mar, no se sentía capaz de continuar con su vida.

Y lo peor —aunque ambas cosas estaban relacionadas— era que tampoco conseguía reanudar la escritura del libro en el que trabajaba antes del ataque. Se había quedado estancado en la página escrita justo antes de lo que él calificaba como «el gran susto». Apenas habían transcurrido ocho días desde entonces, pero Le Gall no

sabía cómo diablos se vivía sin escribir una línea en ocho días. Nunca había sufrido un momento de falta de inspiración. Había leído en todas partes, en biografías, en memorias, que aquello suponía un infierno para un autor, pero él no había experimentado nunca nada similar. Y ahora coincidía con el peor momento, con el principio de una nueva novela que aún no había logrado dominar. Se esforzaba, se sentaba a su mesa a primera hora, pero no se le ocurría nada: ni una palabra, ni una frase, ni una idea que le viniera a la cabeza. No sentía nada más que aversión por su novela, por su trabajo y por el proyecto de escribir en general, y —al cabo de un rato— esto se imponía sobre su voluntad.

—Es el peaje de mi cobardía —resumía—. ¿Sabe usted? Escribir, con independencia del tema, por muy ficticio que uno considere que es, en el mejor de los casos equivale a plantarse cara a cara con uno mismo, y en el peor, a luchar contra uno mismo; en cualquier caso, a calibrar los propios límites. Y esta vez no intuyo más que eso: mis límites. Me avergüenzo del hombre que soy.

»Si me mantengo a flote es por la pintura —prosiguió—. Es un barquito que también hace aguas por todas partes, pero bueno, ahí al menos doy el pego. Y menos mal que con eso voy aguantando el tipo, porque he estado a punto de revelárselo todo a Maïté.

Heffner trató de convencerlo para que se tomara un descanso.

—Aproveche para hacer turismo, cambie de aires, de cielo, de costumbres; olvide sus rutinas, tómese lo que se dice unas vacaciones. Todo el mundo coincide en que sientan de maravilla.

Las pocas veces que lo llamó por teléfono, Ivan —que en teoría desconocía el tormento de Armel— siempre lo encontraba en su casa. Armel descolgaba el auricular de inmediato y ya no paraba, no cesaba su monólogo, sobre cualquier cosa salvo sobre aquello que envenenaba sus días. Ivan, con cierta razón, no se atrevía a meter el dedo en la llaga.

Heffner charló, también, con Anne-Marie. Acababa de volver a su casa y se convirtió en el primero en conocer su dirección. Creo que fue a él —ya no me acuerdo bien, pero no tiene importancia a quien Anne-Marie contó cómo, una tarde, el impulso había regresado.

Ingresada todavía en el hospital, no en una tarde cualquiera —puesto que Francesca acababa de marcharse—, Anne-Marie repetía en su cabeza las palabras de la librera; esas palabras que, aseguraba, habían contribuido más a su curación que todas las demás atenciones de los médicos.

Los dolores se atenuaban. Respiraba por primera vez sin la impresión de que sus costillas rotas amenazaran con perforarle los pulmones. Miró por la ventana. Del atardecer le atraía un cielo malva y amarillo que le despertó el hambre de masticar pétalos de rosa.

Cerró los ojos. Vio a A. sonreírle; aquel al que, en sus libros, Ida llamaba A. Se acercó a él, le rozó con los labios el pequeño hueco de detrás de la oreja. Sentía el

calor de su piel; sentía su olor.

Reía al contarlo, fue bonito de ver, según parece. Encendió la lamparita de noche, se incorporó y llamó al timbre que había junto a su cama. A la enfermera que acudió le preguntó: «¿Podría traerme lápiz y papel? Ahora ya puedo sentarme. Y tengo algo que escribir».

HEFFNER incluyó en su lista de entrevistados a Doultrement y fue a verlo a su despacho del quai Citroën. Conversó también con Yassin al-Hillah, el limpiador literato, y sobre todo trabajó —o al menos eso aseguró— en los rastros informáticos que suelen dejar ahora todas las llamadas telefónicas y todas las comunicaciones por Internet: se habían enviado millones de mensajes a La Buena Novela, y se habían escrito otros tantos al respecto en la red. Analizó uno por uno y durante dos o tres días todos los ordenadores de la librería. Francesca, por propia iniciativa, le entregó también su ordenador personal.

Se la escuchaba poco; esos días de principios de diciembre apenas hablaba. Pero a veces se la podía ver moviendo los labios en silencio. Confesó a Van que ya no podía mirar a nadie que entrara en la librería sin recelar, y que le hubiera gustado quedarse el día entero rondando por allí, descubriendo nuevas joyas en los estantes, pero que no se lo permitía a sí misma.

No comprendía por qué la investigación avanzaba tan despacio, pero no se atrevía a preguntar a Heffner al respecto. Ella, que siempre había sido tan vital y emprendedora, no tomaba ya ninguna iniciativa. Creo, sencillamente, que tenía miedo. ¿De qué? De todo, me imagino, por utilizar sus propias palabras.

¿Por qué no se va a pasar unos días a Méribel? —le sugirió Van—. Ha nevado, allí estaría más tranquila.

Ella dejó escapar una risita disonante.

—El chalé está vendido —aclaró—. Lo vacié en agosto.

Van no comprendía.

—Los banqueros pueden ser muy pesados a veces —sonrió, melancólica—. Me vencía un plazo, y tuve que encontrar la forma de obtener liquidez.

Llevándose un dedo a los labios, indicó a Van que no añadiera nada más.

—No importa, está bien así. Solo iba por allí porque a Violette le gustaba esquiar y había pasado las vacaciones allí muchas veces. No conseguía desprenderme de ese lugar. Ahora ya está hecho. No tiene importancia.

Oscar se confirmó definitivamente, en aquellos últimos meses de 2005, como alguien muy valioso. Sin que nadie se lo indicara, quizá incluso sin que ella se percatara, se esforzaba —eficaz y discreto— por descargar a Francesca de sus tareas, en especial de las suscripciones, que sumaban ya más de tres mil. Fue él, si no recuerdo mal, quien observó que las tres agresiones se habían producido en plena temporada de premios literarios.

—Ah, qué pesadez eso de los concursos —se quejó Francesca—. Uno llega a confundir la literatura con la lotería.

Heffner, cuando se lo comentaron, no se mostró tan categórico. De hecho, dijo haber reparado ya en ello. Contestó con un comentario comedido, muy de su estilo:

«No se puede obviar ese hecho pero, por otro lado, siempre se subestima al azar».

Sin embargo, aquel 13 de diciembre nadie, ni él mismo ni ninguno de los que llegaron a estar en el secreto de lo que ocurrió, mantuvieron esta teoría del azar al enterarse de que *Scaf* había telefoneado a Van esa misma mañana, rogándole que corriera a verlo —«A mi casa, sí, es indispensable. Sí, ahora mismo, ¿puede ser?»—, y que nada más abrirle la puerta lo había conducido hasta la cocina donde, apoyada contra la nevera, descansaba su bicicleta.

Scaf —Évohé vivía, y vive aún, en la rue Valette; casi arriba del todo, bajo el Panteón, en el edificio donde subsiste en el patio, invisible desde la calle, la torre que permitió a Calvino huir por los tejados el día de 1533 en el que intentaron apresarlos. Cuando Ivan me describió esta precisión, caí en la cuenta del sitio al que se refería. Allí, delante del porche, un panel de «Historia de París» cuenta la anécdota, y hasta yo había leído sobre aquello en alguna ocasión.

Gilles Évohé vive en un piso de dos habitaciones en el último piso, no del edificio antiguo que asoma a la calle, sino del de 1950 que tiene vistas al patio; un espacio bastante bonito donde uno puede aparcar su bicicleta en un cobertizo y engancharla allí con una cadena antirrobo sobre un felpudo en un rincón.

Ese martes y 13, a las nueve y cuarto, bajó al patio con su mochila a la espalda y comprobó el tiempo gris y frío con el que lo recibía la calle —nada anormal, en resumen—. Entonces entró en el cobertizo y, antes de quitar el candado a su bicicleta, la examinó con atención.

No encontró en ella nada de particular. Évohé quitó el antirrobo, cogió su bici y franqueó con ella la bóveda y el umbral. En la rue Valette, sobre la acera, para comprobar los frenos empujó bruscamente su máquina hacia delante mientras apretaba los dos al mismo tiempo, uno a cada lado del manillar. La falta de asidero casi lo precipitó al vacío: los dos cables de freno se agitaban sueltos en el aire como antenas descontroladas.

—Menudos cerdos, han hecho un trabajo fino —dijo enseñándole a Van los cables rotos—. Mire. Habría visto los cortes si se hubieran contentado con seccionarlos por la mitad. Pero no, los han cortado a ras del manillar, justo debajo de las palancas de freno, y luego los han colocado de nuevo en su sitio pegándolos con algún pegamento transparente, un *super-glue* o algo así.

No conseguía digerir la rabia. «¡Una Peugeot negra y plateada que apenas tenía dos años! ¡Equipada a la perfección! Es un crimen.»

Van sintió una oleada de gratitud hacia Heffner.

—¿Nuestro investigador le había advertido que tuviera cuidado?

—Por suerte sí —rezongó Évohé—. Cuando pienso que, de no ser por él, a estas horas podría estar llorando la muerte de esta maravilla de bicicleta...

Heffner y Évohé se habían reunido en la rue Valette ocho días antes. Habían charlado sobre literatura —«Un tipo culto, ese investigador suyo», elogió Évohé, «había leído todas mis novelas.»— pero también sobre las librerías en general, sobre

La Buena Novela en particular, y sobre las amenazas que pesaban sobre ella. Llegados a ese punto, Heffner no se había ahorrado precisión alguna, y le había descrito las tres agresiones contra los miembros del comité. Luego, durante largo rato, había interrogado a *Scaf* sobre su estilo de vida, su alimentación, sus actividades, sus manías y sus desplazamientos. Cuando supo que Évohé se movía en bicicleta, y considerando que residía en una de las calles más empinadas del Barrio Latino, no se andó^[*] con rodeos: le había pedido que dejara la bicicleta en casa. Sin embargo, como este se negaba, acordaron que al menos comprobara su máquina antes de utilizarla, que la examinara con detenimiento por todas partes antes de subirse al sillín, y no solo por las mañanas antes de salir de casa, sino varias veces al día, incluso, si es que lo estimaba necesario.

—SE acabó, lo dejamos todo. —Francesca tiró la toalla. Era mediodía.

—De se acabó nada. Y de dejarlo, menos —contestó Van.

—Es lo que acabo de decir.

—Entonces estamos de acuerdo.

—Ya no les queda más remedio —zanjó Heffner nada más irrumpir, diez minutos después, en el gran despacho de la rue Dupuytren—. Deben reunir a sus ocho seleccionadores, contárselo todo, pues yo me he mostrado evasivo en muchos aspectos, y obtener su autorización para presentar una denuncia conjunta. No les queda más remedio que contar con ellos para seguir adelante.

«Los ocho seleccionadores: emplea nuestras propias palabras», se sorprendía Francesca, «nuestras expresiones. Decir que está con nosotros es quedarse corto. Es uno de los nuestros ya.»

Ivan, por su parte, se mostró muy serio.

—Una denuncia... —reflexionó—. Eso implica que la investigación dejará de ser secreta: las filtraciones resultarán fatales, ¡los nombres de los ocho miembros del comité circularán por doquier! Eso supone poner en riesgo el fundamento mismo de esta librería; puesto que por definición la selección de los libros la realiza un comité anónimo. Eso es *precisamente* lo que pretendíamos evitar dirigiéndonos a usted de manera extraoficial.

Si desean que los cuatro seleccionadores que todavía no han sufrido una agresión continúen a salvo, me temo que ya no tienen otra alternativa —repitió Heffner—. Revelar tanto sus nombres como las amenazas que pesan sobre ellos supone la mejor de las protecciones posibles. A mí me parece muy sencillo... Publiquen un comunicado que afirme que aquellos que están contra La Buena Novela han rebasado los límites de la lógica y de la legalidad, que han averiguado los nombres de los miembros de su comité, y que cuatro de ellos han sido agredidos. Añadan algo como: «Pero no nos dejaremos intimidar. Vamos a interponer una denuncia y a cambiar de comité». Y entonces revelan los ocho nombres. Además, han contado ustedes con escritores muy apreciados, y seguro que la revelación aportará brillantez a la imagen de su librería.

—Lo de convocar un nuevo comité —terció Francesca— lo habríamos acabado haciendo tarde o temprano. Nunca nos habíamos planteado que el comité fuera fijo e inamovible.

—Regresemos a lo que nos ocupa —pidió Van—. Los reuniremos a los ocho. Para empezar, se conocerán entre sí.

—¿Tan grave es eso? —quiso saber Heffner.

—En realidad —explicó Van con lentitud, porque estaba pensando en voz alta—, nos negábamos a que se conocieran por una razón, sobre todo: conservar de la

manera más fiable posible el secreto sobre sus identidades. Ahora que ya no existe ese secreto, nuestras reservas carecen de importancia.

Francesca asentía levemente con la cabeza:

—Ojalá supiéramos quién ha filtrado la lista y quién la tiene en su poder...

Heffner se quedó mirándola unos segundos.

—A ese respecto creo que puedo proporcionarles ya alguna información —reveló.

—¿Cómo dice?

—Quién tiene la lista en su poder, eso no lo sé, aunque empiezo a hacerme una idea. Pero sí creo saber cómo obtuvieron la lista esos salvajes.

—Pues cuéntenoslo. ¿A qué espera?

—No estoy seguro, desde que he intuido lo que con toda probabilidad ocurrió. Para empezar, conozcan o no lo sucedido, ya no cambiará nada: el mal está hecho, los nombres circulan por todas partes. Además, la información es un arma de doble filo. Por un lado, debería aportarles cierto alivio. Por otro, les causará un gran disgusto...

—Por el amor de Dios, díganoslo ya —lo urgió Francesca, sin esperar a oír cuál era su condena.

—La buena noticia es que el traidor no se esconde entre ustedes. Ahora ya estoy casi seguro de ello. Nadie ha revelado esos nombres deliberadamente.

—¿Y entonces?

—Lo que no les resultará tan agradable es la manera en que se produjo la filtración.

Heffner carecía de pruebas, pero habría puesto la mano en el fuego por defender su teoría: cuando a Francesca le habían robado el bolso, a principios de junio, no había sido el blanco al azar de un ratero cualquiera. El objetivo del robo había sido precisamente la dueña de La Buena Novela: buscaban documentos, y el robo les resultó bien provechoso. Habían obtenido justo lo que buscaban: la lista de los miembros del comité de selección.

—¡Pero yo no guardaba esa lista en mi bolso! —protestó Francesca—. No la he escrito nunca. Nunca la he llevado encima.

—En efecto —confirmó Heffner—. Los ladrones la reconstruyeron a partir de su libreta de direcciones.

Francesca no lo entendía. Nunca había apuntado el nombre de ninguno de los ocho miembros en esa libreta: aquella era la precaución más básica. Ni sus nombres ni sus seudónimos.

—Pero sí sus números de teléfono —recordó Heffner.

—Sí, pero se lo repito, sin ningún nombre, ninguna inicial ni ningún signo que permitiera relacionarlos con ninguna persona.

—En eso confiaba usted —corrigió Heffner.

Su voz se había despojado de cualquier tono de suficiencia o de reproche. La libreta de direcciones no era exactamente eso, puesto que en ella solo figuraban tres o cuatro direcciones y sesenta y un números de teléfono.

—Sí —confirmó Francesca—. No es una libreta de direcciones propiamente dicha, sino una agenda con algunas notitas pegadas en sus páginas, ¿las ha examinado? En ella apunto los números de teléfono que suelo necesitar. La consulto mucho.

De esos sesenta y un números, explicaba Heffner, casi todos correspondían a un nombre, apuntado en la misma línea. Casi todos salvo ocho, que carecían de ningún nombre o dirección: no estaban asociados *a nada*.

La rigidez se apoderó de las facciones de Francesca.

—Si esa libreta la hubiera obtenido por casualidad cualquier otra persona, esta no habría reparado en nada —prosiguió Heffner—. Pero alguien como por ejemplo yo, que estudie estas hojas para localizar unos números en concreto, enseguida reparará en que algunos se tratan de una manera, digamos, *especial*. Ocho, una buena cantidad; ocho números que no se identifican por nada, por ningún dato concreto, con nadie, repartidos en páginas distintas, sin motivo aparente.

—Recuperé mi bolso al cabo de una hora, y la libreta continuaba dentro —recordó Francesca—, junto a todos mis demás papeles.

—Elemental —explicó Heffner—. Disfrazaron el objetivo del delito, para que lo confundieran con el dinero: robo con tirón, rápido abandono del bolso, desaparición únicamente del dinero en metálico... Lo camuflaron como algo corriente, que pasa todos los días.

»Por mi parte, cuando le pedí permiso para examinar el contenido de su estuche de piel, me otorgué apenas media hora, menos incluso que sus dos bribones de la moto. Es más de lo que se necesita para fotocopiar todos sus papeles, página a página, incluida su agenda y las hojitas con las direcciones. Yo mismo actué así. Después, uno puede disponer de todo el tiempo del mundo para estudiar esas fotocopias.

—Y yo que me pavoneaba de mi astucia al apuntar esos ocho números sin nombres en las páginas de los seudónimos correspondientes... se entristeció Francesca, con voz inexpresiva. —El número de Sarah Gesteslents en la página de la G de *Guisante*, el de Évohé en la S de *Scaf*, y así con todos.

—Eso poco importa. No hace menos llamativo el hecho de que ocho números carezcan de nombre. Si esos husmeadores se plantearon por qué los había anotado en esas páginas concretas, la cuestión no debió de preocuparles por mucho tiempo.

Francesca bajó la mirada y luego la alzó de nuevo.

—No pretendo excusarme —reconoció con esfuerzo—. He hecho gala de una imprudencia estúpida. Pero hay algo que se me escapa. Pongámonos en el lugar del que me robó el bolso. Dispone de una lista de ocho números de teléfonos móviles: ¿de qué le sirve?

—Si no recuerda mal —intervino Van—, ya hablamos de algo similar el otro día: para algunos no resulta complicado acceder a los ficheros de los operadores telefónicos y relacionar cada número con la identidad del cliente de cada línea.

Con los ocho nombres reunidos, parecía obvio que habían reconstruido la lista del comité, concluyó Heffner. No había más que un nombre desconocido entre los ocho, el de Anne-Marie Montbrun; los otros siete eran nombres de novelistas, si no muy conocidos, como Le Gall, al menos sí estimados en ciertos círculos (Néon y Néant: era fácil deducir que se trataba de la misma persona).

—¿Eso qué quiere decir, que esos salvajes pertenecen de algún modo al mundillo literario? —preguntó Van, no sin cierta prevención.

—Creo que podemos suponer que sí —aseveró Heffner.

FRANCESCA se ocupó inmediatamente de organizar la reunión. «Déjenlo en mis manos», rogó. «Por favor. Al menos quiero compensar de alguna manera mi metedura de pata.»

—Solo una cosa —intervino Heffner—, para hacerle ganar tiempo. Todos sus seleccionadores han cambiado de número de teléfono.

Y, anticipándose a la pregunta de Francesca, añadió:

—Todos disponen de un nuevo teléfono, sí. Me ha parecido que era mejor así. — Le tendió un papel—. Le he apuntado aquí los ocho números.

—¿Me los aprendo de memoria y luego me trago la lista? —preguntó Francesca.

—Lo que tiene que hacer es guardar este papel en algún lugar donde a nadie se le ocurra buscarlo.

—¿En la lata donde conservo el té?

—Por ejemplo.

Francesca deslizó el papelito entre su muñeca y la correa del reloj.

—Un escondite temporal —informó y, cambiando de tono, añadió—: Dice que Anne-Marie Montbrun ha regresado a su casa, ¿no es así?

—Sí. Ya podía afrontar un viaje en coche.

—¿Y Paul? ¿Le han dado el alta?

—Ahora mismo iba a decírselo —recordó Heffner—. Salió del hospital la semana pasada.

Néon se negaba a volver a pisar Les Crêts. Heffner lo convenció para hacer una visita relámpago, de noche y bajo su protección, y así rescatar sus efectos personales de trabajo en una maleta. Ya se ocuparía más adelante de la mudanza.

Paul se mostró reticente:

—Ahora mismo no estoy trabajando en nada.

—Pues coja todo lo que haya encima de su escritorio —le ordenó Heffner con firmeza—. Tiene que prepararse para reanudar su labor.

Al regresar de su expedición exprés a Les Crêts (el pueblo dormitaba bajo un manto de nieve, así que no se cruzaron con nadie; Suzon había visitado el día anterior L'Alpette para recuperar las llaves y, sin que nadie la viera, las había dejado sobre el alféizar de la ventana del cobertizo), Heffner acompañó a Néon a su nueva residencia.

—Está en Maisons-Lafitte. No es gran cosa. Le he encontrado una clínica, sin ningún lujo. Tiene que volver a aprender a alimentarse, y también a beber como Dios manda.

Francesca consiguió fijar la reunión al día siguiente por la noche. Supo convencer a todo el mundo de la urgencia del asunto. «En cierto sentido», le confió a Van, «prefiero haberme enterado del origen de la filtración antes de verlos. Les confesaré de entrada a los ocho que soy yo la única culpable, y que ellos quedan libres de toda

sospecha.»

Sin embargo, hubo una persona ausente aquella noche. Anne-Marie se negó en redondo a participar en la reunión, a dar la cara de la manera que fuera, a oír siquiera mencionado su nombre. Era de esperar y, al otro lado de la línea, Francesca no insistió. Pero eso no era todo: Anne-Marie dimitía del comité. No se oponía a que La Buena Novela denunciara los ataques —aunque ella misma no lo habría hecho— ni a que se publicara la lista de miembros del comité, siempre y cuando ella no figurara en ninguna parte. Pero se negaba en redondo a que se mencionaran los nombres de Anne-Marie Montbrun o de Ida Messmer, y no quería que se comentara tampoco el extraño accidente de la curva de los Galordons, en las inmediaciones de Saumur.

Necesitaba recuperar su libertad de espíritu. Arnaud lo deseaba tanto como ella, así que se mudaban. Abandonaban Anjou. Anne-Marie les rogó que supieran disculparla, aseguraba que la había apasionado el proyecto de la librería, que continuaba apasionándola, pero prefería no desvelar el lugar donde pensaba instalarse con su familia.

Para entonces yo ya lo conocía todo sobre su doble vida. No debería haber estado al corriente, pero unas horas antes Ivan me había contado quién se ocultaba detrás del nombre de Ida Messmer. Si Anne-Marie abandonaba el proyecto de la librería, si el futuro desarrollo de los acontecimientos le permitía conservar su anonimato, solo cuatro personas conoceríamos su secreto: Francesca, Ivan, Gonzague Heffner y yo. Cuatro personas, en todo caso, bien decididas a no desvelar nunca nada de todo aquello.

En cuanto al lugar de la reunión, después de pensarlo mucho, Francesca aceptó la oferta de Sarah Gesteslents de poner a su disposición su estudio de la rue Alexandre Dumas. Sería más discreto que ir a su propia casa, en la rue Condé, o a casa de Ivan, o a un restaurante cualquiera.

Me hubiera encantado estar presente aquella noche. Francesca e Ivan se jugaban mucho. Llegaron los primeros a la cita, con un cesto lleno de botellas. (Francesca había elegido un Oporto, un Grave y un Bourbon. Al verlas, en el taxi, Van objetó que *Brother* viviría un infierno si se las bebían delante de él. Había conseguido un permiso para salir de la clínica, así que más valía devolverlo en buen estado. Francesca se hubiera dado de tortas. Convenció al taxista de que se las quedara él como regalo a cambio de encontrarles un supermercado abierto donde comprar unos zumos.) Ya había oscurecido, y nevaba copiosamente.

El estudio de Sarah ocupaba el primer y el último piso de un minúsculo edificio frente a la imponente iglesia de San Juan Bosco, semejante a un cohete de hormigón armado. A primera vista parecía el despacho de un arquitecto principiante: seis metros cuadrados, paredes blancas cubiertas de estanterías, en el suelo una moqueta de yute, lámparas de pinza aquí y allá, un diván que hacía función de sofá, dos mesas sobre caballetes delante de las dos únicas ventanas, y unos cuantos paneles de contrachapado que permitían montar una tercera mesa donde se necesitara y del

tamaño que hiciera falta.

Como eran nueve personas, recurrieron a uno de los paneles grandes. Sarah trajo unas sillas plegables y una colcha marroquí de lana que hizo las veces de mantel.

Francesca había citado a los otros seis seleccionadores entre las ocho y media y las nueve, de modo escalonado para que no llamaran a la puerta todos a la vez. Aunque aquella era una reunión de crisis, empezó más bien como un juego, conforme los siete miembros se fueron encontrando y comprobando con quién habían formado equipo sin saberlo. Algunos eran viejos conocidos. Armel Le Gall y Gilles Évoché mantenían, desde hacía tiempo, una estrecha amistad. Marie Noir y Jean Tailleberne formaron parte durante tres años seguidos del Comité de Novela del Centro Nacional de las Letras. Néon no conocía a nadie, y Winter, a todo el mundo salvo a Néon, aunque solo de vista.

—Estamos todos —anunció Francesca un poco después de las nueve—. Sentémonos. Acerquen sus copas.

Empezó por resumir la historia de La Buena Novela, cuya perspectiva general tan solo compartían Ivan y ella. Recordó los prometedores inicios de la librería y luego la sucesión de lamentables agresiones. Explicó, y en ese momento su voz perdió algo de aplomo, cómo, al haberle robado el bolso, esos salvajes —«Ivan y yo los llamamos así»— habían identificado a los miembros del comité.

—El bolso me lo robaron a principios de junio. Los meses siguientes debieron de emplearlos en seguirlos y observarlos minuciosamente. En noviembre, uno detrás de otro, tres miembros del comité sufrieron agresiones físicas y, en diciembre, un cuarto habría pegado un buen susto de no haber sido advertido previamente, como lo habrán sido todos ustedes, supongo.

—No creo que merezca la pena detallar el cariz de cada una de las agresiones —intervino Néon.

Francesca no pretendía hacerlo, aclaró, ni tampoco mencionaría los nombres de aquellos de entre los presentes que habían sido agredidos. Estos eran libres de contar lo que les había ocurrido, si querían.

—¿Tienen alguna duda? —quiso saber Francesca.

A todos les sobraban las preguntas. Conversaron sin parar durante más de una hora: sobre el capital de la librería, sobre el papel de la prensa, sobre las ventas, sobre el respaldo obtenido, sobre ese investigador que había aparecido hacía poco y que no les había facilitado demasiada información, y sobre los salvajes, por supuesto. ¿De quiénes se trataba?

Ivan dio fin a esa conversación para pasar a una fase más «activa»: debían decidir las medidas que podían tomar para acabar con todo aquello. Había ideado un posible plan.

—Una propuesta —puntualizó—. La debatiremos. Huelga decir que no se decidirá nada sin el visto bueno de todos ustedes.

Su plan constaba de dos pasos. Primero de todo, poner una denuncia formal por

las agresiones. A continuación, ese mismo día o al día siguiente, emitir un comunicado de prensa dividido en tres puntos donde anunciarían que se había acudido ante la justicia, y donde contarían, sin entrar en demasiados detalles, la serie de ataques que lo había motivado, y que informara de la composición del comité a la vez que anunciaba su disolución.

—Evidentemente —afirmó Tailleberne.

Y Winter, despacio, como para convencerse de que no se trataba de una pesadilla, sentenció:

—El fin del comité...

Todos parecían consternados.

—Los escucho —anunció Van—. Ya para empezar, he de decir que uno de los miembros del comité ha preferido ausentarse esta noche, no darse a conocer y dimitir por propia iniciativa. Ni que decir tiene que está en su más estricto derecho.

—De manera que éramos ocho... —Recontó Marie Noir, sin dar a entender si el número la sorprendía, la contrariaba o, más bien, le resultaba indiferente.

—Permítanme un momento —intervino entonces Sarah Gesteslents—. Tengo una idea.

Aprobaba la idea de denunciar y de divulgar la composición del comité. En todo ello veía tres ventajas: suponía no retroceder, no rendirse; comunicar los ataques era una manera de conseguir que cesaran; y, en su conjunto, la operación crearía una corriente favorable a La Buena Novela y reforzaría su caudal de apoyo.

—Personalmente —añadió—, les doy mi permiso para que desvelen mi nombre. No me disgusta poder expresar por fin públicamente mi solidaridad con esta librería.

Su aspecto recordaba al de un pequeño mozo de cuadra medieval, con su ropa masculina, beis y negra, su peinado de casco y sus mandíbulas cuadradas en ese rostro tan delgado.

—Y he aquí mi idea —propuso—: Una vez disuelto nuestro comité, nada nos impide constituir un segundo al que los antiguos miembros se incorporarían en secreto, un *bis*, por calificarlo de alguna manera. En lo que a mí respecta, me encantaría seguir colaborando con su librería. Se me ocurren continuamente nuevos títulos que proponer. Mi lista complementaria para el año próximo está ya muy avanzada.

Hizo una pausa. Sin embargo, nadie decía nada, de modo que preguntó, en tono cortante:

—¿Les parece una tontería lo que propongo?

—En absoluto —negó Jean Tailleberne—. Yo estoy de acuerdo. Me apunto al comité *bis*.

—Yo también —se sumaron a la vez Évoché, Néon y Le Gall.

También Winter, que añadió:

—No hay mejor manera de pasar inadvertido. Es un procedimiento clásico en los servicios secretos, por lo demás...

Marie Noir, en cambio, expresó sus reservas:

—No creo que podamos trabajar como antes ahora que nos conocemos unos a otros.

La mayoría no pensaba así. Nada les impedía mantener su independencia, aunque ello implicara suspender toda relación. Por el contrario, Le Gall sí obtuvo la aprobación general cuando propuso que el comité se otorgara solo un año más de existencia. Todos estaban de acuerdo en pensar que, al concluir ese plazo, la lógica dictaba la renovación de aquella especie de dirección clandestina de La Buena Novela.

—Me reservo mi decisión sobre este tema —confesó Marie Noir.

Van sugirió pasar a la redacción del comunicado de prensa.

—Tardaremos un buen rato en escribirlo —supuso, sin mirar a nadie en concreto—, lo que deja tiempo a cada uno de ustedes para reflexionar antes de firmarlo. Hoy estamos a martes 14. Pongámosle fecha del 15 de diciembre. En él deben figurar tres puntos, ¿estamos todos de acuerdo? El resumen de los hechos, la decisión de denunciarlos ante la justicia y la disolución del comité.

Eran alrededor de las doce y media de la noche cuando levantaron la sesión.

—Salgamos juntos —propuso Marie Noir—. Ya está bien de precauciones.

Había firmado el comunicado, al igual que los otros seis.

En la calle, bajo la nieve que no se detenía, Le Gall retuvo a Van para rezagarlo un poco del grupo.

—Entonces ¿no conoceré a *Recato y Decoro*? —preguntó—. Después de lo que me contó el otro día en Rennes, me había formado una imagen bien exquisita de ella.

—¿Por qué piensa que no la ha visto esta noche? —tanteó Ivan.

—No ha asistido ninguna *belleza inglesa*. Usted recurrió a esas palabras para describirla.

—Mucho me temo que ni usted ni yo nos encontraremos con ella nunca más —lamentó Van—. Se reunirá con el hada Morgana y con todas las Isoldas de nuestros sueños en el país de las criaturas insólitas cuya existencia no puede demostrarse. En cuanto a la pertenencia al comité de una entrañable persona a quien su apodo no podía haber hecho menos justicia, yo ya no puedo expresar tanta seguridad, y usted tiene que olvidarlo.

Evidentemente, observó Heffner horas más tarde, al saber que se revelarían siete nombres, a los salvajes —conscientes de la existencia de ocho seleccionadores y manejando ya sus identidades reales— no les supondría ninguna dificultad hacer pública la identidad del octavo que no se mencionaba. No tardarían en desvelar ese secreto, bajo la forma por ejemplo de un contracomunicado, señalando que el comité contaba con un octavo miembro, una tal Anne-Marie Montbrun.

—Pero me extrañaría —les tranquilizó el policía—. No ganarían nada con eso, al contrario; esa decisión atraería más si cabe la atención sobre ellos.

Van también había sopesado todo aquello, aunque referirse así a su actitud es

quedarse corto. La noche anterior, al salir de la reunión, no había logrado conciliar el sueño mientras reflexionaba sobre ese problema. No consiguió descansar hasta que se convenció de que Anne-Marie había tenido una excelente idea al correr un velo sobre sí misma y sobre sus escritos. De esta manera, aunque ahora se divulgara su nombre, nadie podría relacionar a esa desconocida con la escritora Ida Messmer.

LA prensa recibió el comunicado con reacciones muy dispares; a decir verdad, obtuvo un eco bastante reducido. Aparecieron tan solo dos o tres artículos dignos de ese nombre en revistas o publicaciones estrictamente literarias. Los diarios se contentaron con un breve, y los semanarios con un simple suelto. De todas las radios, solo Radio Libertaire dedicó una crónica al tema, por lo demás excelente. Las televisiones, que habían cortejado a Van con tanto entusiasmo en el pasado, habían perdido ya todo interés en la librería.

A los periodistas literarios más mundanos pareció que solo les interesaban los nombres de los siete miembros del comité. A los demás, solo las agresiones: pero como a ese respecto no disponían de ningún detalle suplementario, asociaron esas nuevas intimidaciones a las hostilidades del primer semestre, sin molestarse en distinguir unos hechos de otros. «Nos falta un muerto», ironizó Heffner. «Nos», observó Francesca.

Tampoco obviemos que desde La Buena Novela se desalentó a los pocos periodistas que quisieron investigar sobre el tema. No se comentó ni una palabra más sobre las agresiones recientes, aparte de lo que se había afirmado en el comunicado. En cuanto a los siete seleccionadores, decidieron de común acuerdo no conceder entrevistas.

Además, la época no ayudaba a crear un ambiente favorable para esta clase de noticias. Faltaban diez días para Navidad, y la proximidad de las fiestas y las vacaciones multiplicaban las ocupaciones de todos, tanto de los periodistas como del resto de la gente. (Eso sin contar con las noticias de interés internacional. La gripe aviar se extendía por doquier. Ahora afectaba también a África: habían aparecido dos nuevos focos en Zimbabwe. El gobierno indonesio había obtenido del laboratorio Roche la autorización para producir su antiviral Tamiflu. Ariel Sharon había sufrido una embolia y estaba hospitalizado. Dos millones de personas morían de hambre en Somalia...)

En Internet, evidentemente, todo fue muy distinto. Hubo proliferaciones y rumores, comentarios buenos y malos. La Buena Novela continuaba apasionando a los internautas. Los malos: los delirios sobre conspiraciones imaginarias, pobres ficciones virulentas que incriminaban a la editorial Hachette, o a los Estados Unidos, o a los profesores, o a los islamistas o a personas concretas, con nombres y apellidos. Los buenos: las muestras de apoyo que se sucedían día y noche. Abarcaban desde la simple empatía hasta la sugerencia de pistas de investigación; desde la amistad renovada hasta la solicitud de suscripciones.

Oscar se sirvió de una misma frase para responder a los centenares de simpatizantes: «El mejor respaldo para nosotros es la compra de libros. Acérquense a la rue Dupuytren o compren por Internet. Feliz Navidad».

La noticia de la disolución del comité suscitó una oleada de felicitaciones dirigidas a los miembros salientes. Las ventas de sus libros en La Buena Novela se dispararon. En cuanto al anuncio de que se constituiría un nuevo comité, provocó un aluvión de candidaturas: ciento veintidós escritores se prestaron voluntarios, con un pequeño diez por ciento de candidatos extranjeros. En el lote se incluían autores muy válidos, con los que Van y Francesca hubieran soñado trabajar, pero añadir nuevas caras al comité no parecía una tarea fácil. Resultaría imposible informarlos de todo cuanto ya conocían los primeros miembros. Eso implicaba, en la práctica, crear dos clases de miembros, y ni Francesca ni Van veían esta opción con buenos ojos.

Así que decidieron responder a los candidatos con la verdad: que el comité número dos estaba ya constituido, pero que tomaban nota de su interés y pensarían en ellos para la próxima renovación, pues en La Buena Novela estaban en contra de mantener cargos vitalicios.

En la librería las cosas marchaban a pedir de boca. Las fechas navideñas favorecían la afluencia y las compras. Allí, como en otras librerías, los clientes pedían que les envolvieran los libros para regalo. Sin embargo, era evidente que nadie entraba en la rue Dupuytren con las mismas intenciones que en otras librerías: solo Oscar vendía de media treinta ejemplares de un libro publicado en 1929. Hacía un mes que había descubierto las novelas de Marcel Aymé. Conocía bien sus relatos; había ensalzado la recopilación de los mismos de la colección Cuarto. Un día de noviembre acudió a verlo un cliente, con ese aire agotado, perdido y radiante que delata a quien acaba de vivir un flechazo. Había leído los quinientos relatos de Aymé de un tirón, uno detrás de otro: no había pegado ojo en toda la noche. Así que se moría de impaciencia por zambullirse en las novelas. Oscar se contentó con entregárselas todas. No le comentó nada sobre ellas porque cayó en la cuenta de que no las había leído, quizá solamente *La jument verte*, años atrás.

Durante los días siguientes recuperó ese tiempo perdido. Se deleitó con *La vouivre*. *Uranus* le pareció fantástica. Pero la preferida de Oscar, la que se leyó tres veces seguidas —la primera, cautivo por la intriga, para conocer el final; la segunda, muy despacio, para no perderse ni una palabra; y la tercera, tomando apuntes, para tratar de analizar en qué consistía la maestría de aquella obra— fue *La table-aux-crevés*.

Se la recomendó con fervor a Van, a Anis y a Francesca; Yassin ya la conocía, incluso citó varias frases de memoria. Y en diciembre, con los ojos brillantes, repetía la misma pregunta a todos los clientes de la librería: «¿Conoce *La table-aux-crevés*? Una novela de Marcel Aymé, el premio Renaudot de 1929».

Van no le iba a la zaga. Él estaba redescubriendo a la portuguesa Agustina Bessa-Luis. Había leído varias de sus novelas. Le fascinaba su inteligencia. Ese mes, un poco por casualidad, leyó *El monasterio*. Pertinencia, lucidez, actualidad, humor: vendió muchos ejemplares, tanto a mujeres como a hombres.

Mientras tanto, justo el día en que Ivan envió el comunicado a la prensa y lo

publicó en Internet, Francesca puso la denuncia y Heffner informó a sus superiores.

Existen varias maneras de tramitar una denuncia, según uno sea una persona física o una empresa, se esté en peligro de muerte o no, y Francesca se sentía un poco todas esas cosas a la vez. Pidió consejo a Heffner. De acuerdo con lo que este le sugería, y para ganar tiempo, se dirigió no al Procurador de la República de París, sino directamente al Procurador Adjunto a cargo de los asuntos criminales. Esa misma tarde, a las tres, en el quai des Orfèvres (no en el número 36, sede de la brigada criminal, sino en el 14, el Tribunal de Primera Instancia: Heffner le esbozó un plano a tal efecto), la recibió una mujer tranquila y entrada en carnes que debió de tomarse el tema en serio, pues a las cinco y cuarto ya se había designado un juez de instrucción. Delante de Francesca, la procuradora adjunta había telefoneado al decano de los jueces de instrucción, el cual respondió a su llamada diez minutos después: había designado al juez Albéric Blin para el caso.

Al día siguiente, el juez Blin empezó a convocar por turnos a su despacho en la primera sección (servicio general), en la galería de los jueces de instrucción del Palacio de Justicia, a Francesca, Van, Oscar, Anis, Yassin y a los ocho miembros del comité antiguo, es decir, a todos los actores principales de la historia de La Buena Novela.

El juez resultó ser un hombre joven, bajito y rubio que no se tomaba a broma los procedimientos legales y que no abandonó ni por un segundo su tono de seriedad y autoridad.

Francesca rechazó la representación de un abogado.

—Está en su derecho —constató Blin.

—¿No cambia en nada la investigación?

—No cambia en nada la instrucción, no.

La misma tarde en que la procuradora adjunta recibió a Francesca, y esta contó por segunda vez en un mes la historia de la librería de principio a fin —aunque en esta ocasión solo hablaba ella, por lo que su relato ganó en brevedad—, Heffner informó del caso a sus superiores. Pese al inevitable rigor administrativo, todo se efectuó con el mínimo protocolo.

Gonzague Heffner llamó por teléfono a su superior directo, André Marx, jefe de la brigada criminal, y un cuarto de hora más tarde ambos se sentaban frente a frente en una estrecha mesa del Marguerite, un café del quai de Gesvres elegido precisamente por lo lejos que estaba de la sede de la brigada. Y también Heffner relató entonces la historia de La Buena Novela, desde sus triunfales inicios hasta la agresión contra *Scaf*.

En realidad, de las primeras investigaciones (sin una orden judicial) no lo contó todo: solo lo justo para convencer a Marx de que se trataba de un caso criminal, que lo había desbrozado bien y que pertenecía —era obvio— a su competencia.

Marx se mostraba escéptico por norma, pero mantenía una buena relación de amistad con Heffner. Cuando terminó su relato, le puso la mano en el brazo:

—Creo que lo he entendido. Esta tarde o mañana recibiré una llamada del juez de instrucción. Tendrá prisa por entregarme sus comisiones rogatorias, estará un poco nervioso: un caso nada banal, figúrese que la víctima es la Literatura en persona. Yo me haré el extrañado. Lo escucharé sin interrumpirlo y colgaré. Y el primero en el que pensaré para la investigación será en el agente Heffner, es obvio. Le viene el caso como anillo al dedo, siempre lleva un libro en el bolsillo. Nos compete, pero de milagro: solo uno de los intentos de asesinato ha tenido lugar en París. Vais a tener que trabajar en colaboración con los servicios regionales. —Entonces cambió de tono —: Oye, y a propósito de literatura, dime una cosa: le he robado a mi hijo un libro que me parece excelente: *L'organisation*, de Jean Rolin, ¿lo conoces? Son recuerdos de un veterano de la izquierda proletaria, pero al tío como que se le va la olla un poco. Me gustaría mucho saber qué opinas, tú que lo has leído todo. Me da la impresión de que está muy bien escrito.

Heffner no había leído *L'organisation*. Pero cuando se lo comentó a Van —acababa de contarle su conversación con Marx—, este lo puso al corriente en un tono decidido: «¿Que si está bien escrito? Es un libro *admirablemente* escrito, dígaselo a su jefe. Y admirablemente construido: como si el autor hubiera utilizado una sonda. Abarca un periodo de diez o quince años».

Después, Ivan se alejó un poco. Heffner temió haberlo irritado.

La librería estaba a punto de cerrar aquella tarde. Había elegido ese momento para acercarse hasta allí porque sabía que a esa hora en La Buena Novela solo quedaban los últimos irreductibles, tan profundamente enfrascados en la lectura que no se enteraban de nada más.

Entonces Ivan regresó, con un ejemplar de *L'organisation* en la mano.

—Tenga —dijo a la vez que se lo tendía—. Ese tal comisario Marx no es un tipo banal. Para empezar no se molesta por que haya empezado una investigación sin informar de nada a nadie, y encima le descubre el libro más inteligente jamás publicado en Francia sobre los sobresaltos y las secuelas de mayo del 68.

CON todo lo que estaban viviendo, les pareció que la Navidad pasaba un poco ajena a ellos. Francesca lo reconoció:

—Estoy cansada. No me veo con fuerzas para organizar nada. Temo provocar...
—vaciló—... un nuevo ataque.

Van intentaba animarla.

—¿Por qué ese desánimo? No hay razón para preocuparse. Hemos ganado en fuerza con respecto al año pasado. Por estas mismas fechas éramos menos ingenuos, más aguerridos... Pero, si se siente sin fuerzas, márchese a dormir. La despertaré el día uno por la mañana: en Año Nuevo todo habrá cambiado.

Justo entonces recibieron una carta que identificaron como un buen presagio: Ruth iba a lanzarse a su aventura. Había encontrado financiación para el proyecto. No les presentaba un mecenas de espaldas anchas como había soñado, sino una fundación, uno de esos *trust* como existen miles en Estados Unidos, surgido de las disposiciones testamentarias de un industrial del petróleo que, lamentando no haber leído en su vida más que números, había creado una fundación con su nombre centrada en la promoción de la literatura.

La librería *The Good Novel* vería la luz en Houston. Si todo transcurría según lo planeado, al cabo de un año la fundación no excluía la posibilidad de inaugurar otra en Phoenix y, por qué no, con el paso de los años en otras ciudades norteamericanas, al este o al oeste.

El primer día del nuevo año nevó. El cielo se inundó de blanco, pero había una luz amarillenta. Ivan llamó a Francesca: «Para mañana han anunciado buen tiempo».

Había charlado con Heffner la víspera, en la librería.

—Se acerca de vez en cuando. Observa, compra algún libro. Ayer hablamos de Inoué, por poco se me olvida que no es un cliente como los demás. Al final le pregunté si podíamos encontrarnos, usted, él y yo, para hacer un poco de balance. Ya lleva casi un mes investigando.

—¿El procedimiento normal prevé algo así?

—El procedimiento prevé que se reúna con nosotros tan a menudo como sea necesario, y en el lugar que él elija.

Almorzaron los tres juntos al día siguiente en uno de los restaurantes más grandes de París, el amplio vestíbulo del Teatro du Rond-Point, en los Campos Elíseos: un lugar con mucho espacio entre las mesas y donde el número de cubiertos por comensal asegura un constante ruido de fondo.

Heffner y su equipo habían averiguado bastantes cosas. Datos sin relación aparente entre sí, algunos muy claros, otros más borrosos, pero que convergían todos en un mismo punto.

Habían identificado a varias personas. Así, entre los miles de mensajes hostiles

que se habían abatido sobre el foro de La Buena Novela entre febrero y junio de 2005, habían reparado en varios remitentes de insistente actividad y, después de vigilancias, de seguimientos y de trampas —bastante similares en la red a como siempre se han desarrollado en la ciudad y, por analogía, a como se desarrollan desde hace tiempo en la red telefónica—, habían conseguido ponerles nombre a esos emboscados. Nombres de empresas y de particulares.

Gracias a sus contactos en la prensa y en el mundillo editorial —gente que le debía favores, redactores ingenuos o personas a las que simplemente les gustaba hablar—, Heffner había logrado saber quién había enviado a *Le ponte* la tribuna firmada como Abéha, el primero de aquellos artículos tan hostiles. No se trataba de ninguno de los dos profesores de Parísiv de iniciales A. B. A. (el periódico se había tragado este engaño; de hecho, uno de los dos profesores universitarios les había remitido una carta de protesta), sino de la secretaria de un pez gordo, de un editor; un hombre con muchos contactos, gran distribuidor de prebendas, experto en corrupciones de todo tipo, conocido por ensuciar desde hacía años la mitad de los premios literarios. (Una amiga de Heffner, que era escritora, le reprochó a este editor la publicación en su sello de una novela que consideraba poco valiosa, y que este ensalzaba. «Pero si es malísima». Y él le contestó: «Querida, esa no es la cuestión».)

A Ivan y a Francesca se les ocurrían al menos tres peces gordos del entorno de la edición que encajaban en ese retrato. Heffner no especificó de quién se trataba. «Por supuesto, la identidad de aquel que envía un artículo a un periódico no tiene por qué corresponder con la de quien lo ha escrito. De hecho, el editor en cuestión ha asegurado que el artículo no era suyo. Y creo que, por una vez, decía la verdad. Además tengo cierta idea de quién puede responder a su autoría...»

El Colectivo de Libreros Libres que había atacado a la librería en febrero en *L'Idée* era una cortina de humo: de hecho, se había creado expresamente para la ocasión. Tras esa máscara se ocultaba un presentador de programas de gran audiencia en radio y televisión; un tipo al que le encantaba estar metido en todas las salsas, en nómina en varias editoriales, novelista en sus horas libres y que se jactaba de rematar sus obras en quince días.

Uno de los que había pegado los dazibaos en Odéon había sido detenido, por casualidad, en plena acción. A partir de su declaración, que había sido archivada debidamente, Heffner había localizado al responsable de estas acciones.

Había localizado también a los informadores de los dos periodistas de *Le Ponte* que firmaban el artículo sobre Francesca.

—¡Por favor, no quiero saber nombres! —le rogó ella.

—Habrás observado que no le he revelado ninguno —la calmó Heffner—. Además, en este punto de la investigación no me está permitido hacerlo.

Sabía quién, en el ministerio de Cultura, había redactado el discurso del ministro que hablaba de La Buena Novela en términos apenas velados; él mismo se lo había confesado sin que este lo supiera.

Y había conseguido una fotografía de uno de los agresores de Le Gall en el acantilado de Plouec'h.

—¿Una foto? —repitió Van sin creérselo.

Heffner le había enseñado más de doscientas fotografías a Le Gall. Entre ellas, Le Gall se mostraba segurísimo, se encontraba la de uno de los tipos que se habían apostado en su camino durante varios días seguidos.

¿De dónde provenía el lote? Heffner lo había elaborado metódicamente, aseguraba, según un principio de eficacia probada. Había inventariado a todas aquellas personas procedentes del ámbito editorial con interés en la desaparición de la librería. En general, aquellos que hacen de la vulgaridad editorial su profesión porque saben que resulta muy rentable; mientras que la línea de La Buena Novela excluye esa alta rentabilidad, y la impediría si triunfara sobre el resto en el ámbito editorial. A la lista de esos mercaderes del libro había añadido a otras personas cercanas a ellos, con diversas funciones: chóferes, guardias, vigilantes; en pocas palabras, empleados a los que responsabilizar en un momento dado de algún trabajito sucio.

Pero un ochenta por ciento de las preguntas continuaba aún sin respuesta. Surgían nuevos interrogantes. Al día siguiente del sabotaje de la bici de Gilles Évoché, Heffner había regresado al lugar para poder reflexionar *in situ*, y había distinguido —en la puerta del cobertizo— una pintada con tiza que no recordaba haber visto la jornada anterior: «Las Buenas Bicicletas».

En provincias, otros agentes de la policía judicial investigaban los tres intentos de asesinato. Les faltaba poco para averiguar quién había contactado, justo antes de su accidente, con Anne-Marie. También quedaba investigar más detenidamente a Frucht, en Alemania, y a Ruth, en Estados Unidos.

Internet resultaba muy útil para el trabajo de Heffner. Cada noche, durante varias horas, se aventuraba por los recovecos de la red. Lo que buscaba sobre todo, y lo que aún no había logrado establecer, era el vínculo de unión entre los que él calificaba de «activos». Todavía no había encontrado nada que se asemejara a una organización o a un grupo, pero solo era cuestión de tiempo, estaba seguro: tarde o temprano reuniría en una lista varios nombres ya fichados.

—Hay alguien —dijo mostrando su sospecha—, un nombre con el que ya me he topado varias veces en el camino, y desde luego he barajado muchas pistas. Me ha sorprendido. Aparentemente, este individuo se mueve en círculos muy diversos...

Hizo una pausa.

—Podría contarles mucho más, pero no hoy. Manejo una hipótesis sobre la forma en la que se ha organizado la movilización contra su librería. Más que una hipótesis, se trata de todo un abanico de presunciones. He de seguir esa línea.

—¿Ha podido poner bajo vigilancia a algún sospechoso? —preguntó Francesca. Heffner sonrió:

—No lo crea. Ese es un dispositivo que se reserva para los casos criminales.

—¿Y el nuestro no es un caso criminal?

—Me está costando convencer al juez de ello, no se lo oculto, incluso a algunos miembros de mi equipo. Este entorno nuestro es bastante convencional; quizá por eso suelen serlo también las novelas policíacas. Prefería trabajar solo...

El asombro impedía a Francesca asimilar los datos que Heffner les facilitaba. «La admiración, pero sobre todo el asombro», le confesó a Van.

—Me da la impresión de que se siente como pez en el agua en el mundo de la edición. Sin embargo, no se mueve por los elegantes despachos de las plantas nobles de pequeños edificios antiguos, en Saint Germain des Prés, sino por los reductos cuyas puertas no se abren a nadie, los sótanos que nunca se ventilan, las bambalinas, los misteriosos y oscuros resortes de la tramoya.

—Hay entornos más opacos. Tampoco se trata de una mafia, al fin y al cabo. Heffner conoce bien este mundillo.

—Lo conoce desde hace un mes...

—En absoluto. ¿No se lo ha dicho?

Después de sus dos años de estudios literarios en una prestigiosa escuela, Heffner buscó su lugar en el mundo durante un tiempo. Se matriculó en Letras Modernas en la Sorbona. Y, gracias a su amistad con un profesor, había trabajado como lector para la editorial Julliard. Así, durante varios años, antes de ingresar como oficial en la academia de Policía, se había zambullido en el negocio de los libros como subalterno.

—Seguro que este escribía —aventuró Francesca—. ¿No le parece?

—No me ha dicho nada, pero apuesto a que sí. ¿Seguirá haciéndolo? ¿Habrá renunciado? Eso ya lo tengo menos claro. La única vez en la que se refirió a su pasión por la literatura y nos contó que más tarde se había decantado por la acción, pese a todo, no sé si se acuerda, añadió que esa elección final no tardó en revelársele poco justificada.

LA *rentrée* literaria de enero había llegado, con su cupo de novedades: quinientos títulos, en lugar de los seiscientos de septiembre, que incluso en menor medida no dejaban de apabullar con su número inabarcable a los librereros. Jean-René Lancre se había marchado de París a mediados de diciembre y pasaría fuera seis semanas, o más en caso de que alcanzara la felicidad perfecta. Partía hacia la isla de La Reunión tras los pasos de «una joven flor», sin precisar nada más, pues en la materia practicaba y profesaba el eclecticismo y se negaba a que uno u otro bando pudiera regocijarse y correr la voz por todo París con un definitivo «está de vuelta con nosotros». Justo antes de su romántica huida había contratado un apartado de correos en la oficina de la rue Danton, comunicando esa nueva dirección a los editores y firmando un poder a Ivan; desde principios de enero, muy temprano, por la mañana, el librero se acercaba a la estafeta y guardaba en La Buena Novela la correspondiente bolsa de libros.

Francesca, Van, Oscar, Anis... Todo el mundo comentaba entusiasmado la novela *Ravel*, de Echenoz. Van se afanó en divulgar los aciertos de *Les trois vies de Lucie*, de Iegor Gran. «¿Le gusta Sempé?», preguntaba testando las preferencias de los clientes. «¿Le gusta el virtuosismo que no parece tal? Entonces llévese *Les trois vies de Lucie*.»

Anis defendía la novela más dura de entre las quinientas novedades de la temporada, *El pintor de batallas*, de Pérez-Reverte. Un gran tema, y añadía «La forma no lo es todo, al fin y al cabo», provocando a Van con su mirada, consciente de que él defendía lo contrario.

La nueva sencillez de Anis sumía a Van, tras el desconcierto primero, en el agri dulce sentimiento de la estupefacción. No se trataba de decepción, claro, pero sí de estupefacción, de la incomodidad de no adivinar sus reacciones, de esperar una decisión y recibir otra. Dudó un tiempo, pero al final se atrevió a abordarla. Era el 11 de enero:

—¿Sabes que hace tres meses que no duermes en tu habitación de la rue Bol en Bois?

—Se cumplieron tres meses anteayer —lo corrigió Anis.

«Un día de estos», pensó Van, «me enteraré de que hace tiempo que entregó las llaves de su habitación de estudiante.» Pero carecía de la suficiente seguridad en sí mismo como para preguntárselo, así que se mantuvo en silencio, y se internó entre las cajas de libros.

Francesca le inquietaba. Vivían un invierno crudísimo y el frío parecía embargarla de manera constante y exagerada: ni siquiera entre las cuatro paredes de la oficina se despojaba del abrigo o la bufanda.

Mientras almorzaban un día en el bar de la rue Mabillon —al que se acercaba de manera habitual—, Van le preguntó, alarmado, al comprobar que mareaba la comida

sin probar un solo bocado:

—¿No tiene hambre?

Ella le dedicó una sonrisa plena, a la vez, de radiante luz y crudo desgarró.

—Si supiera hasta qué punto me cansa comer... —lamentó.

Como siempre que sospechaba que tendría que enfrentarse a la pregunta «¿No se encuentra bien, Francesca?», ella cambio de tema.

—Me pregunto —empezó diciendo—, me preocupa... No sé cuánto tiempo tardará Heffner en descubrir que Henri forma parte del consejo de administración de EIO.

—¿EIO? —preguntó Ivan.

—El primer operador telefónico de Francia, ya sabe... La mitad de las líneas de teléfono de este país son suyas, creo.

—Si esa sociedad tiene el peso que usted dice, Heffner no puede no saber quiénes son sus administradores.

Francesca agachó la cabeza. Una lágrima resbaló de sus pestañas y se derramó sobre el plato.

—¡Aún lo ama! —exclamó Van de golpe.

—Es complicado —admitió Francesca, sin ofuscarse ni levantar la mirada, ni pedir tampoco a Ivan que precisara de quién hablaba—. El Henri de hoy en día es demasiado duro, se ocupa con demasiada intensidad en destruirme. Mentiría si dijera que lo amo, pero también mentiría si dijera que lo odio. Me gustaría, eso sí, poder amarlo.

Alzó el rostro, por fin, pero la atención de sus ojos se perdió más allá de Ivan.

—Era tan diferente cuando lo conocí... Bueno, tampoco tanto. Era el mismo, claro. Todo latía ya en él.

Esta vez dirigió a Ivan su tristeza y sus lágrimas.

—No estoy expresándome bien. Digamos que una parte de mí continúa inmersa en la luz del Henri del principio, atrapada por el encanto del hombre al que conocí.

—¿Y el Henri de hoy lo sabe?

—Lo sabe y no quiere que sea así. Es lo que se esfuerza por destruir. Y yo... Yo lucho por que esa pequeña llama no se apague bajo las piedras, para que al menos me quede eso: temo el día en que me toque admitir que he perdido.

Su cuerpo, tan frágil, se sobresaltó:

—Dios mío, menuda infeliz estoy hecha...

—A mí no me parece ninguna infeliz —farfulló Ivan.

Consternado ante la dificultad de encontrar la palabra exacta para reconfortar a su amiga, para acompañar su soledad, Van había contestado de forma automática. Ese adjetivo, «infeliz», lo atormentó durante mucho tiempo. «Era exactamente eso», definió con el tiempo: el último calificativo que su presencia elegante y decidida hubiera inspirado en uno para referirse a ella y, sin embargo, se trataba del más adecuado, siempre y cuando se acompañara de otro más. Francesca no era una simple

infeliz, no: Francesca era una pobre infeliz.

EL lunes 23 de enero por la mañana abrió sus puertas una nueva tienda. Estaba en la rue Dupuytren esquina con Monsieur le Prince, en la acera opuesta a La Buena Novela. Una gruesa lona de color gris verdoso había ocultado, durante las varias semanas de obras, la planta baja del edificio. Ahora, por fin, la naturaleza del nuevo negocio se había descubierto. Van, que se encaminaba a la librería por el otro lado de la rue Dupuytren, desde el boulevard Saint Germain, ni siquiera se percató del final de las obras.

Fue Oscar el primero que cayó en la cuenta, y desde la puerta del local le obligó a salir de La Buena Novela y lo condujo hasta la esquina. Otra librería ocupaba ahora aquel local reformado, y el rótulo ostentaba un nombre que a Van le pareció cargado de sarcasmo: Las Novelas que Gustan. Se trataba de un espacio bonito y luminoso, amueblado con un estilo clásico, por lo que el exterior permitía juzgar. Y, presidiendo cada uno de los escaparates, tanto el que desembocaba en la rue Dupuytren como el de la rue Monsieur le Prince, unas imponentes letras rojas anunciaban sobre un gran cartel cuadrado:

¡LEA LO QUE LE GUSTA,
Y NO LO QUE QUEDA BIEN LEER!

Ivan se fijó en que los observaban, a Oscar y a él, desde el interior de la librería.

—Vámonos —rogó, apartándose.

Oscar marchó tras él, con la inseguridad de no haberle entendido.

—Me ha parecido que habías dicho: «vamos», es decir, entremos a verla.

—En ese caso no habría dicho «vá-mo-nos» —aclaró Van vocalizando despacio, irritado.

—Es verdad. Perdóname. Me he equivocado. ¿No quieres que me asome a investigar de qué va la cosa?

—Espera —interrumpió Van.

Llamó a Francesca.

—Si se acerca a la librería esta mañana, pase antes por la parte de arriba de la calle. En la esquina, en la acera de enfrente, comprobará que nos ha salido un competidor.

—¿Qué clase de competidor? —preguntó Francesca, a la defensiva.

—Uno listo, al menos a primera vista. No he entrado a verlo.

—¿Por qué?

—Me interesaba conocer antes su opinión.

Si no descubrían ese mismo lunes de qué pie cojeaban sus nuevos vecinos, cada

día que pasase les resultaría más difícil: esa era la opinión de Francesca. Llegó enseguida a La Buena Novela. Ella tampoco se había atrevido a traspasar el umbral de Las Novelas que Gustan, y se avergonzaba un poco de sí misma y de su debilidad. Había notado cierta efervescencia alrededor de la nueva librería, gente que entraba y salía con aire ostentoso.

Van no se decidía. Le costaba presentarse allí él solo, suscitando quizá al entrar la mudez de los presentes que podrían reconocerlo, saludarlo e incluso recibirlo por su nombre. La otra posibilidad, la de acudir del brazo de Francesca, a modo de embajadores, la veía aún menos clara.

En ese momento Armand Delvaux entró en La Buena Novela.

—Desde ayer por la noche noto que me muero de aburrimiento. No tengo nada que leer. Podría haber releído algo, claro, pero, cómo decirlo, sentía esa especie de inseguridad que me embarga a veces los domingos, cuando su librería está cerrada. Así que acabé en el cine.

Aceptó sin la más mínima objeción la idea de ir él mismo a explorar la nueva librería. Regresó al cabo de media hora.

—¡No deja de ser ingenioso el invento! —confirmó—. Es obvio que, en lo que respecta a la decoración y el ambiente, se han inspirado en el encanto de La Buena Novela. Allí también han dispuesto espacio para hojear sin molestar ni ser molestado, bonitos materiales para sentirse cómodo y cierto lujo que le convence a uno de que es alguien distinguidísimo, al menos durante el rato que pasee arriba y abajo, entre mesas y estanterías. No venden más que novelas ellos también; francesas y extranjeras. Pero no se han molestado en hacer ninguna selección. Hay de todo, en especial novedades, quizá incluso las tengan todas y cada una de ellas, hacinadas como ese tipo de productos que los libros no son. Y pilas altísimas de lo que más se vende, Fulano, Mengano, bueno, en fin, ya conocen ustedes los títulos y los nombres mejor que yo, uno sobre otro o todos revueltos, sin criterio.

—¡Eso es competencia desleal! —declaró Oscar con furia.

Delvaux no estaba convencido.

—En todo caso, no en el sentido jurídico. Si me apuran, el nombre; a ese respecto *sin duda* se puede alegar que se trata de una imitación.

Francesca no tenía intención de atacar, sin embargo, ni de una manera ni de otra.

—De hecho —reflexionó, mirando a Delvaux—, si lo he entendido bien, en este caso concreto no podríamos hablar de competencia. Nosotros vendemos buenas novelas, y ellos novelas sin más, buenas y malas sin distinción, si me apuran. No tenemos nada que temer.

—Enseguida vuelvo. —Van se retiró con brusquedad—. Tardo cinco minutos.

Regresó cargado de periódicos: Francesca comprendió enseguida. Cada uno de los diarios de la mañana exhibía su cuarto de página de publicidad: sobre el fondo de una reproducción de la extraña *Lectora* de Jean-Jacques Henner —una pelirroja tumbada boca abajo, bañada en una luz amarilla, con los codos apoyados en el suelo

y enfrascada en la lectura de un libro, apacible y desnuda—, dos líneas: Las Novelas que Gustan, seguidas de la dirección y los horarios, y el mismo eslogan, o casi, que llenaba los dos escaparates de la librería:

¡LEA LO QUE LE GUSTA,
Y NO LO QUE QUEDA BIEN LEER!

Hacia la una de la tarde, Roselin Folco entró en La Buena Novela, fiel a su costumbre de casi todos los días. Sin que se lo hubiera pedido nadie, acababa de estar curioseando durante tres cuartos de hora en la librería de enfrente. Compartió con Oscar y Van su tranquilidad.

—Esos plagiarios no van a conseguir dar el pego mucho tiempo —celebró—. Su negocio se ampara en el espejismo de la calidad, pero ni su olor, ni su sabor, ni su fuerza, ni su fineza responden a ese criterio. ¡Es una librería de lo más vulgar!

—Con la salvedad de que no vende más que novelas —observó Van.

—Sí, pero no son escogidas... Un mero batiburrillo sin ton ni son. No aconsejan, no comparten: almacenan.

Sin embargo, para Folco la nueva librería contaba quizá con una baza importante, la única capaz de superar a La Buena Novela:

—Ofrecen muchos más libros que nosotros. —Esa primera persona del plural reconfortó a Van—. Tres o cuatro veces más, a simple vista.

—Aquí ahora tenemos más de ocho mil —calculó Van.

—Pues no me extrañaría que ellos tuvieran cerca de treinta mil.

Y, quince días después, quince días justos, con inquietante exactitud, el lunes 6 de febrero, en la misma acera que La Buena Novela, en el número 7 de la rue Dupuytren, abrió sus puertas otra librería: La Excelente Novela, se llamaba esta. Esta vez habían jugado con el efecto sorpresa, pues una peluquería ocupaba ese número de la calle hasta solo dos días antes. Entre el sábado 4 y el lunes 6 por la mañana habían cambiado todo el interior y, en lugar de los secadores y los lavabos, en las paredes y sobre unas mesas habían colocado libros.

El local compensaba su tamaño, minúsculo, con un diseño agradable: maderas claras, materiales nobles e iluminación estudiada. Pareciera que el mismo decorador de interiores hubiera operado allí y en Las Novelas que Gustan, cincuenta metros más abajo.

La segunda librería disponía de un fondo inferior en número al de la primera competidora: entre sus muros habría tantos volúmenes, aproximadamente, como en La Buena Novela. Pero las semejanzas no iban más allá. Al cabo de una semana, una multitud de amigos de La Buena Novela había visitado La Excelente Novela, en orden disperso, para examinar lo que vendía. Todos coincidían: allí ofrecían exactamente lo que *no* ofrecían en La Buena Novela, todas esas obras escritas de prisa y corriendo que no se intuyen ominosas, pero cuya mediocridad amenaza de muerte a

la literatura.

Quienes habían ideado aquella librería debían de haberse tomado bastantes molestias: no parecía que vendieran ni uno solo de los títulos disponibles en La Buena Novela. «Muy listos también», sospechaba Van... «Juegan la baza del relativismo. ¿Sostienen ustedes que su selección es *buena*? Pues nosotros decimos que la nuestra es *excelente*». Intentaba adivinar en qué pensaban no sus colegas, sino sus competidores.

Nada de publicidad esta vez: nada de anuncios en los periódicos ni de carteles en los escaparates. «Creo que ya lo entiendo», concluyó Van. «No apuestan por la diferencia ni por la superioridad, sino por la confusión.»

Le molestaba la reacción de Francesca: parecía como si no se estuviera dando cuenta de nada. Se comportaba como si la nueva librería no existiera. La librería anterior había desaparecido directamente de sus conversaciones. Si se hablaba de ella en su presencia, hacía como que no escuchaba; si le preguntaban directamente lo que pensaba, contestaba cualquier cosa que no guardaba relación alguna con la pregunta. Su entusiasmo vivísimo, el cuidadoso interés con que afrontaba cualquier aspecto vinculado a La Buena Novela y sus alegrías y desventuras se habían transformado ahora en un mutismo, en una indolencia, que Ivan percibía con preocupación.

Observándola con más atención, reparando en sus gestos y en las palabras y decisiones de los últimos días, Van se percató de que Francesca había relegado las dos nuevas librerías a una especie de limbo donde se negaba la realidad. No les dedicaba más atención que si se hubiera tratado de tiendas de moda.

Oscar, Winter y algunos más decidieron echarle un vistazo a los libreros empleados en ambas librerías. Se toparon con individuos astutos, con un escaso bagaje de lecturas, los cuales, ante las preguntas sobre el criterio que había regido la selección de sus libros, respondían como si se tratara de algo evidente: la actualidad. Al frente de Las Novelas que Gustan encontraron a un hombre de unos sesenta años, orondo y bonachón, al que ayudaba una guapa jovencita morena que se presentaba a sí misma como doctoranda en letras; en La Excelente Novela charlaron con un tipo del sur, reservado, que Winter imaginaba huyendo a la capital para escapar de su Larzac natal, harto de elaborar quesos, y que declaraba que el de librero era su oficio de siempre.

Los fieles amigos de La Buena Novela sintieron estas dos inauguraciones como un verdadero ataque a esa cruzada de Francesca y Van en la que ellos, por pura y entregada pasión lectora, se habían embarcado: no cesaban sus incursiones en Las Novelas que Gustan y La Excelente Novela para averiguar más sobre las razones, explícitas o no tan evidentes, de ambas aperturas. Folco trazó entonces un plan maestro, original y no exento de cierta perversidad —habida cuenta de su premeditado gusto ante la tortura ajena— que le divirtieron más que cualquier novela de Stella Gibbons. Así, envió a sus dos hijas, unas gemelas de veintiséis años, ganadas para la causa de La Buena Novela, y dispuestas a todo para prestarle su

apoyo el mismo día, a averiguar en ambos sitios la misma cuestión. Cada una en un extremo de la calle, en el mismo preciso momento, empezaron hojeando los libros, vistiéndose de espontaneidad una pregunta sobre algún título («Según parece hay una biografía de Dan Brown, escrita por su mujer...»), comentaron las publicaciones de enero y, para culminar su brillante actuación, con toda la inocencia que fueron capaces de exhibir «No conocía su librería, ¿hace mucho que han abierto?»— preguntaron: «Hay que ser muy valiente para lanzarse a esta aventura con los tiempos que corren. ¿Es usted el propietario?».

Ante esta pregunta, según contó Mireille, la primera gemela, el sesentón de Las Novelas que Gustan ni siquiera se preocupó de reprimir una sonrisita. «¿El propietario? No, no soy yo...», declaró, en un tono que manifestaba su nula disposición a aportar un solo dato más sobre su verdadero papel en la empresa. Mireille redondeó su interpretación, haciéndose la tonta: «Entonces, ¿quién es?». Y la joven doctoranda contestó: «Un inversor».

En La Excelente Novela, el librero disfrazado de pastor de cabras se mostró más hábil. «Su semblante era propio de un jugador de póquer», se lamentó Magali, la segunda gemela. Ante el interés de la muchacha reaccionó con aparente franqueza: «Un colectivo, creo. Unos socios, vamos. Yo el trabajo lo conseguí a través de una oficina de contratación. Me entrevisté con el gerente: un tal Pierre, o Paul, Martin».

Van se acercó al registro mercantil para solicitar los extractos *K bis* relativos a ambas librerías. En ellos figuraban nombres de sociedades que no consiguieron aclararle nada. El contable de La Buena Novela, Aubert, investigó un poco más: una de las sociedades se había creado en noviembre, precisó, y la otra en diciembre.

La prensa reaccionó con una celeridad pasmosa. Nada como los juegos de palabras para llamar la atención... Los nombres de las dos nuevas librerías circulaban por las redacciones entre las mismas chanzas con las que se analizarían los comentarios ingeniosos de un ministro, o como esos eslóganes publicitarios que se elevan en tan solo ocho días a la categoría de refranes.

Así como la demanda interpuesta por La Buena Novela se había recibido sin interés y sin prisa por reparar el daño causado, a los periodistas les faltó tiempo en cambio para aplaudir el nacimiento de lo que *L'Exact* bautizó —inspirando muy pronto a todos los demás— como «la Calle de las Buenas Novelas». Esta vez la información no apareció tanto en los diarios como en revistas y publicaciones generalistas de amplísima tirada. La coincidencia y convivencia de estas tres librerías resultó ser un tema fantástico para las páginas de Ocio, las secciones Fin de Semana o los suplementos dedicados a París; por todas las cabeceras se multiplicaron los seudoreportajes de diez líneas encabezados por las fotografías de los tres rótulos. No, las librerías no habían perdido su espacio en el centro de la ciudad. Sí, la proximidad actuaba como un multiplicador del deseo: de la misma manera que uno se desplazaba hasta la rue Montgallet para buscar accesorios informáticos, o a la rue Paradis a comprar vasos o vajillas, ahora la rue Dupuytren establecía una ruta para

abastecerse de buenas novelas.

¿De qué se trataba? ¿De pereza? ¿De falta de inteligencia? «Nunca lo sabremos», se resignaba Van. Sin embargo, cuando se trataba de añadir aún más confusión al caos, entonces, bravo: ahí la prensa, siempre dispuesta a todo, por rastrero que fuera, mostraba sus oportunistas credenciales.

La vehemencia con la que Van manifestaba su descontento se justificaba, sobre todo, porque le guiaba el convencimiento de que se trataba de una maniobra asentada en el conformismo y la total falta de curiosidad. Se imaginaba a aquellos editores de los que había hablado Heffner sin desvelar su identidad —el editor de éxitos seguros, el histrión mediático— invitando a algún jefe de redacción de la sección de Cultura a almorzar o telefoneando a un periodista incondicional para encomiarle un programa y, al final, comentando, como quien no quiere la cosa: «¿Ha visto? Es fantástico, en Odéon, en la rue Dupuytren, en treinta metros hay ahora tres librerías excepcionales. ¡La Buena Novela ha creado escuela!».

Van solo le confesó este convencimiento a Heffner, y más tarde me lo confiaría a mí. A Francesca no le enseñó más que los dos artículos en los que se distinguía La Buena Novela de las otras dos librerías recién inauguradas, el pequeño artículo asesino de *L'Humanité* y una tribuna divertida en *The Herald Tribune*.

Pero Francesca no llegó a leérselos, según me contó Van, como tampoco leyó los seudoreportajes sobre la supuesta «Calle de las Buenas Novelas».

UN día de mediados de febrero, a primera hora de la tarde, Heffner llamó a Van por teléfono y lo urgió a acercarse con Francesca a su despacho.

La premura impidió que se encontraran en la sede de la brigada: Heffner salió nada más colgar, y recorría de un lado a otro el puente Saint-Michel cuando, al divisar a Ivan y a Francesca, se precipitó a su encuentro. Les invitó a caminar un poco en aquel día —uno más— frío y gris, en que todas las previsiones habían anunciado que acabaría nevando. Sin darles opción, Heffner atravesó el quai Saint-Michel y enfiló hacia Notre-Dame.

—Para lo que tengo que decirles me bastan dos frases —declaró entonces.

Se detuvo, como para contemplar el Sena. Van y Francesca lo imitaron y se acodaron sobre el pretil del puente.

—Lamento anunciarles que el juez ha dado por cerrado el caso de La Buena Novela —anunció Heffner—. Para él, la instrucción ya ha durado bastante. Pronto les notificará su final.

—¿Lo han inhabilitado a usted? —preguntó Francesca.

—Ni siquiera. La investigación finaliza con la instrucción. El juez estima que los cargos no resultan suficientes ni las sospechas lo bastante precisas para justificar que se movilice a la justicia. No habrá acción alguna en ese sentido. No vamos a investigar a nadie.

—El juez... —musitó Van—. ¿Le ha informado usted de todo lo que ha descubierto?

—Por supuesto, era mi obligación —contestó Heffner—. No sé cuántas veces me he reunido con él. Le he entregado todos los apuntes de mi investigación, las notas, las suposiciones y las certezas. A estas alturas sabe ya casi tanto como yo de aquellas agresiones.

Francesca se subió el cuello del abrigo.

—¿Y no le parece que existan razones suficientes para ampararse en los tribunales? Todo cuanto ha sufrido la librería, esos ataques, esas calumnias, esas agresiones a cuatro personas nada menos, ¿acaso las considera algo admisible?

—No es eso exactamente lo que viene a decir. Me he anticipado a la pregunta que usted me hace ahora, más o menos con las mismas palabras, y él se ha limitado a adoptar un tono docto para pronunciar la fórmula convenida en las ordenanzas de sobreseimiento: «De la información presentada no resulta que haya indicios suficientes para presentar cargos contra nadie por los intentos de asesinato que alega la parte civil».

El Sena fluía a sus pies, alto y nervioso, del color del barro helado. Van tomó a Francesca del brazo —estaba transida de frío— y le indicó a Heffner que lo siguiera:

—Vamos a hablar en algún sitio donde no haga tanto frío. ¿Tiene un momento?

La mala fortuna les concedió un respiro y dispuso un café próximo para que se refugiaron en la esquina del muelle con la rue Petit Pont. El lugar estaba atestado de gente. El suelo de baldosas estaba sucio y mojado. «Es perfecto», decidió Francesca, anticipándose al movimiento de Van de dar media vuelta y salir del bar. «Ruido, humo, hoy casi lo prefiero.»

—Pueden apelar la decisión de Blin —les informó Heffner una vez sentados—, pero no se lo aconsejo. Tal y como están las cosas, no ganarían nada. Sin embargo, a mí sí que me tienta proseguir con la investigación.

—¿Y de qué serviría? —preguntó Francesca secamente.

—Para saber. Para saber más.

Habló durante casi una hora. Había acumulado muchas presunciones, muchas medio pruebas, muchas convicciones por las que habría puesto la mano en el fuego, aunque nada flagrante ni irrefutable. «Nada lo suficientemente sólido para un juez», se lamentó.

Se enfrentaban a gente prudente, muy atenta a no salirse de la legalidad y, cuando cometían algún error, a borrar todo rastro.

Heffner, sin embargo, estaba seguro de una cosa: todos aquellos que, desde hacía más de un año, la habían tomado con La Buena Novela no estaban en el mismo barco por pura casualidad.

El policía sostenía que era falso lo que Van había creído durante mucho tiempo, y de lo que había querido convencer a Francesca aún más: que el primer puñetazo —el primer artículo agresivo— había desatado el rencor y legitimado la furia de un gran número de autores arribistas, editores sin escrúpulos, jurados corruptos, críticos apoltronados en su pereza y una posición de poder de la que nunca hubieran gozado en otra parte; esa hipótesis de que se trataba de un movimiento no organizado que había cobrado fuerza por oleadas, con un ritmo frenético, aunque espontáneo.

Tampoco confiaba en la teoría de la conspiración que Francesca había intuido desde la primera campaña de prensa. Para él, figurarse un grupo organizado que planificara con método y rigor la destrucción de La Buena Novela construía un escenario que tampoco resistía las pruebas de la investigación.

La verdad tenía que estar a medio camino entre ambas suposiciones: poseía elementos de una y otra hipótesis. Heffner no mencionaba un grupo sino un movimiento, y —al menos al principio— no identificaba una mente fría y calculadora planificando cada gesto, sino la animadversión de un loco furioso.

—Un loco furioso en el sentido literal —precisó—, pues el arte, las empresas culturales, se prestan como escenario ideal de violencias dementes de todo tipo. Todo el mundo sabe que las pasiones carecen de límites en el amor. Suponemos que la escena política está habitada por antagonismos ideológicos extraordinariamente duros, y que en ella asistimos a las luchas y a los enfrentamientos de ambiciosos personajes dispuestos a cualquier cosa. Nadie ignora que, en el seno de la empresa privada, corresponde a cada uno ganarse su sitio a codazos. Ahora ya asumimos que

en el deporte importa todo excepto el juego, y que en ese terreno todo vale: la mentira, la corrupción, la intimidación. Pero no se sabe lo suficiente, y por razones vagamente idealistas se sospecha demasiado poco que la creación artística, y todas aquellas estructuras en las que se produce y se vende, se presentan también como un campo de fuerzas preñadas de odio, donde la energía más común es la envidia, y el arma habitual, al menos en Francia, el descrédito ideológico.

»Pues bien, el loco furioso del que hablo se llama Éric Ervé. Es aquel cuyo rastro he encontrado por doquier explorando los orígenes de los misiles lanzados contra La Buena Novela.

Ervé: Ivan y Francesca lo conocían, más o menos. Situaban bien su posición en el sector del libro. Tenía unos cincuenta años; en el pasado había sido un hombre apuesto, pero con la edad había engordado. Doce novelas, entre las cuales figuraba un gran éxito, *La Glu*, y un premio —al principio de su carrera como escritor— por otro libro. Un despacho en una editorial venida a menos por haber empañado su imagen publicando, sin criterio, cualquier bazofia. Una crónica en un semanario generalista. Un servilismo perenne hacia los poderosos de todo pelaje: en el mundo editorial, la prensa, la televisión, los jurados, las academias y, más allá aún, las agencias de publicidad, los cineastas, los políticos, los mecenas, los grandes señores, los más mundanos, las grandes fortunas. Pero en suma, pese a tanta energía empleada en gustar, en manejar y en ensuciar, pese a las tribunas, los títulos y las innumerables amistades interesadas, la suya no dejaba de percibirse como la reputación estable de un escritor sin el más mínimo interés asombrosamente conforme a la realidad.

—Parece que se enfureció al comprobar que en La Buena Novela no habían seleccionado ni una sola de sus obras —aclaró Heffner—. El talento que le falta para la escritura lo utiliza, sin duda, para calcular de qué forma hacerles daño a ustedes sin apenas dejar rastro. Nunca da la cara. Encontró a varias decenas de autores como él, algo conocidos, muy corrientes, y cuyos libros tampoco figuraban en los estantes de su librería. Contactó con ellos, uno por uno. Los transformó en meros instrumentos, en peones de su juego. Espoleó con inquina a los cuatro o cinco que viven pegados a un ordenador, que se comunican, propagan, influyen y denigran en la red, como otros lo hacían por teléfono en la generación anterior. Cincelaba consignas asesinas y las murmuraba aquí y allá, y estallaba de felicidad cuando otro las escribía o las repetía en voz alta.

»Me hablaron de él muchas veces. Consiguió contactos en la prensa: es de los que poseen el don de detectar en cualquier grupo social al trepa que no ha ascendido aún lo suficiente, o no tan alto como habría querido, colmado hasta reventar de avidez frustrada, asustado por el paso del tiempo y por la aparición, cada año, de jóvenes talentos a los que enseguida se aclama y se ensalza.

»Ganó para su causa a los editores que solo buscan dar el pelotazo: les infundió temor. Identificó en ellos a gente consciente de la impostura que encarnan, que cultivan y que engendran: nadie como los inseguros teme tanto oír decir a su paso:

“Pero si el rey está desnudo...”.

»Ervé alertó también a los grandes comerciantes del libro, a las grandes superficies, a las cadenas importantes. “Bastante duros son ya los tiempos que corren”, comenzaría su discurso, “Internet os arrebatara millones de clientes. Entonces imaginad que una especie de exigencia sin complejos se disponga a competir con vosotros, como una ecología del consumo literario, y a denigraros por orientar vuestro negocio a todos y no a unos pocos. ¿Os hacéis una idea? Esas tonterías apenas necesitan diez años, o ni siquiera, para impulsar corrientes planetarias y elevar a norma universal una minúscula y esnob acción comenzada en París. Imaginad que les ocurra a vuestros productos lo que le ocurrió al tabaco y lo que le ocurrirá, quizá, a la comida basura: que la gente les dé la espalda en nombre de la salud mental y la descontaminación del espíritu.”

Heffner reconstituyó la génesis del artículo firmado por Abéha, que marcó el inicio de las hostilidades, gracias al responsable de las páginas de Opinión de *Le Ponte*. «Una comisión rogatoria suelta la lengua de cualquiera», aclaró con orgullo. El texto lo había redactado Ervé y luego se lo había entregado a Malinovic, el gran editor corrupto. Ervé había fingido modestia: «Es un proyecto. ¿Le parece que está bien? ¿Qué podría hacer para publicarlo? Ni usted ni yo estamos en posición de firmarlo...». Malinovic se había ocupado de filtrarlo a un amigo periodista.

—No crean que todo el sector del libro está en su contra —los consoló Heffner—. Saben tan bien como yo que no es así: se trata, incluso, de una minoría. Todos aquellos a los que incrimino y a quienes incluyo en ese movimiento no superan el centenar. Una cifra mínima y extraña, entre todos los literatos, la prensa, las editoriales y las librerías... Pero se debe a que muchos de ellos ejercen más de un oficio a la vez: trabajan a un tiempo como escritores, periodistas, editores y jurados de premios. Algunos de los novelistas furiosos por no encontrar sus libros en La Buena Novela cuentan con mucha influencia y muchos contactos: les basta mover algún pequeño hilo para llegar muy lejos. Por ejemplo, formar parte de un jurado les permite controlar a los periodistas con veleidades literarias que sueñan con ganar un premio. Otros novelistas, o los mismos, lo consiguieron y alternan la escritura con un puesto en la prensa. Solo por eso, y a poco que establezcan buenas relaciones con los editores, parten con ventaja a la hora de conseguir un galardón; ya sabemos que algunos editores los negocian directamente con los jurados. Y, para asegurarse su docilidad, dichos editores los publican sin valorar la mediocridad de sus escritos. Por eso La Buena Novela no malgasta el espacio del que dispone en esos títulos.

»Su librería saca de quicio a los elementos de un ámbito socioprofesional bastante reducido. Estoy muy lejos de pensar, repito, que ese grupo represente al conjunto del mundo editorial, la prensa, la crítica y las librerías. Se trata de un grupúsculo de personas con una obsesión común: consideran el libro como algo que puede ser muy rentable, y la literatura como un fantástico filón.

»Ervé ha asumido el mero papel de estratega, de agitador, pero no podía llegar

demasiado lejos en soledad, y tampoco le convenía exponerse. De modo que manipuló con maestría a los que llamaré “los treinta”, que quizá sean veinte o quizá cincuenta. Esos autores de tercera fila que no pierden la esperanza de alcanzar el estrellato algún día, conscientes de que el *marketing* de la confusión se apunta más tantos cada año, y temían instalarse para siempre en la sombra si el éxito de La Buena Novela acarrearía el resurgir inesperado de una práctica que creíamos, sin embargo, olvidada: la justa apreciación del talento.

»Está muy claro —prosiguió su exposición Heffner—. En los inicios de la ofensiva contra su librería se intuye la mano o la firma de Ervé en innumerables ocasiones. Por ejemplo, ha registrado al menos veinticinco direcciones de correo electrónico o, lo que es lo mismo, veinticinco identidades distintas en la red. Y luego su firma, a medida que se multiplican las de sus fanáticos adeptos, va disminuyendo de frecuencia.

»Salvando las distancias, se trata de algo similar a la estructura que se forjó alrededor de Al-Qaeda. Al principio, un núcleo duro ataca con fuerza. Pero, rápidamente, ese cerebro tiene la inteligencia de trabajar la propaganda tanto como la acción, tanto y tan bien que cuenta con un relevo mayor aún de lo esperado: se crean otros centros, otros núcleos.

»Como ven, yo no afirmo que Ervé haya lavado el cerebro y conducido de la manita, igual que a niños cándidos, a cada uno de los que han atacado a su librería; pero sí creo que ha convencido para actuar a cierto número de personas que no esperaban más que eso, un empujón, y que, ellos mismos, se han identificado con la idea de un ataque y la han traducido en actos, directamente o mediante intermediarios.

—Denos nombres —pidió Ivan.

—No creo que les sorprendan: Breigne, Jovis, Levron, Dabant, Piéfort, Marin-Larmier... Esperen, ¿quién más? Ah, sí, el elegante Miguel, la exquisita Olivia Venette. Muchos autores del sello Malinovic; escritores de tres al cuarto que se prodigan en los platós de televisión más tiempo del que dedican en silencio a escribir frente al ordenador, tecleando y suprimiendo con el mismo rigor, o aprendiendo con la lectura de las obras maestras. Algunos peces gordos de los grandes conglomerados del libro, también: editores, jurados, cronistas, en resumen, individuos influyentes.

»Dicho de otro modo —prosiguió Heffner—, cuanta más violencia emplean en atacar a La Buena Novela, más se diluyen las responsabilidades, más numerosos son los inspiradores, más intermediarios surgen, y más difícil se torna la investigación. Para saber con certeza quién ideó las agresiones contra los miembros del comité, quién las planificó, y quiénes las ejecutaron, necesitaría varias semanas más.

»Las acciones cuyas pruebas he podido remitirle al juez apenas revisten gravedad: acoso en Internet, corrupción de periodistas, propagación de calumnias... El juez califica todo eso de libertad de expresión, de acciones de *lobbies* o de juego normal de la competencia.

—En el fondo, qué sencillo resulta manipular y destrozar el trabajo ajeno — interrumpió Francesca, apenadísima—. Un centenar de personas decididas puede agitar la opinión pública, influir en la prensa, dar por ciertas falsedades, designar cabezas de turco...

—Tan viejo como el mundo —confirmó Heffner.

—... recaudar fondos —prosiguió Van—, exaltar a un puñado de frustrados, pasar a la agresión...

—... recompensar —añadió Heffner—. Remunerar. Retribuir. Nada nuevo, ya lo saben. Los mecanismos de la acción violenta se repiten venganza tras venganza. Los denunciamos cuando se salen de los límites legales, siempre que tengamos conocimiento de ellos, claro. Pero, mientras sepan encontrar en qué recovecos de la ley pueden ampararse, los toleramos, por definición.

—Sí, bueno, pero con todo, dígame: ¿quién tiene los medios necesarios para abrir una librería en Odéon? —preguntó Francesca.

—Pues centenares de personas y decenas de empresas —contestó Heffner—. Su pregunta me asombra. Usted misma, su marido, un montón de personas que no figuran en ningún listado de delincuentes habituales o posibles, pero a los que no les faltan intereses que defender. Seguro que conoce usted a bastantes.

EL 20 de febrero —otra vez un lunes—, una tercera librería abrió sus puertas muy cerca de La Buena Novela. Una inmensa librería especializada en medicina, al final de la rue Dupuytren, se había transformado en generalista: la bautizaron, sin rodeos, con el nombre de Para Todos los Gustos.

Y se trataba en efecto de eso: de un nuevo concepto, de un tipo diferente de zancadilla. El amplio local se dividía en cuatro sectores, aunque sin separar unos de otros. El primero de ellos se consagraba a las buenas novelas; el segundo, justo al lado, en un extraño diálogo, a todas las demás. Para poder darse cuenta de ello, cualquiera necesitaría pasar allí un buen rato. No había barreras, ni siquiera tan simbólicas como un simple pasillo, ni paneles indicadores. «Simplemente», explicaron las gemelas y el bueno de Delvaux, que la visitaron el mismo día de la inauguración, «en una parte de la librería te apetece llevártelo todo, creyendo que estás en La Buena Novela, y en otra, un poco más lejos, todo lo contrario: sin purgatorio, te expulsan del cielo al infierno en el espacio de un par de baldosas.»

El tercer sector se reservaba a los ensayos, y el cuarto, a todos los demás géneros: el cómic, los manuales, las enciclopedias y los libros de arte.

Huelga decir que la arquitectura de interiores y la decoración de la librería exhibían, igual que las competidoras anteriores o que La Buena Novela misma, mucha clase. Los muebles y los revestimientos de madera eran rojos, de madera lacada, al estilo oriental, de un rojo sangre a la vez suave y excitante. En el centro, cinco sofás dispuestos en círculo simulaban una glorieta. Había grandes bonsáis en macetas esmaltadas. Y, desde ese lunes 20, mucha gente.

Francesca se enteró ese mismo día, por varios conocidos que la habían confundido con un anexo de La Buena Novela, de que se habían enviado invitaciones en masa; al parecer, unas tarjetas rojas de cartón lacado que anunciaban: «La Calle de los Buenos Libros de verdad crece. Cuenta ahora con una librería de prestigio. Pero ese prestigio, por primera vez, está al alcance de todos».

—¡Manipulación, cortina de humo, engaño! —exclamó furioso Oscar—. El prestigio: aborrezco esa palabra. Dentro cabe cualquier cosa. «¡Por aquí, idiotas! El nuevo lujo: aquí ya no existen diferencias entre la basura y la calidad.»

La prensa no se hizo de rogar. Aplaudió dócilmente. Por todas partes se repetía, como un falso mantra, el eslogan de la invitación: «La Calle de los Buenos Libros de verdad crece» o «se enriquece» o «asiste a la apertura de otra fantástica librería».

El fin de semana siguiente, la rue Dupuytren vivió una animación sin precedentes. La nieve vestía las aceras como si fuera la víspera de Navidad y la gente visitaba —una tras otra— todas las librerías. Muchos entraban en La Buena Novela, algunos por primera vez.

A Armand Delvaux le podía la preocupación.

—La verdadera baza de Para Todos los Gustos es su tamaño. ¡Es enorme! Si en Las Novelas que Gustan hay treinta mil libros, allí deben de almacenar el doble. Visitas esas grandes librerías para mirar. Has escuchado hablar de tal o cual libro, has leído alguna crítica tibia, otra elogiosa, una más destructiva, y entre unas y otras opiniones no te despiertan la intención de comprarlo, pero sí las ganas de hojearlo, quizá incluso, precisamente, porque sabes que jamás te lo leerás. Los malos libros despiertan cierto placer, suscitan una especie de lectura apresurada, bastante similar a la glotonería. ¿Quién no se ha entregado a ella alguna vez? Ello no significa, por supuesto, que al final acabes comprándote el libro.

—Pues claro —comprendió Van—. Uno no va a olisquear libros en una librería y a comprarlos en otra. Sobre todo si, en la misma, lo encuentra todo, lo bueno y lo malo. En nuestra librería faltan precisamente esos productos de reclamo.

En La Buena Novela, las puertas se abrían y cerraban sin cesar. Francesca aparecía y desaparecía, vestida de lana beis o blanca, con la mirada perdida y al mismo tiempo una amplia sonrisa: o fingía descaradamente, o se negaba a dejarse afectar, o no distinguía el cambio. «Esto no me gusta», se advertía Van.

Sin embargo, la contradicción en los gestos de Francesca se repetía en la actitud de Van, que no acogía con felicidad todas aquellas caras nuevas husmeando en los estantes. No las *reconocía*. Se trataba de una actitud irracional, debatía consigo mismo, «porque esas cosas no se ven a primera vista», pero no identificaba en esos nuevos clientes a gente cómplice en su cruzada por la buena literatura, a verdaderos lectores, a auténticos amigos.

Yo intentaba razonar con él: «Vamos a ver: no son extras, esto es la vida real y no una película. No están manipulados».

—No les habrán pagado para entrar en todas las librerías de la rue Dupuytren. Pero no seamos ingenuos: hoy en día todos los consumidores están manipulados, su actitud convierte en mero producto una obra de arte como un libro, las decisiones por las que se guían no les pertenecen, sino que responden a los mandatos de la publicidad, que los transforma en simples marionetas sin criterio.

En realidad, a Van le sobraban motivos para preocuparse, pero de eso me entere después: no había confesado nada a nadie, pero sus razones se apellidaban contables y podían expresarse en cifras. Las ventas en La Buena Novela habían descendido considerablemente. Empezaron a percibir el cambio de tendencia a mediados de febrero. La bajada era cada vez más pronunciada.

Van evitaba imaginar el momento en el que tuviera que comunicar a Francesca la mala noticia, pero no le quedaba más remedio: tarde o temprano, ella se lo acabaría preguntando. Más valía que se anticipara y, cuanto más esperara, más difícil le resultaría hacerlo.

El uno de marzo se concedió ocho días de plazo. El mal tiempo persistía en los últimos días del invierno; cuando no nevaba, llovía.

El ocho de marzo llovió sin tregua, y ocurrió lo que Van temía. Antes de

marcharse de La Buena Novela, por la noche, Francesca preguntó en un tono ambiguo, con una alegría triste:

—Toda esta gente, toda esta efervescencia, ayuda a mejorar las ventas, ¿no?

—No —la contradijo Van—. Precisamente de eso quería hablarle.

No le parecía el momento más oportuno para abordar el tema: los lectores se demoraban, todavía, echando un vistazo a los títulos que devorarían esa misma noche.

—No —repitió Van—. El negocio no marcha demasiado bien. Hemos entrado en un periodo difícil. Francesca, tenemos que sacar tiempo para hablar de ello. ¿Qué le parece mañana? ¿Quedamos para almorzar?

Francesca no había dejado de sonreír. Asintió con la cabeza. A Van lo tranquilizaba la seguridad de que, en el fondo, al revelar le la situación no le había descubierto nada que ella desconociera.

La lluvia pareció darles tregua al día siguiente. Francesca no apareció por la librería. A las doce y media, Van telefoneó a su casa. Se demoró un poco al contestar. «Estaba durmiendo», se desperezó Francesca, con voz átona. «Me tomé un... calmante... a las seis de la mañana... Era un poco tarde.»

Esa sintaxis, esa prosodia como sincopada, no era propia de ella.

—¿No se encuentra bien? ¿Le pasa algo? —preguntó Van.

—Sí —admitió ella.

Van creyó por un instante que Francesca no añadiría nada más. Pero continuó hablando, todavía con esa voz sin expresión y esa misma sintaxis entrecortada:

—A medianoche mantuve una conversación con Henri... No fue fácil. Debe de ser... lo que me tuvo despierta... el resto de la noche. Son curiosas las coincidencias... Él volvía a casa justo en ese momento. No me apetecía hablarle de La Buena Novela, después de lo que usted... me había dicho. Pero fue él quien atacó: «Debe de ser difícil para La Buena Novela esta multiplicación de librerías en las inmediaciones». No sé por qué, pero le respondí: «En efecto». Y me dio la impresión de que... esas dos palabras abrían una compuerta.

»Adoptó un tono de superioridad y me dijo: “Te lo advertí. Estaba cantado. Si algo he aprendido en treinta años de negocios es que, a la larga, lo rentable no es la calidad sino la mediocridad. Se observa en todos los ámbitos. Los electrodomésticos de baja gama, la ropa barata, la prensa más hueca: eso es lo que da dinero. El mundo editorial no supone ninguna excepción. Mira las estrellas de la novela... Todavía resisten algunos barones famélicos que lucen los colores de la Literatura con mayúscula, sus Berger y Bouvier del alma. Pero sobreviven aislados en tierras desoladas, y ya no aguantarán mucho más así”.

Van se apretó el auricular contra la oreja, para escuchar mejor.

—Lo que me dolió —reconoció Francesca— fue su alegría. Brillaba en sus ojos tal chispa de triunfo que me inspiró una pregunta, pero esa misma chispa me impidió formularla. ¿Había tenido él algo que ver, o tiene todavía algo que ver, en este

intento por ahogarnos bajo este aluvión de mediocridad literaria?

Ivan insistió en almorzar con ella. «No tengo prisa», anunció, invitándola a relajarse. «Estoy atareado en la librería. La espero.» Y añadió: «No somos los primeros en enfrentarnos a una mala racha de ventas. Me sobran las ideas para salir del mal paso».

Lo decía con sinceridad.

—Deme un ahora —rogó Francesca—. Enseguida estoy allí.

El reloj marcaba ya la hora de su cita pero Francesca aún no había aparecido por La Buena Novela.

Van aguardó media hora más, y luego la llamó a su casa. Nadie contestó.

Pensó que Francesca se había vuelto a dormir, y en cierto sentido se alegró. «Mientras duerme estará en paz», se consoló, para corregirse más tarde: «Es más probable que esté en paz dormida que despierta». Más tarde habría de pensar, con espanto, en esa falsa conjetura que no se alejaba en exceso de la verdad.

Salió a tomar un bocado. La lluvia había amainado definitivamente. En el cruce del Odéon, una multitud de gente empezaba ya a disgregarse. La calle que subía desde el boulevard Saint Germain hacia Saint Sulpice estaba cortada al tráfico. Al fondo del todo se vislumbraba un policía que detenía la circulación. Había un autobús parado en mitad de la calzada, medio en diagonal, junto a un coche de policía. Media docena de personas se ajetreaban, algunas vestidas de uniforme, otras no, llamando por teléfono, tomando medidas, cogiendo apuntes.

No se distinguía ningún pasajero en el interior del autobús de la línea 63: ni siquiera el conductor estaba al volante. Al acercarse, Ivan comprobó que, junto a la aleta delantera derecha del vehículo, que estaba abollada, en un cuadrilátero formado por unas cintas de plástico dispuestas entre cuatro piquetes, el asfalto mostraba unas marcas de tiza que, a su vez, dibujaban el rastro de un cuerpo frágil, muy frágil.

La investigación no se interrumpió, esta vez, por hipótesis flojas o nombres poderosos: se prolongó, con paradójica rapidez, hasta que todos los hechos se esclarecieron. Ya teníamos el muerto que necesitábamos. Se trataba de un accidente, sin la menor duda. El conductor del 63 se había encontrado con Francesca abalanzándose hacia él, como si no viera el autobús. «Caminaba a grandes zancadas, con la mirada al frente», se excusaba, «indiferente a todo cuanto la rodeaba».

El pobre hombre no daba crédito. Para cuando tocó la bocina Francesca yacía ya en el suelo, bajo el vehículo. Durante todo el día intentó agarrarse, sumida en un coma profundo, a la vida. Murió por la noche.

En Van, los remordimientos superaron a la tristeza: se consideraba en cierto modo responsable de la muerte de Francesca. Pese a su estado, pese a la tristeza que le había causado la charla nocturna con Henri, había insistido en que abandonase su descanso y se acercase a la librería, pensando que las bajas ventas eran su prioridad.

Yo le repetía: «Es un accidente. Nadie es responsable de un accidente como ese». Pero él volvía a la carga. De no ser por él, susurraba, destrozado, Francesca no habría

cruzado tan distraída, tan ausente, esa calle tan peligrosa. Yo insistía en que la responsabilidad del hastío de nuestra amiga, o de su última noche de insomnio, no le correspondía.

Esa tarde del 9 de marzo observé que apretaba los puños, sin decir nada, en al menos diez ocasiones. Barajó la posibilidad de expresar su duelo cerrando la librería, aunque cambió de idea nada más pronunciar en alto sus intenciones: a Francesca no le habría parecido bien detener la vida de La Buena Novela por algo así.

Lo retuve para impedir que se enfrentara con los otros librereros de la rue Dupuytren. Habló de escribir con pintura roja en cada uno de sus escaparates: «El jueves 9 de marzo, a la hora de comer, Francesca Aldo-Valbelli ha muerto asesinada».

Pero a mí tampoco me sobraban las fuerzas: ya no podía responder. Lo sujetaba del codo, le rodeaba los hombros. Creía apoyarle, y al final terminé apoyándome en él.

Henri Doultremont constituiría siempre un enigma para nosotros. Van se encontró varias veces con él en los días que siguieron a la muerte de Francesca. En una ocasión, incluso, charlaron los dos a solas. Yo también lo vi, en la librería, y luego en el entierro. Todos coincidimos en emplear la misma palabra para describirlo: aquel hombre parecía devastado.

El encuentro entre Ivan y Henri tuvo lugar la tarde posterior al accidente. Doultremont se presentó en la librería y pidió ver a Ivan Georg. Lo acompañé al gran despacho en el que Van se refugiaba.

La conversación se prolongó durante poco más de cinco minutos. Van apenas me contó nada al respecto. Tan solo unas palabras, justo después, una pincelada que retrató el ánimo de ambos: Doultremont se había acercado para pedirle que dijera unas palabras sobre Francesca en la misa funeral. Van declinó la invitación. Se sabía incapaz de hablar en público en esas circunstancias.

Van se refirió de nuevo, varias semanas más tarde, a esa conversación. Al despedirse, Doultremont balbució: «Gracias». Van lo miró con dureza: «¿Por qué?». Pero el hombre no contestó.

La librería solo cerró el día del entierro. Nos limitamos a indicar en la puerta: «Cierre excepcional». Van se negó a que añadiéramos la palabra «duelo» o que habláramos de «exequias». Oscar sugirió el nombre de Francesca y sus fechas, de nacimiento y de... Van lo interrumpió: «De ninguna manera», dijo, sin más explicaciones.

No he vuelto a ver a Doultremont desde la misa en Saint Germain des Prés.

Había mucha gente en la iglesia, y luego también a la salida, bajo la lluvia. Entre el ruido y los murmullos una canción despedía a Francesca. El comité al completo estaba presente, aunque disperso entre la multitud, allá uno, acá otro, imposibles de desentenderse de la complicidad nacida entre las buenas lecturas. Doultremont se marchó enseguida: corría el rumor de que le esperaba un viaje de muchos kilómetros, pues Francesca iba a ser inhumada en Italia. Éramos solo unos pocos los que

sabíamos exactamente dónde se iba a realizar la inhumación, en esa isla de Orta que tanto le gustaba, y donde termino yo hoy de escribir este relato.

No, no escribo junto a su tumba, ni delante de su casa. Aunque las dos suponen el pretexto de mi viaje, ambas a la orilla del agua, guiñando el ojo a un círculo inexistente pero cargado de simbolismo, escribo en un hotel; escribo en una habitación de hotel tratando de no pensar demasiado en los rostros de Francesca.

Solo estaré unos días en la isla. Me gustaría terminar aquí.

DEBÍAMOS volver a la librería, seguir adelante, leer, hablar de libros, recomendar los mejores con fervor, impedir que se apagara la luz que Francesca prendió con La Buena Novela.

No sé cómo habríamos resistido sin Oscar. Van no escribió una sola línea sobre Francesca en la red: se negaba a hablar de ella. Rechazó cualquier entrevista con la prensa. Pronunciaba, como mucho, diez frases al día.

Oscar se encargó del Boletín. Colgó en la red una fotografía de Francesca, maravillosa, que un desconocido le había enviado: un perfil perdido entre un fondo de nubes. Contestó a todas las preguntas que saturaban, curiosas o nostálgicas, el foro. Sí, por supuesto, La Buena Novela sobreviviría. Y no, no había modificado en nada su línea, siempre atenta a los títulos capaces de justificar, con su calidad, una vida entera. Todo continuaba funcionando: el comité, las suscripciones, la Asociación de Amigos. ¿El equipo? El mismo. El espíritu de la librería continuaba siendo el espíritu de Francesca, aunque estuviera ausente.

Las horas de Van se consumían en el gran despacho. Nos esforzábamos por molestarlo lo menos posible, pese a que también intentáramos, de vez en cuando, hablar con él al menos un poco. No pudimos evitar tomar algunas decisiones. Esfumado Doultemont, todos confiábamos, sin demasiadas esperanzas, en que no se interesaría por La Buena Novela.

Ivan organizó una reunión íntima en la librería una noche después del cierre. Se trataba de redefinir nuestras funciones; a decir verdad, de repartir entre el personal todas las tareas de las que se había encargado Francesca.

Si citándonos abajo su intención había sido apartarnos del despacho, de poco le sirvió. Juraría que todos pensábamos en la gran sala vacía, y que a más de uno se le cruzó por la cabeza la idea disparatada de que, de pronto, Francesca bajaría la escalera y se reuniría con nosotros.

Había una cuestión que atormentaba a Ivan. Le costó un tiempo atreverse a expresarla. A mí tampoco me permitía superar el golpe, reponerme a su ausencia; en realidad, nos rondaba a todos nosotros, que no habíamos visto a Francesca después de su accidente. Y, como Van, tampoco ninguno de los trabajadores de La Buena Novela nos atrevíamos a plantearla.

—Tengo que saberlo —se decidió por fin a decir, no a mí exactamente, pero en fin, sí ante mí, mientras cruzábamos el Jardín de Luxemburgo—. No consigo luchar contra las *imágenes*. ¿En qué estado hallaron a Francesca?

Propuse que se lo preguntáramos a Heffner. A mí, insistí, también me ayudaría saberlo.

Heffner no había intervenido en la investigación del accidente —«el asunto estaba claro», se justificaba—, pero no puso reparos en preguntárselo a sus colegas.

Yo me disculpé:

—Supongo que le puede parecer accesorio.

Heffner me corrigió:

—En absoluto, el cómo es fundamental. Cuando alguien fallece por una muerte violenta, sus allegados necesitan saber cómo ocurrió.

No tardó en obtener la respuesta. «Ni heridas, ni sangre», explicó; había entendido bien que esa información era, exactamente, la que necesitábamos. El impacto le había hundido parte del cráneo. Las fracturas no eran abiertas.

Nadie en el círculo más íntimo de La Buena Novela lo había preguntado, pero cuando compartí esos detalles con ellos, todos reconocieron que les aliviaba saberlo. Las figuraciones insoportables se desvanecieron lentamente, y el dolor se fue calmando. Por fin pudimos imaginar a Francesca tendida en la calle, lívida y con los ojos cerrados, pero igual de hermosa que siempre.

He pensado a menudo en aquello que afirmó Heffner: «El cómo es fundamental. Cuando alguien fallece por una muerte violenta, sus allegados necesitan saber cómo ocurrió». Pero no había desvelado todo lo que sabía. Los detalles que nos había trasladado eran ciertos, sí, pero prefirió reservarse otros. Francesca murió por fracturas en el cráneo: sin más heridas, sin efusión de sangre. Pero, con todo, estaba irreconocible. Se le hundió todo el lado izquierdo del cráneo —la sien, la frente, el pómulo—, deformando su rostro, quebrando la simetría de su rostro.

Leí el informe del forense. Al saber que escribía la historia de La Buena Novela, Van me lo mostró. Yo había confiado en todo lo que Heffner había compartido con nosotros, pero Van intuyó que nos escondía algo.

Se negaba a cambiar de lugar ningún objeto del despacho que había compartido con Francesca, a regalar ningún detalle que mantuviera su presencia latiendo en el espacio, ni siquiera a ordenar sus papeles, por si contenían algún dato fundamental para La Buena Novela que ignorásemos. Durante un mes no permitió que nadie entrara en la habitación: incluso yo me limitaba a llamar a la puerta y asomarme, sin atreverme a rebasar el umbral.

Pero Heffner continuó con su investigación, en sus ratos libres. Avanzaba muy despacio, le habían encargado otro caso muy importante... Lo hacía con el visto bueno de Ivan.

—Un día de estos —le advirtió—, habrá que abrir el despacho de Francesca y acceder a sus documentos personales.

—¿Quiere decir leerlos? —le preguntó Van.

—Leer los papeles de Francesca, sí.

Yo presenciaba la conversación y reparé en que Heffner, que nunca había pronunciado el nombre de Francesca mientras esta aún vivía, ahora ya no se refería a ella de otra manera.

Van no lo aceptó, aunque tampoco se negó. Después permaneció mudo, inmóvil, sin un gesto o una palabra que permitieran a Heffner interpretar su actitud como un

«adelante». Le pregunté si prefería ordenar él mismo las facturas y las notas de Francesca, enfrentarse al recuerdo escrito por primera vez. «En absoluto», dijo, rompiendo su silencio. Me ofrecí para ayudar a Heffner en esa tarea. Él aceptó.

Van prefería salir del despacho cuando Heffner y yo entrábamos.

Francesca había clasificado sus cosas según un principio claro. En el lado derecho de su escritorio, encima, así como en los cajones, se encontraba todo aquello que guardaba relación con los temas estrictamente literarios: libros, claro, artículos y notas. En el lado izquierdo se apilaban los documentos y los papeles relativos a la administración de la librería. Heffner los examinó uno por uno; yo no entiendo nada de esas cosas. Pero él se los mostró al contable de La Buena Novela. Aubert confirmó su impresión: la contabilidad adolecía de flagrantes irregularidades. Francesca se había quedado con numerosas facturas y las había pagado ella misma; las más importantes, a decir verdad, las devoluciones de los préstamos.

Podríamos habernos figurado la alta cuantía de esos préstamos, en particular sabiendo que Francesca había vendido su chalé de Méribel para hacer frente al pago. Éramos unos ilusos: ni siquiera sospechábamos que hubiera solicitado ningún crédito, persuadidos de que era dueña de una gran fortuna. Desconocíamos el elevadísimo importe, por ejemplo, y por no citar más que una de las inversiones en la librería, de una campaña publicitaria de la envergadura de la que había anunciado la apertura de La Buena Novela. Inmersos en nuestro mundo de historias y belleza, habíamos permanecido ajenos a la fría ley de las cifras.

En uno de los cajones del escritorio, el último de la izquierda, los efectos personales de Francesca se mantenían a salvo de Henri, Ivan y todos cuantos formábamos parte de su día a día. Pese a que aquello formaba parte, en cierto modo, de su intimidad, Francesca no había cerrado ese cajón con llave. En él encontramos fotos de Violette, correo privado y un cuadernito de tapas azul grisáceo en el que Francesca había escrito algunas páginas con su letra generosa.

Yo di con ese cuaderno. De no haber sido así, supongo, jamás habría escuchado hablar de él. Me lo habrían ocultado.

Lo leí enseguida, de pie allí mismo, sin reparar en nada más que en su existencia, ignorando cualquier otro hallazgo. No me llevó más de cinco minutos. Había siete páginas manuscritas.

Sin duda Heffner me descubrió leyéndolo, y notó también que esas páginas me afectaban profundamente. En cuanto terminé, cerré el cuaderno y se lo entregué. El, a su vez, también se zambulló en él. Cuando terminó, me lo devolvió. Sin embargo, me negué a cogerlo:

—Son cartas. Su destinatario es Van.

—No son exactamente *cartas* —me corrigió Heffner, conmovido todavía—. Juraría que Francesca nunca tuvo intención de enviarlas.

—Su cajón no estaba cerrado con llave.

—Precisamente. Guardas un cuaderno lejos del acceso de la otra persona, sabes

que no lo enviarás jamás; como mucho que, tal vez algún día, su destinatario lo leerá.
Con esa idea lo escribes. No anhelas nada más en el mundo.

EN ese cuaderno no se revela nada sobre los inicios de La Buena Novela, ni sobre las conversaciones iniciales sobre el negocio, en enero de 2004 en Méribel, ni sobre los meses de preparación en París, ni sobre la inauguración de la librería a finales de agosto de 2004, ni sobre los ataques o las agresiones de que fueron objeto los seleccionadores. Francesca escribió todo el cuaderno en primera persona y se dirige a un «usted» que, por los numerosos detalles, la evidencia identifica con Ivan. Cada anotación está fechada: desde la primera carta, del 2 de julio de 2004, hasta la larga explicación del 20 de enero de 2006.

Un año y medio, siete páginas: un humilde corpus que transmite la imagen de un diario esencial.

Al principio, desde julio de 2004 hasta mayo de 2005, se parece más a un retrato urgente, surgido de la necesidad, a vuelapluma, esbozado a base de pequeñas pinceladas.

20 de julio de 2004.

Mira. Escucha. Más que tomar la iniciativa de hablar, responde.

No conozco a nadie que esté menos centrado en sí mismo que usted.

4 de noviembre de 2004.

Cuando se ríe, se le iluminan los ojos. Su azul se torna pálido y brillante.

Son algunos ejemplos. Ese retrato ocupa cuatro páginas: más de la mitad de lo redactado.

El tono da un giro al final de 2004. La primera persona entra en escena: contemplamos cómo actúa. Se conjuga con el «usted».

25 de diciembre de 2004.

Bosque de Marly. Ha nevado. Frío, sol. Me cuesta resistirme al deseo de cogerlo del brazo y caminar muy cerca de usted.

El 19 de febrero de 2005, Francesca anota un sueño. Ya lo he mencionado anteriormente.

Estamos en una sala llena de gente, no sé dónde. (...) No puedo mirarlo a la cara. (...) Me da un pisotón bien fuerte, con decisión. (...) Se viene usted a mi lado, yo sigo sin poder mirarlo. Aprieta su cuerpo contra el mío y, al mismo tiempo, desde detrás, me coge de la muñeca. (...) Todo el mundo ha visto su gesto.

Con la anotación del 15 de abril de 2005, cambia la perspectiva. Abandonamos la espera y la observación: ha ocurrido algo. Una confesión ha quebrado la situación y, enseguida, un repliegue: se ha dado marcha atrás. En todo caso, eso es lo que recuerda Ivan; él recuerda, sobre todo, haber dicho claramente que su corazón tenía dueña. Ese diálogo se conserva en su memoria casi palabra por palabra.

15 de abril de 2005.

Ya iba siendo hora de que hablara con usted.

Todo está dicho. Ama a otra.

Yo digo: «Perfecto». No pedía nada. No espero nada de usted.

Debo de parecer una niña que miente.

Nada más. Sin embargo el 16, al día siguiente, ese momento irrumpe de nuevo en sus anotaciones. No está satisfecha consigo misma. La culpa no recae del todo en sí misma —Van no ha permitido que continuara hablando—, pero se ha mostrado ambigua:

16 de abril de 2005.

He dejado desbordar mi atracción. Y eso que me había jurado que no confesaría nada. ¿Por qué habré aludido a ello, cuando estaba decidida a no esbozar el más mínimo gesto hacia usted? Lo sigo estando, lo estaré siempre. Lo hecho, hecho está. Pero he dicho demasiado y, a la vez, demasiado poco.

Ha debido de pensar usted que me apartaba al saber que ama a otra mujer. No se equivoca. Pero eso no es todo. Algún día me tocará referirme a por qué, en qué y de qué no soy libre. No me resulta fácil. Solo pensarlo me cuesta tanto ya. Y debo ser sincera: me apetece muy poco poner los puntos sobre las íes.

En fin, he confesado lo esencial. No espero nada de usted. Lo he confesado. Y, con mi voz, lo he reconocido.

Pero... ¿Cómo lo ha comprendido usted? ¿Lo ha comprendido siquiera? Acababa de dar a entender lo contrario.

Me atribuyo demasiada importancia. ¿Por qué se interesaría usted por lo que albergo en el fondo de mi corazón? Me ha desvelado el suyo, y el rostro que ve en él. Ha hecho bien. Era lo que había que decir. Eso lo simplifica todo, para usted y para mí. Qué importan mis ataduras y mi grado de libertad: usted no es libre.

A partir de esas líneas de los días 15 y 16 de abril, y hasta el final, las anotaciones del cuaderno relatan hechos. Es el diario de un paulatino repliegue.

19 de abril de 2005.

Para usted, en todo caso, ya no hay duda. Las cosas son sencillas. Me enseña un mensaje de la joven, que no entiende. Se lo traduzco. «Deme tiempo», dice ella. «No deje de hablarme.»

11 de junio de 2005.

La pequeña Anis trabaja en la librería. Es imposible no quererla: ese es el problema. Habría sido más fácil para mí que me irritara, o que fuera desagradable conmigo.

15 de junio de 2005.

Todos los días. Ver todos los días a esta joven radiante.

18 de junio de 2005.

Orta. He aprovechado el pretexto de unas obras pendientes. Sola, sola. Podría vender la librería, no regresar a París. Sin tener que llegar tan lejos, lo más sencillo sería retirarme de La Buena Novela. La dirigiría muy bien sin mí. Pero ni siquiera tengo fuerzas para tomar esta decisión.

19 de agosto de 2005.

Méribel, por última vez sin duda. Como decía mi querido y viejo abuelo, citando a un amigo jesuita que agonizaba: «Hay que llegar desnudo».

La última página del cuaderno está escrita el 20 de enero de 2006. Se trata del más largo de todos los textos. Lo preceden estas palabras: «*Después de ese almuerzo en La Grille*».

Esta vez, se acabó: lo he perdido. Hablando de Henri me ha dicho usted, con el tono de quien constata algo evidente: «Lo ama». Yo no lo he sacado de su error.

No seré tan ciega como para pensar: «está todo dicho». He dicho tan poco, delante de mi plato lleno, sobre el que una de mis lágrimas ha caído con un plof. Pero, sin duda, para usted está todo claro. No quiero perderlo. Tampoco quería mentir, ni ser insincera. Probablemente no habrá entendido mis razones: me he mostrado tan confusa, una vez más... Voy a tratar de ser un poco más clara por escrito. Quizá algún día lea usted estas páginas.

Mi abuelo había muerto hacía tres meses, y ya no me quedaba ningún allegado cuando conocí a Henri. Yo me tambaleaba. Él me tendió su mano. No sabía adónde ir: él me hizo conocer el deslumbramiento.

No era lo que es hoy. Era un alto funcionario de una inteligencia aguda, emprendedor y creativo. Más tarde se contagió de los dos virus que enfermaron su corazón, el del dinero y el del poder, y se volvió cínico. Pero permanezco fiel a ese amor deslumbrante de cuando nos conocimos. No tengo que obligarme a ello: no soy libre. No es un principio, menos aún un esfuerzo de voluntad.

Entonces concebía ese amor como inscrito en la eternidad. Hoy no me estremece de otra manera, ese amor de entonces. Lo que siguió no ha empañado ese momento de nuestro amor. El tiempo no ha hecho mella en él, ni la muerte, puesto que, en cierto sentido, ese amor ha muerto.

Que ello sea para mí como un fuego estable no quiere decir que lo viva con serenidad. Lo amo a usted, y estoy vinculada a un amor en otra parte, en el pasado; un amor a la vez muerto y vivo, desgarrador a fin de cuentas.

He aquí por qué, cuando me hace tan feliz verlo, apenas pude dárselo a entender vagamente, la única vez en que le abrí mi corazón con una frase inacabada, antes de decirle con firmeza que no esperaba nada de usted. Era más fácil decir eso: que no le pedía nada, y además era cierto. No tenía nada que ofrecerle y no quería nada de usted, ni sobre todo con usted.

Da la casualidad de que en ese momento usted estaba enamorado de una joven, y enseguida pensé que ella sí lo esperaba todo de usted. La situación era sencilla, ¿verdad?

Pero si le soy sincera, no puedo no decirle que aquí, a su lado, cada día, he conocido lo que llaman, no sin cierto exceso, los tormentos del infierno.

Alguna vez se habrá preguntado por qué desaparecía a veces, por qué de vez en cuando no contestaba nada. He aquí el motivo: por mucho que uno no espere nada, no

quiera nada, no es fácil asistir a la interpretación de una joven, asumiendo el papel que una hubiera soñado con tener en otra vida. Verla a ella feliz y, más doloroso todavía, hacerle feliz a usted.

Todo está bien. No tengo nada que reprocharle. No le guardo rencor a nadie, ni a usted ni a ella, por supuesto; ni siquiera a mí misma. Pero no es imposible, simplemente, que la prueba se tiña de dificultad, y me obligue a llevar anclas, por debilidad, o en un último arrebatado de energía, para poder volver a respirar, por fin.

Van y yo hablamos durante horas de esas páginas. Me costaba creer que pertenecieran a la gran dama cuya seguridad, cuya valentía frente a los ataques, cuyos ojos admirables y cuya singular belleza yo nunca olvidaría.

Ivan me explicaba que Francesca se revelaba, en aquellas cartas, contradictoria pero simple: una mujer fiel a un amor fundador y una enamorada inquieta mientras su rival se imponía. Intrépida y débil, serena y dolida; a la vez la mujer indomable que planta cara a la adversidad, con una sonrisa en los labios, y la mujer rota que acaba desplomándose.

Ivan y yo adoptamos su expresión de «llevar anclas». Para referirnos a la muerte de Francesca decimos: «ha levado anclas».

«El día que levó anclas.»

«Desde que Francesca levó anclas.»

Allá, Francesca, tranquila y feliz, bañada por el mar de la isla de Orta.

EN La Buena Novela, por mucho que todo volviera a la normalidad, las ventas bajaban sin aparente fin. Aunque también descendía el número de curiosos, los clientes habituales seguían acudiendo con regularidad. La página web mostraba siempre una gran animación, y los lectores no dejaban de escribir comentarios. *Los detectives salvajes*, la gran novela de Bolaño publicada en español en el año 98, por fin se había traducido al francés. Asustaba un poco con su furia, sus resplandores y su frenesí a lo Gaudí, que se extendían a lo largo de cerca de novecientas páginas. Gustaba a todo el mundo, en cambio, la breve *B-17G* de Bergounioux, inencontrable ya, y que la editorial Argol reeditaba con un posfacio de Michon.

Pero las cifras no engañaban: las ventas no dejaban de disminuir. Oscar obligó a Van a romper su letargo. Difundieron un llamamiento en Internet. No se trataba de ser alarmista, solo de comprender los motivos de esa caída, y frenarla para frenar a la vez una situación trágica para La Buena Novela. El llamamiento se publicó en el Boletín, con el título de *¿Qué ocurre?* Se añadía un gráfico elocuente, una curva que declinaba, como el aire derrumba una duna. Tanto Van como Oscar habían juzgado inútil incriminar en ese llamamiento a las tres librerías parásitas.

Las reacciones se sucedieron: numerosas, solidarias y comprometidas. «Entendido», «Resistid», «Toda empresa conoce altibajos»... Pese a todo, las ventas no mejoraron. Quienes habían manifestado su apoyo coincidían, sin duda, con quienes los visitaban en la librería y compraban allí sus libros.

Las ventas bajaban y bajaban sin parar: tan solo se mantenían estables las realizadas por Internet. De modo que, suponía Ivan, los clientes de la librería que compran a distancia no abandonan la causa.

Sin embargo, esas ventas *online* habían tocado techo. Continuaban superando con mucho la media en Francia, pero a la vez resultaban muy insuficientes para compensar el descenso de las ventas en la propia librería.

—No es imposible —aventuraba Oscar— que algunos de los clientes que nos apoyan compren ahora menos libros.

Ivan, aun así, no tiraba la toalla.

—Quizá sea algo cíclico —justificaba—. Coleccionar muchos libros es maravilloso: pero luego toca leerlos. No me cuesta imaginar que los Amigos de la Novela han comprado mucho estos últimos meses, movidos quizá por el entusiasmo del descubrimiento y la alegría del compromiso, y ahora les cuesta un poco abrirse camino hasta su cama, entre tanto volumen, y se obligan a una pausa, más que nada para tranquilizar a sus parejas.

Hablábamos del tema lo menos posible, pero no nos olvidábamos de las tres librerías que enrarecían el aire alrededor de La Buena Novela y que estaban logrando confundir nuestro espíritu. Heffner se había jurado averiguar a quién pertenecían y

quién había fomentado su implantación.

En la librería solo se recibían unas pocas facturas: el agua, el gas, la electricidad. Ivan se ocupó de recoger aquellas que, en el pasado, Francesca había pagado sin informarle, y que habían aparecido en su despacho. Observó que todas las habían remitido a su casa, en la rue Condé. El buzón de Francesca, rebosante de sobres por abrir, debía ser su próxima parada.

Van se equivocaba por partida doble. No existía en el número 30 de la rue Condé buzón alguno, sino un portero a la antigua usanza que subía el correo. Y las cartas, para su sorpresa, sí que se habían abierto: la prueba la recibimos un día de finales de abril en el que el notario de Francesca contactó con Ivan. El señor Marin-Gaurond quería verlo. Se citaron al día siguiente en su despacho de la rue Delayrac.

El afable Marin-Gaurond invitó a sentarse a Van y le espetó, sin miramientos: «El señor Doultremont me ha rogado que le informe de su intención de disolver lo antes posible la sociedad por acciones simplificada La Buena Novela, y que acuerde con usted las condiciones de cierre de la librería».

Doultremont no hallaba razones para mantener en ejercicio una empresa que perdía dinero a raudales y que, por lo demás, todavía no había alcanzado ni su punto de equilibrio.

—Poseo un uno por ciento del capital, creo —recordó Ivan.

—En efecto. Un uno por ciento de una empresa con deudas y deficitaria. Calcularemos con toda exactitud a cuánto ascienden esos fondos suyos.

Van no comprendió si le correspondería aportarlos de su bolsillo o si se los pagarían a él, pero llegados a ese punto le traía sin cuidado.

—Estoy casi seguro de que la señora Aldo-Valbelli había previsto garantizar mi situación —continuó.

—En efecto —confirmó Martin-Gaurond—, mientras figurase usted como director general de la SAS. Lo que la señora Doultremont no había previsto era la liquidación de la SAS y el cierre de la librería. Le explico...

—No hace falta, ya lo entiendo —lo interrumpió Van.

Algo le advertía de la importancia de zanjar el asunto rápidamente.

—De todos modos, ¿puede preguntarle de mi parte al señor Doultremont si aceptaría venderme La Buena Novela? No las cuatro paredes, por supuesto, sino el fondo de comercio.

—Entendido. No nos habíamos planteado ese escenario, pero la idea merece que la estudiemos.

La respuesta no tardó en llegar más de dos días. Doultremont aceptaba negociar con Van: el fondo de La Buena Novela valía quinientos mil euros.

—¿Incluso con la dificultad que nos impide lograr el equilibrio? —preguntó Van.

—Habida cuenta de la situación financiera de la empresa —confirmó el notario.

Van propuso una suscripción popular, una vez más a través de Internet. Delvaux le había pedido a un amigo jurista que estudiara un proyecto de cooperativa. Los

estatutos, ya redactados, se podían encontrar en la web de la librería.

El llamamiento se difundió en numerosos medios. Apareció en la mayoría de las páginas culturales, en los blogs de escritores, de actores y de políticos. De inmediato esos respaldos escritos fructificaron en numerosos ingresos. Sacos y sacos de correos convivían en la librería con libros y lectores: se recibieron más de ocho mil cheques. Al cabo de seis semanas habían alcanzado un total de ciento dos mil euros, es decir, más de una quinta parte de los quinientos mil necesarios.

Ivan colgó las dos cifras en la web. Agradeció a todo el mundo su entusiasmo: la cooperativa estaba constituida. No cesaría las donaciones. Mientras tanto, pedirían un préstamo.

Armel Le Gall llamó un día a La Buena Novela. Su tren acababa de llegar a la estación de Montparnasse. Ivan y él almorzaron juntos, en una *crêperie* de la rue Départ. Le Gall calificaba de increíble la situación, e incluso había anotado su «desgasificación anual» en enero: se había acostumbrado a empezar el año por esa purga. Más tarde o más temprano, reconocía, volvería a ponerse a flote. Después de tres meses de paro total había retomado la escritura, animado por un nuevo tema. Se mostraba no tanto entusiasta, quizá, pero sí tranquilo. El otro tema, el anterior, estaba perdido; qué se le iba a hacer. Acababa de hablar con su editor: adaptarían al cine su novela *Chevaux marins*. Se sacó un sobre del bolsillo.

—Con esto pondrá las cosas en orden —previó.

Con ese cheque sumaban la mitad del precio de La Buena Novela. Mientras tanto, Oscar había removido cielo y tierra en busca de fondos. Había pedido consejo al Sindicato de librereros, estudiado las posibles implantaciones y seleccionado locales con un alquiler razonable. Según su presupuesto, disponían de tres direcciones posibles: una en Besançon, otra en Caen y la tercera en París, en la rue Hauteville.

—¿Dónde está eso? —se interesó Ivan—. No nos veo marchándonos de París.

—En el distrito x. Una zona muy animada —explicó Oscar—: los grandes bulevares.

El edificio en cuestión había albergado antes una vinoteca.

—Solo grandes vinos —especificó Oscar—. Pero ahora el vino pasa por tiempos difíciles. El local tiene un tamaño adecuado. Creo que podremos fundar algo bueno allí.

Y así lo hicimos: no necesitamos ni siquiera un mes para instalarnos allí. No fueron necesarias grandes obras de reforma. No sé qué sentimiento nos invadió el día en el que se colocaron las letras La Buena Novela en el pequeño escaparate, si el orgullo, la inquietud o la amargura al apreciar su tamaño minúsculo en comparación con las del letrero de la rue Dupuytren.

Temíamos que a Doultemont se le ocurriera abrir una librería normal y corriente en el hermoso local que abandonábamos, en Odéon. Pero acabamos de enterarnos de que nos sustituye una especie de supermercado de la electrónica de salón, que Doultemont se ha marchado de Francia, y que ahora vive en Bruselas.

La Buena Novela comienza una nueva andadura en la rue Hauteville. La clientela ya no es del todo la misma. Resulta curioso, en la misma ciudad y con los mismos libros.

Nuestros horarios no han variado. La noche continúa dándonos grandes satisfacciones: cada día nos regala a media docena de clientes fervientes que leen, de pie, en silencio, hasta la hora del cierre.

Lo que resiste bien, y solo marcha a mejor, es la venta por Internet. En cuanto dispongamos de los medios suficientes, haremos todo lo necesario para promoverla. En ello reside el futuro de nuestra librería, y ya tenemos bastante terreno ganado.

Armel Le Gall nos envía dinero de forma regular. Van lo transforma en cuotas de la cooperativa. «Ya verán a quién pongo en mi testamento», y ríe. Mientras tanto, nos permite mantener tranquilos a los banqueros.

Oscar aprovecha al máximo su indemnización por despido para terminar su novela —«Es bueno tener tiempo»—, y eso nos reconforta. Estoy deseando leerla. Según lo que ha contado de su trabajo, me huelo que se tratará de algo fuerte, al estilo de Conrad. Espera ganar algo de dinero con ella: lo necesita para llevar a buen puerto un proyecto que lo tienta desde hace tiempo. Le gustaría montar un equivalente a La Buena Novela en Antananarivo.

—Madagascar está cambiando a marchas forzadas —nos cuenta, optimista—. Se está invirtiendo capital allí. Se ha construido un hotel de lujo. No hay motivos para pensar que el país se mantendrá siempre al margen del carro del desarrollo. Cuando las cosas mejoren, me gustaría ser partícipe, y que lo sea también el libro.

»Además —prosigue—, en el siglo de Internet, la localización geográfica importa poco. ¡Repartámonos el mundo! Ya se hizo en el pasado. A mí debería bastarme con África y Asia, para empezar. Les dejo el resto.

—Me recuerda a alguien —la melancolía se cierne sobre Ivan—. ¿Te acuerdas? El desierto va a florecer: yo también estoy convencido de ello.

Hace unos días Folco nos recibió con un periódico argentino: un clon de La Buena Novela abrirá sus puertas en Buenos Aires. Ivan ha recordado que, en la

primavera de 2005, en pleno punto álgido de los debates en la prensa, solicitaron información sobre la librería desde varios lugares del mundo, Berlín, Milán, y algunos más, entre ellos Buenos Aires, estaba seguro. Ya no le preocupa controlar nada. «Que la idea de nuestra librería se extienda lo más posible, no deseo otra cosa», y vuelve a guardar silencio.

Tanto tiempo sin noticias de Ruth me animó a llamar a Houston. Las cosas marchan bien allí para *The Good Novel*. Se ha corrido la voz en el ambiente universitario y, gracias a Internet, los estudiantes ya no acuden a ninguna otra librería. La fundación estudia abrir otra similar. A Ruth le ha interesado muchísimo enterarse de lo que se está preparando en Buenos Aires: como *The Good Novel* lucha en Houston por la novela en inglés, su idea era justamente implantar una especie de La Buena Novela en el área hispana. Su fundación, me cuenta, tal vez podría respaldar a la empresa argentina.

Charlamos a menudo con Yassin. Vive a dos pasos de la librería, en la rue Jarry. Nos dijo que quería seguir encargándose de la limpieza, sin cobrar, pero nos hemos negado. Yassin ha interpretado nuestra actitud como un poco rígida; según él, hemos hecho mal. De vez en cuando nos compra algún libro y nos hace un gran favor: revisa para nosotros todo lo que se traduce del árabe, en especial la literatura iraquí. El otro día, charlando con Van, delante de mí lo calificó como «un pequeño dominio». «Un bonito título para una novela», observó Van, convencido de que también Yassin escribe.

Las cosas no marchan del todo mal para Paul. Está terminando su tratamiento. Se ha acercado un par de veces a la librería. Le tocará buscarse un lugar donde vivir. Un médico de la clínica tiene un cuñado que es agente inmobiliario, y Paul le ha pedido que le encuentre un alquiler barato en la región oeste: ese fue el criterio que lo condujo hasta Les Crêts. Por aquel entonces, buscaba algo en la región de Saboya. Esta vez busca en la zona opuesta, en Île-et-Vilaine, o en la región de Deux-Sèvres. Que esté dispuesto por fin a abandonar Chambéry y lo que lo retenía allí, eso también, según Ivan, da fe de su mejoría.

El comité funciona bien. Por supuesto, ya no nos es posible añadir títulos a nuestro fondo, a no ser que retiremos tantos como añadamos. Nos falta sitio. Es duro perder terreno. Pero no nos queda otra.

Marie Noir nos ha regalado una idea. Hemos constituido un fichero con los títulos de los que nos gustaría disponer en La Buena Novela. Si alguno de nuestros clientes se entusiasma por un autor, un rincón del mundo o un siglo, encuentra ahí muchos títulos, como en un anexo de la librería. En su forma tradicional, con fichas de cartón a la antigua, ese fichero de papel cabe en un gran casillero de madera. Encima pone: «Encárguennos el libro que quieran. Se lo traeremos en pocos días». Y, por supuesto, ese fichero figura también en la web. Para los que compran por Internet, la diferencia en tiempo no varía en exceso.

Heffner prosigue, en secreto, con su investigación. Sin orden judicial todo se

torna más complejo. Necesita el doble de tenacidad, el doble de tiempo y el doble de suerte. Pero sobre una cuestión ya ha logrado una importante certeza: está convencido de que, mientras Francesca vivía, Doultremont no atacó a La Buena Novela.

Quizá un día llamemos a Heffner por su nombre de pila. Ya es amigo nuestro. Pero mantiene férreamente su discreción por lo que toca a su persona. Desconocemos todo de su vida privada.

A mí también me ha venido bien disponer de más tiempo. Lo necesitaba para reconstruir la historia de La Buena Novela: me refiero a la primera parte de la historia.

He escuchado a Van durante noches enteras. Agradezco su memoria tan precisa, en particular de las conversaciones, y agradezco también que guardara tantos documentos, artículos, notas, todas las cartas dirigidas a la librería, tanto las malvadas como las de apoyo. Por no referirme a los ficheros electrónicos, centenares de *e-mails*, la copia de seguridad de los foros: ha conservado muchas cosas. Me ha resultado bastante sencillo establecer la cronología. Después de todo, esta historia apenas abarca tres años.

Por lo demás, tengo pocas necesidades, y Van todavía menos —lo que no eleva mucho los gastos en total—, pero los alquileres son caros en París, así que busco trabajo. La librería no necesita a dos personas. Solo excluyo una posibilidad: me niego a trabajar en otra librería.

Anoche Van me confesó:

—He estado haciendo cuentas. Estoy sin un céntimo. ¡De pronto me siento más joven!

Yo le contesté alegremente:

—A mí también me lo pareces.

Tostábamos pan en nuestra pequeña cocina. Me encanta el pan tostado. Me volví, le rodeé el cuello con los brazos, apoyé la mejilla contra su pecho y le pregunté:

—Creo que ha llegado el momento de hacerte una pregunta que me ronda la cabeza desde hace tiempo. ¿Te casarías conmigo?

—Demasiado tarde —susurró.

—¿Qué significa eso?

—Ya no soy más que cansancio, Anis. Francesca tenía algo excepcional: disponía de *recursos* para todo el que se le acercaba. Ella, que no había conseguido brindar a su hija recursos para afrontar la vida, a los demás les transmitía los necesarios para lograr sus ambiciones. No todos querían utilizarlos, o no todos sabían hacerlo. Yo, hoy en día, tengo la impresión de que no podía utilizarlos más que con ella, asociado a ella: alentado por ella y por su esperanza, por esa fuerza de convicción que tal vez no fuera sino la energía de su desesperación.

Van no había correspondido a mi abrazo, y eso me dolía. Incliné la cabeza hacia atrás, lo miré de frente y negué con la cabeza. Creo que lo hice sonriendo.

Me iluminó la sonrisa de Francesca. De ella había aprendido que no existe tanta

diferencia entre la fuerza y la debilidad.

Y ahora ya sé cómo se corteja a alguien que ya no cree en sí mismo: sé que hay que ser paciente, que no hay que confiar en las apariencias, porque hacerlo puede llevar tiempo.

Se me ha ocurrido una nueva idea. Solo se la he comentado a Armand Delvaux. Le parece viable y está dispuesto a darle un par de vueltas. No hay duda de que la fórmula inaugurada por La Buena Novela es algo necesario. Debe extenderse: si no es a cargo de particulares, entonces tendrán que tomar el relevo los poderes públicos. Después de todo, France-Culture existe en la radio, Arte en la televisión, y en Francia funcionan cerca de mil cines de arte y ensayo. Todo el mundo sobrevive, y a nadie se le ocurrirá afirmar que habría mejores maneras de emplear el dinero público.

Tarde o temprano La Buena Novela se considerará un laboratorio. Esta historia no habrá sido en vano. Francesca y Van soñaban con construir algo bueno. Y lo lograron. Es lo menos que se puede decir de ellos.

Notas

[1] *Mina de Vanghel* es una *nouvelle* escrita por Henri-Marie Beyle, Stendhal, en 1830. Tradicionalmente, se la suele publicar acompañada de *Le Rose et le vert* (*El rosa y el verde*), novela inconclusa escrita en 1837. (Todas las notas, salvo que se indique lo contrario, son del editor.)<<

[2] *Néant*, en francés, significa «la nada». (N. de la T.) <<

[3] Georges Perros es el seudónimo del escritor francés Georges Pulot (1923 - 1978). Afincado en Bretaña desde los años cincuenta, como el propio personaje de Le Gall, su obra más conocida es *Papiers collés* (*Collages*, en español), publicada en 1960 en Gallimard y reeditada posteriormente, conociendo una continuación en 1973. Se trataba de una serie de reflexiones y apuntes de tema literario que Perros solía anotar en trozos sueltos de papel, servilletas o en hojas de cuadernos.<<

[4] *Lucien Leuwen* (*Lucien Leuwen; ou, L'amarante et le noir*) es la segunda gran novela, aunque inconclusa, de Stendhal. Fue escrita en 1834, después de *El rojo y el negro*. Fue publicada por primera vez, póstumamente, en 1894.<<

[5] Todos estos relatos cortos, junto a algunos más, como *San Francisco a Ripa*, *Vanina Vanini*, *Favores que matan* y *Suora Scolastica* fueron recopilados por Henri Martineau, y agrupados bajo el título de *Crónicas italianas* (Paris, Le Divan, 1929).

<<

[6] El interesante binomio Fruttero & Lucentini (más conocido bajo la fórmula de F&L) esconde la alianza artística de los escritores Carlo Fruttero (1926-2012) y Franco Lucentini (1920-2002), especializados en *giallo*, el género policíaco italiano. *El amante sin domicilio fijo (L'amante senza fissa dimora)* fue publicada en 1986. Existe una edición española en Seix Barral, de 1987, con traducción de Juana Bignozzi. Más adelante habla de dos títulos más, que también tienen edición en castellano: *La noche del gran mafioso (A che punto è la notte, 1979; Bruguera, 1981, trad. de Beatriz Podestà)* y, sobre todo, *La mujer del domingo (La donna della domenica, 1972 Noguera, 1974, trad. de Lorenzo Cortina)*.<<

[7] Pierre Michon, nacido en Châtelus-le-Marcheix, Creuse, en 1945, está considerado uno de los más importantes escritores franceses vivos, y comparado a escritores de la talla de Julien Gracq o Louis-René des Forêts. Salvo *La Grande Beune*, todas las obras citadas están traducidas al español, en la editorial Anagrama.<<

[8] En la República Popular China, periódico mural a veces manuscrito, generalmente de contenido político, expuesto en lugares públicos. <<

[*] Debería ser «anduvo» <<